

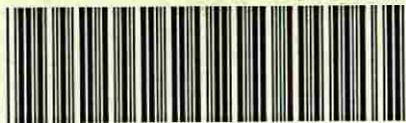
DUPUIS

ALREDEDOR
DEL MUNDO

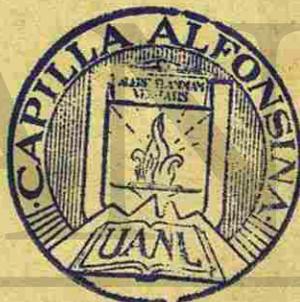
G223

D8

R. C.



1020025368



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALREDEDOR DEL MUNDO

VIAJE DE UN NIÑO ARGELINO EN TORNO DE LA TIERRA

LIBRO DE LECTURA

PARA USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS

Con explicaciones

SOBRE LA HISTORIA, LA GEOGRAFÍA Y LAS CIENCIAS

POR

E. DUPUIS

Con multitud de grabados

VERSIÓN CASTELLANA

DE

FRANCISCO GUTIÉRREZ BRITO



098638[®]

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE G. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
14, CINCO DE MAYO, 14

1904

Propiedad del Editor.

15331

910

D.

G7223

D8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

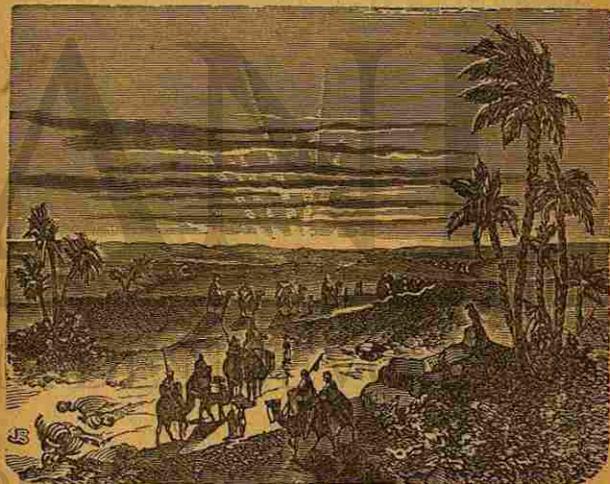
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALREDEDOR DEL MUNDO.

I. — LA CARAVANA. — SALIDA DE UARGLA.

El alba blanqueaba apenas el cielo y lanzaba sus primeros resplandores sobre la inmensidad del desierto, cuando una *caravana* salió del oasis de *Uargla*,



La caravana. — Camellos.

uno de los puntos más interiores de la colonia francesa de Argelia, situado en el *Sahara*, á unos ochocientos kilómetros de *Argel*. Esta expedición se componía de cuarenta personas : oficiales, hombres de ciencia, médicos, soldados, obreros, y una escolta

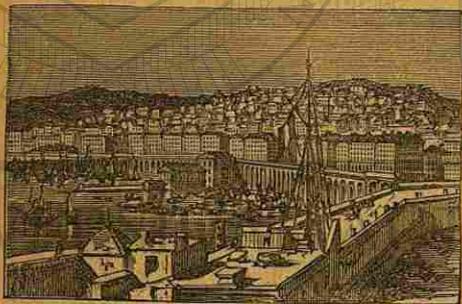
de spahis. Todos iban bien armados y montados en camellos, únicos animales que pueden desafiar las fatigas y las privaciones del desierto.

Caravana. — Reunión de viajeros que se juntan para atravesar los desiertos con más seguridad.

Camellos y dromedarios. — Hay dos clases de camellos: el de dos jorobas, que vive en Asia, y el de una sola ó *dromedario*, oriundo de Arabia, desde donde se ha extendido por todo el norte de Africa. Los árabes lo tienen por « un regalo de Dios, » sin el cual no podrían subsistir ni atravesar las inmensas extensiones del desierto. Con su pelo suave y sedoso, hacen telas para vestirse y fabricar sus tiendas; la leche de las camellas les sirve de alimento. Además, estos animales son muy sobrios, pudiendo estar durante veinticuatro horas sin comer y hasta seis y siete días sin beber.

Así como hay varias clases de caballos, de *tiro* y de *carrera* ó de *silla*, así hay dos clases de dromedarios. El de *carrera* ó *mehari*, más esbelto y rápido que el otro: puede hacer hasta cincuenta leguas al día; el otro es precioso por su fuerza: carga seiscientos kilogramos y anda por día de diez á doce leguas con ellos encima. Ambos pueden hacer marchas de diez y doce horas sin descansar.

Uno de los jinetes, Francisco Móser, alsaciano, era hombre de treinta y seis años próximamente.



Argel.

En 1870, al ocurrir la guerra entre Francia y Alemania, se había alistado, por más que aun era demasiado joven, peleando con valor; después, cuando la suerte de las armas anexionó su país á Alemania, emigró á su antigua patria, pues no quería perder su carácter de ciudadano francés. Marchó á Argelia, compró una pequeña granja en los alrededores de *Mascara*, en la provincia de *Orán*, se casó y tuvo varios hijos, que murieron todos muy jóve-

nes, excepto el mayor, un varón. Después perdió á su mujer, y no obstante lo grande de su pena, tuvo que volver á casarse, pues su propiedad exigía los cuidados de un ama; mas su segunda mujer murió también, dejándole una niña.

Móser cobró entonces aversión al país donde tan feliz había sido, vendió su granja y fué á establecerse en *Biskra*, ciudad situada al pie del *Aurés*, grupo de montañas del sudeste de Argelia, en la provincia de *Constantina*, en los límites mismos del desierto, y allá se llevó á su hijo Miguel, que entonces tenía doce años, después de confiar la pequeña Luisa, que apenas contaba unos meses, á los cuidados de sus abuelos maternos; éstos vivían en *Blidah*, á cincuenta kilómetros de *Argel*.

En *Biskra* organizaban de tiempo en tiempo expediciones de voluntarios, ya para proteger un reconocimiento científico, ya para reprimir las incursiones de las tribus nómadas que recorren constantemente el Sahara.

El comercio de cereales y reses que Móser había ejercido durante varios años, lo había puesto en relaciones con las distintas razas que pueblan la Argelia. De este modo adquirió el conocimiento de la mayor parte de los dialectos hablados en el país. Esta circunstancia, unida al valor acreditado del sargento, hacía que los oficiales encargados de organizar expediciones ó reconocimientos en el ejército procurasen siempre llevarlo como intérprete.

II. — LOS OASIS. — LA PALMERA. — LOS POZOS ARTESIANOS.

El Sahara es una región sumamente árida, de terreno seco y temperatura ardiente. En ella no hay ríos ni lagos; sólo se encuentran algunos manantiales en los oasis; además las lluvias son allí

en extremo raras, y con frecuencia pasa un año sin que caiga una gota de agua, ó si sobreviene un chubasco, la arena absorbe inmediatamente el líquido.

Oasis. — Parte fértil en una inmensa extensión de terreno árido. Los oasis se encuentran cerca de los manantiales,



Un oasis.

fuentes que bajan del Aurés, es igualmente uno de los más hermosos y productivos.

La palmera datilera es un hermoso árbol: el tronco no tiene hojas, pero ostenta en su extremidad superior una elegante corona de palmas, del centro de la cual caen racimos de frutos carnosos y azucarados, que poseen grandes cualidades nutritivas y que forman el principal alimento de los pueblos de Africa. La palmera no se da más que en los países muy cálidos; es preciso que tenga « los pies en el agua y la cabeza en el fuego; » así es que en torno de cada palma se abre un foso que puede contener hasta dos metros cúbicos de agua y que se llenan por medio de surcos y llevando allí á brazos la de los manantiales y de los pozos.

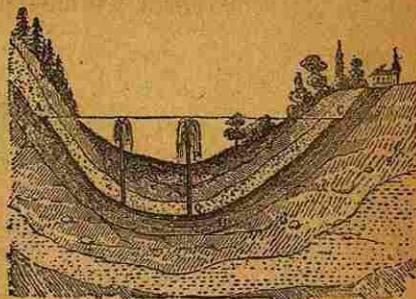
La palmera da fruto desde la edad de cinco años y la producción dura hasta veintenta. Un solo árbol da al año ocho ó diez racimos, cada uno de los cuales pesa diez kilogramos. Si se practica una incisión en el tronco, sale por ella un licor que se llama *leche* ó *vino* de palmera que se administra á los enfermos; pero como así se mata á la palmera, no se practica esta operación más que en las que ya no dan fruto.

La falta de humedad que hay en el Sahara se remedia en lo posible por medio de *pozos artesianos*.

Pozos artesianos. — Se les llama así porque el más antiguo de Francia se encuentra en el *Artois*. Se les practica valiéndose de *sondas* ó *taladros de minero*, que se introducen en el suelo con ayuda de poderosas máquinas, hasta que se encuentre un manantial subterráneo. El agua sale entonces por el agujero producto de la perforación. — Son conocidos desde la más remota antigüedad.

Los hay en Egipto, en el Sahara, en Persia y China; es el único medio de procurarse agua en las regiones donde no la hay.

Estos pozos ó *fuentes de taladro* no dan resultados más que allí donde existe una capa de terreno *permeable* (que el agua puede atravesar) entre dos *impermeables* (que el agua no puede atravesar). Si estas capas subterráneas forman una pendiente, el agua que ha pasado á través del terreno permeable se reúne en la parte inferior y forma una especie de lago subterráneo; si se practica un taladro en la capa impermeable, el agua sube hasta una altura *AC* igual á la del punto donde penetra en la tierra, con arreglo al principio de que los líquidos en vasos comunicantes abiertos tienden siempre á ponerse á nivel.



Pozo artesiano.

El objetivo de la expedición de que Móser formaba parte era la perforación de algunos de esos pozos en un oasis del Sahara donde los había habido en otro tiempo; pero donde la incuria de los árabes los había dejado entullecarse con arena.

La caravana avanzaba por el desierto. La llanura se presentaba ya desnuda, ya cubierta por una hierba dura, propia de la región y llamada *drin*, que con frecuencia forma matorrales espesos. Se da como pasto á los camellos.

Á alguna distancia de Uargla la caravana tomó varios guías tuaregs. Estos hombres llevaban un traje de algodón azul oscuro, compuesto de pantalones que les caían hasta media pierna y de una especie de blusa ceñida á la cintura. De una correa de cuero encarnado colgaba una ancha cartuchera. Su tocado consistía en una especie de gorra, rodeada por una banda que les cubría la parte superior del rostro, mientras que un velo negro denominado

lizam les ocultaba la inferior, pues los tuaregs llevan siempre tapada la cara. Por el contrario, sus mujeres no usan velo, distinguiéndose en esto de todas las restantes de Oriente. Esos tuaregs estaban armados de lanzas y de las sillas de sus cabalgaduras llevaban algunos de ellos colgando sus fusiles. Iban montados, como todos los hombres de la escolta, en *meharíes*, mientras que los bagajes, donde la caravana llevaba un centenar de toneles llenos de agua, estaban cargados en camellos de inferior calidad.

Tuaregs. — Pueblo del Sahara. Son *nómadas*, es decir, que viven en tiendas y no construyen moradas fijas. No ejercen ninguna industria ni hacen comercio alguno. Viven del producto de sus ganados y con frecuencia á expensas de las caravanas que cruzan el desierto. Los tuaregs saben viajar, se guían por las estrellas, conocen los pozos y los pastos y esto hace que se les elija con frecuencia como guías de las caravanas. Bajo su dirección no hay peligro de extraviarse; pero más de una vez han hecho traición á los viajeros que se habían puesto en sus manos. En 1879, una expedición científica mandada por el coronel *Flatters* fué asesinada por ellos.

III. — UN VIAJERO MÁS.

Todos los camellos habían desfilado con su carga delante del oficial encargado de la inspección de los bagajes. Éste examinó con particular atención los que llevaban los víveres, hasta ver que todo se encontraba en orden perfecto; pero miró menos á los que transportaban las tiendas; de otro modo, no habría dejado de fijarse en uno cuya carga parecía dispuesta de distinta manera que en los demás. También hubiese podido observar que de tiempo en tiempo el montón de lona que la constituía se agitaba, se entreabría y aun exhalaba una especie de quejido.

El calor era abrasador. Después de detenerse la caravana para dejar pasar las horas más pesadas del día, volvió á ponerse en marcha; mas, así que

llegó la noche, todos se pararon de nuevo para acampar, y los soldados se disponían á plantar las tiendas, cuando uno de ellos exclamó:

— ¿Qué veo? ¿Un camello que se descarga solo?

En efecto, del costado de uno de esos animales acababa de caer al suelo una enorme masa, que se agitó un instante, lanzó un quejido y volvió á quedar inmóvil.

— Un muchacho, dijo el soldado abriendo el paquete: ¿qué diablos puede hacer ahí? y sobre todo ¿qué hacía montado? Ea, amiguito, levántate.

El chico á quien el militar hablaba podía tener de doce á trece años y su pálido rostro estaba rodeado de cabellos castaños.

— Es el hijo del sargento, exclamó otro soldado.

— Es verdad, y yo no lo había conocido. Pero ¿qué significa esto? Levántate hombre.

Mas el niño continuaba sin movimiento.

— Si ves que no puede valerse, exclamó el otro.

— Espero que no estará muerto.

— No, añadió el segundo soldado levantándolo en sus brazos; sólo está desmayado.

— ¿Pero qué quiere decir todo esto?

— ¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir?; si acabarás de repetir siempre lo mismo. La cosa no es difícil de adivinar. El chico ha querido seguir á su padre, y éste se oponía: entonces él se montó en un camello en el momento de partir; y como no ha bebido ni comido durante todo el día,



Palmera datilera.

se ha desmayado. Hé ahí lo que esto significa. Y mientras hablaba así, cogía su calabaza donde tenía una mezcla de agua y de aguardiente, y la acercaba á los pálidos labios del niño. Éste la cogió y se puso á beber ávidamente.

— Poco á poco, le dijo el soldado. Modérate, amigo, pues si no, después de haber estado expuesto á morir de sed, bien podrías darte un sofocón.

El muchacho abrió los ojos asombrados. Por de pronto le costó trabajo reunir sus ideas, pero como le volviera la memoria, paseó con inquietud y aprensión la vista sobre las cosas que le rodeaban, como si buscara una persona que desease y que temiese ver al mismo tiempo.

— ¿Quieres saber dónde está tu padre? le preguntó uno de los soldados. No se ha perdido, tranquilízate; pero buena te espera. Mas, después de todo, hay que enterarlo de lo que pasa. Ven conmigo.

— ¡Miguel!, exclamó Móser con estupefacción al ver al niño.

— ¡Padre!.... balbuceó éste.

— Más tarde lo reprenderá V., dijo el soldado; ahora déjelo, pues ni siquiera puede tenerse en pie.

El sargento no pensaba en enfadarse. Por una parte se alegraba de ver á su hijo; por otra le causaba inquietud la idea de las complicaciones que la presencia de un niño podía traer á la expedición.

— ¿Qué va á decir el coronel? exclamaba al llevarse á su tienda. La verdad es que no necesitábamos con nosotros de un chiquillo. Esto gana uno en ser débil. Si no hubiese cedido á tus súplicas, y te hubiera dejado en Biskra, como fué mi intención, en vez de llevarte á Uargla, no pasaría nada de lo que ahora ocurre.

Pero ya era tarde para volver sobre lo hecho; así fué que se contentó con hacer tomar al niño unos reconfortantes, dejando los reproches para el día siguiente. Una hora más tarde, el chiquillo dormía profundamente, tendido en el fondo de la tienda.

IV. — EL PAÍS DE LA SED.

Al día siguiente, Móser no tuvo más ánimo que la víspera para reprender á su hijo. Según le había dicho, era muy débil con él, cosa natural en quien tan cruelmente había sufrido por la pérdida de multitud de seres queridos. Tampoco el coronel pareció muy enfadado. Esta indulgencia enterneció á Miguel más de lo que lo hubieran hecho los reproches y cuando la caravana se puso en marcha al salir el sol, tomó asiento delante de la silla de su padre, con aire contrito y arrepentido.

Los cuatro primeros días transcurrieron bastante bien. Á pesar del calor sofocante del día y del frío excesivo de las noches; no obstante el resplandor del sol que cegaba y del polvo penetrante que secaba la garganta, de la sed que no siempre era dado calmar, pues se necesitaba no gastar demasiada agua, y del hambre que únicamente unos dátiles venían á satisfacer, Miguel lo encontraba todo á su gusto. De tiempo en tiempo se dejaba ver un rebaño de gacelas ó de avestruces que huían delante de la caravana y que iban á esconderse detrás de uno de los grupos de árboles que se alzaban en distintos puntos. El niño los miraba con deleite, admirado de



Avestruz.

liza su agilidad. El cuadrúpedo y el ave rivalizaban en velocidad, hendiendo este último el espacio con sus dos largas patas, y agitando sus alas para ayudarse en la carrera.

Avestruz. — Es una de las aves mayores que existen. Vive en bandadas en los desiertos de África y de Arabia. Las hembras no construyen nidos y se contentan con depositar sus huevos en la arena, donde basta para empollarlos el calor del sol. Las plumas de esta ave son objeto de un comercio importante, y en el Cabo se crían manadas de avestruces con este fin. Aunque ave, no vuela, pero corre con tal rapidez que ningún animal puede alcanzarla.



Gacela.

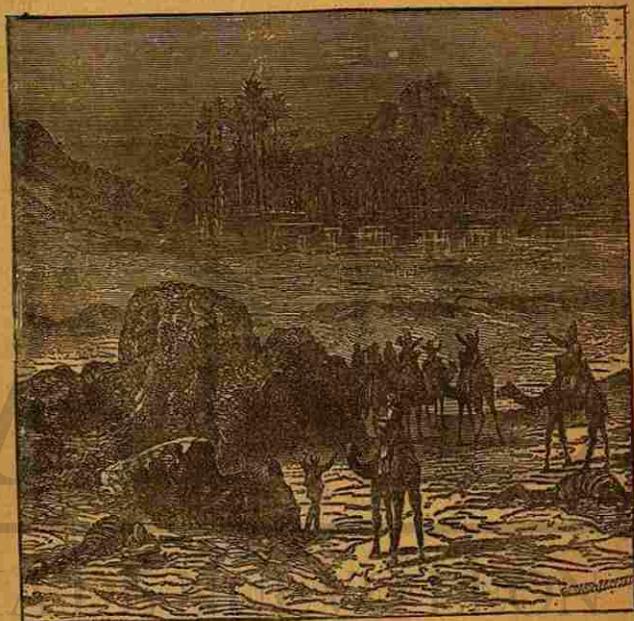
Gacela y Antilope. — Cuadrúpedos que pertenecen á la clase de los rumiantes ó animales provistos de cuatro estómagos. La *gacela* tiene poco más ó menos el tamaño y las formas del corzo; su cabeza está adornada de pequeños cuernos muy elegantes. La ligereza, flexibilidad y agilidad de este animal son notables. — Al mismo género que la *gacela* pertenece el *antilope*, cuyos cuernos se asemejan á los de aquella; también presenta la misma ligereza y elegancia de formas; pero su tamaño es mayor: su natural, como el de la *gacela*, es tranquilo y sociable, excepto cuando se trata de defender á sus pequeñuelos. Estos dos animales viven principalmente en África.

Desde por la mañana el cielo parecía de plomo; los pozos que se encontraban no daban sino agua salobre que ni aun los camellos bebían con gusto, á pesar de que no son difíciles de contentar. Y la provisión de agua de Uargla se había gastado, no obstante la economía con que se la distribuía; los barriles estaban vacíos y si no se encontraba aquel día ó al siguiente un buen manantial, las privaciones iban á ser terribles.

Á pesar de la satisfacción que sentía por haberse reunido otra vez con su padre, Miguel empezaba á sentir los efectos de la sed; su lengua se pegaba al

paladar, sus sienes se oprimían, y por momentos se apoderaba el vértigo de su cerebro; creía que todo daba vueltas y bailoteaba en torno suyo.

Los hombres de la expedición se encontraban todos bajo aquella influencia molesta y marchaban en silencio. Durante varias horas se había seguido



El espejismo.

una dirección en que, según los guías, debía encontrarse un manantial abundante. El calor era cada vez más pesado. El viento empezaba á soplar, levantando nubes de polvo tan densas que á unos cuantos pasos no se distinguía absolutamente nada; el aire era ardiente; á eso de las dos llegaron todos completamente extenuados al sitio que se buscaba;

pero el pozo se había secado y las escasas gotas de agua que aun quedaban en él eran tan nauseabundas que hasta los camellos se negaron á beberla.

De pronto, Miguel lanzó una exclamación de alegría.

— Padre, exclamó, padre, nos hemos salvado; allí tenemos agua.

Y señaló delante de él.

— Sí, repitieron multitud de voces; agua, tenemos agua.

— ¿Agua? preguntó Móser á su vez.

— Allá, delante de nosotros, continuó diciendo el niño, á la vez que señalaba, es un lago, un hermoso lago azul. Pronto vamos á llegar á él. ¡Qué dicha, qué alegría beber hasta que ya no tiene uno sed!

— ¿Crees ver un lago, pobre hijo mío?

— Ciertamente; un lago rodeado de palmeras.

— ¡Ah! ese lago no existe, ó mejor dicho existe lejos, muy lejos de aquí. Es un efecto del espejismo.

— ¡Oh, murmuró Miguel, estaba tan seguro de ello!

— La verdad es que la cosa es fastidiosa, dijo uno de los soldados y que....; cuando pensábamos regalarnos!.... Nunca he bebido un vaso de vino con tanto gusto como el que tendría en tomarme ahora un vaso de agua; pero basta... callaremos. No hay que dar mal ejemplo á ese chiquillo ni que los moritos puedan decir que un soldado francés no sabe soportar los sufrimientos tan bien como ellos.

Animado por esta resolución, el militar se enderezó sobre los estribos y ya no volvió á oírse salir la menor queja de aquellas gargantas oprimidas por la sed, que es sin embargo la más horrible de las torturas, como lo saben perfectamente los que la han sufrido. Sin embargo, el día pasó sin que se descu-

briera pozo ni fuente alguna; por lo menos la noche trajo consigo el fresco, y casi diremos el frío; pues en aquel clima extraordinario, el termómetro pasa á menudo de cincuenta grados de calor durante el día á seis ó siete de frío por la noche, esto es, de la temperatura de un verano tórrido á la del invierno en los países glaciales.

Espejismo. — Fenómeno de refracción que hace aparecer como cercano lo que está lejos, ó delante lo que está detrás. Se le observa con frecuencia en las llanuras arenosas calentadas por el sol. Entonces se ve en el horizonte una inmensa superficie de agua, donde se reflejan como en un espejo (por esto se llama el hecho *espejismo*), las nubes, el cielo, los árboles que á menudo están á muchas léguas de distancia.

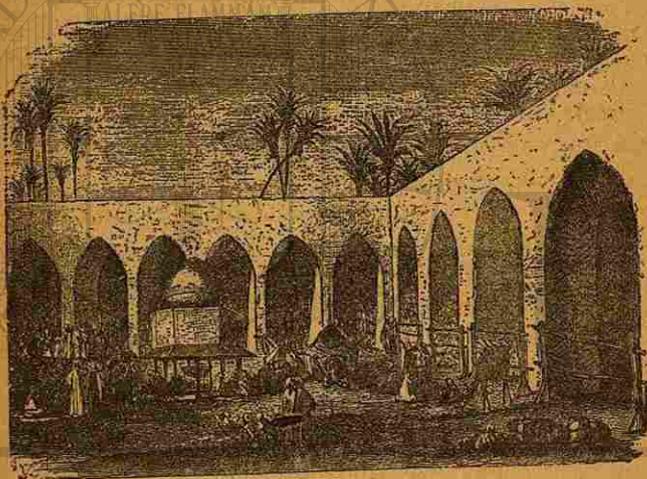
V. — EL SIMÚN. — EN EL DESIERTO DEL SAHARA.

Á los dos días de espera y de inútiles pesquisas, se había acabado por encontrar agua; los miembros de la caravana habían recobrado sus fuerzas y marchaban con mucho ánimo, cuando de pronto empezó á soplar con violencia el viento, levantando un polvo fino y ardiente que iba á picar el rostro de los viajeros como si hubiese estado compuesto de pequeñas agujas aceradas. El sol se oscureció y el desierto tomó tonos grises uniformes.

— El simún, exclamó uno de los jefes; y haciendo señas á los que le seguían para que lo imitasen, se tiró de su caballo. Todos siguen su ejemplo; los tuaregs colocaron á los camellos en fila por la parte de donde venía el viento, de modo que formasen una especie de pantalla, detrás de la cual oficiales, soldados y obreros se recuestan en el suelo, con arreglo á la orden recibida, envolviéndose en sus ropas. Así se defendieron lo mejor que podían contra el terrible enemigo, quitándose de encima con los manos la arena á medida que iba amontonán-

dose sobre ellos; sin embargo, esto no impide que el polvo les penetre en los ojos y en la boca, por más que procuran tenerlos bien cerrados, y además les seca la garganta y el pecho, redoblando los sufrimientos que la sed les causaba.

Simún. — Del árabe *samma*, envenenar; viento del sur que sopla de tiempo en tiempo en los desiertos de África y de Arabia, levanta nubes de arena y causa en ocasiones la muerte de caravanas enteras.



Posadas de las caravanas.

Durante dos horas sopló con violencia el huracán, enviando sobre la caravana olas de arena. Al fin la furiosa batalla de los elementos empezó á calmarse, pero los infelices viajeros estaban muertos de cansancio. Por fortuna se alcanzó al fin el oasis de *Temasinim*, en que la vista descansa al contemplar las palmeras, las mimosas y las acacias, que rodean unos pobres *gurbis* ó chozas de ramas habitadas por los negros del Sahara, y donde había un *parador* ó *posada* para las caravanas.

Posadas de las caravanas. — Son unos grandes paradores que existen en los países musulmanes. Casi todas fueron fundadas ó sostenidas por príncipes ó grandes personajes para que sirvieran de refugio á las caravanas. Se componen ordinariamente de una inmensa sala, de piedra ó mármol, donde está situada una fuente en que los viajeros apagan la sed y que sirve para las abluciones prescritas por la religión mahometana. Su único mueblaje consiste en un banco dispuesto á lo largo de las paredes y que sirve de asiento ó de cama, según se quiera. El parador más hermoso para las caravanas que existe es el de *Kachán*, en Persia. El gobierno francés ha creado algunos en Argelia.

VI. — EL ATAQUE.

Hacia ya más de una semana que se había salido de *Temasinim*. Un día, á eso de las cuatro de la tarde, la caravana se detuvo á orillas de un charco á que daban sombras algunas palmeras para que bebiesen los animales.

Hasta entonces las relaciones con los jefes tuaregs habían sido muy cordiales. Cuál no fué pues el asombro de Miguel, cuando al ir á orillas del charco á dar de beber al meharí de su padre, se encontró con que *Hasán*, uno de los jefes de la escolta lo interpelaba con violencia, diciéndole :

— Tu camello no beberá con los demás; márchate.

— Si es el de mi padre, contestó el niño.

— No importa, añadió ásperamente el tuareg. Ya aquí no estamos en Argelia, sino en el desierto. Ahora no sois los más fuertes y tenéis que obedecernos.

— Un oficial francés, exclamó Miguel con animación, no se deja imponer la ley; mi padre no obedecerá.

— Por de pronto, tú vas á obedecer, replicó el tuareg, y arrancando las riendas de manos de Miguel, lo echó á rodar al suelo.

Móser, que estaba ocupado en tomar algunas disposiciones, no oyó el principio del altercado. Llegó

en el momento en que terminaba y como se lanzara sobre Hasán para pedirle una explicación, éste echó mano de su fusil y lo descargó en el aire.

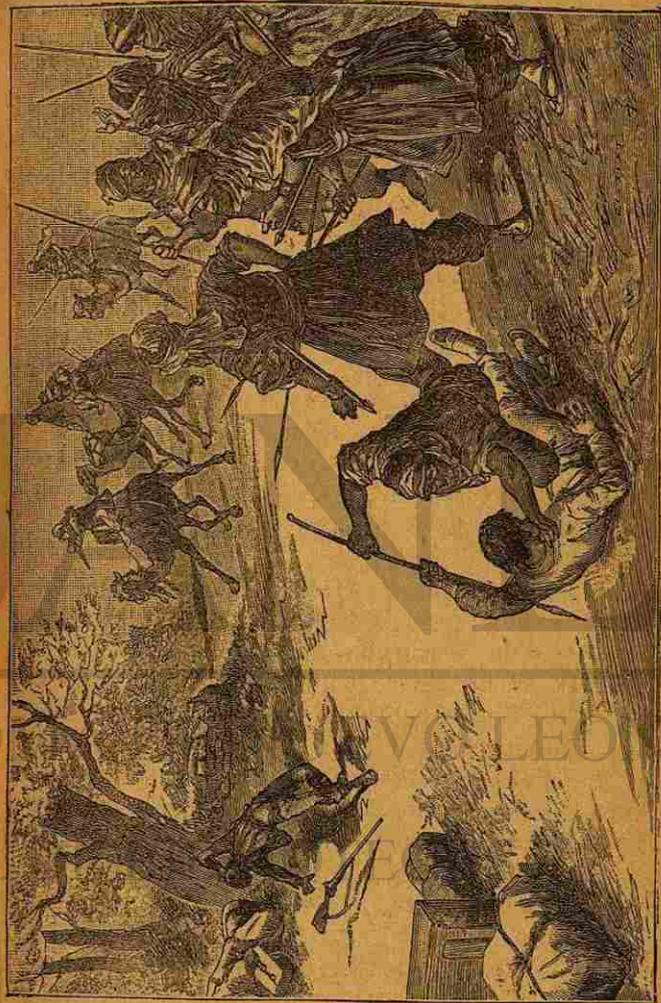
Inmediatamente aparecieron en lo alto del talud que rodeaba el charco y que ocultaba lo que ocurría en las inmediaciones multitud de tuaregs. Antes que los franceses, sorprendidos por tan brusco ataque, tuvieran tiempo para coger sus armas, ya estaban rodeados y puestos fuera de combate.

En cuanto á Móser, al ver el gesto amenazador del tuareg, descargó también su fusil, y en el momento en que el traidor Hasán daba á sus cómplices la señal del ataque, caía mortalmente herido.

El tuareg, vino al suelo, pero Móser fué derribado por los golpes de otro de los asesinos; después éste, cogiendo á Miguel, que se precipitaba gritando y llorando en socorro de su padre, lo cargó en su camello delante de sí y escapó á todo el correr del cuadrúpedo.

Miguel procuró por de pronto defenderse con los pies y las manos; pero Abd-el-Hakam, sin disminuir la velocidad de su marcha, no tardó en reducirlo á la impotencia con ayuda de una larga cuerda de pelo de camello. Sin embargo, el niño seguía llamando á su padre en medio de sollozos, pero ni los gritos ni las lágrimas parecían conmover al tuareg, quien después de haber corrido por largo rato, se paró cerca de una charca, bajó de su cabalgadura, se lavó una herida que había recibido en la pelea, bebió un poco de agua, y volviendo á montar en su camello, esperó.

Este charcodebía haber sido designado de antemano como lugar de cita, puesto que al cabo de una hora empezaron á llegar los tuaregs, no tardando en encontrarse reunidos una veintena de hombres. El



El combate.

resto de la banda había tomado probablemente otra dirección. Algunos de los recién llegados se bajaron de sus camellos para darles de beber y hacer ellos sus abluciones esto es, para meter en el agua las manos y la cara, según lo dispone la religión musulmana; y al fin la banda, ya reconstituida, echó á andar desierto adentro.

VII. — LA HUÍDA. — ENTRE LOS TUAREGS.

Miguel no había tardado en notar que sus esfuerzos para escaparse eran inútiles, y además ¿de qué le habría servido lograrlo? Lo llevaban con tal velocidad, que en unos cuantos minutos se encontró á considerable distancia del sitio del combate. Un viento fuerte que se había levantado borraba inmediatamente los rastros que los pies de los camellos dejaban en la arena; no podía en consecuencia abrigar la más ligera esperanza de volver al lado de su padre. La idea de estar separado para siempre de él lo llenaba de pena. Lo que aumentaba la amargura de su ánimo era la persuasión en que estaba de que su arrogancia había sido causa de la querrela. Si se hubiera mostrado más suave y conciliador tal vez no habría ocurrido nada. Su padre cayó por defenderlo; qué desesperación para él!

Los acontecimientos relatados habían ocurrido con demasiada rapidez para que Miguel pudiera darse cuenta de lo ocurrido; de otro modo era fácil comprender que la columna expedicionaria había caído en una celada y que las simples palabras de un niño no podían provocar tan grave conflicto.

En efecto, el cheick Hasán odiaba mortalmente á los franceses y si se había encargado del mando de la caravana era para llevar á una emboscada los miembros de la expedición; su fanatismo le hacía

considerar como meritoria la traición de que era víctima un enemigo.

Mientras Miguel iba haciéndose las reflexiones que hemos dicho, Abd-el-Hakam continuaba andando con toda la rapidez de que era susceptible su meharí; sin embargo, cada vez que se presentaba la ocasión hacían alto, ya para dejar respirar á los animales, ya para descansar ó comer, casi siempre dátiles y *alcuzcuz*, especie de poliadas hechas con harina de maíz y trigo, diluido en agua ó en caldo.

El primer día, Miguel se negó á aceptar el alimento que le ofrecían; pero al siguiente triunfó la necesidad y aunque le daba vergüenza tener hambre, tomó algunos dátiles. Entonces sus ideas se aclararon y empezó á oír y á observar lo que se decía y se hacía en torno suyo.

La banda seguía siempre hacia el sudeste con la misma rapidez. Ni los hombres ni los camellos parecían sentir cansancio alguno. Detrás se habían quedado las bestias de carga bajo la custodia de otra banda, á fin de no sufrir retraso y hasta habían dado á Miguel un meharí. Esto satisfizo en cierto modo al niño, pues le evitaba el contacto con el asesino de su padre.

Lo que no hubiera podido decir es cuántos días pasaron así. Al fin se llegó á un punto que parecía el campamento de sus carceleros. Era una reunión de miserables tiendas, donde vivían las mujeres y los niños de la tribu. Los tuaregs descansaron allí algún tiempo y luego volvieron á sus vagabundas correrías, aunque de esta vez sin llevar con ellos á Miguel, que fué confiado á la vigilancia de las mujeres tuaregs.

El niño no tardó en lograr que le cobrasen cariño, por lo complaciente que era con ellas; pero sus costumbres no dejaban de causarles bastante extrañeza. Los beréberes tienen, como todos los orientales, la

resto de la banda había tomado probablemente otra dirección. Algunos de los recién llegados se bajaron de sus camellos para darles de beber y hacer ellos sus abluciones esto es, para meter en el agua las manos y la cara, según lo dispone la religión musulmana; y al fin la banda, ya reconstituida, echó á andar desierto adentro.

VII. — LA HUÍDA. — ENTRE LOS TUAREGS.

Miguel no había tardado en notar que sus esfuerzos para escaparse eran inútiles, y además ¿de qué le habría servido lograrlo? Lo llevaban con tal velocidad, que en unos cuantos minutos se encontró á considerable distancia del sitio del combate. Un viento fuerte que se había levantado borraba inmediatamente los rastros que los pies de los camellos dejaban en la arena; no podía en consecuencia abrigar la más ligera esperanza de volver al lado de su padre. La idea de estar separado para siempre de él lo llenaba de pena. Lo que aumentaba la amargura de su ánimo era la persuasión en que estaba de que su arrogancia había sido causa de la querrela. Si se hubiera mostrado más suave y conciliador tal vez no habría ocurrido nada. Su padre cayó por defenderlo; qué desesperación para él!

Los acontecimientos relatados habían ocurrido con demasiada rapidez para que Miguel pudiera darse cuenta de lo ocurrido; de otro modo era fácil comprender que la columna expedicionaria había caído en una celada y que las simples palabras de un niño no podían provocar tan grave conflicto.

En efecto, el cheick Hasán odiaba mortalmente á los franceses y si se había encargado del mando de la caravana era para llevar á una emboscada los miembros de la expedición; su fanatismo le hacía

considerar como meritoria la traición de que era víctima un enemigo.

Mientras Miguel iba haciéndose las reflexiones que hemos dicho, Abd-el-Hakam continuaba andando con toda la rapidez de que era susceptible su meharí; sin embargo, cada vez que se presentaba la ocasión hacían alto, ya para dejar respirar á los animales, ya para descansar ó comer, casi siempre dátiles y *alcuzcuz*, especie de poliadas hechas con harina de maíz y trigo, diluido en agua ó en caldo.

El primer día, Miguel se negó á aceptar el alimento que le ofrecían; pero al siguiente triunfó la necesidad y aunque le daba vergüenza tener hambre, tomó algunos dátiles. Entonces sus ideas se aclararon y empezó á oír y á observar lo que se decía y se hacía en torno suyo.

La banda seguía siempre hacia el sudeste con la misma rapidez. Ni los hombres ni los camellos parecían sentir cansancio alguno. Detrás se habían quedado las bestias de carga bajo la custodia de otra banda, á fin de no sufrir retraso y hasta habían dado á Miguel un meharí. Esto satisfizo en cierto modo al niño, pues le evitaba el contacto con el asesino de su padre.

Lo que no hubiera podido decir es cuántos días pasaron así. Al fin se llegó á un punto que parecía el campamento de sus carceleros. Era una reunión de miserables tiendas, donde vivían las mujeres y los niños de la tribu. Los tuaregs descansaron allí algún tiempo y luego volvieron á sus vagabundas correrías, aunque de esta vez sin llevar con ellos á Miguel, que fué confiado á la vigilancia de las mujeres tuaregs.

El niño no tardó en lograr que le cobrasen cariño, por lo complaciente que era con ellas; pero sus costumbres no dejaban de causarles bastante extrañeza. Los beréberes tienen, como todos los orientales, la

costumbre de encargar á las mujeres de los trabajos duros y penosos. Ellas son las que van á sacar el agua, las que muelen el grano destinado al alcuzcuz, y las que recogen los forrajes que se dan como pasto á los animales. Miguel las ayudaba en estas tareas con tanto mayor gusto cuanto que las infelices le daban lástima. Su sangre de francés se sublevaba cuando las veía ejecutando trabajos superiores á sus fuerzas. Por esto era él quien llevaba á la tienda el cántaro de agua demasiado pesado, y el que daba al molino para fabricar la harina de mijo; él era quien cuidaba el pequeño ganado de ovejas y de cabras cuya leche y cuya carne forman el principal alimento de los tuaregs cuando no están en campaña, y él quien iba á cortar en las inmediaciones el *ajenjo*, la *acacia*, la *ortiga*, la *retama espinosa* y las demás plantas que servían para sustentar á los animales.

Habiendo vuelto los hombres y como ya los pozos no daban agua, levantaron las tiendas, subieron sobre los camellos las mujeres y los niños y se echó á andar, siempre hacia el sudeste; al cabo de una semana de marcha, llegaron á un punto que pareció bueno á los jefes, y allí se acampó de nuevo.

Un día, los dueños de Miguel se lo llevaron y no volvieron á traerlo, porque otros bandidos del desierto lo compraron. ¿En cambio de qué? Probablemente por pólvora, objeto de gran valor para ellos, ó por sal, producto muy raro y en consecuencia muy estimado en ciertas partes de África. Los nuevos propietarios del niño pertenecían también á una tribu nómada, y se lo llevaron más al sur todavía.

Durante varias semanas se continuó avanzando en la misma dirección; el sol derramaba torrentes de fuego sobre el desierto. Miguel se había puesto tan flaco y débil que apenas podía sostenerse; dejaba,

pues, que lo llevase como quería su cabalgadura, y parecía tan inerte como los objetos que formaban la carga de los demás camellos.

De tiempo en tiempo se divisaba en el horizonte un punto negro que iba aumentando poco á poco y que acababa por convertirse en una larga línea: era alguna caravana procedente de *Tombuctú*, de *Kano*, de *Sokoto* ó de *Kuka*, ciudades del *Sudán*, y que iban á llevar á *Gadamés*, punto meridional de la *regencia de Túnez*, al oasis de *Tuat*, que se encuentra al sur de Marruecos, ó bien á *Argelia* los productos de esas lejanas regiones, para que desde allí pasaran á Europa.

Apenas distinguían los tuaregs la línea negra, cosa que les pasaba mucho antes de que Miguel la viese, se adelantaban para darse cuenta de si los viajeros eran numerosos y podían resistir un ataque. La mayor parte de las veces éstos iban preparados, pero en ocasiones solían volver los bandidos cargados de botín.

VIII. — NUEVOS AMOS. — EL SUDÁN; SUS PRODUCCIONES.

Un día sintió Miguel con indecible placer que un viento fresco y húmedo oreaba sus ardientes mejillas; pequeñas nubes blancas flotaban en el aire; el aspecto del país no era el mismo; ya empezaban á distinguirse algunos árboles, que al principio parecían aislados, pero que no tardaron en dejarse ver reunidos en grupos y al fin en grandes bosques. La caravana avanzaba á la sombra de sus hojas, deteniéndose á veces junto á un *árbol de la manteca*, de una *platanera*, de un *tamarindo*, de un *bombax*, de un *baobab* cuyas ramas formaban un abrigo impenetrable á los rayos del sol ó de una *sensitiva* de delicado follaje. Ya habían salido del « país de la

sed »; y estaban en el *Sudán* ó *Nigrícia*, vasta región que ocupa todo el centro de África.

Árbol de la manteca, ó basia, llamado también karité. — El nombre de árbol de la manteca le ha sido dado porque su fruto, especie de castaña, tiene el gusto de la manteca y puede ser utilizado lo mismo que ésta. Dicho artículo es objeto de gran comercio en la costa de Guinea.

Platanera ó bananero. — Vegetal que se eleva hasta cuatro ó cinco metros (también las hay enanas) y cuyas hojas suelen alcanzar hasta dos. Del ramo que forman sale un racimo de frutos (*plátanos* ó *bananas*) que tienen gusto de manteca un tanto azucarada. Este árbol es la providencia de los países donde se da. Gracias á él nadie muere de hambre pues cada pie produce hasta cincuenta kilogramos de frutos y una plantanera da ciento treinta y cinco veces lo que un campo de trigo.



Platanera.

eleva hasta treinta y cinco metros: el tronco, que es corto y voluminoso, llega en ocasiones á veinticinco y treinta metros de circunferencia. Este árbol crece en toda el África occidental, sobre todo en el Senegal. Los negros hacen con sus hojas una tisana calmante y las mezclan también con sus alimentos.

Bombax. — Árbol que se denomina también *quesero* por ser su madera blanquecina y muy blanda. Es muy elevado y de tronco muy grueso. Con él fabrican los salvajes sus piraguas y toneles para el azúcar.

Sensitiva. — Arbusto de flores rosadas y blancas y de hojas tan delicadas que no es posible tocarlo sin que se estremezca.

Miguel había cambiado de dueños una vez más; ahora estaba en poder de los *Fulahs* ó *Fellatahs*, también denominado *Peules*, y que son negros cruzados con *beréberes*. Han adoptado el islamismo ó

religión de Mahoma y forman parte de la población de la *Nigrícia* ó *Sudán*.

Mientras atravesaban el desierto apenas si Miguel distinguió á lo lejos algunas *gacelas* ó *antílopes*, que huían con la rapidez del viento; ahora esos lindos animales aparecen en bandadas numerosas. Las *jirafas* alzan su amarillento cuello, matizado de oscuro, entre las ramas de las sensitivas; los *elefantes* andan gravemente en bandas, dirigiéndose á los estanques y los arroyos donde van á beber; los *avestruces* recorren la llanura; multitud de *zancudas*: *flamencos*, *garzas*, *grullas*, se consagran á la pesca en las orillas de las aguas corrientes; por entre la hierbas se deslizan las serpientes; innumerables aves revolotean entre las ramas de los árboles, en compañía de *monos* de diferentes especies, mientras que las *bestias feroces*,



Jirafa.

es decir, los *leones*, *leopardos*, *chacales* y *hienas* esperan ocultos en la sombra el momento de apoderarse de su presa; pues, en esa región, la *fauna* (conjunto de los animales de un país) es tan rica como la *flora* (conjunto de las plantas).



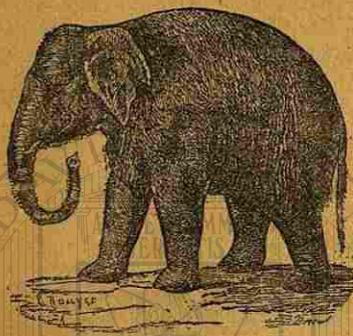
Hiena.

Hiena. — Uno de los animales carnívoros más feroces. La hiena no sale sino de noche para desenterrar los cuerpos muertos con que se alimenta. Vive en la mayor parte del antiguo continente.

Chacal. — Cuadrúpedo carnívoro del género *canis* (perro). Se parece algo al lobo y á la zorra. Vive en bandadas en Asia y África;

es muy voraz, pero sólo se alimenta con cadáveres. Durante la noche deja oír un quejido muy particular.

El leopardo y la pantera se parecen mucho. Son dos cuadrúpedos que forman parte, como el león y el tigre, del género *felix* (gato, felino). La piel es en ambos leonada, con manchas negras. Son muy feroces. — El leopardo es mayor que la pantera, y habita los bosques de África y de la India, mientras que la pantera no se encuentra sino en las partes cálidas de Asia y del Archipiélago indico.



Elefante.

pero no come ni bebe con el mencionado órgano. Se alimentan con hierba, frutos y hojas. A pesar de su aspecto pesado, corren con gran velocidad; pero no pueden volverse fácilmente.

El elefante no existe sino en África, la India y en Indochina. El de África tiene los colmillos mucho mayores que su congénere asiático; tienen próximamente el mismo tamaño.

En las Indias se ha domesticado este animal, y ejecuta algunos trabajos; transporta fardos así como la artillería en tiempo de guerra. En otro tiempo los asiáticos le tributaban honras casi divinas.



Mosquito.

Jirafa — Cuadrúpedo del orden de los *rumiantes*. Todo el mundo conoce el largo cuello y las inmensas patas de la jirafa, lo mismo que su magnífico pelaje, análogo al de la pantera. Es un animal de carácter tranquilo, que se alimenta con vegetales, y cuya rapidez en la carrera sólo puede compararse con la del caballo. No se le encuentra sino en África.

Pero si en el Sudán se encuentran multitud de animales hermosos, grandes y fuertes, también se encuentran miríadas de otros pequeños: *escorpiones*, *hormigas* y *mosquitos*, que pululan en la región y que son muchísimo más temidos que las bestias



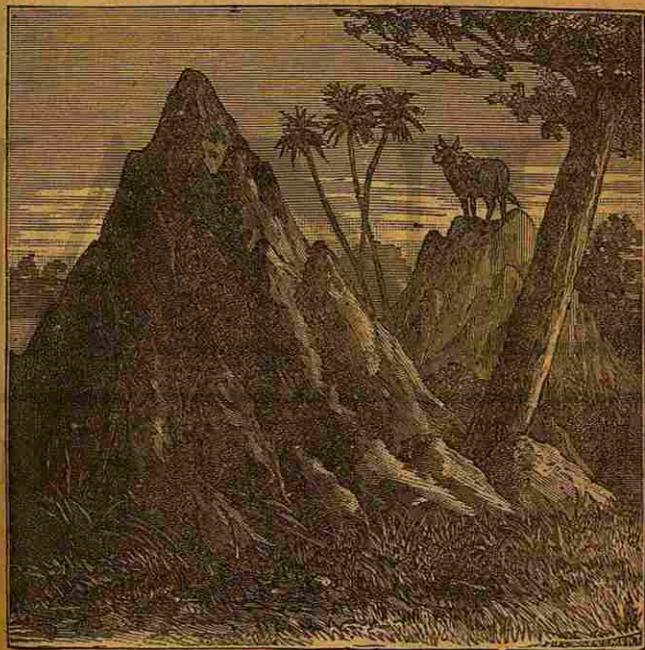
Escorpión.

feroces por los habitantes, porque es mucho más difícil defenderse de ellos que de las primeras.

En más de una ocasión había observado Miguel unas construcciones parecidas á chozas de negros. Eran de forma piramidal, y estaban adornadas de una especie de terrados á que los animales parecían tener gusto en subirse. Habiéndose acercado á uno de esos montículos, vió con extrañeza que no tenía entrada de ninguna especie. Las pirámides



Hormiga blanca ó carcoma.



Nidos de carcomas.

que había tomado por habitaciones humanas eran nidos de *hormigas blancas*.

Hormigas blancas, carcoma ó termes. — Insecto análogo á la hormiga ordinaria, pero que parece enemigo declarado del hombre, pues destruye cuanto nosotros empleamos: artículos alimenticios, vestidos, casas y hasta los huques. Las habitaciones que se fabrica con tierra desleída, son muy sólidas y resisten por espacio de siglos al furor de los elementos. A veces tienen hasta cuatro y cinco metros de alto y comprenden multitud de habitaciones distintas. La hormiga blanca no vive sólo en Africa; también la hay en Europa. Pulula en el sudoeste de Francia, y las casas de ciertas ciudades como las de Rochefort están minadas por este insecto.

Mosquito. — Es una verdadera calamidad, no sólo en los países cálidos sino también en los del Norte, como Suecia y Laponia, donde sus incesantes picaduras son el tormento de los habitantes. Para preservarse de ellos durante la noche se rodean las camas de una gasa llamada *mosquitero*.

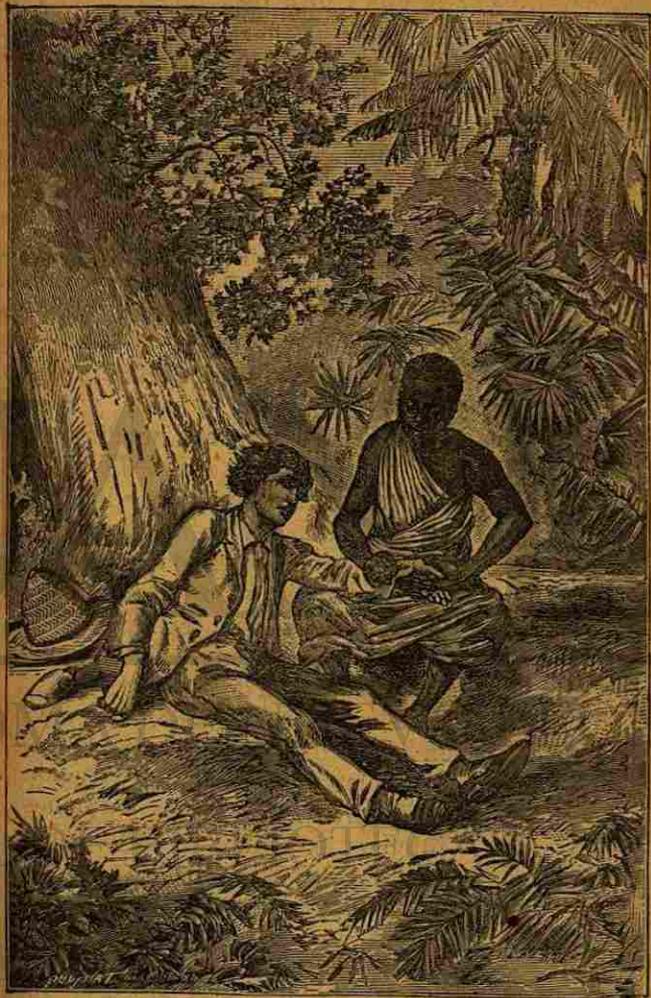
Escorpión. — Arácnido de unos quince centímetros de largo, que habita en los países cálidos; está provisto por la parte anterior de dos pinzas y posee cuatro pares de patas que recuerdan las de los cangrejos. Su cola, muy larga, termina en un dardo cuya picadura, mortal siempre para los animales menores, no suele serlo para el hombre.

IX. — ENTRE LOS FELLAHS. — UN AMIGO.

Mignel llegó en compañía de sus amos hasta una población rodeada de murallas y de antiguas torres conservadas cuidadosamente; era *Kano*, la primera plaza de comercio del Sudán. Admiróle mucho encontrar allí alfareros, armeros, joyeros y herreros, y ver en las tiendas cueros bordados al estilo moruno, telas de algodón tan brillantes como la seda y pintadas con los más vivos colores. No sabía que los negros del Sudán fueran tan industriosos.

Ya llevaba allí quince días, sin saber qué se proponían hacer de él cuando una mañana se sintió atacado de grave malestar; sentía una postración invencible; ya no veía, tenía náuseas y sus sienas latían con fuerza. Esto era efecto de la insalubridad de la población, causada por la suciedad que hay en ella. Salió, pues, de su choza y fué á echarse al pie de un baobab.

Desde el día en que lo hicieron prisionero, se entregaba á los más tristes ensueños. La imagen de su padre, la de su hermanita Lucía, que sólo había



Le tomó el pulso con gravedad.

visto dos veces pero de la cual conservaba tiernísimo recuerdo, pasaban una y otra vez ante su vista. Preguntábase si volvería á verlos alguna vez, si su padre volvería á poner la mano sobre la cabeza de su hijo, según hacía cuando estaba satisfecho de él; si sentiría de nuevo en torno de su cuello los cariñosos brazos de su hermanita, si vería una vez más la sonrisa de la niña. ¡Ay! ¿cómo podía hacerse ilusiones semejantes? ¿Acaso no había visto al tuareg descargando el fusil contra su padre? ¿No vió caer á Móser? Sin embargo, podía no haber muerto; quizás sólo estaba herido; pero ¿qué más daba? Para él estaba perdido. ¿Cómo iba un pobre niño, prisionero en el fondo de África, á atravesar nunca la distancia que de seres tan caros lo separaba? Y de nuevo pasaba entonces ante su vista medio turbia la cara sonrosada y la cabecita rubia de su hermanita. Mas, de pronto, otra aparición vino á distraerlo de sus pensamientos. Por entre las ramas del árbol á cuya sombra se había refugiado aparecía una cabeza, no sonrosada y rubia, sino crespada y negra. Los dos ojos que la iluminaban, brillantes como diamantes, estaban fijos en los suyos.

Es indudable que la aparición de un rostro negro en Nigracia no tenía nada de sorprendente, y Miguel iba á abandonarse en brazos del sueño cuando el propietario de la cara separó las ramas y se dirigió hacia él.

Era un muchacho próximamente de su edad, de rostro suave é inteligente. Estaba vestido con una tela de algodón azul, fabricada en el país y que constituye el traje de la mayor parte de los habitantes. Cuando llegó junto á Miguel, le cogió el brazo, le tomó el pulso con la gravedad de un médico, murmuró algunas palabras que el otro no pudo comprender y, haciéndole señas de que le esperase donde estaba, desapareció.

Poco después volvió con una calabaza que contenía un brebaje que no era sino una infusión de bayas de *tamarindo*, y la presentó á Miguel, excitiéndole con sus gestos á beber. Éste obedeció maquinalmente y poco después estaba sumido en profundo sueño.

Cuando se despertó, el sol bajaba sobre el horizonte. Había dormido todo el día y se admiró de sentirse muchísimo mejor que por la mañana. Las fuerzas le habían vuelto; sus ideas se habían aclarado y, de no ser tan tristes las circunstancias en que se encontraba, casi se hubiese sentido dispuesto á la alegría.

El grillo seguía á su lado; viendo despertarse á su enfermo, su satisfacción se manifestó con grandes risas; después lanzó multitud de exclamaciones de júbilo, que hicieron sonreír á su nuevo amigo. Éste no comprendía las palabras, pero adivinaba el sentido.

De pronto Miguel recordó que en Biskra había una anciana negra que vendía azúcar candi á los niños de la colonia. Con frecuencia había hablado con ella, divirtiéndose en *hacerle hablar negro*, según él decía. Había conservado en la memoria alguna de las palabras que ella usaba, quizás el negrito podría comprenderlas.

— Gracias, le dijo, con una mirada de reconocimiento.

— ¡Tú hablar hausa! exclamó el médico improvisado en el mismo idioma: ¡tú hablar hausa!

— ¿Eres de aquí? preguntó Miguel.

— No, yo no ser de aquí; pero yo saber hablar hausa.

Efectivamente, el idioma llamado *hausa* es conocido de todos los pueblos del centro de África; es el que sirve para los negocios y transacciones mercantiles.

Los conocimientos de Miguel en esta lengua no eran grandes y le costó trabajo entender á su compañero. Sin embargo, comprendió que se llamaba Zimbo, que había nacido muy lejos, hacia el sur, en un país donde corría un río, que era sin duda el *Benacé*, uno de los afluentes del Níger; que había perdido á su madre hacía muchísimo tiempo; que su padre había muerto en una guerra contra una tribu vecina y que á él lo habían reducido á esclavitud. Ya había conocido varios dueños, y lo iban á llevar á Tombuctú para venderlo otra vez.

Al oír este relato, que en parte sólo pudo adivinar, Miguel se sintió vivamente atraído por este nuevo amigo que la providencia le enviaba y cuyo destino se parecía tanto al propio suyo. No obstante la falta de expresiones que hacía difícil la tarea, procuró expresarle la simpatía que le inspiraba la desdichada suerte que le aguardaba; pero Zimbo no parecía tan alarmado. Sufría las consecuencias de la guerra, y tanto le importaba un dueño como otro.

Por lo demás, se alegraba de ir á Tombuctú, como un niño del fondo de Europa se regocijaría de poder visitar París.

— Tú también ir á Tombuctú, dijo á Miguel con satisfacción.

— ¿Yo?

— Sí, tú también ir á Tombuctú para ser vendido, como Zimbo.

Aunque Miguel había sido ya vendido y que en realidad sabía que era esclavo, le parecía cruel oírlo decir. Con todo, no tardó en hacerse á esa idea. Por imposible que la cosa pareciera, esperaba poder evadirse algún día y se dijo que tal vez Tombuctú presentara más condiciones que los pueblecillos del fondo del Sudán para poder realizar su proyecto.

X. — CAMINO DE TOMBUCTÚ.

Zimbo había dicho la verdad. Al cabo de unas semanas de descanso la caravana volvió á ponerse en marcha, cargada de mercancías y en dirección al oeste.

Esta vez el viaje no se efectuaba en dromedarios: habíanlos abandonado en los confines del desierto y ahora eran asnos y caballos los que cargaban con los hombres y los bagajes.

Al cabo de algunos días se llegó al río Sokoto, afluente del Níger. El país estaba cubierto de verdura; atravesábanse *arrozales* bien cultivados, pues el arroz forma parte de la alimentación de los habitantes; alrededor de las cabañas se extendían plantíos de hortalizas: mijo, habas, cebollas, maíz, trigo, sandías y las piñas ostentaban su dorado fruto coronado por una moña verde.



Arroz.

Arrozales. — Llanuras dispuestas para el cultivo del arroz. Como esta gramínea exige constante humedad, es preciso que los terrenos donde se la cultiva sean regados con frecuencia. Esto se efectúa llevando á ellos el agua por canales y rodeándolos de *diques* ó paredes, que impiden que el agua se escape. En China es donde el cultivo del arroz alcanza su mayor perfección. Este cereal forma la base de la alimentación de casi todos los pueblos africanos y asiáticos, según nos pasa á nosotros con el trigo.

Sandías. — Especie de calabaza cultivada, cuyo fruto tiene la pulpa rosada ó encarnada, de sabor muy agradable y muy gustado en los países cálidos.

Piñas. — Fruto de exquisito perfume, muy usado en confitería y objeto, por esta razón, de importante comercio.

Pero si los viajeros no tenían que temer la falta de alimento, en cambio sufrían mucho por causa de la

presencia de las hormigas, mosquitos y carcomas que pululaban.

De noche era posible preservarse de estas últimas, rodeando el campamento de plantas venenosas; en cuanto á los mosquitos, penetraban en todas partes, picaban las manos y las caras é inflamaban la sangre. Afortunadamente Zimbo hallaba medio de hacer menos dolorosas estas heridas gracias á la aplicación de ciertas hierbas que conocía y que los negros emplean con tal fin.

No obstante el cansancio y los sufrimientos, el viaje causaba cierto placer á Miguel. Tenía un amigo con quien podía comunicar sus pensamientos más

ó menos bien, y además le parecía, sin poder explicar por qué, que andando hacia el oeste iba camino de la libertad.

La intimidad de los dos jovencitos aumentaba cada día. No les habían dado sino un caballo y al andar hablaban; Zimbo, de su país y de su padre; Miguel, de la Francia y principalmente de Argelia. Describía Argel, cuyos edificios se miraban en el Mediterráneo;

Blidah y sus naranjales, donde los frutos se mezclan con las flores; Constantina, asentada sobre su roca; Orán, situada en la falda de una pendiente en el fondo de un golfo. También recordaba la granja de su padre, sus campos, sus praderas y sus numerosos ganados; refería los trabajos: siembras, recolección del heno, las mieses, las vendimias. Zimbo era todo oídos; su simpático rostro negro y reluciente expresaba alegría y cuando un cuadro de los que Miguel trazaba le parecía más se-



Piña.

ductor que los restantes, lanzaba exclamaciones de placer; pero lo que más excitaba su entusiasmo era oír el relato de algunas escenas militares, que á Miguel había referido su padre: la toma de *Argel*, la de *Constantina* por el general Valée, el paso de las *Puertas de Hierro*, estrecho desfiladero en las montañas del *Djurjurah* por el mismo general Valée y por el *duque de Orleans*. Cuando describía los soldados franceses, su marcial apostura; cuando hablaba de su valor, del ardor con que subían al asalto de una fortaleza, el negrito podía apenas contenerse. Al saber que los hombres de su color se alistaban en ciertos regimientos, se prometía para sus adentros entrar algún día en los llamados *turcos* y combatir al lado de los compatriotas de Miguel.

La caravana se detuvo algunos días en *Sokoto*, gran ciudad de cincuenta mil habitantes, para desde allí dirigirse hacia el Níger por *Gando*. Cerca de esta última población se notaba movimiento análogo al que reina en torno de un hormiguero. Bestias de carga, camellos, bueyes, asnos, llevaban de un punto á otro mercaderías y productos de todas clases. Jinetes admirablemente enjaezados pasaban al trote de sus cabalgaduras. De no haber sido los tuaregs que andaban gravemente sobre sus meharíes, siempre con el rostro medio cubierto, Miguel hubiera podido creerse en los alrededores de Argel.

XI. — LAS ORILLAS DEL NÍGER. — TOMBUCTÚ.

El Níger, río que nace en el país de los *Mandingos*, en las montañas que separan la Nigricia del Senegal, corre primero hacia el norte, y luego se dirige al sudeste, describe una gran curva, en cuyo vértice se encuentra *Tombuctú* y va á arrojarle en el golfo de Guinea. Por mucho tiempo se ha creído que era el mismo río que el Nilo y se le denominaba *Nilo negro* en los antiguos mapas. Los primeros exploradores del Níger fueron *Mungo Park*, *Clapperton* y *Lander*, viajeros ingleses de los siglos XVIII y XIX.

Al fin se extendió una inmensa superficie líquida ante la vista de los viajeros. Miguel la contempla con admiración: es el Níger. Las orillas del río presentan mucho movimiento: barcos, hechos con troncos de quejeros, transportan de una orilla á otra los traficantes que van al país de los negros *bambaras*, situado al oeste del Río. La caravana se embarca para dirigirse á Tombuctú y unos negros vestidos con camisas de tela de algodón de singulares dibujos, y con enormes sombreros de paja en la cabeza, empuñan las *pagayas* ó remos para impulsar las piraguas río arriba.

Después de varios días de navegación entre dos márgenes bajas cubiertas de arrozales, se llegó á una especie de rada que formaba el mismo río y los viajeros desembarcaron. El terreno era llano y arenoso; acá y acullá se alzaban grupos diseminados de palmeras, sensitivas y plataneras; unos doce ó quince kilómetros más lejos se distinguían las torres de unas mezquitas. Era la famosa *Tombuctú*.

Esta misteriosa ciudad no había sido visitada hasta entonces más que por dos europeos: *René Caillié*, un francés, en 1828, y *Barth*, un alemán, en 1853.

René Caillié, viajero francés, marchó á los diez y seis años al Senegal con sesenta francos en el bolsillo, donde permaneció mucho tiempo para aprender las lenguas habladas en el interior de África y después penetró, sin apoyo ni recurso alguno, en el continente negro. Así exploró las orillas del Níger y entró en Tombuctú disfrazado de derviche mendicante. La Sociedad de Geografía de París le otorgó un premio de diez mil francos.

De entonces acá, Tombuctú ha sido visitada por otros viajeros. Últimamente entraron en esa ciudad unos oficiales franceses procedentes del Senegal; los recibieron muy bien y todo hace suponer que las buenas relaciones se multiplicarán con dicha población, cosa ventajosa para la colonia francesa del Senegal.

Miguel quedó un tanto desilusionado al entrar en la ciudad, compuesta nada más que de una reunión

de casas de techos planos, á modo de azoteas, y groseramente construídas; sin embargo, hace comercio muy importante; largas caravanas procedentes de Trípoli, de Marruecos y del Sudán desfilaron por sus calles estrechas, en que se aglomeraba considerable masa de gente, compuesta sobre todo de árabes.

En esa población es donde Miguel había pensado poner en práctica su proyecto de evadirse. Mientras marchaba con el resto de la caravana en que iba, recordaba sus conocimientos geográficos; sabía que yendo siempre hacia el oeste se llegaba al *Senegal* y que éste pertenece á Francia, por lo cual sus esperanzas se fundaban en llegar á él. Había hablado de esto con *Zimbo*. El primer móvil que tuvo para informar á su amiguito del proyecto fué el deseo de librarlo de la esclavitud al escaparse él; más tarde, reflexionándolo mejor, comprendió además que semejante empresa sería menos arriesgada ejecutándola dos. El no conocía la lengua ni los recursos del país y *Zimbo* podía serle de mucha utilidad.

El negrillo acogió la proposición con entusiasmo; Miguel había sabido inspirarle tal confianza que sus proyectos le parecían dignos de ciega ejecución y ni siquiera los discutía.

Transeurría el tiempo; ya los jefes habían cambiado parte de sus mercancías por *cauris*, pequeña concha del género porcelana que sirve de moneda en Guinea y en el Sudán occidental. Hasta habían recibido cierta cantidad de piezas de cinco francos con la efigie de la República francesa. Aunque esta moneda sea extranjera en el país, la reciben en él con mucha satisfacción pues una sola pieza vale próximamente tres mil *cauris*.

Ya no les quedaba por vender sino sus esclavos; probablemente los mercaderes que trafican en esta

mercancía no habían llegado aún; pero esto no podía tardar mucho.

XII. — LA EVASIÓN.

Los dos muchachos habían inspirado hasta entonces tan completa confianza á sus amos, que nadie había pensado en atarlos, según se hace algunas veces, ni siquiera en vigilarlos. Así es que iban y venían á su antojo y por las noches volvían tarde al campamento sin que esto llamara la atención. Fácil les fué, en consecuencia, tomar sus medidas para huir. En lo concerniente á las provisiones de viaje, todo se redujo á llenar sus sacos con algunos racimos de dátiles y algunos puñados de mijo, en parte economizados por ellos de lo que le daban para sus comidas, en parte sustraídos á sus dueños. Lo más difícil era despistar á los que se lanzaran en persecución suya.

Miguel había observado á cierta distancia de la posada en que se alojaban sus dueños, las ruinas de una pequeña mezquita. Una fuente que había servido para las abluciones de los fieles musulmanes corría á dos pasos de allí. En este punto fué donde resolvió ocultarse acompañado por Zimbo. Era evidente que no los buscarían tan cerca y que cuando se cansaran de una persecución inútil renunciarían á ella.

La expedición había sido decidida para aquella misma noche. Mientras al caer del día andaban, antes de encerrarse en su escondite, por el camino que llevaba al Niger, el negrito lanzó de pronto una cajada y, arrancando un pedacillo de la blusa de Miguel, que estaba á punto de venirse al suelo, lo colgó en uno de los matorrales del camino.

— ¡Buena idea! exclamó Miguel, tracémosles una

falsa pista; y arrancando á la vez que decía esto lo que quedaba de la cinta de su sombrero, fué á colgarla á cierta distancia de allí, aunque siempre en la misma dirección.

La astucia de Zimbo tuvo éxito completo; como los dos cautivos no habían vuelto al campamento, los fellahs se alarmaron. Una luna espléndida favorecía sus pesquisas; pusiéronse, pues, en campaña para alcanzar á los fugitivos y mientras que los dos amigos se dirigían hacia la mezquita abandonada, los que se llamaban sus dueños montaban á caballo y recorrían los alrededores. No tardaron en descubrir el pedazo de tela y la cinta. Persuadidos, en consecuencia, de que sus cautivos habían tomado la ruta del Niger, se lanzaron á perseguirlos en esa dirección; pero sin lograr nada.

Entretanto Miguel y Zimbo se hallaban acurrucados en su escondite; allí permanecieron una semana hasta que pensando que sus perseguidores debían estar ya desanimados, abandonaron su retiro el séptimo día. Por lo demás, no obstante la parsimonia con que habían vivido, sus víveres se acababan; ya no les quedaba ni un dátil ni un grano de mijo. La noche era clara como las de los trópicos, pero sin luna; deslizaronse á lo largo de los grupos de casas y una vez persuadidos de que todo estaba tranquilo, tomaron de prisa el camino que lleva de Tombuctú al Niger, el mismo por donde los habían buscado, y que era efectivamente el único que les ofrecía probabilidades de salvación. Tenían que recorrer de diez á quince kilómetros, pero ¿qué era esto para ellos?

XIII. — FELIZ ENCUENTRO. — CAMINO DEL SENEGAL.

Todavía era de noche cuando llegaron á orillas del río. Una pequeña embarcación se preparaba á hacerse á la vela. Esta tenía por patrón un hombre de color oscuro, pero de facciones finas y regulares. Miguel conoció que era un árabe en su albornoz blanco y su fez encarnado. Si consentía en recogerlos á bordo, se habían salvado. Zimbo abrió inmediatamente las negociaciones; pero cuando el barquero le pidió cierto número de cauris como precio del pasaje, Zimbo se quedó sin saber qué decir, pues ni él ni Miguel poseían la más pequeña moneda.

En este momento la vista del árabe se fijó en Miguel.

— ¿Francés?, dijo.

— Sí, contestó con orgullo el jovencuelo. ¿Habla V. mi lengua?

— Malek ha estado hasta la gran ciudad de los franceses; allá, en el mar, al otro lado del desierto de arena.

— ¿En Argel? preguntó Miguel con alegría.

El árabe hizo signos afirmativos.

— Malek los llevará á su aldea, añadió el barquero. Malek quiere mucho á Francia y á los franceses. ¡Gran pueblo! allá al norte, y allá al sur y al poniente.

El norte era Argelia, al sur y al poniente el Senegal.

Encantado al ver su buena suerte, Miguel se apresuró á aprovecharla, entrando en el barco. Zimbo hizo lo mismo.

En este momento se dejaron ver en la dirección de Tombuctú unos hombres montados en camellos que corrían á todo correr. Miguel ni siquiera tomó

tiempo para saber si venían en persecución suya. Cogiendo á Zimbo de la mano, se echó en el fondo de la barca.

Antes que los jinetes llegaran á la orilla, ya los fugitivos iban río abajo.

Dos días después llegaron á la aldea de Malek; era una reunión de chozas construídas á orillas del río. Los dos muchachos pasaron allí unos días; pero la intención de Miguel no era quedarse allí. Su deseo era alcanzar *Bamakú*, sobre el Níger, donde estaba seguro de encontrar franceses, compatriotas suyos, es decir, protección y seguridad. En cuanto á la distancia que sería necesario recorrer, sólo tenía idea muy vaga de ella: sabía sí que era muy grande. En realidad se trataba de mil kilómetros, tantos como de Dunkerque á Perpiñán.

Malek, que conocía el deseo de sus huéspedes, les dió algunas provisiones, depositándolas en una pequeña piragua hecha con el tronco de un árbol; luego los confió á los cuidados de unos amigos que subían el río para volver á sus casas, después de haber vendido sus mercancías. Estos hombres ataron la pequeña piragua á remolque de la suya y le hicieron andar así un centenar de kilómetros.

Hasta entoncés el viaje no había sido muy penoso, pero las cosas iban á cambiar. Por ligera que fuera su embarcación era tarea muy dura para dos niños de trece á catorce años subir la corriente de un río y debían transcurrir bastantes semanas antes de que alcanzaran esta etapa de su viaje.

XIV. — EN EL NÍGER.

Las orillas del Níger seguían siendo poco pintorescas; pero las animaba la presencia de *garzas* blancas, de *grullas* azules, de *ibis* y de *flamencos*

rosados que buscaban su alimento en la ribera; los hipopótamos se refocilaban en las altas hierbas; á eso de ponerse el sol, los *elefantes*, las *gacelas*, las *javafas* y otros animales iban á beber ó bañarse en el río.

Garza, flamenco, ibis, grulla, aves del orden de las *zancuñas*, llamadas así por causa de sus largas patas, que les dan aire de ir en zancos; también reciben el nombre de *aves de ribera*. Algunas de ellas, como los flamencos y las grullas, *emigran*, es decir que pasan el invierno en los países cálidos, en África, y el verano en los continentes del norte. — El flamenco tiene plumaje rosado vivo; la grulla, azul de pizarra; los demás, blanco mezclado con negro en mayor ó menor grado, y á veces rojo (*ibis*).



Grulla.

Por la noche los dos muchachos desembarcaban y con unos fósforos que Zimbo había sustraído á sus amos y que economizaban lo más posible, hacían fuego que les servía para cocer el pescado cogido durante el día y á ahuyentar las bestias feroces. Entonces se dormían bajo la custodia de la providencia, que seguramente velaba por ellos, pues no les pasó nada malo.

Á veces se cruzaban con alguna otra piragua, y esto les causaba temor no sea que sus tripulantes fueran tuaregs; pero los bandidos del desierto no frecuentan esta parte del Níger, y sólo encontraron negros *bambaras*, que forman la parte más considerable de los habitantes de aquella región. Son buenos, hospitalarios y muy industriosos. Saben trabajar el hierro, fabricar la pólvora y lanzar puentes sobre los ríos poco caudalosos y estrechos.

Los pobres fugitivos no tenían nada que temer de estos encuentros; cuando una piragua bambara se cruzaba con la suya, los que la tripulaban lanzaban grandes risas á manera de saludo, manifestación

amistosa á que Miguel contestaba lo mejor que podía. Y aun más; algunos negros que subían el Níger en sus barcas y que los alcanzaban, viendo á dos jovencuelos remar con tanto trabajo, les arrojaban una cuerda de corteza y los remolcaban algún tiempo.

Al cabo de unos días de navegación, el pequeño argelino creyó notar que las muestras de simpatía se dirigían principalmente á él. No hubo modo de dudarle cuando oyó las palabras: « Franco, franco », que los negros se repetían unos á otros. Habíanlo reconocido como un francés y saludaban en él á un representante de la nación que empezaban á conocer y cuyo nombre significaba para ellos inteligencia, lealtad y valor.

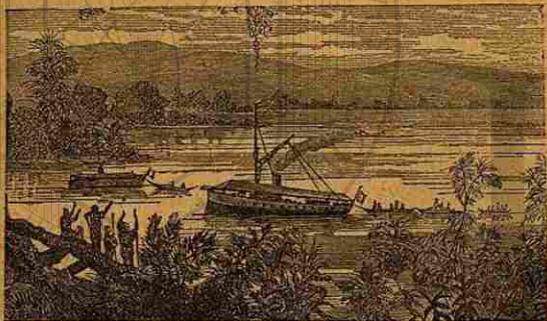
De este modo anduvieron centenares de kilómetros, siguiendo los meandros del río. Á veces éste se dividía en dos, y un brazo secundario se separaba del principal para correr paralelamente á él durante un centenar de kilómetros y volver luego á reunirse. Estos canales, muy numerosos en el Níger, se llaman *marigotes*. En las islas bajas y pantanosas comprendidas entre esos brazos hay plantados arrozales.

Hacia ya más de cinco semanas que nuestros viajeros habían salido de Tombuctú y ambos empezaban á sentir mucho cansancio. Los músculos de Zimbo, más acostumbrados al clima ardoroso del desierto, resistían aún, pero Miguel iba debilitándose cada vez más. Una tarde había sido tan grande el calor que no obstante el deseo de llegar que sostenía su ánimo, tuvo que dejar los remos y recostarse en el fondo de la piragua.

XV. — UN MONSTRUO ESPANTOSO. — Á BORDO DE UN BARCO FRANCÉS.

Ya habían dejado atrás tiempo hacía el lago *Debo*, que el Níger atraviesa y los escasos conocimientos geográficos de Miguel le indicaban que aun tendrían que andar número considerable de kilómetros para llegar al punto deseado. Esta idea le atormentaba aún en el semiletargo que le había invadido, y del cual le sacó un grito de Zimbo.

Púsose en pie y vió que el negrillo, con los ojos



Acababa de reconocer un barco de vapor.

desmesuradamente abiertos por el terror, señalaba con el dedo, sin poder pronunciar una palabra, un monstruo de color negruzco, de tamaño colosal, medio oculto todavía entre los árboles de la orilla, y que iba hacia ellos lanzando gemidos y silbidos formidables. Miguel contestó con un grito de alegría al de espanto de Zimbo. En aquel monstruo de gigantescas proporciones acababa de reconocer un barco de vapor; su presencia le anunciaba amigos y tal vez compatriotas, en todo caso, el término de sus angustias.

Era efectivamente un barco francés que bajaba el Níger, para determinar la posición geográfica del río y de las poblaciones situadas en sus orillas. Venía de *Bamakú* y gracias á la altura de las aguas y á la habilidad de su piloto había podido atravesar la rauda de *Sotuba*, que ordinariamente corta el cauce del río.

Un cuarto de hora más tarde, Miguel y Zimbo estaban en la cubierta del navío y tenían que contestar á las mil preguntas que les hacía la tripulación allí congregada. Pero el capitán, observando el cansancio que se notaba en sus rostros dispuso que se les diera de comer, que los acostaran y que se dejaran las preguntas para más tarde.

Ya estaba muy entrado el día cuando se despertaron. Los pobres chicos tenían gran necesidad de dormir; hacía un mes que apenas conciliaban el sueño y en que les habían sobrado las emociones; pero una noche de diez y ocho horas les devolvió toda su lucidez de espíritu, y contestaron con gusto á las preguntas del comandante, quien esperaba con impaciencia que se despertasen, para saber qué extrañas circunstancias habían llevado á bordo de su barco su pequeño compatriota y su negro compañero.

Miguel habló por los dos, pues Zimbo usaba un idioma de su invención, formado de palabras francesas y hausas mezcladas con su propia lengua y que únicamente el niño argelino podía comprender.

Éste narró, pues, cuanto le había sucedido, desde la marcha de la columna expedicionaria de Uargla hasta su huida de Tombuctú con Zimbo y el encuentro con el cañonero que los acababa de recoger.

En el cañonero estaba un oficial, el capitán Rambert, que había sido encargado de una misión por

el gobernador del Senegal y que volvía al fuerte de Bamakú después de desempeñarla.

Este militar había oído con el más vivo interés, lo mismo que el capitán del barco, el relato del niño; hizole repetir algunos detalles de la expedición, pidió aclaración de varios puntos y al fin, de acuerdo con el comandante del cañonero, le prometió que una vez en Bamakú los enviaría, á él y á Zimbo, á *San Luis del Senegal*, para que pudiesen regresar á Francia.

XVI. — EL SENEGAL. — SUS PRODUCCIONES.

El *Senegal* es una colonia francesa que debe su nombre al río que la riega. Está habitada por negros pertenecientes á diversas razas, por *moros*, *fulahs*, y por *tocolores* que son una mezcla de moros y de negros (*tocolores*, *de todos colores*).



El castillo de Bamakú.

Hace ya más de trescientos años que los franceses establecieron factorías á la entrada del Senegal, fundando la ciudad de San Luis; pero la colonia no prosperaba, porque los moros, impulsados por el fanatismo musulmán, hacían todo lo posible para expulsarlos de allí. Sólo de unos cuantos años á esta parte se ha consolidado esa dominación; el general Faidherbe, entonces coronel, y sus sucesores han logrado extender el *protectorado* francés á lo largo de todo el Senegal, por el Alto Níger y por las regiones comarcanas hasta Tombuctú.

Protectorado. — Protección reconocida públicamente y garantida por tratados, que una nación poderosa presta á otra débil; á veces aquella sustituye las leyes é instituciones de la protegida por las suyas propias, cuando ésta no puede gobernarse á sí misma.

Entre el Senegal y el Níger se ha practicado una ruta comercial, protegida de distancia en distancia por castillejos fortificados; gracias á ella, los habitantes del valle del Níger pueden llevar sus producciones á San Luis, bajandó á lo largo del Senegal.

El más avanzado de esos fuertes es el de *Bamakú*.

Otro, el de *Medina*, situado en el punto donde el *Senegal* empieza á ser navegable, fué teatro de una acción de guerra heroica.

Veinte mil moros lo atacaron, al mando de un *marabú* ó sacerdote llamado *Omar*. La guarnición se componía de sesenta y cuatro soldados, de los cuales sólo once eran europeos.

Omar dió dos asaltos que fueron rechazados. Entonces resolvió rendir la plaza por hambre.

El sitio duró noventa y cinco días. Falto ya de recursos, el comandante *Pablo Holl*, iba á volar la fortaleza, cuando supo que Faidherbe acudía en socorro suyo, con cien soldados blancos y doscientos cuarenta negros. El ejército de *Omar*, cogido entre dos fuegos, se desbandó huyendo en todas direcciones.

La construcción de estos fuertes no ha sido inútil, y la ciudad de Tombuctú, cuya entrada había es-



Sorgho de azúcar.

tado prohibida hasta hoy á los extranjeros, ha recibido la visita de marinos franceses y será sin duda abierta antes de mucho al comercio europeo.

El Senegal es un país magnífico; por desgracia también es muy insalubre principalmente durante la estación lluviosa y sobre todo en el litoral, donde la humedad es conservada por los *paletuvios* y los *mangles* que crecen en la desembocadura del río. Los europeos contraen allí enfermedades del hígado y *fiebres palúdicas* (calenturas producidas por la proximidad de los sitios húmedos). Sólo les es dado vivir en esa región conservando la más estricta sobriedad. Lo mismo ocurre en todos los países cálidos: la intemperancia es mortal en ellos.

El *paletuvio* y el *mangle* son árboles que crecen principalmente en las playas tropicales, á la entrada de los ríos. Gran número de ramas del mangle cuelgan hasta tocar la tierra, y echan en ella raíces, de tal modo que el arbusto acaba por formar un denso matorral que se extiende hasta el agua, y en el cual se refugian multitud de animales acuáticos. Al subir la marea, el agua llega á las raíces de esos árboles y las hace hincharse; luego, cuando el refluo las deja á descubierto, esos vegetales entran en descomposición, formándose vapores pestilenciales que se extienden por toda la comarca. — No hay que confundir el *mangle* con el *mango*, otro arbusto de los países cálidos que produce frutos exquisitos á que se da su mismo nombre.

Las producciones del Senegal son muy variadas: danse en ese país el *mijo*, el *añil*, el *arroz*, el *maíz*, el *tabaco*, el *sorgo de azúcar* y la *palmacristi*. El *quesero*, el *baobab* y todas las especies de palmeras alcanzan en ellos proporciones extraordinarias. Los bosques dan maderas á propósito para la *ebanistería*, la *carpintería* y las *construcciones navales*; durante mucho tiempo, la principal fuente de riqueza ha sido la *goma*; hoy se cultiva principalmente el *cacahuete*.

En lo que respecta á animales útiles, se encuentran en el Senegal carneros y bueyes, así como caza de todas clases. Por desgracia, la fauna montés es aún

más rica. Así, en los bosques y montañas del país hay *leones*, *panteras manchadas*, *hienas* y *linceos*. En los ríos se encuentran muchos *caimanes*. También viven allí otros animales más pacíficos: el *avestruz*, el *antílope*, la *jirafa* y hasta el *elefante*, que podría prestar grandes servicios; por desgracia se piensa más en destruirlo que en utilizarlo.

Alpiste. — Gramínea que no se cultiva en nuestros países sino para alimentar los pájaros canarios y otras avecillas; pero que forma parte de la alimentación de los negros de Africa. Con su harina se fabrica generalmente el *alcuscuz*.

Sorgo ó alpiste mayor. — Gramínea de que puede extraerse azúcar y alcohol, y con cuya semilla hacen los negros un caldo.

Indigo ó añil. — Materia azul colorante que se extrae del árbol del añil ó *indigotero*, planta que crece en todos los países cálidos del globo.

Goma. — La *goma* se denomina generalmente *arábiga* porque Arabia es el principal centro de su producción. Es una substancia amarilla y transparente que corre del tronco de ciertos árboles, como de los ciruelos y cerezos de nuestros jardines. El árbol que da la mejor goma es una especie de *acacia*, llamada *verek*, de que existen en el Senegal inmensos bosques. Estas arboledas son en su mayor parte propiedad de los moros, que las explotan valiéndose de esclavos negros.

La goma se cosecha practicando incisiones en el tronco de los árboles. Esta substancia se usa mucho en farmacia así como en multitud de industrias. Sirve para la preparación de las telas, de los encajes y de los sombreros. Entra en la fabricación de la tinta y también se la utiliza en pintura



Cacahuete.

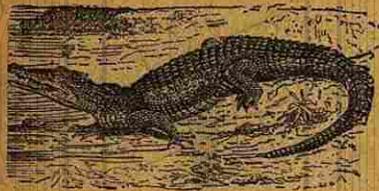


Rama de árbol del añil.

El **cacahuete** es una planta que no crece arriba de unos treinta centímetros y echa florecitas amarillas. Las de las ramas inferiores se inclinan hacia la tierra, penetran en ella y el fruto se desarrolla y madura varios centímetros debajo de la superficie del suelo. Es próximamente del grueso de una avellana; por medio de la presión se extrae de él un aceite que reemplaza el de olivo. Puede servir de alimento á las bestias, así como el tallo. Lo que hace preciosa esta planta es que su cultivo no presenta ninguna dificultad y que se da en los terrenos más secos.

Lince. — Especie de gato montés, del tamaño del lobo, de pelo muy espeso. El *caracal*, el *lobo cervero*, el *chipardo*, son variedades del mismo género. Como todos los animales de la especie *felina*, es decir, de la de los gatos, el lince ve claro en la oscuridad. De ahí la expresión *tener vista de lince* aplicada á una persona para indicar que tiene mirada ó sagacidad penetrante.

Cocodrilo. — En América del sur vive una especie de *cocodrilo* llamada *caimán* ó *aligator*, y otra, el *gavial*, á orillas del Ganges.



Cocodrilo.

El *cocodrilo*, el *caimán* y el *gavial* pertenecen á la misma familia y tienen mucho parecido entre sí. Su forma es análoga á la del lagarto, pero su tamaño no, pues los hay que alcanzan ocho metros de largo. Su cuerpo está cubierto de escamas de color amarillo verdoso, tan fuertes que forman al animal una coraza protectora, sobre la cual rebota una bala sin herirlos. Sus fauces se abren enormemente y sus mandíbulas tienen en ocasiones setenta centímetros de largo. Estos animales viven á orillas de los ríos y nadan con gran rapidez: también corren muy de prisa, pero sólo en línea recta; así es que se escapa á su persecución huyendo en zizás.

Palmacristi. — Planta muy hermosa usada en medicina; de ella se extrae el aceite purgante que todo el mundo conoce. En Francia la cultivan en los jardines, por causa de la belleza de su ramaje.

XVII. — LA BANDERA TRICOLOR. — LA FORTALEZA DE BAMAKÚ.

Hacia ya dos días que Miguel y su compañero habían sido recogidos por el cañonero, y continuaban subiendo el Níger, cuando una mañana al subir á cubierta lanzó el joven argelino una exclamación de alegría.

— La bandera tricolor, exclamó.

En efecto, por entre los ligeros penachos de las

palmeras de coco se distinguían los tres colores de Francia, que ondeaban sobre el fuerte de Bamakú.

Cuando Zimbo lo vió, y sin comprender por qué aquel pedazo de trapo excitaba la emoción de su amigo, agitó los brazos por encima de la cabeza y lanzó una formidable carcajada.

Miguel estaba acostumbrado á las maneras del negro; pero con todo se indignó de lo que consideraba una manifestación intempestiva.

— Reirte, reirte de la bandera tricolor, exclamó, empleando el lenguaje de Zimbo ¿no sabes que esa es la bandera de Francia? Ya te he hablado de ella; ya te he dicho lo que mi padre me ha repetido con frecuencia: la bandera es la imagen sagrada de la patria, de esta patria que será la tuya algún día. Si es preciso se muere por conservarla pura y sin mancilla.

Zimbo miraba á Miguel todo asustado, pues no comprendía nada de su ira. Nada más distante de su ánimo que querer ofenderle. Al ver ondear los tres colores, había reconocido la descripción que le hiciera su amigo de la bandera francesa y conforme á su costumbre y á la de todos los negros, manifestó su alegría con una carcajada.

Unos momentos después desembarcaban y se dirigían al fuerte.

— Yo asistí, dijo el capitán Rambert, á la colocación de la primera piedra de este edificio por *Borghis-Desbordes*, entonces comandante del Senegal, que se efectuó delante de todos los oficiales y soldados reunidos; el coronel pronunció entonces una calurosa alocución. « Tiraremos, dijo al terminar, once cañonazos para saludar nuestra bandera que ondea á orillas del Níger. El ruido de nuestras pequeñas bocas de fuego no pasará de las montañas que están á nuestros pies; y sin embargo

su eco resonará mucho más allá del Senegal. Los franceses que anteponen á todo la grandeza y la honra de su país, aplaudirán sin reserva á aquellos compatriotas suyos que á fuerza de energía, de valor y de disciplina, han estado á la altura de la gran misión civilizadora que les había sido confiada.

— Admirablemente dicho, exclamó Miguel.

XVIII. — UN CONVIDADO IMPORTUNO.

El capitán Rambert debía acompañar á los dos jóvenes hasta Medina. Al día siguiente se pusieron en marcha, jinetes en caballitos del país, por la ancha vía estratégica limitada por grandes árboles, que ponen en comunicación las fortalezas de *Bamakú*, de *Kita* y *Medina*, y que además sirve á los mercados que van del Níger al Senegal.

La pequeña caravana se detuvo á descansar una tarde debajo de un árbol de espeso follaje. Un soldado que iba en ella colocó delante del capitán un cesto con fruta y otras provisiones, de que iban ya á comer cuando vino á sentarse de un salto junto á ellos un convidado de cara rojiza, medio cubierta de pelos blancos y de aire bestial. Después de lo cual, sin más ceremonia, metió en el cesto dos de sus cuatro grandes manos negras y velludas y cogió la mayor parte de las naranjas y de las bananas que debían componer la comida. Miguel cogió una piedra para lanzarla al intruso; pero el capitán paró el movimiento.

— Dejemos que ese babuino se regale á costa nuestra, dijo. Si lo atacamos, sólo Dios sabe cómo saldríamos del paso; toda la banda se nos vendría encima.

Estos maliciosos animales son muy vigorosos y constituyen una de las plagas del país, porque siem-

pre están de acuerdo para devastar los jardines y huertas.

Sus correrías las hacen de noche. La tropa se divide en tres bandas: una entra en la hacienda para llevar á cabo el saqueo; la segunda viene detrás y se pone en acecho, y la tercera, que se queda fuera, forma una línea de centinelas. Los de dentro arrojan los frutos á los que se han quedado por la parte exterior y éstos, que forman una cadena, se los transmiten unos á otros hasta el sitio del depósito. Al primer aullido de un centinela, la banda entera desaparece como por encanto.



Mono.

Monos. — Animales que presentan la particularidad de tener cuatro manos en vez de cuatro patas, por esto se les llama *cuadromanos*.

Habitán en las regiones cálidas de ambos mundos.

Se parecen un poco al hombre, sobre todo los de las especies mayores, tales como el *gorila*, el *chimpancé* y el *orangután*, todos del antiguo continente. Tienen fuerza prodigiosa y son muy feroces.

Las restantes especies principales de monos del antiguo mundo son el *macaco*, el *magoto*, el *cinocéfaló*, el *mandril* y el *cercopiteco* ó *macaco*.

Entre los del nuevo mundo se citan el *abuato*, que tiene una voz espantosa y lanza gritos horribles; el *sajú*, el *sakí*, el *saguino* y el *titi*, que es el más pequeño de todos, pues no pasa del tamaño de una ardilla; éste es muy bonito.

Los monos todos son notables por su destreza, su agilidad y su espíritu de imitación. Se les domestica fácilmente; se nutren con vegetales.

Mientras el capitán hablaba, el babuino continuaba su festín, con gran descontento de Zimbo. Éste, que sólo había comprendido á medias las explica-

ciones anteriores y que empezaba á escandalizarse de la glotonería del animal, se arrojó á su vez sobre el cesto y cogiendo según le vinieron á mano una banana, una naranja, un racimo de uvas y otro de dátiles, los lanzó al capitán y á Miguel.

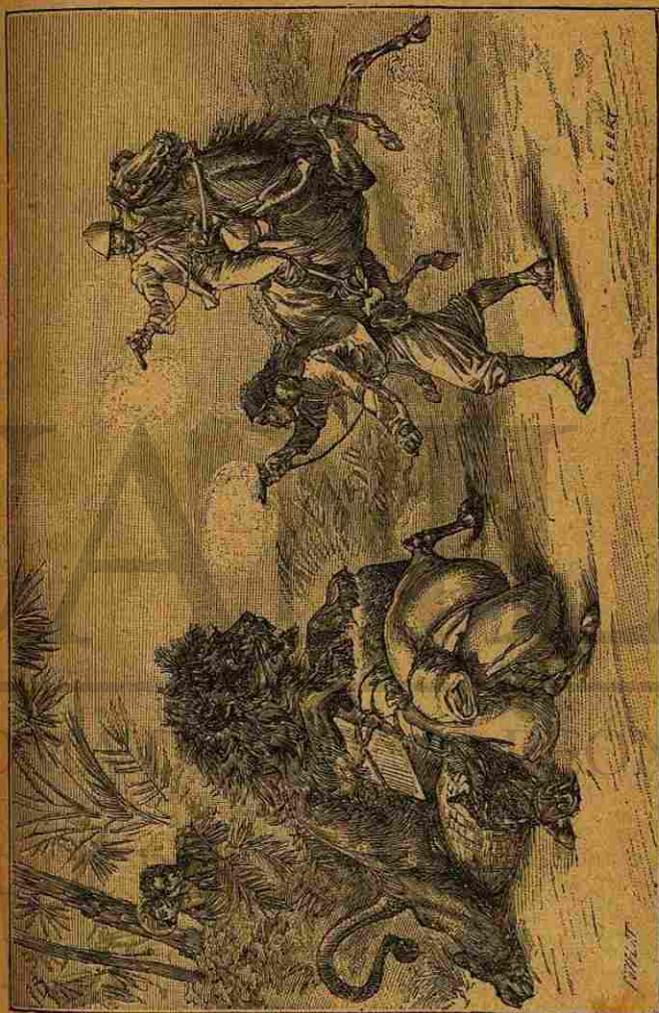
La ocurrencia tuvo un resultado tan satisfactorio como inesperado. Impulsado el babuino por la manía de imitación tan general en los monos, apenas vió lo que había hecho Zimbo, se apoderó á su vez de la fruta que quedaba en el cesto y empezó á tirársela al capitán, á Miguel, y también á Zimbo. Después, encantado por la hazaña, se subió á una rama del árbol que los cobijaba, no tardando en desaparecer seguido por las risotadas del negrillo y su amigo.

XIX. — OTRO ENCUENTRO. — COMBATE CON UN LEÓN.

El camino atravesaba un bosque, que cubría uno de los contrafuertes del *Futa-Djallón*, principal grupo de montañas del Senegal. El capitán había dejado que la escolta se adelantara un poco, y se quedó atrás con Miguel, Zimbo, un soldado y el sargento Maillard. De pronto se dejó oír un ruido sordo parecido al retumbar de un trueno lejano. El capitán examinó atentamente el matorral, á la vez que contenía su caballo; éste se paró, bajó la cabeza y enderezó las orejas, presentando signos del más espantoso terror. No había transcurrido un minuto cuando caía de un salto en medio del camino un animal de gran tamaño.

Era un león, que se detuvo un instante como petrificado de asombro, lanzándose luego sobre la grupa de un borrico que andaba tranquilamente cargado de bagajes, unos pasos delante del capitán.

El pobre animal lanzó un lamento penetrante, procurando escapar á aquella horrible presión, pero



Combate con un león.

su formidable adversario no le dejó tiempo para ello. Su poderosa garra lo arrojó al suelo, aplastándolo en el sitio.

No obstante lo rápido del ataque, el capitán había tenido tiempo de coger su revólver, que afortunadamente estaba cargado de balas explosivas, pues en esas regiones salvajes hay que estar siempre preparado para algún terrible encuentro y éste era uno de los peores que podían hacerse.

El tiro no hizo más que rozar la piel del león, que no pareció darse cuenta de que estaba herido. Pero al segundo que le penetró en el cuerpo, se volvió rugiendo y prestó á lanzarse sobre el capitán. Éste le esperaba á pie firme, como hombre que ha visto ya de cerca el mismo peligro, y se disponía á meter una bala en las enormes fauces abiertas que tenía delante, cuando su caballo, loco de terror, hizo un movimiento. El proyectil fué á perderse en la enramada, y el león cayó delante del sargento que iba á dos pasos detrás de su jefe.

Tampoco era ésta la primera vez que el sargento se veía frente á frente de semejante adversario y la profunda cicatriz que le atravesaba el rostro, probaba que esos encuentros habían sido en ocasiones peligrosos. Así fué que sin perder su sangre fría cuando el salto de la fiera los puso cara á cara, descargó su revólver casi á boca de jarro. El león herido otra vez, empezó á saltar de izquierda á derecha como enloquecido, procurando alcanzar ya á uno ya al otro de sus adversarios. El capitán y el sargento descargaron sucesivamente los restantes tiros de sus armas, y la fiera cayó al fin para no volver á levantarse. Mientras duró el combate, que por cierto no fué largo, Miguel y Zimbo habían permanecido á distancia, paralizados por el espanto. Cuando salió el último disparo, Miguel corrió al capitán, teme-

roso de que estuviera herido. El muchacho parecía un tanto corrido. — Vaya unos valientes, que se esconden en el momento del peligro, exclamó el capitán á la vez que se sacudía y se palpaba el cuerpo para ver si estaba en el pleno uso de todos sus miembros.

— Señor capitán, me da vergüenza...

— No hombre, no; si esto te lo digo en broma. ¿Qué podían hacer Zimbo y tú contra semejante enemigo? Ustedes han hecho lo que debían, y han procedido como jóvenes discretos en estas circunstancias, dejando el campo libre á los combatientes. Sobre todo lo esencial era no gritar y dejar el campo libre; por tanto, han procedido cuerdate. ¿Qué sería del sargento y de mí si se les hubiese ocurrido socorrernos? Nos habrían estorbado y á la hora presente estaríamos tendidos en el suelo al lado de nuestro pobre borrico, y el león se regalaría con nuestros cuerpos... y quizás con los de Vds. también.

La escolta había vuelto sobre sus pasos al oír los disparos. Pasado el primer momento de inquietud, se pasó á otra bestia la carga del asno, y se arrancó al león su magnífica piel después de asegurarse de que estaba realmente muerto. Unas horas más tarde la tropa se ponía de nuevo en marcha cargada con este trofeo.

León. — Uno de los cuadrúpedos mayores y uno de los más terribles por su fuerza. Forma parte del género *felix*. Tiene generalmente una melena de largo pelo rojizo que le cubre toda la parte anterior del cuerpo; este adorno no existe en la hembra. Los animales herbívoros y sobre todo las gacelas son su alimento favorito. Vive en África y en la parte sud-occidental de Asia. No existe en América.

Al llegar á *Fukhara*, un poco después de *Bafulabé*, donde también existe un fuerte, esperaba á Zimbo nueva sorpresa. Un monstruo parecido al que tanto

miedo le causara en el Níger, y que lanzaba ruidosamente negra y espesa humareda, corría á su encuentro; al estar cerca lanzó unos agudísimos silbidos y se paró. El negrilla se asombró sin duda, pero esta vez no tuvo miedo, pues comprendió que se trataba de algún invento de los blancos. En efecto, el monstruo no era más que la locomotora del camino de hierro en construcción que debe ir desde *Kayes* sobre el Senegal, cerca de *Medina*, hasta *Bafulabé*, para prolongarse algún día quizás hasta *Tom-buctú* y tal vez ¿quién sabe? hasta la misma Argel.

Zimbo no se hizo de rogar para sentarse en un coche. Al verse arrastrado á todo vapor, su deleite se manifestó con tan ruidosas carcajadas, que Miguel no pudo menos de hacer lo mismo.

XX. — EN EL RÍO SENEGAL.

En *Kayes* fué donde los dos amigos se separaron del capitán que con tanta bondad los había tratado. Éste no los dejó hasta instalarlos á bordo del barco de vapor que hace el servicio entre dicho punto y San Luis y recomendarlos mucho al comandante. Tampoco se olvidó de dar á Miguel una carta, que debía servirle para que lo acogieran muy bien en San Luis y lo embarcasen pronto para Francia.

Hétenos, pues, á nuestros amigos Senegal abajo; ya las orillas escarpadas del río no permiten que la vista se extienda, ya al contrario las márgenes bajan y la mirada puede contemplar los campos cultivados, sondar las profundidades misteriosas de los bosques de *acacias vereks*, ó bien vagar por las sabanas desiertas en que retozan bandadas de gacelas y de aves-truces. Á veces hay espacios considerables que presentan desolador aspecto: es que el bosque ha sido devastado por un *tornado*, especie de *tromba* muy

frecuente en el Senegal, y que sólo deja ruinas detrás de sí en los sitios por donde pasa.

Tromba. — Torbellino de viento de extraordinaria violencia, que causa desastres considerables. No hay nada que le resista: arranca los árboles, derriba las casas, coge los barcos sobre las olas y los deposita tierra adentro, rompiéndolos contra las rocas. También se los llama *tornados*, *ciclones* y *tifones*.

Zimbo estaba encantado de esta manera de viajar, tan nueva y agradable para él; el argelino participaba de su entusiasmo. Al ver disminuir por momentos la distancia que le separaba de Francia, sentía llenársele de alegría el corazón. En ese estado de ánimo pasaron delante de los fuertes que dominan todo el curso del Senegal, desde el de *Medina* hasta el mar. El negrilla saludaba cada vez la bandera tricolor con una de sus ruidosísimas manifestaciones; pero ya Miguel no se ofendía por esto.

Cuando el barco se acercaba mucho á la orilla, se solía distinguir un centinela que se paseaba sobre un parapeto ó que montaba la guardia delante de alguna puerta. Casi todos ellos eran negros, de la tribu de los *Uolofo*s, de donde salen en general, las guarniciones de aquellos fuertes. Estos morenos tienen vivo sentimiento del honor, y jamás abandonan en el peligro á los blancos.

Cuando Miguel llegó á San Luis hacía año y medio que había salido de *Biskra*.

XXI. — SAN LUIS DEL SENEGAL.

Una vez en San Luis, Miguel se apresuró á presentar la carta que le entregara el capitán *Rambert*, y que iba dirigida á un elevado funcionario de la administración.

El Sr. *D'Aubrée* la leyó y se informó de las circunstancias que habían llevado al niño argelino á la

miedo le causara en el Níger, y que lanzaba ruidosamente negra y espesa humareda, corría á su encuentro; al estar cerca lanzó unos agudísimos silbidos y se paró. El negrilla se asombró sin duda, pero esta vez no tuvo miedo, pues comprendió que se trataba de algún invento de los blancos. En efecto, el monstruo no era más que la locomotora del camino de hierro en construcción que debe ir desde *Kayes* sobre el Senegal, cerca de *Medina*, hasta *Bafulabé*, para prolongarse algún día quizás hasta *Tom-buctú* y tal vez ¿quién sabe? hasta la misma Argel.

Zimbo no se hizo de rogar para sentarse en un coche. Al verse arrastrado á todo vapor, su deleite se manifestó con tan ruidosas carcajadas, que Miguel no pudo menos de hacer lo mismo.

XX. — EN EL RÍO SENEGAL.

En *Kayes* fué donde los dos amigos se separaron del capitán que con tanta bondad los había tratado. Éste no los dejó hasta instalarlos á bordo del barco de vapor que hace el servicio entre dicho punto y San Luis y recomendarlos mucho al comandante. Tampoco se olvidó de dar á Miguel una carta, que debía servirle para que lo acogieran muy bien en San Luis y lo embarcasen pronto para Francia.

Hétenos, pues, á nuestros amigos Senegal abajo; ya las orillas escarpadas del río no permiten que la vista se extienda, ya al contrario las márgenes bajan y la mirada puede contemplar los campos cultivados, sondar las profundidades misteriosas de los bosques de *acacias vereks*, ó bien vagar por las sabanas desiertas en que retozan bandadas de gacelas y de aves-truces. Á veces hay espacios considerables que presentan desolador aspecto: es que el bosque ha sido devastado por un *tornado*, especie de *tromba* muy

frecuente en el Senegal, y que sólo deja ruinas detrás de sí en los sitios por donde pasa.

Tromba. — Torbellino de viento de extraordinaria violencia, que causa desastres considerables. No hay nada que le resista: arranca los árboles, derriba las casas, coge los barcos sobre las olas y los deposita tierra adentro, rompiéndolos contra las rocas. También se los llama *tornados*, *ciclones* y *tifones*.

Zimbo estaba encantado de esta manera de viajar, tan nueva y agradable para él; el argelino participaba de su entusiasmo. Al ver disminuir por momentos la distancia que le separaba de Francia, sentía llenársele de alegría el corazón. En ese estado de ánimo pasaron delante de los fuertes que dominan todo el curso del Senegal, desde el de *Medina* hasta el mar. El negrilla saludaba cada vez la bandera tricolor con una de sus ruidosísimas manifestaciones; pero ya Miguel no se ofendía por esto.

Cuando el barco se acercaba mucho á la orilla, se solía distinguir un centinela que se paseaba sobre un parapeto ó que montaba la guardia delante de alguna puerta. Casi todos ellos eran negros, de la tribu de los *Uolofo*s, de donde salen en general, las guarniciones de aquellos fuertes. Estos morenos tienen vivo sentimiento del honor, y jamás abandonan en el peligro á los blancos.

Cuando Miguel llegó á San Luis hacía año y medio que había salido de *Biskra*.

XXI. — SAN LUIS DEL SENEGAL.

Una vez en San Luis, Miguel se apresuró á presentar la carta que le entregara el capitán *Rambert*, y que iba dirigida á un elevado funcionario de la administración.

El Sr. *D'Aubrée* la leyó y se informó de las circunstancias que habían llevado al niño argelino á la

capital del Senegal. Miguel las relató sucintamente, y el funcionario le dijo :

— El capitán me ruega que te facilite medios para volver á Francia.

— Si señor ; á mí y á Zimbo.

— En efecto, contestó el otro moviendo la cabeza; también me habla de tu amigo, pero la cosa es difícil. Tú sí porque eres uno de nuestros compatriotas ; ¿ pero qué razón tendría yo para expedir también á éste?

Miguel miró al funcionario con aire conternado.

— Además ; para qué mandarlo á Francia, donde no sabrá qué hacer? Mejor será dejarlo ; aquí podrá ganarse la vida y no estará tampoco expuesto á las consecuencias del clima europeo.

— Pero ni él querrá separarse de mí, contestó Miguel... ni yo...

Entonces, volviéndose hacia Zimbo, le preguntó :

— ¿ Quieres quedarte en el Senegal con los negros como tú ó ir á Francia?

— Todo lo mismo para Zimbo ; Zimbo querer estar con Miguel.

— Ya lo ve V., caballero, añadió Miguel ; no quiere separarse de mí y yo no puedo abandonarlo : es mi amigo.

— Bien, hijo mío, dijo el funcionario después de recurrir inútilmente á toda una serie de objeciones para decidir á Miguel á cambiar de idea, voy á darte una carta para un negociante de *Gorea*. Tal vez encontrará un barco que consienta en tomaros. Lo único que puedo hacer por ustedes es darles un billete de camino de hierro hasta *Dakar*, cerca de *Gorea* ; allí es donde están las oficinas de ese negociante, el Sr. Dulaure.

El Sr. D'Aubrée les mandó dar de almorzar, les

entregó los billetes y la carta y los despidió deseándoles buena suerte.

Miguel y Zimbo atravesaron San Luis para llegar á la estación del camino de hierro.

San Luis está edificado en una isla del río, y comunica con la tierra firme por medio de dos largos puentes. Una ancha banda de arenas movedizas, que llaman *lengua de Berbería*, separa la ciudad del océano. Esta banda se divide en dos partes, entre las cuales hay un *paso* que permite atravesarla ; pero ese boquete cambia de sitio todos los años ; además, no siempre tiene suficiente profundidad para los navíos *de mucho calado*, esto es para los grandes barcos que penetran mucho en el agua y que necesitan en consecuencia bastante profundidad. Á menudo, cuando está el mar malo, se ve toda una flota que espera durante semanas en alta mar un momento favorable para entrar en San Luis ; y en el puerto á que el boquete tenga anchura suficiente para permitir la salida. Este grave inconveniente se ha querido remediar construyendo un camino de hierro hasta *Dakar*, punto mucho mejor situado. Esta población, fundada recientemente, se encuentra en el *Cabo verde*, y casi toea á *Gorea*, la segunda capital del Senegal.

XXII. — LLEGADA Á DAKAR. — EL Sr. DULAURE.

Los viajeros atravesaron el *Cayor*, una de las partes más fértiles del Senegal, y al cabo de pocas horas habían recorrido los noventa ó cien kilómetros que separan San Luis de Dakar.

Miguel dió sin dificultad con las oficinas del Sr. Dulaure. Éste era un *armador* (negociante que equipa á su costa un navío) y todo el mundo lo conocía en la población. El joven hizo llegar á sus manos la

carta del Sr. D'Aubrée, y no tardó en presentarse un negro alto, vestido con una especie de hopa flotante, de algodón con grandes flores impresas, en que se envolvía con aire que él se imaginaba majestuoso y que sólo era ridículo, y los llevó al despacho del negociante.

Era éste un hombre de cuarenta años próximamente, de color quemado por el sol, y de aire franco, abierto y resuelto. La expresión de su rostro así como su sonrisa indicaban bondad, y Miguel se sintió en seguida inclinado en su favor.

Leyó la carta y dijo :

— Eres tú, amiguito, quien desea ir á Francia.

— Sí señor ; yo y Zimbo.

— ¿ Ese negrillo?

— Sí señor.

— ¿ Y por causa suya te has negado á aceptar el ofrecimiento del Sr. D'Aubrée?

— ¡ Qué quiere V. !

— ¿ Acaso no tienes deseos de volver á Francia?

— Al contrario, muchísimos, replicó Miguel con sincero acento, mientras se llenaban de lágrimas sus ojos; pero no puedo abandonar á Zimbo, que es mi amigo.

— Y tú no eres de los que abandonan á sus amigos... Sea enhorabuena. Pues bien, veamos qué puedo yo hacer.

— No lo sé, caballero; el Sr. D'Aubrée nos dijo que tal vez V. podría admitirnos en un barco.

— Los llevaría en el mío; pero el caso es que no pienso volver en seguida á Francia, ni con mucho. Deseo visitar la *Costa del marfil* y la de los *esclavos*, ó en otros términos, *la de Guinea*, bajar al *Cabo* después de pararme algún tiempo en el *Congo*, y subir por el *istmo de Suez*, dando la vuelta al África. Ya ves que tengo para unos meses.

— No importa, contestó Miguel; nada me da tardar más ó menos con tal de estar seguro de volver á mi país.

Pero no se atrevió á añadir : — Además, tiene V. tal cara de bondad, que me alegraría de permanecer con V. algún tiempo; » sin embargo, el Sr. Dulaure debió leer en sus ojos algo de lo que pasaba en su alma, pues respondió sonriendo :

— Si es así....

— Podríamos trabajar en las maniobras, agregó Miguel.

— Eso sería demasiado para Vds, replicó riéndose el negociante; pero veamos, puesto que tan buena voluntad muestras, tal vez podrías prestarme otros servicios. ¿ Sabes por casualidad alguna lengua extranjera?

— Sí señor; sé el alemán, pues mis padres eran alsacianos, y también el inglés. Además conozco algo el español, el italiano y el árabe, pues en Argelia se hablan todas estas lenguas.

— ¿ Y escribes en ellas?

— El alemán y el inglés sí señor; las otras no muy bien.

— ¿ Tienes por ventura el don de lenguas?

— Creo que sí, contestó sencillamente Miguel; siempre me lo han dicho así. Cuando era chiquitito, aprendía en seguida la lengua de las personas con quienes andaba y en la escuela me daban constantemente los primeros premios de inglés y de alemán. Parece que esta cualidad la he heredado de mi padre.

— Pues bien, hijo mío, siendo así vamos á arreglarnos. En cuanto á mí, no sé ni una palabra de inglés ó de alemán, porque en otra época se descuidaba demasiado en Francia el estudio de las lenguas extranjeras, y cuando se quiere hacer negocios con

las colonias son absolutamente necesarias. Tengo, en consecuencia, que valerme de un intérprete; el que tenía se ha puesto enfermo y me veo obligado á dejarlo aquí. Tropezaba para reemplazarlo con la dificultad de encontrar un mozo capaz y honrado, cuando llegas tú... Capaz, ¡hum! añadió riendo, pues eres muy joven; pero honrado sí y esto es lo esencial.

XXIII. — Á BORDO DE LA « BELLA BORDELESA » — LA COSTA DE GUINEA.

Algunos días después desaparecía á lo lejos el Cabo Verde, llamado así por el color que le dan los enormes baobabs que lo cubren. Sentado con gran seriedad en una pequeña garita que servía de despacho al Sr. Dulaure cuando navegaba, en el entrepuente de la *Bella Bordelesa*, nombre del buque, Miguel copiaba una cuenta y convertía los marcos y pfennigs alemanes en moneda francesa.

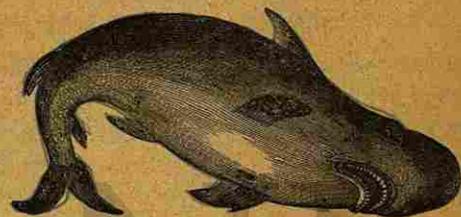
Como hacía tanto tiempo que no cogía una pluma en la mano, necesitó algunos días para que sus dedos recobrasen la flexibilidad y destreza acostumbradas.

La tarea de que estaba encargado exigía pocos conocimientos especiales, y sólo reclamaba atención y cuidado. Miguel deseaba demasiado tener contento al negociante que tan bien lo acogiera y esto le ayudó á salir airoso en su empeño.

La *Bella Bordelesa* había salido á la alta mar y corría hacia el sur, dejando detrás de sí la desembocadura del *Gambia*, con sus establecimientos ingleses y su población de negros *mandingos*, que pasan por los más inteligentes de su raza. Aproximóse, sin entrar, á las bocas del *Casamancio*, donde tiene Francia algunas factorías y á las de otros muchos ríos que, como el *Senegal* y el *Gambia*, bajan de las

montañas del *Futa-Djallón*. Las orillas de esas aguas desaparecían bajo un bosque de *paletuvios* y de *mangles* que, unidos á los bejucos y á los cañaverales gigantescos, formaban un matorral inextricable, en que abundaban los monstruos de todas clases, *caimanes*, *serpientes*, *tiburones*, que hacen sumamente peligroso el acceso de esos ríos.

Tiburón. — Enorme pez, terror de los navegantes; á veces mide diez metros de largo; recorre todos los mares. Es muy voraz y se le ha denominado *figre del mar*. La abertura de su boca suele tener hasta un metro sesenta centímetros entre las dos mandíbulas, que están armadas de seis hileras de dientes de forma triangular. Su piel es muy dura y se utiliza en la industria.



Tiburón.

El tiburón anda generalmente en compañía del *piloto*, pez pequeño llamado así porque durante mucho tiempo se creyó que guiaba al monstruo; pero no hay tal. El origen de esta fábula es que ambos se mantienen cerca de los navíos para aprovechar sus restos.

Á los cinco días de haber salido de Gorea, pasaban delante de *Freetown*, nombre que significa *ciudad libre*, y después delante de *Monrovia*, capital de la República de *Liberia*.

Estas dos colonias, una inglesa y americana la otra, fueron fundadas para establecer en ellas negros libres ó manumitidos y para trabajar en su civilización.

El Sr. Dulaure debía parar en Monrovia para embarcar allí, según es costumbre, una tripulación de *Krímenes*, negros de la costa, que reemplazan la ordinaria, pues los marinos europeos no pueden soportar las fatigas de las maniobras en las costas de *Guinea*, porque á medida que se acercan al ecuador

va haciéndose más fuerte y debilitante el calor.

Al ver acercarse un buque europeo, salieron de la orilla y se dirigieron á fuerza de remo hacia la *Bella Bordelesa* multitud de piraguas, hechas con troncos de diversos árboles, unas grandes, otras pequeñas, y tripuladas todas por unos quince ó diez y ocho hombres.

El mar estaba muy malo y batía con violencia los escollos que forman como una barra á lo largo de la costa. Daba gusto ver con qué valentía y habilidad gobernaban los *krímenes* por entre los arrecifes. Sus ligeras embarcaciones, que parecían tan poco seguras como una cáscara de nuez, bailaban en la cresta de las otras, apareciendo y ocultándose sin cesar.

Una alcanzó al fin la *Bella Bordelesa*. Los diez hombres que la tripulaban subieron á cubierta con agilidad de monos por medio de un cable que les arrojaron. Después hicieron lo mismo con la piragua y la tripulación negra se encargó de las maniobras en vez de la blanca.

Como el barco estaba entonces cerca de tierra, Miguel pudo ver las magníficas plantaciones de café que se extienden hasta perderse de vista y que forman una de las principales riquezas de Liberia.

— Nace sólo en este país privilegiado, decía el Sr. Dulaure. Si se cae al suelo un grano, no tarda en brotar un arbusto que da cosechas abundantes. Por desgracia, los blancos no pueden vivir aquí arriba de dos ó tres años sin ser atacados de fiebres palúdicas, y hasta añadiré que la mayor parte de las factorías de la Guinea no son visitadas por los negociantes sino cinco meses del año, durante la estación más cálida, más seca y menos peligrosa para la salud. En las restantes reina perpetua humedad y

durante parte del día la costa permanece envuelta en neblinas muy mal sanas.

La gran fertilidad de la región se debe en parte á esa circunstancia. Aquí son notables los bosques por su extensión y su belleza; en ellos se encuentran la *palma de coco*, el *pandano*, el *drago*, la *higuera elástica*, el *camwood* ó palo morado, que se importa en Europa para ser empleado en tintorería; el *árbol de la lluvia*, cuyas ramas recogen el agua de la noche para verterla por la mañana como rocío. Las *piñas* y los *mangos* prodigan aquí sus frutos de carne perfumada y exquisita; el *euforbio* forma matas en cuyo centro se alza el *cirio espinoso* á manera de columna cubierta de púas; pero el vegetal que domina y, sobre todo, el que tiene mayor importancia en lo relativo al comercio es el *eleide*, que suministra el *aceite de palma*.



Eleide.

Higuera elástica. — Árbol que deja manar de las incisiones practicadas en su tronco el jugo lechoso llamado *caucho* ó *goma elástica*. Hay otros árboles que producen también *caucho*.

Drago. — Árbol de África del cual se extrae una resina usada en medicina.

Eleide. — Especie de palmera que se eleva hasta la altura de diez metros y cuyas hojas son enormes. Sus numerosos frutos contienen una carne espesa y oleaginosa de donde se extrae por presión la materia grasa llamada *aceite de palma*. Este aceite se inflama fácilmente y da hermosa luz, por lo cual se le emplea para el alumbrado, la fabricación de velas y jabón y aun para la cocina. Se exporta en gran cantidad á Inglaterra.

Toda la costa hace considerable comercio de este aceite, circunstancia á que debe su nombre de *cabo de las palmas* el que forma la extremidad sudoeste de Guinea.

Cocotero. — La palma de coco es muy útil para los habitantes de los países donde se cria. Llega á tener veinticinco y treinta metros

de alta; sus hojas, que miden cuatro ó cinco, forman en la copa del árbol un penacho. El fruto tiene el tamaño de la cabeza de un niño y contiene dentro de una cáscara dura, que á su vez está resguardada por una envoltura filamentososa, un líquido llamado *leche de coco*, exquisito si está fresco, y una almendra, que tapiza



Pandano. — Cocotero.

la parte interior de la cáscara. Las diversas partes del cocotero se emplean como las de las restantes palmeras, en multitud de usos; también se extrae de él, según se hace de las palmeras ordinarias, *vino de palma*; además la envoltura filamentososa suministra excelente cordelería. La almendra es un buen alimento, aunque algo indigesto. De ella se saca el *aceite de coco*, usado en la cocina y el alumbrado.

Las hojas del pandano tienen las mismas aplicaciones que las de la palma de coco.

— En esos bosques, dijo Miguel al Sr. Dulaure que le daba las anteriores explicaciones, debe haber muchas bestias feroces.

— Sí; hasta se encuentran en ellos la *serpiente pitón*, una de las mayores que existen; pero también hay animales más inofensivos; por entre

las hojas de los árboles circulan multitud de aves de variados colores, que parecen doradas flechas; entre ellos mencionaré el *tucán*, cuyo plumaje parece terciopelo negro y de raso amarillo, y que ostenta un pico enorme de forma singular. En otra época los elefantes abundaban, viéndoseles en la misma orilla del mar, á lo cual se debe que los marinos dieran á esta parte del litoral los nombres de *Costa del marfil* y *Costa de los dientes*; pero los grandes paquidermos se han refugiado tierra adentro para escapar á la destrucción.

El *marfil* ha sido siempre objeto de comercio considerable. Lo suministran los colmillos del *elefante* y del *hipopótamo*, y también los de la *morsa* y del *narval*, animales anfibios parecidos á las focas.

Los elefantes de África tienen los colmillos mucho más largos que los de la India; á veces alcanzan tres metros de largo; pero el marfil de los últimos, y principalmente el de Ceilán, es más hermoso, más blanco y estimado. Se le denomina *marfil verde* por causa de su transparencia.

Esta sustancia se emplea en multitud de objetos: mangos de cuchillo, bolas de billar, rosarios, anillos para servilletas, pequeños objetos torneados y esculpidos. Dieppe es la población de Francia donde más próspera es esta industria.

Se llama *negro de marfil* un cuerpo de aquel color, aterciopelado, que se usa en pintura y que es el carbón de hueso ó de marfil, calcinado en un recipiente cerrado.

Serpientes. — Las *serpientes* pertenecen al orden de los reptiles. Forman dos grandes clases: las *venenosas* y las *no venenosas*.

Todos estos animales, sean ó no venenosos, son *carnívoros*, es decir, se alimentan con carne. Los más temibles entre los *no venenosos*, son la *serpiente boa* y la *pitón*, que llegan á medir diez y doce metros. El *boa* vive en América del sur, y la *pitón* en el África central y la austral. Atacan á las gacelas, las cabras y los antílopes. Cuando se han apoderado de su presa, la ahogan, la aplastan entre sus roscas y luego se la tragan entera. El trabajo de la digestión es tan largo y penoso en esos animales que mientras dura permanecen como aletargados; entonces es cuando se les puede dar muerte.

En todas las partes del mundo existen serpientes venenosas. Las principales son la *víbora* y el *áspid*, que se encuentran en Europa; la *serpiente de cascabel* ó *naja* y la *cobra capello*, que habitan la India, las islas de la Sonda y la Australia; el *crotal*, ó *serpiente de cascabel* de América y la *serpiente amarilla* de las Antillas.

Los desdichados á quienes pica una serpiente de cascabel ó de anteojos, sucumben en pocos minutos.

La de cascabel se llama así por las escamas que tiene en la punta de la cola y cuyo ruido anuncia su aproximación.



Cabeza de serpiente, con los garríos que contienen el veneno.



Víbora.

XXIV. — LA ESCLAVITUD.

— ¿Y de dónde procede, preguntó Miguel, el nombre de *Costa de los esclavos* que mi geografía da á esta parte de Guinea?

— De que aquí es donde se efectuaba principalmente la *trata de los negros*, el comercio de los

esclavos, del *ébano*, de las *piezas de la India*, según se decía en aquella época. Tú no has conocido ese tráfico vergonzoso para la humanidad, que consistía en comprar negros de África, como se compran ganado ó bestias de carga, para revenderlos en América á los plantadores, esto es, á los propietarios blancos que hacían cultivar sus tierras por esclavos. Los amos tenían sobre sus esclavos derecho de vida y muerte. Ese comercio ha durado cuatro siglos, desde que á mediados del xv se establecieron en las costas de Guinea los portugueses, hasta mediados del presente. Los que más lo practicaron fueron los españoles, los portugueses y los ingleses; todas las plantaciones de café y de caña de azúcar inglesas y españolas en América eran cultivadas por negros. Los mayores encargados de vigilar á los esclavos solían ser duros y crueles, é imponían á éstos trabajos muy duros, casi siempre superiores á sus fuerzas y les infligían tratamientos inhumanos, como los golpes y los latigazos, si no los llevaban pronto á cabo.

Toda la costa africana, desde el Senegal hasta el sur de *Angola*, allende el río Congo, región que pertenecía á los portugueses, se convirtió en inmenso mercado de esclavos. El centro de este continente está poblado por multitud de tribus que viven en guerra constante unas contra otras; las victoriosas hacían prisioneros á los vencidos y los vendían á los blancos, que los llevaban á un puerto de mar para embarcarlos.

Atábanlos unos á otros con cadenas para que no pudieran escaparse y así les hacían atravesar distancias á menudo enormes.

— Y ¿los embarcaban por fuerza?

— Sí, pues los capitanes negreros (nombre que daban á los de los buques consagrados á este género

de transporte) se cuidaban tan poco de los sentimientos de aquellos infelices como de los del buey ó del caballo que se compra en la feria. Así es que los aglomeraban en los navíos sin más idea que la de llevar el mayor número posible de ellos, y muchos morían en el camino por efecto de la miseria ó de los malos tratos. Á veces se mataban ellos mismos al verse esclavos. Pues bien, ese comercio era tan luerativo que los que lo ejercían realizaban fortunas colosales.

— ¡Cuánta crueldad! Por fortuna la esclavitud no existe ya en ninguna parte.

— Sí, todavía la hay en África y en Oriente. El último país de raza europea que la ha abolido ha sido el Brasil. En 1890 se ha reunido una conferencia internacional en Bruselas para buscar los medios de acabar con esta institución en África, y el cardenal Lavigerie ha emprendido en este punto una verdadera cruzada.

— ¿De modo, añadió Miguel, que los negros no cultivan ya los establecimientos de los blancos en América?

— Sí, pues los blancos no pueden soportar los rigores del clima y tienen que encargar á los negros de esos trabajos; lo que hay es que no se les obliga á ello y que les pagan como á obreros blancos.

— Me alegro, replicó el joven, de saber que ya no es posible entregarse á ese horrible comercio de comprar y vender hombres.

— No, ya no se puede.... á lo menos abiertamente. Por desgracia todavía hay miserables que hallan modo de seguir practicando la trata y de vender sus negros á gentes que los hacen trabajar sin pagarles. Se les persigue activamente; pero los hay que logran escaparse.

XXV. — ZIMBO Á BORDO.

Zimbo no había tardado en hacerse á la vida de á bordo. Los primeros días todo había sido para él sorpresa y admiración, y sus sentimientos se manifestaban como de costumbre por grandes carcajadas, que acompañaba con gestos y saltos desordenados.



Zimbo fogonero.

Pero Miguel le hizo comprender que debía prestar algún servicio en cambio de la hospitalidad que recibía, y se esmeró en hacerse útil. Así es que preparaba la pipa del capitán, le llevaba el café y la limonada, y cuidaba sus animales: un *guacamayo* magnífico, y un mono, malicioso como todos los de su especie. El Sr. Dulaure los había comprado en San Luis para llevarlos como regalo á su hija. Desde que los hombres de su color formaban la tripulación, la alegría ya tan exuberante de Zimbo había aumentado, y de noche, cuando los krúmenes se ponían á bailar sobre cubierta antes de entregarse al sueño, Zimbo se iba con ellos, y reía, gritaba, gesticulaba y brincaba más aún que los otros.

Pero lo que más le gustaba era el *fogón*, esto es, el lugar donde está la caldera de la máquina de vapor. ¿Quizás lo atraía el calor exuberante que allí reinaba, el ruido y el movimiento de la máquina

de vapor, ó bien la compañía del fogonero, joven krumen con quien se entendía á pedir de boca? Nadie, ni siquiera él mismo, habría podido contestar á esta pregunta; pero la verdad es que en ese punto pasaba la mayor parte de su tiempo, mientras Miguel trabajaba en el escritorio del armador.

El negrilla gustaba también mucho de subirse á los aparejos. Cuando el viento era favorable, la *Bella Bordelesa* hacía uso de sus velas para economizar el carbón. Entonces daba gusto ver á Zimbo lanzándose á los mástiles con agilidad y destreza simiescas, procurando hacer y deshacer los nudos más complicados y manifestando ruidosamente su contento.

XXVI. — ACHANTÍS Y DAHOMEYANOS. — UTILIDAD DE LAS COLONIAS.

— ¿De quién es esta región? preguntó Miguel un día después de haber doblado el *Cabo de las Palmas* y señalando á la tierra de Guinea, que muy de cerca iban costearo.

— Lo interior del país está ocupado por negros: *Fantis*, *Achantes* y *Dahomeyanos*; los europeos, portugueses, ingleses, holandeses, franceses y alemanes poseen numerosas *factorías* ó *colonias* en el litoral.

Los primeros que visitaron estas costas fueron unos marinos franceses.

Desde la época de los primeros Valois, en 1365, es decir, mucho tiempo antes de que los ingleses sospecharan su existencia, y aun antes de que los portugueses descubrieran el *Cabo verde*, unos pequeños bajeles de Dieppe, tripulados por valerosos marinos normandos, venían á cambiar sus pacotillas, compuestas de cuentas de vidrio de distintos colores, de clavos, agujas y otros objetos de escaso valor,

por polvo de oro, marfil y malagueta. Hoy Francia no posee en esta costa sino establecimientos de secundaria importancia.

Malagueta. — Semilla parecida á la pimienta usada en la cocina y que en otro tiempo se consumía en gran cantidad. Abunda en las costas de Guinea, uno de cuyos puntos recibió por este motivo el nombre de *Costa de la Pimienta*.



Guacamayo.

— A veces me pregunto, dijo Miguel, por qué no dejan á cada cual tranquilo en sus país, sin ir á molestarlos estableciéndose en su territorio.

— Primeramente, como estas regiones producen cosas que no se dan en las nuestras, tenemos que venir á comprárselas cuando las necesitamos. De ahí el establecimiento de factorías de comercio, á donde los naturales llevan esos artículos, y donde nosotros vamos á comprarlos. Á veces se niegan sin embargo á cambiarlos por los que se les dan, y entonces hay

que obligarlos por la fuerzz.

— ¿ Pero no son libres de impedir que los extranjeros penetren en su país?

— Esto es discutible. Tú sabes que no es posible prescindir de sal en la alimentación, y que ese condimento es absolutamente necesario para que se pueda digerir. Pues bien, suponte que toda la sal existente en la tierra se encuentre en un solo país. ¿ Te parece que sus habitantes tendrían derecho para negarse á ceder la sal sobrante por un valor equivalente, y

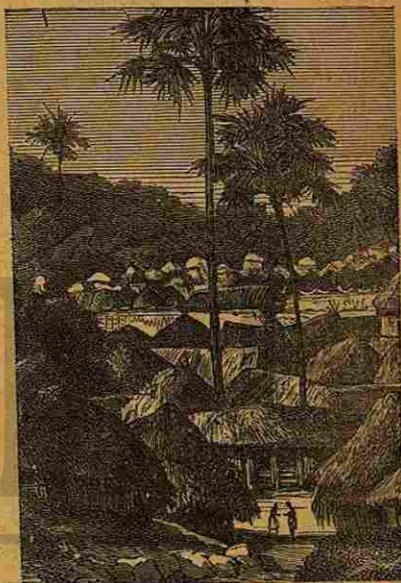
crees justo que nos resignásemos á enfermar, comiendo nuestros alimentos sin sal, porque se les antojara no vendérsela? ¿ No te parece, al contrario, que los productos del globo deben ser repartidos entre todos sus habitantes y que el Creador del mundo lo entendió así?

— No había pensado en esto.

— Reflexionando ó sin reflexionar, lo cierto es que en 1873, los *Achantís* quisieron arrojar á los ingleses de sus factorías de la Guinea. Pero fueron vencidos, y los ingleses pegaron fuego á su capital, *Cumasi*, destruyéndola enteramente.

— ¡ Pobres gentes!

— No te compadecerás tanto de ellos cuando sepas que si acaso existe en el mundo un pueblo más cruel que éste y que con más facilidad derrame la sangre humana, es únicamente el de Dahomey, su vecino. Ni el rey de los *Achantís* ni el otro pueden celebrar una fiesta, un aniversario cualquiera sin mandar que les corten la cabeza á algunos individuos, en ocasiones á cientos y miles de ellos. Cuando el soberano muere, degüellan sobre su tumba á todos sus esclavos. Ciertas ceremonias públicas,



Cumasi.

como la fiesta de los *ñames*, están caracterizadas por grandes matanzas. Se imaginan que de no hacerlo así sería mala la cosecha; pues ambos pueblos, á más de crueles, son muy supersticiosos; creen en *grigís* ó *fetiches*, es decir, en objetos que pueden dar suerte ó quitarla.

Cuando el rey de Dahomey necesita dinero, ordena un embargo general é inmediatamente tiene que llevarle todo el mundo cuanto posee. Si se declara una guerra, sus vasallos están obligados á seguirlo. Durante la batalla, el rey permanece á retaguardia de su ejército, rodeado por sus guardias, que tienen encargo de perseguir y matar á los que huyen.



Ñame.

— Vaya una cosa para que la haga un rey.
— ¿Sabes por qué se apoderó Francia de Argel?

— Sí, para destruir los piratas que infestaban el Mediterráneo, saqueaban las ciudades del litoral, atacaban los barcos y reducían sus tripulaciones y pasajeros á la esclavitud. Carlos V, Luis XIV, los ingleses y los holandeses habían tratado de hacer esto, pero no lo lograron.

— Pues bien ¿crees tú que si se librara al África de los bandidos que aun quedan en ella, como los tuaregs, ó que si se obligara á los Achantís, Dahomeyanos y demás pueblos que se les parecen á abandonar sus bárbaras costumbres no se prestaría inmenso servicio á la humanidad?

— En efecto.

— Pues bien, tal cosa no podrá lograrse sino fundando colonias en esos países, y entablando con ellos continuas relaciones mercantiles.

Ñame. — Planta que se da en las regiones tropicales. Los rizomas ó tubérculos del ñame tienen en ocasiones un metro

de longitud. Su fécula cocida tiene el sabor de las mejores patatas y constituye un alimento sano y sustancioso. Los negros de Africa se alimentan con él; cultivarlo en grande en China y en el Archipiélago Indico.

XXVII. — UNA ILUMINACIÓN.

Durante el día el calor era sofocante; pero de noche reinaba fresco delicioso; así es que Miguel pasaba parte de ellas sobre cubierta.

Una tarde, el sol se puso en un horizonte de púrpura y oro, dando al mar tonos de suntuosa é infinita variedad; y la noche fué llegando poco á poco, cuando de pronto se extendieron por la superficie de las aguas unos resplandores, pálidos al principio, pero muy brillantes luego. Miguel creyó de pronto que era juguete de una ilusión de óptica; se frotó los ojos, pero los reflejos aumentaban en vez de disminuir. La hélice del buque parecía sacar de las olas llamaradas rojas y azules y en la superficie del elemento, retozaban miriadas de chispas. A veces se desvanecía todo por un momento, para empezar de nuevo otra vez.

Miguel permanecía con la boca abierta, ante aquel espectáculo encantador, sin poder decir una palabra, mudo de admiración y, hasta cierto punto, de inquietud, que moderaba no obstante la tranquilidad con que el Sr. Dulaure lo contemplaba.

— ¿Qué es esto? preguntó por fin al negociante, que reía para sus adentros de la estupefacción del joven.

— El mar está hoy fosforescente, contestó Dulaure, y así la verás casi todo el tiempo que permanezcamos en las costas de Guinea, donde es muy común este fenómeno.

— ¿No hay peligro de...?

— ¿De que se pegue fuego al barco? exclamó riendo el armador.

como la fiesta de los *ñames*, están caracterizadas por grandes matanzas. Se imaginan que de no hacerlo así sería mala la cosecha; pues ambos pueblos, á más de crueles, son muy supersticiosos; creen en *grigís* ó *fetiches*, es decir, en objetos que pueden dar suerte ó quitarla.

Cuando el rey de Dahomey necesita dinero, ordena un embargo general é inmediatamente tiene que llevarle todo el mundo cuanto posee. Si se declara una guerra, sus vasallos están obligados á seguirlo. Durante la batalla, el rey permanece á retaguardia de su ejército, rodeado por sus guardias, que tienen encargo de perseguir y matar á los que huyen.



Ñame.

— Vaya una cosa para que la haga un rey.
— ¿Sabes por qué se apoderó Francia de Argel?

— Sí, para destruir los piratas que infestaban el Mediterráneo, saqueaban las ciudades del litoral, atacaban los barcos y reducían sus tripulaciones y pasajeros á la esclavitud. Carlos V, Luis XIV, los ingleses y los holandeses habían tratado de hacer esto, pero no lo lograron.

— Pues bien ¿crees tú que si se librara al África de los bandidos que aun quedan en ella, como los tuaregs, ó que si se obligara á los Achantís, Dahomeyanos y demás pueblos que se les parecen á abandonar sus bárbaras costumbres no se prestaría inmenso servicio á la humanidad?

— En efecto.

— Pues bien, tal cosa no podrá lograrse sino fundando colonias en esos países, y entablando con ellos continuas relaciones mercantiles.

Ñame. — Planta que se da en las regiones tropicales. Los rizomas ó tubérculos del ñame tienen en ocasiones un metro

de longitud. Su fécula cocida tiene el sabor de las mejores patatas y constituye un alimento sano y sustancioso. Los negros de Africa se alimentan con él; cultivarlo en grande en China y en el Archipiélago Indico.

XXVII. — UNA ILUMINACIÓN.

Durante el día el calor era sofocante; pero de noche reinaba fresco delicioso; así es que Miguel pasaba parte de ellas sobre cubierta.

Una tarde, el sol se puso en un horizonte de púrpura y oro, dando al mar tonos de suntuosa é infinita variedad; y la noche fué llegando poco á poco, cuando de pronto se extendieron por la superficie de las aguas unos resplandores, pálidos al principio, pero muy brillantes luego. Miguel creyó de pronto que era juguete de una ilusión de óptica; se frotó los ojos, pero los reflejos aumentaban en vez de disminuir. La hélice del buque parecía sacar de las olas llamaradas rojas y azules y en la superficie del elemento, retozaban miriadas de chispas. A veces se desvanecía todo por un momento, para empezar de nuevo otra vez.

Miguel permanecía con la boca abierta, ante aquel espectáculo encantador, sin poder decir una palabra, mudo de admiración y, hasta cierto punto, de inquietud, que moderaba no obstante la tranquilidad con que el Sr. Dulaure lo contemplaba.

— ¿Qué es esto? preguntó por fin al negociante, que reía para sus adentros de la estupefacción del joven.

— El mar está hoy fosforescente, contestó Dulaure, y así la verás casi todo el tiempo que permanezcamos en las costas de Guinea, donde es muy común este fenómeno.

— ¿No hay peligro de...?

— ¿De que se pegue fuego al barco? exclamó riendo el armador.

— Si señor... no sería extraño.

— Tranquilízate, hombre.

Y llamando á un marinero, le dijo que sacara agua en un balde.

— Mete la mano ahí, añadió dirigiéndose á Miguel cuando el balde estuvo sobre cubierta.

El joven argelino se sorprendió mucho al observar que el agua estaba absolutamente fría.

— ¿Cuál es la causa de esta iluminación?

— La presencia en el mar de unos animalculos gelatinosos, blandos y transparentes, invisibles durante el día y que se califican de *fosforescentes*, no porque su cuerpo contenga la más pequeña partícula de *fósforo* sino porque sus resplandores son análogos á los de este cuerpo en la oscuridad.

Los principales *animalculos fosforescentes* que viven en el mar son los *noctíluco*s y los *pirosomos*. Los primeros, cuyo nombre significa *luminoso de noche*, tienen de longitud la quinta parte de un milímetro; el *pirosomo*, nombre equivalente á *cuerpo encendido*, es un cilindro blando y hueco del tamaño del dedo meñique.

XXVIII. — CÓMO SE ORIENTAN EN EL MAR.

La *Bella Bordelesa* seguía unas veces las costas, y otras se alejaba de ellas. Miguel se preguntó en más de una ocasión cómo hacía el armador para guiarse en la inmensa llanura del Océano, donde no existen montañas, valles ó accidentes de ninguna clase que puedan indicar el camino.

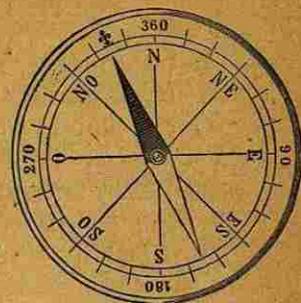
Un día manifestó su asombro al negociante.

— Yo, que no pierdo de vista el litoral, le contestó Dulaure, tengo con la *brújula* lo suficiente para guiarme; cerca del timón se encuentra instalado uno de esos instrumentos, de que se sirve el *timonel* para dirigir el barco. Vamos á verlo.

Dirigieronse á la popa y allí vió Miguel, encima de un pie, una especie de cuadrante en que el timonel

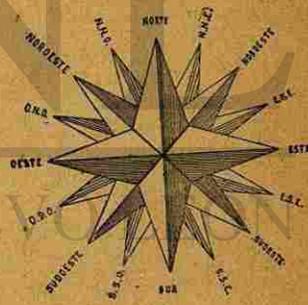
fijaba la vista, y que tenía letras en vez de los números que indican la hora en los relojes ordinarios. Encima se movía temblorosa una aguja de metal, que marcaba una N.

La parte principal de la brújula, dijo el Sr. Dulaure, es esta aguja, móvil según ves, y cuya punta está *imantada*, lo que hace que siempre se inclina hacia el norte, punto hacia donde el imán tiene la propiedad de inclinarse siempre.



Brújula.

Las letras escritas en la circunferencia de esta especie de cuadrante indican los nombres de todos los *puntos de orientación*, que son *treinta y dos*: *cuatro* principales ó *cardinales*, que son, como sabes, el *norte*, el *sur*, el *este*, y el *oeste*, y *veintiocho* intermedios, que se designan reuniendo los nombres de los más cercanos: N. E. ó *nordeste*, entre el N. y el E; N. N. E. ó *nornordeste*, entre el N. y el N. E.; N. 1/4 N. E. entre el N. N. E. y el N., etc. La reunión de esos treinta y dos puntos es lo que se denomina *rosa de los vientos*.



Rosa de los vientos.

Quando la aguja de la brújula se dirige hacia determinado punto del horizonte y se para en él, ese punto es el norte; entonces es fácil reconocer con

ayuda de la *rosa de los vientos*, los treinta y dos puntos del horizonte á que corresponden los de la brújula. En consecuencia, siempre es posible dirigirse con seguridad hacia el que se desea.

Si se navega lejos de las costas (esto es lo que se llama *navegación de altura*), no basta la brújula, ó bien entonces hay que averiguar para poder servirse de ella, el punto donde se está, es decir, la *longitud* y la *latitud*. ¿Sabes qué significan estas dos expresiones.

— Lo aprendí en la escuela, contestó Miguel: la *latitud* es la distancia que existe entre un punto cualquiera y el *ecuador*; la *longitud* es la que hay, dada la misma *latitud*, entre un lugar y el *meridiano de París*.

— Esto último, replicó el Sr. Dulaure, es cierto en lo que se refiere á nosotros los franceses, pues el meridiano que nos sirve para contar la *longitud* es el que pasa por el observatorio de *París*. Pero cada pueblo tiene uno particular: los ingleses el de *Greenwich*, los españoles el de *Madrid* ó de *San Fernando*, los rusos el de *Pultawa*, etc. Los alemanes emplean todavía el de la *isla del Hierro*, una de las Canarias. En los últimos congresos geográficos se ha propuesto que todas las naciones adopten un meridiano común, y para evitar celos y rivalidades se ha indicado el de *Jerusalén*; pero pasará mucho tiempo antes de que se logre tal objetivo.

— ¿Qué es un *meridiano*?

— Un círculo imaginario que da la vuelta á la tierra y que pasa por todos los puntos donde el sol marca mediodía al mismo tiempo. Este círculo corta la tierra en el sentido opuesto al *ecuador*, que á su vez divide al planeta en *hemisferio boreal* y *hemisferio austral*; el meridiano lo separa en dos, el *oriental* y el *occidental*.

El *meridiano de París* indica todos los puntos de la tierra en que son las doce al mismo tiempo que en *París*; en los mapas franceses se le señala con un cero.

— Veo que lo sabes, replicó el negociante. De lo dicho se deduce que si todos los puntos situados en el mismo meridiano tienen mediodía al mismo tiempo, los que lo tienen antes ó después no se encuentran en la línea del mencionado círculo.

Un navegante francés ó que viaje con mapas franceses, necesita, para saber dónde se encuentra, saber en un momento dado cuál es la hora en *París* y en el punto donde está.

Para ello, cada capitán de un barco francés tiene un excelente reloj ó *cronómetro* (instrumento destinado á medir el tiempo), que pone antes de embarcarse en la hora del Observatorio de *París*; ésta es conocida en todos los puertos de Francia, y en dicho centro se la determina por el movimiento del Sol.

Á más de esto, el navegante posee un *cuadrante solar* ó *reloj de sol*, que le permite averiguar la hora exacta del punto donde está, hora tanto más distante de la del meridiano de *París*, cuanto más lejos se encuentra el barco de los puntos situados en dicho meridiano. Y como de antemano se sabe, por cálculos anteriores, que cuando hay entre dos relojes arreglados por el sol tantos minutos y segundos de diferencia, ésta representa tantos ó cuantos kilómetros, es fácil calcular á qué distancia de *París* se encuentra el barco, ya al este, ya al oeste, cosa que se indica por las expresiones *longitud este* y *longitud oeste*.

— ¿Y la *latitud*? preguntó Miguel?

— Para averiguar la *latitud* se emplea el *sextante*. Con ayuda de este instrumento se calcula la *altura*

del sol ó de una estrella, es decir, la elevación aparente del astro sobre el horizonte, pues esta distancia varía con el punto del globo que se ocupa. Partiendo de ese dato se determina por una serie de cálculos la distancia del ecuador á que se está.

Tomar la altura, como se dice, es fácil; lo difícil consiste en ejecutar los cálculos subsiguientes. Afortunadamente, los calendarios astronómicos, como el *Conocimiento de los tiempos*, que publica la *oficina de longitudes* de París (establecimiento que se ocupa de lo referente á la *astronomía* y la navegación) los dan ya hechos. Esas tablas señalan la correspondencia entre la altura y la latitud. Si un astro se encuentra á tal ó cual altura, el observador está en tal ó cual paralelo.

El conjunto de estas dos operaciones se denomina *tomar el punto*, y los capitanes de los barcos lo hacen diariamente. Una vez determinado el lugar, el capitán lo busca en el mapa y entonces puede decirse: estoy á tal ó cual distancia de tal puerto, de tal cabo, de tal isla, de tal ó cual escollo; y así le es fácil, valiéndose de la brújula, encaminarse al lugar de su destino y evitar los otros.

También se emplean en la navegación otros varios instrumentos, y entre ellos la *sonda* y la *corredera*.

El fondo del mar no es llano, sino que está formado como el de la tierra firme por montañas y valles y en él se encuentran rocas y bancos de arena donde puede deshacerse ó encallar el navío; así es que en ciertos sitios hay que ver si la profundidad del agua es suficiente para que el buque pueda navegar; tal es el objeto de la *sonda*.

En cuanto á la *corredera* sirve para medir la velocidad de la marcha del navío; es un aparatito de madera atado á una cuerda, en la cual se hacen unos *nudos* de quince en quince metros. Para usarla se la

tira al mar y la cuerda empieza á desarrollarse, indicando la velocidad de la marcha del navío; la manera como está preparada esta cuerda es lo que ha dado origen á la expresión *hacer tantos nudos por hora*.

XXIX. — LA DESEMBOCADURA DEL NÍGER. — EL PASO DE LA LÍNEA.

Unas tres semanas después de la salida de Dakar, durante las cuales habían *hecho escala*, esto es, deteniéndose en algunos puntos de la costa de Guinea, Miguel, que examinaba la orilla con un anteojo, tuvo la satisfacción de ver ondeando en los establecimientos de la playa la bandera francesa. Eran los de la colonia de *Porto Novo*, donde se detuvo unos días el armador.

Al poco tiempo de hacerse de nuevo á la mar pasaron delante de la desembocadura del Níger. Miguel contempló desde lejos con gran interés el punto en que el río africano va á derramar en el océano sus aguas infestadas de tiburones y caimanes. Recordaba con emoción los incidentes del viaje ejecutado unos meses antes, entre Tombuctú y Bamakú; pero en vano quiso conmovér á Zimbo con el recuerdo. El negrillo se negaba absolutamente á creer que aquel río era el mismo en que habían navegado tiempo atrás como fugitivos.

— Hoy es un gran día, exclamó el Sr. Dulaure una semana más tarde, en las primeras horas de la mañana. Dentro de unas tres horas pasaremos la línea.

— ¿ La línea? repitió Miguel.

— La *línea equinoccial*. A las doce y minutos estaremos precisamente en el mismo ecuador.

Hoy salimos del hemisferio norte para entrar en el austral. Hace unos días distinguíamos aún, casi sobre el horizonte, la *estrella polar*, que ya no pode-

mos ver, como tampoco las constelaciones boreales : la *Osa menor*, la *corona de Ariana* ; ahora vemos brillar encima de nuestras cabezas las *zodiacales* : el *León*, la *Virgen*. Dentro de pocos días empezaremos á distinguir las *australes*, y entre ellas la brillante *Cruz del Sur*.

En otra época, esta etapa del viaje se celebraba con grandes mojigangas. Uno de los marineros se disfrazaba de *rey de la línea* y se presentaba ante el capitán, rodeado por su corte y le declaraba que se oponía al paso del buque. El capitán tenía que comprar el permiso con una considerable distribución de aguardiente. También se aprovechaba la ocasión para divertirse con los que navegaban por primera vez, enseñándoles en un anteojo la línea ecuatorial que se iba á atravesar. Esta línea estaba representada por un hilo pegado en el vidrio. Estas bromas inocentes han pasado de moda ; pero no la costumbre de festejar ese momento del viaje bailando y bebiendo, y yo pasaría por un hombre de poco más ó menos si no diese medios de continuar las tradiciones ; así es que esta noche daré á la tripulación doble cantidad de aguardiente que de costumbre.

En efecto, al llegar la noche la cubierta de la *Bella Bordelesa* presentaba animadísimo espectáculo ; todo era risas, cantos y bailes, aunque sin salirse de los límites lícitos. Zimbo aprovechó la ocasión para abandonarse con delicias á las más fantásticas operaciones coreográficas, mientras que el mar, queriendo tomar parte en la fiesta, se había iluminado, y azotaba suavemente el barco con su dorado y diamantino oleaje.



Cruz del sur.

XXX. — EN EL OGOUÉ.

El paso de la línea se efectuó poco tiempo después de haber pasado la desembocadura del *Gabón*, río que da nombre al país que riega.

El *Gabón* pertenece á Francia desde 1841. En esta época fué enviado á esos parajes el teniente de fragata Bouet-Villiaumez, para impedir la trata de negros ; y como se reconociera que era urgente poseer en aquella costa un puerto donde hacer víveres y aguada y refugiarse durante el mal tiempo, los franceses compraron el mencionado territorio á unos reyezuelos del país.

Algunos años más tarde, unos esclavos emancipados, siguiendo el ejemplo de los de *Freetown* y de *Monrovia*, fundaron no lejos de los establecimientos franceses, la aldea de *Libreville* (ciudad libre), que se convirtió en capital de la colonia.

El *Gabón* es fértil como todos los países donde se suceden sol ardiente y lluvias abundantes. Está cubierto de bosques inmensos en que crecen *plantas tropicales*, esto es, las de la región tórrida del globo, y en que ciertos árboles adquieren proporciones inmensas.

El armador fondeó en la desembocadura del *Ogoué*, río que atraviesa el *Congo francés*.

Dase este nombre á una región recientemente descubierta regada por un río caudaloso, el *Congo*, que atraviesa casi toda el África y que en otra época llamaban el *Zaire*.

El *Ogoué* no puede ser comparado con él ni con los restantes ríos africanos, tales como el *Níger*, y el *Nilo* ; pero así y todo es más largo que el *Ródano*.

En ciertos puntos inmediatos á su desembocadura.

tiene hasta tres kilómetros de ancho, y en la época de las grandes avenidas sus aguas, que se vuelven rojizas, se extienden hasta perderse en el horizonte por los bosques limitrofes. Entonces es muy peligroso navegar por él.

Por fortuna no era así en el momento en que hablamos, y nada impedía que el Sr. Dulaure llevara á cabo su propósito de visitar unas factorías situadas á alguna distancia de la desembocadura. Dejó, pues, su barco en el puerto de *Lambarené* y alquiló unas piraguas para subir el río.

La colonia francesa del Congo es de fundación muy reciente, decía á Miguel el Sr. Dulaure, mientras las ligeras embarcaciones se deslizaban por la superficie del río, ya impulsadas por ágiles remeros, ya arrastradas por negros *pahuinas*, naturales del país, con cuerdas de bejuco, si la corriente era demasiado rápida.

Esta colonia ocupa un extensísimo territorio, pues se extiende desde el *Ogoué* hasta las orillas del *Congo*, excepto sin embargo en la desembocadura, de que está separada por otra colonia, llamada *Estado libre del Congo*, que ocupa una región mucho mayor aún.

Hace unos quince años, dos franceses, el *marqués de Compiègne* y el Sr. *Marche*, subieron por el *Ogoué* hasta *Lopé*, donde encontraron unos negros *antropófagos* ó *caníbales*, es decir, que comen carne humana, y tuvieron que volver sobre sus pasos. Habiendo muerto el marqués, continuó la empresa el alférez de navío *Savorgnan de Brazza*, acompañado por el Sr. *Marche*. Estos viajeros continuaron por el *Ogoué*, en medio de tribus hostiles, hasta regiones de acceso casi imposible, corriendo los mayores peligros, exponiéndose á las más crueles privaciones. Llegaron á las fuentes del *Ogoué* descalzos, casi desnudos y medio muertos de hambre.

Al año siguiente efectuaron otra expedición, más afortunada que la precedente. *Brazza* logró sin combatir, nada más que por el prestigio de su reputación en aquellos países, que todas las tribus de las márgenes del *Ogoué* reconozcan la autoridad de Francia; fundó *Franceville* (ciudad de Francia), se alió con el rey *Makoko*, que le facilitó una escolta y se dirigió hacia un río de que le habían hablado y que supone es el Congo. En efecto no se engañó. En sus orillas fundó otra estación, á doscientas leguas de la primera, y que más tarde ha recibido el nombre de *Brazzaville* (ciudad de *Brazza*). Dejó en ella como guarnición cuatro soldados franceses, y se embarcó para bajar hasta la desembocadura, después de celebrar una entrevista con el americano *Stanley*, otro famoso viajero que acababa de reconocer todo el curso del Congo.

La marcha de *Brazza* fué lenta, dice un escritor que ha dado cuenta de esta expedición, pues se necesitaba tiempo para familiarizarse con las tribus y atraérselas. El atrevido explorador se propuso sembrar paso á paso simpatías que más tarde produjeron abundante cosecha de amistades fieles.

XXXI. — STANLEY. — EL CONTINENTE NEGRO.

Ya se sabía, añadió el Sr. Dulaure, que el río llamado por nosotros *Congo*, y que los portugueses, establecidos desde mucho tiempo atrás en su desembocadura denominaban *Zaire*, nacía en el centro del África, en la región de los *Grandes Lagos*; pero no había certeza ninguna respecto del particular.

En 1876 salió de *Zanzibar* en la costa oriental de África, el americano *Stanley* (Americano del norte por la nacionalidad; pero este viajero nació en Inglaterra), y á los dos años de viaje llegó á un río que

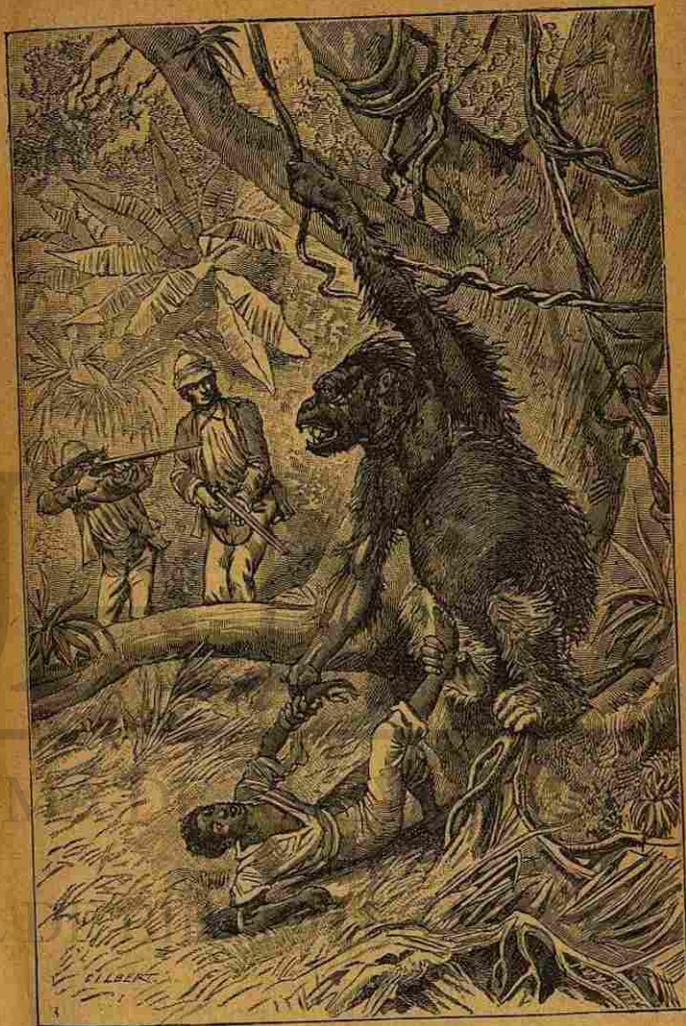
los naturales del país llaman *Sua Saba*. Embarcóse y bajó por él hasta encontrar unas cataratas á que dió su nombre (*Stanley falls*), y continuó su ruta hasta el Océano Atlántico, donde desemboca después de un recorrido de cinco mil kilómetros. Era el Congo, que cambia de nombre según las regiones que atraviesa, y que es uno de los más largos ríos del mundo.

Stanley, que se había puesto en marcha con 360 compañeros, de los cuales eran blancos 3, llegó á la ribera opuesta del *Continente negro*, como llamó al África, con sólo 113, ninguno de ellos blanco. Los demás, es decir, dos terceras partes habían sucumbido á las fatigas, ante las enfermedades y la muerte, ó en los combates incesantes sostenidos con las tribus salvajes cuyo territorio se atravesaba : pues, contra lo que durante mucho tiempo se creyó, el suelo de África está muy poblado y es en ciertas partes sumamente fértil. Una de las tribus más terribles era la de los *Niam-Niam*, cuyo nombre significa *comer*. En efecto, sus miembros son antropófagos y se comen á los enemigos que han vencido.

El viajero fundó á orillas del Congo, en un sitio donde el río se ensancha hasta formar un pequeño lago, una población á que puso por nombre *Stanley Pool* (Estanque de Stanley) y que se encuentra frente á *Brazzaville*, establecida por Brazza en la margen opuesta.

XXXII. — ENCUENTRO CON UN GORILA.

Era ya casi mediodía y el calor sofocaba, haciendo correr el sudor de los hombros de los negros, que así adquirían tonos brillantes. El armador mandó hacer alto y las piraguas fueron amarradas á la sombra de algunas grandes palmeras que balanceaban á orilla del río su elegante copa. En un ins-



Encuentro con un gorila.

tante, una docena de negros, y entre ellos Zimbo, se subieron á lo más alto de esos árboles y volvieron á presentar al Sr. Dulaure y á Miguel sus calabazas llenas de un licor fresco y azucarado, que era vino de palmera.

Después de esto Miguel se tendió en el fondo de la piragua, y ya empezaba á dormirse cuando lo despertaron unos gritos espantosos. Los negros que se habían echado sobre la hierba de la orilla, corrían á todo correr hacia las piraguas. Detrás de ellos se precipitaba un ser que Miguel tomó de pronto por un gabonés, y que andaba rápidamente lanzando gritos ásperos y agitando dos velludos brazos. Su rostro, ya de por sí horrible, lo parecía más aún á causa de una ancha boca, armada de dos terribles mandíbulas. Apenas había tenido tiempo Miguel para darse cuenta de que aquella espantosa criatura no era un hombre, cuando vió que su horrible mano caía sobre el que más cerca de él estaba.

El rezagado era precisamente el pobre Zimbo, que se había alejado un tanto para buscar fruta que llevar al armador y á Miguel. El muchacho lanzó un grito desgarrador, que fué seguido casi inmediatamente por dos detonaciones. El lazo que le había detenido en su marcha se aflojó y él pudo echarse en el suelo descubriendo á su adversario, que sin embargo no lo soltaba; pero otro tiro lo puso en libertad. El monstruo, herido de nuevo, cayó para no volverse á levantar.

Uno de los proyectiles que lo habían herido le había sido enviado por Miguel. Este, al ver el peligro que corría su amigo, se había arrojado vivamente sobre uno de los dos fusiles que el Sr. Dulaure había preparado para tirar sobre las aves acuáticas que pululaban en la orilla. Miguel tiraba por primera vez, pero sin duda la amistad dirigió su mano.

Mientras la bala del armador, que disparó al mismo tiempo, penetraba en la cabeza del animal, la del argelino le destrozaba el hombro; pero la fiera era dura de acabar y se necesitó otra bala, que el Sr. Dulaure le metió en la cabeza, para rematarlo.

Miguel se lanzó inmediatamente á tierra, á ver si Zimbo estaba herido; pero sus inquietudes no tardaron en disiparse al oír la carcajada triunfal que lanzó el negrillo cuando se vió libre de su enemigo. Éste corrió al encuentro de Miguel pegando brincos. Sin embargo el Sr. Dulaure le examinó el brazo y al ver que tenía un rasguño le aplicó una compresa de agua fenical, cosa necesaria dada la elevada temperatura.

El monstruoso ser que había caído de manera tan inesperada sobre Zimbo, era un gorila, especie de mono muy feroz, de estatura colosal y de extraordinaria fuerza. Este tenía el tamaño de un hombre y su fuerza que, gracias á Dios, no hubo ocasión de ensayar, debía ser prodigiosa.



Gorila.

Gorila. — Es el mayor de todos los monos. Vive en la costa occidental de Africa y sobre todo en el Gabón. Las gentes del país lo temen mucho y lo consideran como á un hombre degenerado; lo cierto es que presenta cierto parecido con nuestra especie. Si bien no come más que fruta y hierbas, es muy feroz y no huye nunca ante el hombre. Un cazador francés, Du Chaillou, ha adquirido gran reputación por sus luchas con el hombre de los bosques, nombre que se da en ocasiones á este cuadrumano. El gorila se incluye entre los antropomorfos (monos parecidos al hombre), lo mismo que el chimpancé y el orangután.

Este incidente tuvo por efecto quitar á todo el mundo el sueño, y comunicar á los remeros sufi-

ciente vigor para que se apresurasen á volver al centro de la corriente. Al anochecer llegaron al establecimiento que el Sr. Dulaure queria visitar y que consistia en una habitación análoga á nuestras casas de campo, rodeada por multitud de almacenes y depósitos. En los alrededores se extendían plantíos de café, mandioca y vainilla, que eran cultivados



Vainilla.

por gaboneses y pahuinos y que daban excelentes resultados. El armador visitó la plantación con detenimiento, en compañía de Miguel y después tomaron de nuevo el camino de *Lambarené*, donde quedó anclada la *Bella Bordelesa*.

Mandioca. — Planta que nace en todas las regiones tropicales y cuya raíz, que es tuberculosa, contiene un jugo lechoso. Este zumo es venenoso; pero cuando la raíz lo ha perdido todo, suministra excelente fécula, muy útil para los indigenas y con la cual se fabrica la *tapioca*, que se usa para hacer sopa. En América hacen con ella las galletas llamadas *casave*.

Vainilla. — Planta herbácea y rastrera, cultivada en la zona tórrida. Sus semillas, que son muy numerosas y pequeñas, están envueltas en la baya aromática que todo el mundo conoce y que tan grandes servicios presta en la cocina, la dulcería y la perfumería.

XXXIII. — EN SAN PABLO DE LOANDA. — VACILACIONES.

El hombre propone y.... la enfermedad dispone. Unos días después de salir del Congo, y cuando el barco costeaba las riberas de *Angola*, reino negro donde los portugueses poseen numerosas factorías, el Sr. Dulaure fué atacado por súbito malestar, que le obligó á guardar cama. Al día siguiente llegaron á *San Pablo de Loanda*, donde el barco tenía que hacer escala; el armador estaba tan malo que apenas

pudo levantarse para ir á tierra y llegar á la casa de un amigo con quien iba á pasar varias semanas.

Apoderóse de él viva calentura y el médico que le vió dos días después, le ordenó que volviese inmediatamente á Europa, porque de prolongar la residencia en las regiones tropicales, corrían peligro su salud y aun su vida.

Miguel sintió en el alma la enfermedad de su protector y todos los días, y aun varias veces al día, iba á informarse de su estado. Siempre se encontraba con Pedro, criado de confianza del Sr. Dulaure, un mulato (hijo de blanco y negra), que lo acogía muy mal.

Este hombre había cobrado celos del afecto que su amo mostraba al joven argelino, y como deseaba causarle daño, la ocasión le pareció excelente.

Aunque el Sr. Dulaure le había dado orden terminante de dejar entrar á Miguel cuando éste viniera á verle, el mulato contestaba siempre que su amo no queria ver á nadie, que por otra parte no se encontraba en estado de hablar y que rogaba lo dejasen tranquilo. Miguel extrañó esta orden, tan opuesta á las muestras de interés que le diera el Sr. Dulaure, y volvió á la carga; pero el mulato lo recibió de manera tan injuriosa, que no se atrevió á presentarse más.

Por su parte el armador no podía explicarse la ausencia de su joven amigo. Cuando preguntó á Pedro, éste le contestó que Miguel no había estado á preguntar por él y hasta le dió á entender que era por miedo á coger el mal. El armador lo extrañó, pues lo que había visto del carácter de Miguel daba un mentís á semejante suposición; pero su espíritu debilitado por los sufrimientos no se permitió darse cuenta de la perfidia de esta insinuación y menos aún que tratara de comprobarla.

Sin embargo, cuando se decidió por orden del

médico á volver á Europa, encargó á Pedro que buscarse á Miguel para decirle que se preparase á acompañarlo en compañía de Zimbo. El mulato se guardó de hacer semejante cosa. ¡Este recado habría colmado de alegría el corazón del joven!

Nuestros amigos vagaban tristemente por la ciudad. Miguel estaba preocupado tanto por la enfermedad, quizás peligrosa, de su protector, cuanto por ignorar qué iba á ser de ellos.

Sabía que el Sr. Dulaure iba á regresar á Europa.

¿Qué se harían si el armador no los llevaba consigo?

¿Cómo vivir en aquel país? ¿Cómo volver á Francia?

¿Cómo iban á subsistir él y Zimbo?

¡Y había que comer!

Sí, era preciso comer, y así lo pensaba aquella mañana, al ver que no había manera de procurarse un pedazo de pan. Mientras estuvo á bordo de la *Bella Bordelesa*, no había echado de menos el dinero; pero ahora se veía por falta de plata en la más cruel de las situaciones, y pensando estaba en la manera de salir de ella cuando Zimbo, cuyo estómago sufría también grandes suplicios, llegó corriendo:

— Venir pronto, exclamó con animación; venir pronto; comer cosa muy buena.

— ¿Muy buena? preguntó Miguel.

— Sí; yo haber encontrado buena negra; negra de allá, hablar hausa; ha hecho *futufutú*.

— ¿Futufutú?

— Sí, cosa muy buena, muy buena; hacer bien aquí.

Y Zimbo se señaló al estómago.

— Venir, pronto, muy pronto, añadió.

El hambre, que hace salir á los lobos de sus bosques, acaba también con la timidez. Miguel echó, pues, detrás de su amigo negro. Éste anduvo largo

rato por unas callejuelas estrechas, detrás de las casas que se extienden á lo largo del puerto y al fin se paró delante de una barraca ó choza. El olor que de ella salía era sin duda agradable para el olfato negro, pero las narices blancas lo podían apenas resistir.

Una negra ya anciana daba inclinada sobre el fuego la última mano al plato anunciado, agitando en una olla con una espátula de madera, una preparación culinaria á que añadía de tiempo en tiempo unas gotas de líquido.

Volvió su negro rostro, coronado por blanca cabellera, hacia los recién llegados y al distinguir á los dos amigos su boca se hendió con benévola sonrisa, dejando al descubierto una dentadura de marfil.

— Buen futufutú, dijo á Miguel enseñándole el contenido de la marmita. Matuba contenta; blanquito también.

Si fuera cierto que el apetito y la buena acogida son los mejores condimentos, Miguel habría encontrado delicioso el futufutú; sin embargo y por más que, como se comprende, no podía mostrarse exigente, hizo una mueca al llevarlo á la boca. Era un compuesto de bananas y de pescado ahumado, condimentado con pimienta y guisado en aceite de palma. El futufutú es el manjar preferido por los negros de Guinea; el europeo que lo come empieza por considerarlo execrable y acaba, según cuentan, por encontrarlo exquisito.

Miguel no había llegado todavía á esto; pero una vez que pasó el primer momento de repugnancia, y con el auxilio de un ayuno de veinticuatro horas, comió la singular composición con cierto gusto.

XXXIV. — UN NUEVO AMIGO.

La *Bella Bordelesa* debía hacerse á la vela al día siguiente, á las doce, y Miguel seguía sin recibir aviso del Sr. Dulaure.

Desde por la mañana se situó en el muelle, con la vista fija en la morada del comerciante y en la esperanza de que éste lo mandaría á buscar; pero pasó el tiempo y nadie se acercó á él.

El enfermo salió á las doce menos diez, muy pálido y sin poder casi andar; sosteníanlo por un brazo su amigo el Sr. López y por el otro el fiel Pedro. Detrás iban unos diez ó doce criados negros que se movían y se empujaban, peleándose por cargar los pequeños objetos, libros, sombrillas, mantas, etc., que uno solo de ellos habría podido llevar. Cuando Pedro distinguió á Miguel, quiso hacer de modo que su amo no le viese; pero no pudo impedirlo. La vista del armador se fijó en el joven, quien saludó respetuosamente. El Sr. Dulaure contestó con un movimiento de cabeza que Miguel no supo cómo interpretar. ¿Quería decir adiós? ¿hasta luego? Sin embargo, siguió con los demás hasta el barco; pero cuando quiso entrar en él por la pasadera que lo unía al muelle, fué detenido por Pedro, quien le anunció de manera terminante que su amo no había dado orden ninguna para su embarque.

En vano el joven insistió; todo fué inútil.

Corrió á la boca del puerto, en el momento de salir el barco, para lanzar una última mirada á aquel buque que se llevaba su postrera esperanza de volver á la patria, y un hombre que le había manifestado tanta amistad y que si lo abandonaba ahora, era seguramente porque debilitaba sus facultades la enfermedad.

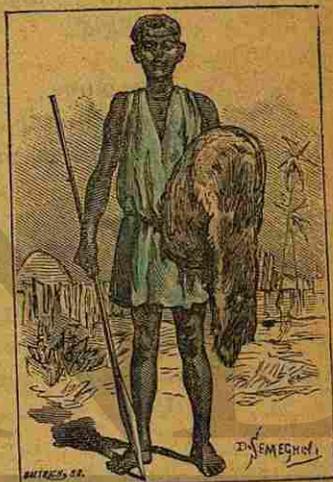
Sea de ello lo que quiera, el abandono era cruel y absoluto. Cuando Miguel vió á la *Bella Bordelesa* hacerse á la mar, saludada por los votos de buen viaje de cuantos se hallaban presentes, mientras los de á bordo contestaban con vivas, se le llenó el alma de congoja, sintiendo horrible abandono y soledad.

— Pobre Zimbo mío, decía á su compañero, que compartía instintivamente, sin comprenderla, la pena de su amigo, ¿qué va á ser de nosotros? ¡Comó pensar en el regreso á Francia! ¡Y yo que esperaba ver pronto á mi hermanita Lucía! ¡Sabe Dios si volveré á verla! ¿Cómo salir del paso? ¡Quién querrá emplearnos!

— ¿Quién? Tal vez yo, dijo en francés detrás de él una voz fuerte y simpática. Nadie ha dicho que dejaré á un compatriota en apuros si puedo sacarlo de ellos.

Miguel se había vuelto á las primeras frases, y sus miradas cayeron sobre un hombre de 32 á 35 años, de rostro franco, cubierto en parte por una barba de color castaño claro, y que el clima africano había bronceado mucho.

Llevaba un traje de lana ligero y botas de suela muy gruesa, en los cuales penetraban las bocas piernas de su pantalón. Un tocado de forma de casco rodeado por un velo que protegía su frente y su cuello contra los rayos de un sol ardiente.



Negro de Guinea.

Miguel lo interrogó con la mirada, para convenirse de que hablaba seriamente.

— Ando buscando una persona que me acompañe, dijo el desconocido, para ayudarme á poner en orden mis notas, mis colecciones. ¿Quieres trabajar en esto.?

— Por contento me daría, balbuceó Miguel, pero...

— ¿Pero qué?

— ¿Es... de veras?

— Ya lo creo.

— Vd. no me conoce.

— Tiempo tendremos para saber quiénes somos. Por lo demás, tengo la pretensión de leer en las fisonomías y la tuya me gusta... Mas... como mejor se explican los hombres es en la mesa. ¿Has almorzado?

Y como Miguel tardara en responder.

— Apuesto, agregó el extranjero que volverías á empezar; conque, vamos á comer.

— Es que... replicó Miguel.

— ¿Qué?

— ¿Y Zimbo?

— Ah, Zimbo; ¿ese negrillo? Demonio ¿te pagas el lujo de un criado?

— No es mi criado; es mi amigo.

— Entonces es distinto. Los amigos de nuestros amigos son los nuestros. Que Zimbo venga también.

Unos instantes después, los tres comensales estaban sentados á la mesa en la mejor fonda de San Pablo de Loanda; pero el número no tardó en reducirse á dos: apenas Zimbo vió lleno su plato, se lo llevó y fué á instalarse delante de la puerta, en un banco donde otros negros holgaban sin que les asustase el calor.

— Ahora, dijo el forastero, presentémonos mutua-

mente. Me llamo Marcos Berton, soy francés y viajo constantemente; tengo 33 años, buena salud y buen humor; me gusta la conversación, cosa de que estoy privado cuando no tengo por compañeros de viaje más que los naturales del país, por lo cual tendría sumo placer en encontrar un compatriota que quisiera acompañarme. Quisiera que el que me envía el cielo tuviese más barba que tú, pero no hay que ser demasiado pedigüeno. Ya he recorrido multitud de países; por ahora me propongo dirigirme á la Colonia del *Cabo*, á través del continente africano. ¿Te conviene la expedición? el camino no es de los más cortos para volver á Francia, pero ya sabes tú que todos ellos llevan á Roma. ¿Quieres venir conmigo?

— Con mucho gusto; ¿pero y Zimbo?

— Dale con Zimbo; pues bien, vendrá con nosotros á menos de que se niegue.

— No hay cuidado.

— Queda convenido; ahora cuéntame tu historia; tengo ganas de saber cómo te encuentras aquí, sin padres, sin amigos, sin recursos de ninguna clase, á lo menos por lo que parece.

Miguel hizo el relato de las aventuras que lo habían llevado de Argelia á San Pablo de Loanda.

— Diablo, diablo, exclamó Berton que había seguido esta narración con el más vivo interés; ¿de modo que hace dos años que saliste de Argelia?

— Sí señor.

— ¿Y sólo cuentas catorce años de edad?

— Catorce y seis meses.

— Diablo, diablo, añadió por segunda vez el Sr. Berton. Te había echado más; diez y seis al menos. Mucho me temo que no puedas soportar las fatigas de un viaje como el que voy á emprender.

— No lo crea Vd. ; soy muy fuerte, muy robusto, y jamás he estado enfermo.

— Ten en cuenta que no hemos de comer cuatro veces todos los días ni dormir todas las noches en una buena cama.

— En los diez y ocho meses que he pasado en el desierto me he acostumbrado á prescindir de eso, contestó Miguel. Desde que sali de mi querida casa en Biskra, sólo he tenido algún bienestar á bordo de la *Bella Bordelesa*.

— Tienes razón, acabó diciendo el Sr. Berton; mis argumentos no eran de mucho peso. Pues bien, á la gracia de Dios. Dentro de ocho días nos pondremos en marcha. Por lo demás, no se trata de un viaje muy largo. Si nada lo interrumpe, en seis meses estaremos en el Cabo y si allí no me embarco para Francia, te daré recursos para que vuelvas solo.

XXXV. — CAMINO DEL ZAMBEZA.

Ocho días después, en una hermosa mañana de Marzo, que es el principio del otoño para los países situados en el hemisferio austral, el Sr. Berton salía de Loanda, acompañado por Miguel y Zimbo, y con una escolta de veinticinco negros, casi todos de *Angola*, pero entre los cuales se encontraban algunos habitantes de orillas del *Zambeza*, que debían servir, unos de guías, los otros de mozos de carga y de intérpretes; por lo demás, el Sr. Berton había viajado por esas regiones y conocía el dialecto de varias tribus.

El explorador y Miguel iban á caballo, los negros á pie; las provisiones de viaje se cargaron en un carro tirado por seis pares de bueyes.

Estas provisiones consistían en bizcocho, azúcar, té, café, algunas latas de carne fiambre, varias libras

de extracto de *liebig*, zumo de carne que se usa para hacer caldo.

El Sr. Berton contaba con su fusil y los de sus compañeros, incluso el de Miguel, para llenar su despensa. Además llevaba consigo repuesto de ropas, de calzado y de mantas, una tienda portátil, una brújula, instrumentos científicos para hacer observaciones, un aparato de fotografía, varias cajas para poner en ellas las colecciones, frascos de cloroformo para matar los insectos y de espíritu de vino para conservarlos, y finalmente, multitud de objetos cuya descripción sería cansada. Completaba los bagajes la caja de medicamentos, sobre todo la *quinina* para cortar las calenturas y el *ácido fénico* para aplicarlo sobre las heridas ponzoñosas.

La quinina se extrae de un vegetal muy hermoso, el árbol de la *quina*, oriundo del Perú, y que se procura aclimatar en todos los países cálidos, por la utilidad de la sustancia que suministra.

La quinina se usa en medicina principalmente para cortar la calentura. Durante mucho tiempo se la llamó *polvos de la condesa*, por el nombre de la de *Cinchón*, mujer de un virrey del Perú, que se curó unas calenturas malignas con ese medicamento.

El principio activo se encuentra en la corteza del árbol. Hay tres clases de quinina: la gris, la amarilla y la rojiza.

También se usa este producto para fortalecer el organismo.

Ácido fénico. — Sustancia química *antiséptica*, es decir, propia para destruir los principios ponzoñosos que hay en la baba de ciertos animales y que anula los efectos de sus mordidas ó picaduras.

El Sr. Berton llevaba igualmente una provisión abundante de objetos destinados á ser dados como regalo para conservar las buenas relaciones... ó pro- vocarlas. En esto mencionaremos una buena paco- tilla de cuentas de color, collares, pulseras y pen- dientes. En otra época esto era lo principal en las importaciones africanas, y las negras siguen prefi- riéndolas á todo; pero en la actualidad hay que añadir, y así lo hizo el Sr. Berton, piezas de algodón, jaboncillos envueltos en papeles de colores, espejos pequeños, de los que en las ferias europeas se ven-

den á cinco centavos, muñecas vestidas de azul y rosado, cuchillitos, cortaplumas, barajas, y finalmente pólvora y pistolas, gemelos y anteojos de larga vista, esto último destinado á los grandes personajes.

Por último, el explorador iba provisto de abundante cantidad de dinero, pues los negros del África Austral, lo mismo que los habitantes de las orillas del Níger, empiezan á apreciar las monedas de oro y plata y hasta las prefieren ya á lo demás.

Durante los primeros días de marcha, los viajeros atravesaron las posesiones portuguesas y hallaban



Piragua.

en las aldeas con abundancia cuanto les era menester.

Miguel cabalgaba gallarda - mente al lado del Sr. Berton, con el fusil terciado, y de tiempo en tiempo se apartaba del grupo para dar en tierra con alguna paloma torea, algún pato silvestre ú otro animal comestible.

Gracias á nuestro amigo y sobre todo, al Sr. Berton y á uno de los negros que era muy diestro en tender lazos, la mesa estaba siempre bien servida. Los ríos y arroyos que cruzaban añadían á esto su contingente. Lo que no había era pan; pero Miguel estaba acostumbrado á pasarse de él. Zimbo se encargaba de los postres y siempre andaba escudriñando matorrales para descubrir piñas, bananas, mangos ó uvas, y es fácil suponer cómo se reía, cuando daba con una buena provisión de aquellas apetitosas frutas.

El viaje se efectuaba marchando á pequeñas jornadas. El Sr. Berton se detenía frecuentemente para hacer observaciones científicas, examinar insectos, plantas y productos de todas clases, ó para estudiar la naturaleza del terreno. Además, no quería cansar demasiado á Miguel, por quien concibió desde el primer momento, lo mismo que el Sr. Dulaure, viva simpatía.

El terreno no era demasiado quebrado, pero con frecuencia encontraban ríos poblados de *hipopótamos* y de cocodrilos. Gracias á la munificencia con que distribuía los reales y demás objetos que servían de moneda, el explorador tuvo siempre á su disposición el número de piraguas necesario para atravesarlos.

Si bien nuestros viajeros no habían tropezado aún con más animales feroces que los anteriormente nombrados, en cambio tenían que habérselas con seres pequeños, poco temibles sin duda por el tamaño, pero que lo eran y mucho por su número. En su número mencionaremos ciertas hormigas, negras ó encarnadas, que andan en bandas innumerables y cuyo apetito es devorador. No contentas con picar, desgarran las carnes causando verdaderos sufrimientos que las lociones de ácido fénico no bastan á calmar. Sin embargo, no todo es perversidad en estos animales, pues son enemigos de las carcomas ú hormigas blancas, á que hacen encarnizada guerra. Este antagonismo es lo que ha impedido que una de esas dos especies haya invadido toda el África; se han contentado con fundar en ella vastas y temibles colonias. Los viajeros podían ver á cada paso las pirámides coronadas por atalayas que construyen las hormigas blancas.

— Los naturales del país, dijo el Sr. Berton á Miguel, temen á estos insectos más que á los ani-

males feroces, pues les cuesta mucho trabajo defenderse de ellos. Sin embargo, han ideado un medio muy original de no ser pasto suyo, y es... comérselos. Así es que mezclan con sus granos de maíz hormigas blancas; además sacan de éstas un aceite que consideran excelente.

— Hé ahí, dijo Miguel, una cocina que no me tonta.

El buen tiempo continuó por espacio de algunas semanas más; pero al llegar la pequeña caravana junto á las orillas del Kasabe, uno de los afluentes del Congo, empezó á llover. Por fortuna estaban en la tribu de los balondas, cuyo natural es sociable y además tenían caza abundante. Por último, el explorador y Miguel tenían en qué ocuparse, pues el Sr. Berton había recogido en el camino numerosos ejemplares de la fauna y de la flora del país, que ahora se necesitaba poner en orden. Esta tarea correspondió á Miguel. En cuanto al explorador, se reservó el estudio de los idiomas, punto que le interesaba vivamente. De modo que no faltaba con qué distraerse.

XXXVI. — UNA MOSCA.

Al cabo de una semana mejoró el tiempo y los viajeros pudieron seguir su derrotero.

Habían echado por una gran llanura entrecortada de praderas y bosques, en que los hombres y el carro podían andar sin dificultad, y ya llevaban en ella tres días, cuando el Sr. Berton paró de pronto su caballo y lanzó una sorda exclamación de despecho, mientras seguía con la mirada, profundamente inquieto al parecer, un insecto que revoloteaba de un lado para otro.

Miguel, que le seguía de cerca, buscó con la vista la causa de aquel descontento y no tardó en descu-

brirla, al ver revolotear en torno suyo una mosca, apenas un poco mayor que las ordinarias, negruzca como una abeja y tan rápida en sus movimientos que el Sr. Berton se vió apurado para cogerla con su redcecilla de cazar insectos.

— Sí, es una de ellas, dijo después de examinarla.

¿ Ves este insecto? Añadió dirigiéndose á Miguel; pues bien, antes de quince días, y en menos quizás, no nos quedará ni un caballo ni un buey.

— Me lo temo, contestó Miguel: es una mosca *tsé-tsé*; ataca á los animales y causa su muerte.

— ¿ La conocías? No me extraña, pues extiende su maléfica influencia desde el Cabo hasta la Abisinia. Nunca se presenta una sola; ésta es la avanzada de innumerables legiones que van á caer sobre nuestros infelices animales. Estaba seguro de que las encontraríamos; pero esperaba que sería más adelante.

En efecto, al día siguiente se arrojaban sobre los bueyes del carro y sobre los caballos del Sr. Berton y de Miguel nubes de esas feroces moscas, acosándolos con sus reiteradas picaduras, desangrando á los pobres animales, no obstante que los conductores agitaban en torno suyo continuamente ramas de árboles. En vano envió el explorador un negro á recorrer el camino, para descubrir un punto que la *tsé-tsé* hubiera dejado libre; todo el país estaba lleno. Cuatro ó cinco días más tarde, los bueyes perdían el apetito, empezaban á languidecer y no podían moverse: hubo que matarlos, y cargar las cajas y fardos en hombros de los negros de la escolta. Poco después tocó su turno á los caballos.

Por entonces llegaron á orillas del *Liba* ó, mejor dicho, del *Zambeza*, pues con este río pasa lo que con el Congo: cada tribu de las que ocupan sus márgenes le da un nombre diferente, y esta es una fuente

de molestias y dificultades para los viajeros que exploran el país.

Mosca tsé-tsé. — Insecto que habita toda el África ecuatorial y austral. Los animales monteses son insensibles á su picadura, que es mortal para las reses, exceptuando las cabras, y para las bestias y los perros. Estos animales no sucumben inmediatamente después de la picadura, sino al cabo de unos días ó semanas. Su existencia constituye verdadera plaga para el África.

XXXVII. — REPRESENTACIÓN TEATRAL.

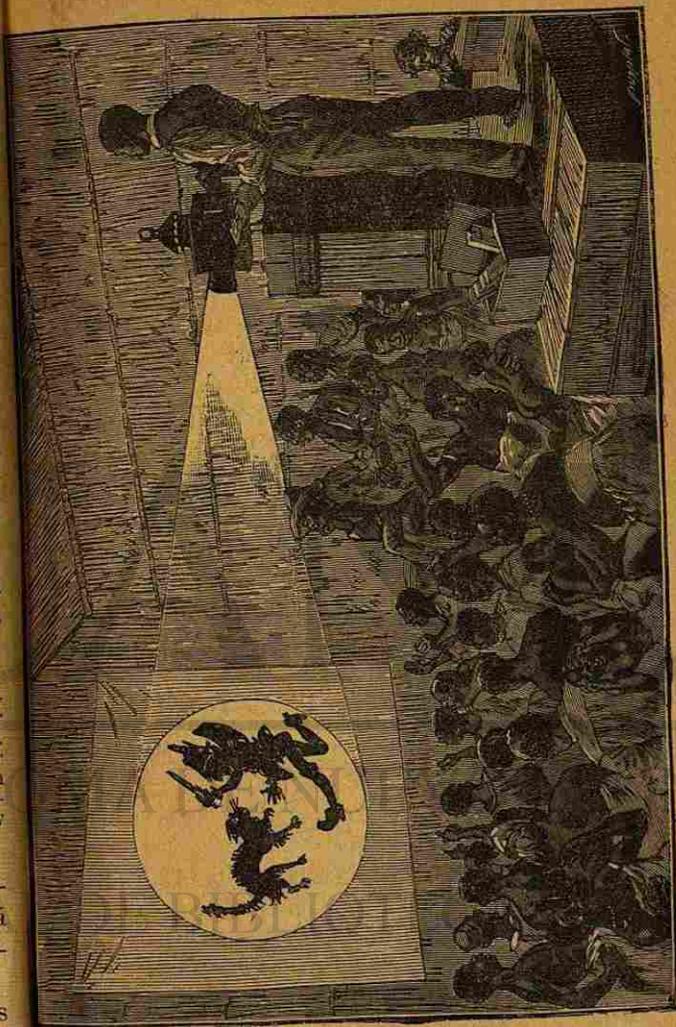
Á parte este accidente, que fué ciertamente muy grave pues los privó de sus bestias de carga y de tiro, el viaje se efectuó hasta entonces en buenas condiciones. Todos los de la caravana, blancos y negros, tuvieron calenturas, menos Miguel y Zimbo; pero la quinina los había salvado. Estas fiebres fueron producidas por el excesivo calor unido á la extremada humedad, pues había habido que atravesar casi siempre con el agua á la cintura, *pantanos infestados* por los hipopótamos. Afortunadamente, iban á echar río abajo por el Zambeza durante centenares de leguas, y esto debía devolverles las fuerzas perdidas.

Hipopótamo significa *caballo de río*. Sin embargo, estos dos animales no se parecen; el cuerpo del hipopótamo está cubierto por espesa piel y sus patas son muy cortas; la cabeza es monstruosa. Vive en los grandes ríos de África, nada bien y puede permanecer debajo del agua hasta treinta ó cuarenta minutos. Se nutre con plantas acuáticas, frutas y semillas. Los salvajes fabrican excelentes escudos con su cuero y el marfil de sus colmillos es muy estimado.

El Sr. Berton pensaba obtener sin dificultad piraguas; pero al pedir las al rey del país, éste se negó á darlas, y hasta mandó que escondieran las que existían en el lugar.

El explorador quiso tentarlo enseñándole sus objetos más preciosos; pero todo fué inútil; no hubo manera de vencer la resistencia del rey negro.

Uno de sus medios más poderosos de seducción



La linterna mágica.

consistía en los recursos que sacaba de su aparato fotográfico. Había hecho el retrato de Miguel y de varios hombres de su escolta, y cuando un jefe le negaba guías, mozos de carga ó piraguas, enseñaba una de esas fotografías, á ver si el rey quería una suya. Este medio daba casi siempre buen resultado, pues el rey no podía resistir al deseo de ver los encantos de su persona copiados y expuestos á la admiración de su pueblo.

Mas de esta vez el Sr. Berton perdió el tiempo. Mikko no se dejó tentar.

Entre las cajas iba una cuyo aspecto había llamado siempre la atención de Miguel. Una vez preguntó al Sr. Berton qué había en ella, y éste le contestó riendo: «ya verás». El joven no insistió.

El mismo día en que el Sr. Berton recibió del rey contestación negativa respecto de las piraguas, abrió el bulto y ya puede calcularse cuál sería el asombro de Miguel al averiguar que contenía una linterna mágica.

Hicieron en pocos momentos los preparativos necesarios, y como pantalla se colocó en el fondo de la choza una pieza de algodón extendida sobre la pared. Los negros fueron convidados á una gran representación, y todos ellos acudieron, menos el rey.

En la pared de la cabaña, que se hallaba sumida en la oscuridad, se destacó de pronto un círculo luminoso que provocó vivo murmullo de satisfacción; pero al proyectarse allí la silueta negra de un gato y la de su amo, la alegría estalló, á lo menos entre los hombres; éstos lanzaban gritos de entusiasmo y grandes carcajadas, saltando y pateando sin cansarse. No ocurrió lo mismo con las mujeres, y los chiquillos, que se escondían unos detrás de otros.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes se resolvieron los pequenuelos á mirar, y vieron al

gato, que seguía allí haciendo gracias; además, en un lado parecía dar vueltas una rueda. Entonces los muchachos empezaron también á reirse; las madres quisieron ver qué era lo que divertía á sus hijos y no tardaron todas las miradas en hallarse fijas con admiración sobre el lienzo en que tranquilamente se paseaba Micifuf.

Cuando la algazara se calmó un poco, el Sr. Berton procuró referir las aventuras del personaje valiéndose de su intérprete. No me atreveré á afirmar que logró hacerse comprender; pero sí que consiguió divertir y admirar á los negros, que era por el momento lo esencial. Esta admiración debía suministrarle cuanto él y su séquito necesitaban.

En efecto, apenas había terminado la representación cuando avisaron al Sr. Berton que llegaban los enviados del rey. El monarca negro había tenido noticia de las cosas que el hechicero blanco enseñaba, y quería verlas. El explorador consintió, imponiendo condiciones; aceptólas el rey, y no tardaron en llegar á un arreglo.

Convínose en que el Sr. Berton pasaría tres días en el reino de Mikko y que en ellos enseñaría todo su repertorio. Ese tiempo lo debía emplear el rey en preparar las piraguas necesarias.

De modo que durante setenta y dos horas un hombre de estudio tuvo que consagrarse á referir á un reyezuelo negro la historia del *Gato con botas*, de *Pulgarcito* y de *Genoveva de Barbante*; pero ¿qué no se hará por gusto de los descubrimientos? Al fin del tiempo convenido el rey negro cumplió su promesa y dejó que se pusiera en camino el Sr. Berton, deseándole feliz viaje.

XXXVIII. — LA « HUMAREDA RETUMBANTE ».

Durante unos veinte días, los viajeros se dejaron ir río Zambeza abajo siguiendo la corriente. Algunas veces desembarcaban para comprar provisiones en las aldeas ó para cazar algunos animales, y más á menudo todavía para observar la naturaleza del terreno y sus producciones, estudios que el Sr. Berton no descuidaba nunca, pues constituían el principal objetivo de su viaje.

Un día, al salir de un tupido bosque que habían estado viendo en una y otra margen del río por espacio de centenares de kilómetros, Miguel oyó un ruido análogo al del trueno, un retumbar sordo y continuo semejante al que precede la tempestad; pero la admirable pureza del cielo no permitía suponer que esta fuera la causa.

— ¿Qué es eso? preguntó á uno de los negros.

— *Mosioa tunya*, contestó éste.

— *Mosioa tunya*, repitió maquinalmente Miguel pero sin preguntar nada más, pues lo consideró inútil.

No tardó, por otra parte, en cautivar su atención un espectáculo singular. Delante de las piraguas, á una distancia que no podía calcular, parecían salir del agua densos vapores de color blanco deslumbrador, cada vez más fáciles de distinguir, á medida que andaban las piraguas, y que no tardaron en separarse, formando cinco enormes columnas movilizadas, donde retozaban los colores del arco iris, y cuya extremidad superior se perdía en las nubes. Con esto, el ruido aumentaba por momentos.

La piragua de Miguel llegó junto á la del Sr. Berton, que iba delante y que acababa de pararse.

— ¿Qué son esas masas de vapores y ese retumbar

de trueno? preguntó el joven así que pudo hacerse oír.

— Son las *cataratas del Zambeza*; los naturales les dan el pintoresco nombre de *Humareda retumbante*, y *Livingstone*, primer europeo que las vió, las llamó *cataratas Victoria*, en honra de su soberana. He querido dejarte la impresión entera de este grandioso espectáculo y por esto no te he dicho nada.



Cataratas Victoria, en el Zambeza

Yo lo contemplo por tercera vez y siempre me produce el mismo efecto. Me expondría á todas las fatigas y privaciones sólo por venir á admirar este singular y sublime espectáculo.

— ¿Y esas columnas blancas, que parecen salir de inmensas calderas?

— Son causadas por la compresión del agua que, al precipitarse en el abismo, da origen á esas masas de vapores. Acerquémonos para verlas mejor, pero

con prudencia, pues si no podríamos dar el salto de ciento veinte metros que da el río.

El Sr. Berton mandó que los hombres de la escolta se dirigieran á la orilla, mientras que su piragua y la de Miguel, dirigidas por diestros remeros, seguían río abajo, á través de las raudas y los escollos. Á medida que se andaba, el ruido se iba haciendo más formidable, no tardando en llegar á ser completamente ensordecedor.

El explorador y su compañero llegaron así hasta una pequeña isla que divide el río en dos y se adelantaron cogidos á los árboles y las rocas lo más cerca de la catarata que era posible hacerlo sin imprudencia.

Desde aquel punto se podía contemplarla en toda su belleza. Las aguas se precipitan en salto prodigioso y con ruido de trueno, á un abismo sin fondo, formado por un brusco corte de la madre del río, y donde la mirada no podía seguir las columnas de vapores subían girando hasta altura prodigiosa, se teñían de mudables colores y se balanceaban al más ligero soplo del viento. Una Iris invisible parecía complacerse en pasear su velo de cambiantes reflejos sobre aquellas plateadas espirales.

Cuando, después de admirar por largo rato aquel espectáculo sublime, atravesaban de nuevo el islote para embarcarse otra vez en las piraguas, Miguel lanzó una exclamación de sorpresa que se perdió en el ruido de la catarata y señaló á su jefe un duraznero cargado de frutos maduros y bermejos.

El Sr. Berton contestó con un grito de alegría y acercándose al árbol, arrancó algunas hojas que besó respetuosamente guardándolas después; también cogió algunos frutos.

Miguel hubiese querido pedir algunas explicaciones; pero habría sido inútil en aquel tumulto.

Momentos más tarde, nuestros exploradores estaban en la orilla donde los esperaban sus compañeros.

XXXIX. — DAVID LIVINGSTONE.

Á poca distancia de las cataratas, pero en un sitio donde su estruendo no era bastante á cubrir el ruido de la voz, se alzaba un baobab debajo del cual crecía espesa hierba. El lugar era á propósito para sentarse á almorzar. El Sr. Berton y Miguel se dispusieron á hacerlo, mientras Zimbo registraba los alrededores en busca de postres.

— ¿Sabes, preguntó el naturalista al llevarse á la boca el primer pedazo, á quién debemos poder llevar á cabo el interesantísimo viaje que hacemos en este momento? Pues al primer blanco que recorrió estas regiones, al que las descubrió, al inglés *Livingstone*.

El doctor David Livingstone es el más ilustre de los viajeros modernos y el que ha hecho realizar mayores progresos á la ciencia geográfica. Á los veintisiete años marchó al África Austral como misionero protestante. Allí pasó nueve años, primero en *Kurivan*, luego en *Kolobeng*, en el país de los *Bechuanas*, que viven al norte de la *colonia del Cabo*, cerca del río *Orange*. Ese período de tiempo lo empleó en prepararse para el viaje que meditaba. El primero lo emprendió en 1849, descubriendo el lago *Ngami*, situado al sur del Zambeza, y junto al cual pasaremos dentro de unas semanas. En 1850 reconoció parte del curso del Zambeza, que hasta entonces sólo había sido explorado en las partes inmediatas á su desembocadura. Por fin, en 1862 completó este descubrimiento subiendo por el río hasta sus orígenes, y bajándolo luego hasta estas

cataratas, que llamó, según ya sabes, *cataratas Victoria*.

Poco después realizaba nuevos descubrimientos, entre otros el del lago *Nyasa*, mucho mayor que el Ngami y situado hacia el este; más tarde recorrió las orillas del lago *Tanganyika*, que otros exploradores habían descubierto unos años antes.

En *Udjiji*, una de las aldeas situadas sobre ese lago fué donde lo encontró Stanley el 3 de Noviembre de 1871.

—¿Stanley, el que ha descubierto el Congo?

—Sí; hacía años que no se tenía noticia de Livingstone y ya se le consideraba muerto, cuando el propietario de un gran periódico americano, el *New-York-Herald*, mandó á Stanley en busca suya.

Durante dos años no pudo obtener Stanley ningún indicio sobre el paradero de Livingstone y ya empezaba también él á creer que había muerto, cuando á fines de Septiembre de 1871 supo que el doctor se encontraba en los alrededores del lago Tanganyika. Á pesar de que tanto Stanley como su escolta estaban extenuados de fatiga, se pusieron inmediatamente en camino, y seis semanas más tarde encontraban á Livingstone en la aldea de *Udjiji*.

Los últimos años del viajero inglés estuvieron consagrados á reconocimientos geográficos entre el lago *Tanganyika* y el lago *Banguleo*; falleció en la aldea de *Tchitambo* el 1º de Mayo de 1873. Sus servidores lo embalsamaron y llevaron el cuerpo hasta Zanzibar, recorriendo al efecto 2240 kilómetros; allí fué embarcado para la Gran Bretaña, que le tributó los funerales reservados á sus hijos más ilustres.

Si ahora añado que el duraznero que acabamos de ver procede de uno de los huesos que Livingstone plantó en estos sitios cuando estuvo en ellos, no

extrañarás mi alegría al verlo, y comprenderás el sentimiento que me movió á conservar como reliquias algunas hojas suyas.

—No todos podemos, siguió diciendo el Sr. Berton, realizar expediciones semejantes y dar nuestro nombre á descubrimientos tan grandiosos como los de Livingstone y de Stanley; pero si cabe seguir el camino trazado por ellos y procurar ensancharlo.

XL. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AFRICANO.

En las cataratas del Zambeza cambió el Sr. Berton de dirección, y en vez de seguir dirigiéndose al este, torció al sur. Á fin de no cansarse demasiado, ni él ni su gente, nuestro viajero volvió atrás por el mismo camino, es decir, río arriba, hasta la desembocadura del *Chobé*, uno de sus afluentes, y continuó en piragua su viaje por éste.

De tiempo en tiempo tomaban tierra para tratar con los salvajes que viven en las márgenes del Zambeza y del Chobé, y con frecuencia hubo que pagar las provisiones necesarias haciendo el retrato de algún jefe de tribu, ó dando una representación con la linterna mágica. Aunque en esas regiones no existe el telégrafo, la noticia de las maravillas que ejecutaba nuestro viajero se había difundido por extensiones considerables, inflamando las imaginaciones. Todos acudían á ofrecer víveres ó sus servicios como remeros en cambio del favor de asistir á una representación. El Sr. Berton aceptaba con tanto más gusto, cuanto que así economizaba sus propios víveres y, sobre todo, los objetos de cambio, ya no muy abundantes.

Miguel pudo estudiar en estas reuniones las modas del país.

Casi todos los negros le sacan punta á sus dientes,

cataratas, que llamó, según ya sabes, *cataratas Victoria*.

Poco después realizaba nuevos descubrimientos, entre otros el del lago *Nyasa*, mucho mayor que el Ngami y situado hacia el este; más tarde recorrió las orillas del lago *Tanganyika*, que otros exploradores habían descubierto unos años antes.

En *Udjiji*, una de las aldeas situadas sobre ese lago fué donde lo encontró Stanley el 3 de Noviembre de 1871.

—¿Stanley, el que ha descubierto el Congo?

—Sí; hacía años que no se tenía noticia de Livingstone y ya se le consideraba muerto, cuando el propietario de un gran periódico americano, el *New-York-Herald*, mandó á Stanley en busca suya.

Durante dos años no pudo obtener Stanley ningún indicio sobre el paradero de Livingstone y ya empezaba también él á creer que había muerto, cuando á fines de Septiembre de 1871 supo que el doctor se encontraba en los alrededores del lago *Tanganyika*. Á pesar de que tanto Stanley como su escolta estaban extenuados de fatiga, se pusieron inmediatamente en camino, y seis semanas más tarde encontraban á Livingstone en la aldea de *Udjiji*.

Los últimos años del viajero inglés estuvieron consagrados á reconocimientos geográficos entre el lago *Tanganyika* y el lago *Banguleo*; falleció en la aldea de *Tchitambo* el 1º de Mayo de 1873. Sus servidores lo embalsamaron y llevaron el cuerpo hasta Zanzibar, recorriendo al efecto 2240 kilómetros; allí fué embarcado para la Gran Bretaña, que le tributó los funerales reservados á sus hijos más ilustres.

Si ahora añado que el duraznero que acabamos de ver procede de uno de los huesos que Livingstone plantó en estos sitios cuando estuvo en ellos, no

extrañarás mi alegría al verlo, y comprenderás el sentimiento que me movió á conservar como reliquias algunas hojas suyas.

—No todos podemos, siguió diciendo el Sr. Berton, realizar expediciones semejantes y dar nuestro nombre á descubrimientos tan grandiosos como los de Livingstone y de Stanley; pero si cabe seguir el camino trazado por ellos y procurar ensancharlo.

XL. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AFRICANO.

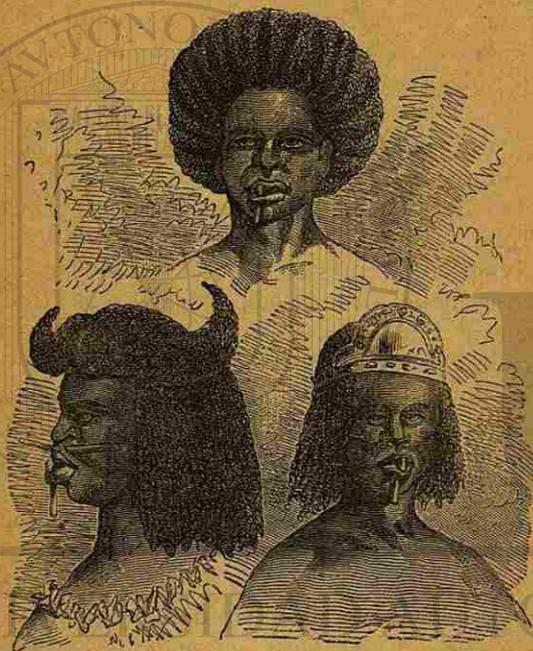
En las cataratas del Zambeza cambió el Sr. Berton de dirección, y en vez de seguir dirigiéndose al este, torció al sur. Á fin de no cansarse demasiado, ni él ni su gente, nuestro viajero volvió atrás por el mismo camino, es decir, río arriba, hasta la desembocadura del *Chobé*, uno de sus afluentes, y continuó en piragua su viaje por éste.

De tiempo en tiempo tomaban tierra para tratar con los salvajes que viven en las márgenes del Zambeza y del *Chobé*, y con frecuencia hubo que pagar las provisiones necesarias haciendo el retrato de algún jefe de tribu, ó dando una representación con la linterna mágica. Aunque en esas regiones no existe el telégrafo, la noticia de las maravillas que ejecutaba nuestro viajero se había difundido por extensiones considerables, inflamando las imaginaciones. Todos acudían á ofrecer víveres ó sus servicios como remeros en cambio del favor de asistir á una representación. El Sr. Berton aceptaba con tanto más gusto, cuanto que así economizaba sus propios víveres y, sobre todo, los objetos de cambio, ya no muy abundantes.

Miguel pudo estudiar en estas reuniones las modas del país.

Casi todos los negros le sacan punta á sus dientes,

para darse aires más feroces; además, se pintan el cuerpo, *se tatúan*, esto es, trazan en sus cuerpos, miembros ó rostros, dibujos de color, más ó menos complicados, que representan figuras humanas, flores y animales. Otros se hacen cortes en la nariz, la



Negros de las orillas del Zambeza.

frente ó las mejillas á fin de ostentar algunas cicatrices. También los hay que se introducen en el lóbulo de la oreja ó en las narices y los labios, palitos ú objetos pesados que dan á esas partes del rostro dimensiones desmesuradas.

En ciertas regiones, las mujeres se hacen en la piel de su frente ó de sus mejillas incisiones, donde

introducen materias venenosas que producen enormes lobanillos, que tienen en ocasiones el tamaño de un huevo de paloma, y que medio les tapan los ojos. Parece que esto constituye el *non plus ultra* de la elegancia y de la distinción.

Miguel rió mucho un día, durante una representación del *Gato con botas*, al ver una muchacha que hacía vanos esfuerzos para distinguir las figuras que la linterna mágica pintaba en la pared. Los dos elegantes lobanillos que tenía á cada lado de la nariz le impedían ver.

Sin embargo, hay negros cuya coquetería no es tan estúpida; pero ese poco de sentido común muy relativo, sólo está permitido á los hombres. Así, los Nyam-Nyam pasan con gusto su tiempo en trenzarse el pelo, hacerlo moños y adornárselo con conchas y cuentas de vidrio, que mantienen por medio de alambres; también usan collares y pulseras. El tiempo que ellos pasan en esos entretenimientos lo dedican las mujeres á cultivar la tierra y ejecutar los más duros trabajos.

— Mucho necesitan esos mozos, pensaba para sí Miguel, que les enseñen la galantería de los pueblos civilizados.

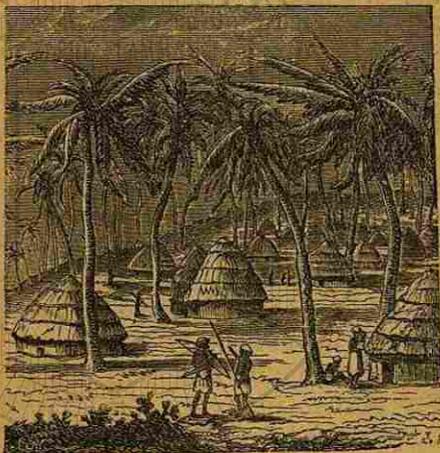
XLI. — UN BUEN NEGOCIO.

Tres años antes, otro viajero que había seguido el mismo itinerario que el Sr. Berton, pero en opuesto sentido, dejó en *Linyanti*, una de las principales aldeas de las orillas del Chobé, un carro análogo al que nuestros exploradores abandonaran meses antes, cuando la invasión de las moscas tsé-tsé.

El Sr. Berton tenía noticia de este hecho, y en sus previsiones entraba la adquisición de este carro para continuar su viaje, dado caso que aun existiera, y si

el terrible insecto que tan fatal le había sido la primera vez no venía de nuevo á oponerse á sus proyectos.

Por fortuna, el vehículo había sido conservado religiosamente por los encargados de su custodia. En efecto, para ellos aquel objeto era una manifestación esplendente de una civilización desconocida y



Aldea del África austral.

misteriosa que veneraban, tanto que el jefe Bakoba no quería en modo alguno cederlo. El Sr. Berton estaba en un apuro; al cabo de varias entrevistas con ese personaje, las cosas seguían como la primera vez. En vano le ofreció un par de pistolas, un reloj despertador, varias piezas de algodón, un surtido de cuentas de todos colores, y hasta cierta cantidad de los redondeles metálicos acuñados en nuestros países, que los salvajes empiezan á apreciar. Hizo el retrato de los personajes más notables de la corte, mostró su repertorio teatral entero, todas las

figuras y escenas de su linterna mágica; pero el rey seguía diciendo nones que nones, por más que se mostraba muy satisfecho.

El Sr. Berton se encaminó por última vez á la cabaña real, resuelto, si al fin no obtenía lo que deseaba, á buscar otros medios para salir del paso. Parlamentó inútilmente, como siempre, por medio de su intérprete con el soberano, y viendo que no conseguía nada, se levantó para salir. El rey, que no obstante sus negativas, quería quedar en buenas relaciones con el blanco, y demostrarle además que era hombre fino, lo acompañó hasta la puerta. Una vez fuera de la oscuridad de la choza, acercó rápidamente su cara hasta juntarla casi con la del explorador, como para mirarlo mejor, y lanzó una exclamación de asombro: notaba por primera vez una cosa que le chocó mucho. ¿Qué eran aquellos redondeles de vidrio que el blanco tenía delante de los ojos y para qué podían servirle?

Sin andarse en chiquitas, llevó la mano á las lentes del Sr. Berton, que ésta era la causa de su asombro; el explorador se los quitó y se los dió, y el jefe se apresuró á ponérselos.

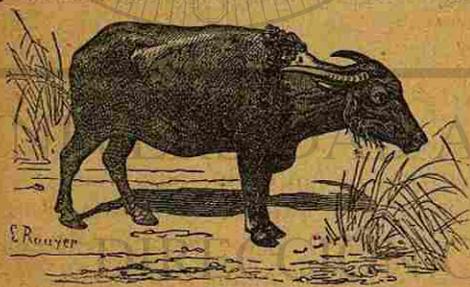
En seguida lanzó una exclamación de alegría y de sorpresa. Nuestro hombre era *miope*, sin haberlo nunca sospechado, es decir, sólo veía distintamente lo que se encontraba en un corto radio visual; lo más lejano no presentaba ante su vista sino líneas muy confusas. Considérese, pues, su estupefacción al darse cuenta de que con aquel instrumentito descubriría multitud de cosas cuya existencia ni siquiera sospechaba, al paso que otras tomaban tonos claros que nunca les conociera antes.

El Sr. Berton no tenía ya que insistir para que le diesen el carro; con ceder tan maravilloso objeto, sería suyo el reino entero de Bakoba.

Después fué preciso procurarse los seis pares de bueyes necesarios para el tiro; también para esto hubo que entablar negociaciones laboriosas que, sin embargo, acabaron por dar buen resultado y al fin una mañana nuestros viajeros pudieron ponerse en camino.

La región era magnífica y lo escasamente quebrado del terreno permitía hacer uso del carro. El pesado vehículo desaparecía en ocasiones casi enteramente en medio de una espesa hierba, sobre la cual se alzaban árboles espléndidos: palmeras datileras, higueras, baobabs de troncos enormes, con que se mezclaban grandes parrales cargados de racimos maduros. Sin embargo, de cuando en cuando había que atravesar pantanos cubiertos de cañaverales ó de una hierba cortante como navajas de afeitar; pero después aparecía de nuevo la pradera, animada por la presencia de inmensos ganados de *antílopes*, *gacelas*, *gnús*, *cebras*, *jirafas*, *búfalos*, *alces* y *rinocerontes*.

Búfalo. — Gran cuadrúpedo del género *buey*, oriundo de la India y del centro de Africa, donde vive en grandes ganados, sobre todo



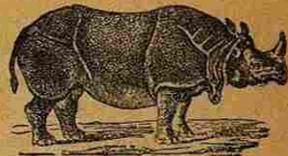
Búfalo.

en las regiones húmedas y pantanosas. Su piel es negruzca, su cabeza pesada y con grandes cuernos. Aunque su carácter es agreste y montañés, se le domestica fácilmente y se le emplea en los trabajos agrícolas. También existe en Europa y América.

Rinoceronte.

— Gran cuadrúpedo salvaje del orden de los *paquidermos*, con uno ó dos cuernos encima del hocico. Es el más poderoso de los cuadrúpedos, después del elefante. Se le encuentra en Africa y Asia, sobre todo en la *India*.

habían disminuído mucho los bagajes sacados de San Pablo de Loanda; pero en cambio había otros bultos que contenían las colecciones reunidas por el Sr. Berton durante su viaje: animales y aves disecados, plantas secas y clasificadas, colecciones de insectos, muestras de minerales, multitud de objetos de fabricación indígena: armas, telas, joyas, loza, obras de cestería, productos de todas clases, que se proponía



Rinoceronte.

llevar á Europa, para dar idea de los países que había recorrido y de su estado social. Todo esto formaba un volumen muy superior al de los bagajes y hacía casi indispensable el uso del carro.

El vehículo era de gran tamaño y servía además de dormitorio, por lo menos al Sr. Berton y á Miguel. En cuanto á los negros preferían pasar la noche al raso. Sin embargo, Zimbo solía montar en él durante el día sin ocurrírsele que aquello era darse vida de príncipe.

XLII. — EL PASO DE UNA BANDA DE ELEFANTES.

Desde el principio del viaje no había pasado día en que no se vieran elefantes, ya aislados, ya en bandas más ó menos numerosas.

Por las noches acudían á bañarse en los ríos. Los nuevos eran guiados por sus madres, que arrollando su trompa en la de sus pequeñuelos, los dirigían y mantenían, como la mujer que lleva su niño de la mano.

Un día oyó Miguel de pronto ruido extraordinario, análogo á los sonidos de inmenso órgano. Al cabo de algunos instantes, se notó además que la tierra

parecía estremecerse; y poco después se presentó á bastante distancia un elefante viejo seguido por otros muchos. Éstos eran sin duda las avanzadas de la banda, pues no tardó en descubrirse una manada inmensa, sin que fuera dado calcular su número, pues no se le veía fin en el horizonte. Iban en la dirección de los viajeros, á paso calculado para no dejar atrás á sus pequeñuelos, pero con todo bastante de prisa.

Los exploradores atravesaban entonces una pradera sembrada de grupos de palmeras. Cuando el Sr. Berton vió acercarse la banda, se apresuró á resguardar el carro detrás de unos árboles, esperando que los elefantes pasarían á derecha é izquierda de su muralla protectora; mas, según dicen, esos animales no acostumbran cambiar de dirección cuando han emprendido una, y esto se comprende, pues las dimensiones y peso de sus cuerpos les hacen difíciles las evoluciones. Precisamente el grupo de palmeras que resguardaba al carro se encontraba en su camino. En vez de apartarse á uno y otro lado, los animales cogieron los troncos con sus poderosas trompas. Los verdes penachos se agitaron un instante en los aires y cayeron casi en seguida al suelo. Unos segundos más, y el grupo de palmeras iba á desaparecer; era seguro que los enormes brutos continuarían inmediatamente su marcha aplastando y haciendo trizas con sus gigantescas patas el carro, los buyes y hasta los hombres de la expedición.

Al oír los ruidosos resoplidos de los elefantes apareció en la entrada del carro una cabeza negra y asustada. Era la de Zimbo, quien se había refugiado allí para dormir la siesta. Desapareció un momento; pero salió otra vez y ahora en compañía de todo el cuerpo del negrillo, que de un salto se tiró del carro y de otro se plantó frente á frente de los elefantes.

Desplegando entonces un trapo de colores muy vivos que llevaba en la mano, lo agitó de manera tan provocadora y al mismo tiempo lanzó gritos tan estridentes, que los animales de las primeras filas se detuvieron espantados, lanzando unos sonidos análogos á los que emite una trompa de caza. De esto resultó por de pronto una confusión indescriptible, pues los elefantes que venían detrás seguían andando y chocaban con la cabeza de la banda que daba media vuelta. Al fin toda la manada echó en otra dirección, de esta vez á paso acelerado.

Lo que Zimbo acababa de emplear con tanto éxito como arma defensiva no era sino una bandera francesa que encontró á mano y que era la que el Sr. Berton enarbolaba en su carro cuando llegaba á un lugar habitado. El negrillo usó un medio empleado en su país en casos análogos. Como el elefante es muy miedoso, no obstante su colosal tamaño, basta casi nada para asustarlo y hacerle echar por otro camino.

Fácil es comprender que este episodio fué motivo para que Zimbo se entregara á sus acostumbradas exuberantes manifestaciones; en efecto, celebró su victoria con gritos de alegría, brincos y risotadas sin fin. Miguel no parecía contento de que su bandera nacional, que respetaba tanto, hubiera servido de espantajo, y más ganas tenía de censurar á su amigo que de elogiarlo; pero el Sr. Berton estaba demasiado satisfecho del resultado de la aventura, para no admirar la presencia de ánimo y el valor de que el negrillo acababa de dar tan brillante prueba, y para hacerle reproche alguno. El carro pudo continuar, pues, su marcha, siguiendo la ruta trazada por los elefantes á través del bosque y de la pradera. El espectáculo era lamentable y la destrucción completa: árboles arrancados de raíz, matorrales aplastados, troncos hechos trizas.

— Ni en diez años, dijo el Sr. Berton, ni quizás en veinte, quedarán reparados estos daños, no obstante lo vigoroso de la vegetación en estas regiones. Los elefantes, agregó, consumen gran cantidad de alimento y no tardan en devastar un país. Entonces buscan otro, y con tal fin emprenden expediciones como la que acabamos de ver pasar, y nada puede defenerlos en su marcha.

XLIII. — EL DESIERTO DE KALAHARI.

Ya no quedaba nada de las provisiones sacadas de Loanda, exceptuando unas libras de te y de café; así es que había que recurrir á la cocina indígena. Entre los manjares que la componían figuraba una oruga de seis á siete centímetros de largo, que abunda en el tronco de algunos árboles. El Sr. Berton la había comido, encontrando que su gusto no era desagradable; pero el amor de la ciencia no dominaba á Miguel hasta el punto de hacerle vencer sus repugnancias. Análogamente, cuando veía á los hombres de la escolta hartarse de cigarra, no podía resolverse á imitarlos, no obstante comprender que la mejor manera de evitar que los insectos devoren las provisiones es comérselos.

También le inspiraba invencible repulsión la *serpiente pitón*, y casi tanta el *hipopótamo*, por más que los negros declaraban excelente la carne de estos animales. Á todo eso prefería un asado de *Springbock*, una sopa de tortuga (pues estos animales abundaban), un ala de ibis, ó una paloma cazada con su propio fusil.

Springbocks. — Antílopes ó gacelas saltadoras, propias del África austral. Estos animales emigran de región en región para buscar su alimento, en manadas de diez y hasta de cien mil cabezas, y no dejan rastro de vegetación en los sitios por donde pasan. Los negros cazan muchos, salando y secando su carne.

Sin embargo, la tierra, fértil y verde hasta entonces, empezaba á mudar de aspecto: los árboles disminuían en número, y no tardó en desaparecer la hierba, quedando el terreno compuesto únicamente de arena fina y blanca, que reverberaba por la acción de los rayos del sol. En cuanto á agua, ni ríos ni arroyos; sólo de tiempo en tiempo se tropezaba con un charco lleno de líquido salobre.

La sed, el horrible suplicio que Miguel recordaba haber sufrido en el Sahara, no tardó en asaltar á los viajeros, y como si hubiese querido aumentar sus angustias, el espejismo presentaba ante su vista lagos refrescantes y ríos en cuyas orillas se mecían las palmeras. Estaban en el *desierto de Kalahari*.

Antes de entrar en él cuidó el Sr. Berton de llenar el carro con hierbas que dar á los bueyes y á los dos caballos, el suyo y el de Miguel, pues sabía que tardarían más de una semana sin encontrar ninguna.

Efectivamente, en la región que describimos transcurren á veces años enteros sin que caiga una sola gota de agua. Los habitantes de los países situados en los confines del desierto, que tampoco ven caer del cielo mucha lluvia, se imaginan que pueden obtenerla valiéndose de ciertos conjuros, y entre ellos hay hechiceros que *hacen llover*.

Éstos son probablemente algunos individuos menos ignorantes que los otros, que reconocen, valiéndose de ciertas observaciones, cuando va á llover y que cuidan de no hacer sus conjuros sino al estar persuadidos de que serán eficaces.

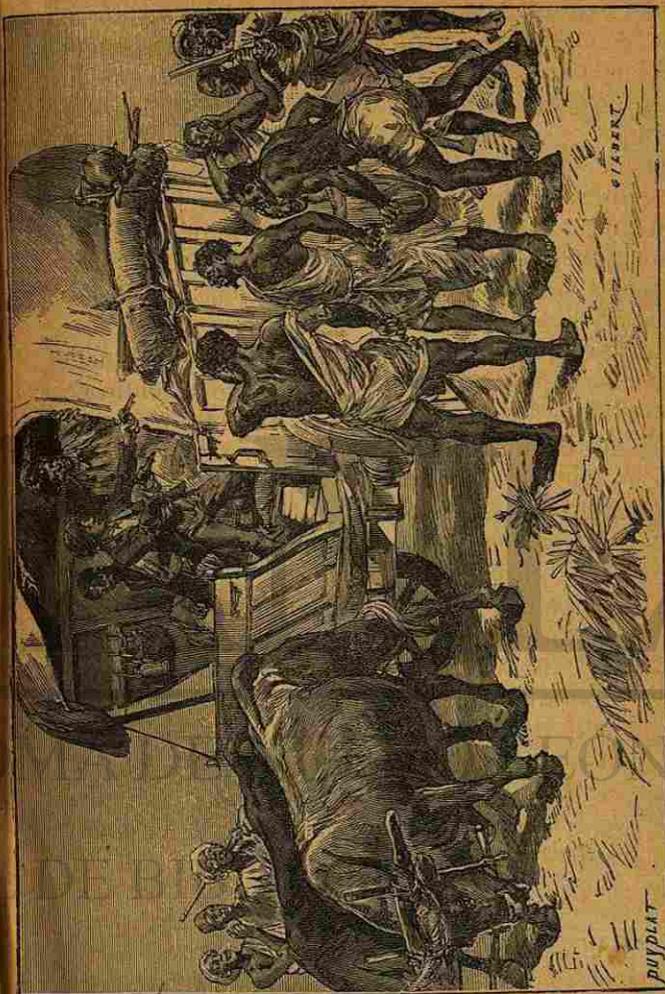
Todos los hombres de la escolta habían estado enfermos; únicamente el Sr. Berton, Miguel y Zimbo seguían bien; pero al quinto día de la marcha por el desierto, el jefe de la expedición se sintió mal al despertarse; sus sienes latían con fuerza,

tenía escalofríos y su pulso estaba muy agitado; sin embargo, quiso levantarse, pero no tardó en verse obligado á acostarse otra vez. Tendióse, pues, en el fondo del carro, sobre un haz de hierba seca que le servía de cama y dijo á Miguel que le preparase una fuerte dosis de quinina. Así esperaba triunfar de su indisposición, pero se engañó: la calentura aumentó mucho y por la noche Miguel vió con alarma el estado de su protector y amigo. El Sr. Berton deliraba y profería palabras sin ilación, entre las cuales se distinguían de cuando en cuando las de *¡agua, agua!*

Fácil es advinar la inquietud y el pesar de Miguel. ¿Qué hacer para combatir tan terrible calentura? No se atrevía á doblar la dosis de quinina, por más que el Sr. Berton lo hizo así una vez delante de él, pues le había dicho que esto era sumamente peligroso. ¿Iba quizás á tener el dolor de perder á quien le había dado tantas pruebas de amistad y de interés, que él pagaba con el más tierno y filial afecto? Esta idea le llenaba el alma de tal amargura que no quería ni siquiera pensar en su posibilidad. Pasábase las horas con la mirada fija en el rostro del enfermo, que ya no lo conocía, espiando el signo más insignificante de esperanza, pronto á acudir al primer llamamiento. De tiempo en tiempo le echaba unas gotas de agua en la boca y mojaba con ella compresas, colocándoselas en la frente, á fin de combatir el ardiente calor de la cabeza.

XLIV. — UN TIRO DE PISTOLA.

Así siguieron las cosas por espacio de varios días, sin que se produjera ningún cambio en el estado del Sr. Berton, cuando una mañana, la del día quinto, creyó notar Miguel que el estado de su protector



Un tiro de pistola.

empeoraba. Su rostro había adquirido extremada palidez, no se movía, y apenas se oía su respiración; además, ya no pedía agua según lo había venido haciendo á gritos.

También los hombres de la escolta la reclamaban; el calor era sofocante y la sed horrible. Miguel había distribuido la vispera la que quedaba, no conservando, con destino al enfermo, sino tres litros poco más ó menos, que representaban su parte y la de Zimbo. Esta escasa cantidad la depositó en el fondo del carro, entre unos haces de hierba, á fin de que se mantuviera más fresca.

Estaba como de costumbre en compañía de Zimbo junto al enfermo, cuando se detuvo el carro. Asómose para ver cuál era la causa de la parada, y notó que todos los negros estaban agrupados en torno del intérprete.

Éste se adelantó y dijo con tono meloso :

— Tenemos mucha sed.

— ¿Y qué puedo yo hacer? contestó Miguel. Tengamos ánimo hasta mañana en que saldremos del desierto y habrá agua, hierba y fresco en abundancia.

— Los negros no quieren esperar.

— ¿Que no quieren esperar?

— No; dicen que en la tartana hay agua.

— Mi ración y la de Zimbo, que está reservada para el Sr. Berton.

— Los negros la piden.

— Pues no la obtendrán; además, ¿que harían con eso siendo como son veinte? Apenas les tocarían unas gotas por cabeza.

— Unas gotas cuando se tiene mucha sed, es cose buena.

— Repito que no la daré.

— Dicen que si no se la quieren dar, la tomarán ellos.

— Quisiera ver eso, replicó Miguel con tono resuelto.

— Mire V. que son muchos. Más valdría darles desde luego lo que piden. Por otra parte, el amo no va á necesitarla mucho tiempo, pues no tardará en morirse.

— Miserable.

— Agua, agua, gritaron á una los negros, que habían aprendido á pronunciar esa palabra.

El intérprete se volvió hacia ellos, y aunque Miguel no comprendía su lengua, vió perfectamente que en vez de calmarlos, los excitaba.

El joven temía que la muerte de su protector sobreviniese pronto; pero queriendo conservar el precioso líquido que mitigaba sus sufrimientos, resolvió recurrir á todos los medios necesarios y entrando vivamente en la tartana, se presentó de pronto con un revólver en cada mano cuando los negros creían que había ido en busca del agua.

Al ver esto, hubo un momento de vacilación en los amotinados, pero unas palabras que uno de ellos pronunció les dieron nuevos ánimos y volvieron á gritar con más fuerza que antes : ¡ agua, agua !

Miguel empezó por amenazarlos, pero viendo que no lograba nada, tiró al aire.

Al ver los negros que ninguno estaba herido, se imaginaron que Miguel no sabía apuntar, y ya se disponían á echársele encima, cuando de pronto retrocedieron de espanto, al distinguir por encima del hombro de Miguel el pálido rostro del Sr. Berton.

El tiro de revólver había producido en el enfermo inesperado efecto, pues lo sacó del sueño tranquilo y reparador en que desde por la mañana estaba sumido. El abatimiento que Miguel tomó, con su inexperiencia, por señal de mayor postración, era al contrario indicio de una crisis favorable. Todo peligro

había desaparecido con la calentura, y el enfermo no necesitaba ya más que descanso.

La aparición del Sr. Berton calmó como por encanto á los descontentos. Cada cual volvió á su puesto, y el carro se puso otra vez en marcha.

Al caer del día siguiente salían del desierto, y llegaban á orillas de un afluente del río Orange.

XLV. — UN NUEVO ENFERMO.

El Sr. Berton estaba curado de su terrible ataque de fiebre, que sólo le había dejado un poco de debilidad, cuando Miguel se puso malo á su vez. El excesivo calor, la privación de agua y sobre todo las emociones de los últimos días determinaron unas calenturas, que no cedían tampoco á la acción de la quinina. Empezó á delirar, y no conocía al Sr. Berton ni á Zimbo que, inclinado sobre él, le hablaba con la mayor ternura. El explorador disimulaba su inquietud por no aumentar el dolor del negrito; pero tenía mucha, é interiormente se reprochaba de haber sometido á fatigas semejantes y á tan grandes privaciones á un mozo demasiado joven para poder sobrellevarlas.

Ya hacía algunos días que estaban así las cosas y las aprensiones del naturalista no disminuían. Zimbo continuaba cuidando á su amigo con la más completa abnegación; ni siquiera se separaba de él un minuto, hasta que una vez se le vió lanzarse fuera de la tartana y correr hacia un cañaveral que se alzaba á corta distancia, indicando la existencia de una charca.

El Sr. Berton, que lo seguía con la mirada lo vió desaparecer entre las altas hierbas y reaparecer poco después. Parecía querer correr, mas hubiérase dicho que no podía hacerlo sin dificultad.

— Yo haber encontrado, exclamaba con alegre tono; yo haber encontrado.

Y con aire de triunfo señalaba unos cincuenta animaluchos negros del tamaño de un dedo menique, adheridos á sus piernas.

— ¡Sanguijuelas! gritó el Sr. Berton; Miguel se ha salvado.

Hízolas desprenderse de las pantorrillas de Zimbo mediante un poco de sal; el negrillo entró con el explorador en el carro, sin pararse á restañar la sangre que de los puntos de las picaduras le manaba.

Miguel estaba peor que nunca. Sus labios se agitaban con convulsivo temblor, sus mejillas estaban inflamadas, sus ojos, encendidos por la calentura, miraban sin ver. En sus desordenados movimientos había arrojado á lo lejos la manta.

— Sí, pensaba el Sr. Berton; he hecho mal en traerlo; era demasiado joven, y á su edad no está aún formado el temperamento. Sí, he hecho mal.

Mientras hablaba, ponía al desnudo el pecho de Miguel y le aplicaba las sanguijuelas. Es probable que éstas no habían tenido tiempo para satisfacer su voracidad en las piernas de Zimbo, pues apenas sintieron el contacto de la piel del enfermo cuando se apresuraron á picar en ella con actividad completamente satisfactoria.

Así que estuvieron bien repletas, el Sr. Berton las retiró; por fortuna habían producido el efecto deseado. La noche siguiente fué más tranquila; un día después disminuía la fiebre y al cabo de varias alternativas de mejoría y retroceso, Miguel entró en plena convalecencia y pudo montar á caballo al lado del Sr. Bertón.

Entonces estaban en el país de los *Betchuanas*.

Esta tribu se compone de nómadas que viven al

día con los productos de la caza, que practican de manera completamente salvaje. Construyen unos lazos que llaman *hopo*, y que consisten en dos hileras de estacas en forma de V. La entrada, que es muy ancha, se estrecha para constituir una especie de pasadizo, terminado por una enorme fosa. Todos los animales de la región, perseguidos por los cazadores en dirección del hopo, van á aglomerarse en el pasadizo, y la enorme fosa no tarda en verse llena en revuelta confusión con los cuerpos de gacelas, jirafas, alces, búfalos, antílopes, springbocks, cebras, gnús y rinocerontes.

Alce. — Cuadrúpedo del género *ciervo* (1), tan grande como el caballo. Tiene la cabeza adornada con una cornamenta muy pesada. Corre con gran rapidez.

Cebra. — Cuadrúpedo del género *caballo*, cuya piel está rayada transversalmente con bandas blancas y negras. Es oriunda del África Austral, muy arisca, y si bien se ha tratado de domesticarla, pocas veces ha sido esto posible.



Cebra.

Gnú. — Cuadrúpedo del género *antílope*. Tiene el cuerpo y la grupa de un caballo pequeño y una cabeza tan enorme como la del búfalo, armada de largos cuernos y que mantiene inclinada siempre hacia el suelo. En el cuello ostenta hermosa cenefa

blanca y negra y otra negra debajo de la garganta; su piel es blanca. Habita en numerosas manadas las montañas al norte del Cabo; es muy montaraz.

Los Betchuanas cazan también los avestruces. Para cogerlos, el salvaje se mete dentro del pellejo de otro avestruz que ha preparado de cierto modo, para darle apariencias de vida. Estos animales, que tienen escasa inteligencia, dejan que el cazador se les acerque de ese modo y el salvaje les lanza sus flechas emponzoñadas.

XLVI. — EL PAÍS DE LOS BOERS.

La mosca tsé-tsé volvió á atacar á los animales de la caravana, que continuaba su marcha hacia el sur.

(1) Renunciamos á la costumbre de dar todos estos nombres en latín.

Tres de los bueyes de la tartana y uno de los caballos habían dejado ya sus huesos en el camino y sus compañeros iban á sucumbir por efecto del veneno que el terrible insecto había inoculado en su sangre, cuando los viajeros, después de atravesar el río *Orange* ó *Gariel*, que desemboca en el Atlántico, llegaron al país de los *Boers* ó *Burs*, donde sobraban medios para reparar sus pérdidas.

Los Boers son los descendientes de los holandeses que fundaron en 1650 la Colonia del Cabo y de los calvinistas que fueron á reunirse con ellos, cuando los expulsaron de Francia en 1685 por la revocación del edicto de Nantes. Así se explica que en ese país abunden los nombres franceses.

Edicto de Nantes. — Edicto dictado por Enrique IV de Francia, en 1598, concediendo á los protestantes libertad para ejercer su culto. — Luis XIV lo revocó en 1685, suprimiendo la mencionada libertad.

Se llama *Colonia del Cabo* á la extremidad sur de África. Los ingleses se la arrebataron á los holandeses que la habían fundado, y hoy es un país británico. Su capital, *Cape Town* (ciudad del Cabo); ciudades principales *Port-Elisabeth* y *Graham's Town*.

Cuando los ingleses se posesionaron de este país, los antiguos habitantes, los Boers, que no habían acogido muy bien á los nuevos señores, abandonaron el centro del país y se retiraron á los confines de las regiones habitadas por los hotentotes, en dirección del río Orange, retrocediendo siempre á medida que los ingleses efectuaban nuevas conquistas y que engrandecían el territorio de la colonia.

Estos Boers son principalmente cultivadores; cosechan trigo, maíz y crían grandes ganados de bueyes, carneros y avestruces. Hacen gran comercio, sobre todo con *Port-Elisabeth*, la ciudad más comer-

día con los productos de la caza, que practican de manera completamente salvaje. Construyen unos lazos que llaman *hopo*, y que consisten en dos hileras de estacas en forma de V. La entrada, que es muy ancha, se estrecha para constituir una especie de pasadizo, terminado por una enorme fosa. Todos los animales de la región, perseguidos por los cazadores en dirección del hopo, van á aglomerarse en el pasadizo, y la enorme fosa no tarda en verse llena en revuelta confusión con los cuerpos de gacelas, jirafas, alces, búfalos, antílopes, springbocks, cebras, gnús y rinocerontes.

Alce. — Cuadrúpedo del género *ciervo* (1), tan grande como el caballo. Tiene la cabeza adornada con una cornamenta muy pesada. Corre con gran rapidez.

Cebra. — Cuadrúpedo del género *caballo*, cuya piel está rayada transversalmente con bandas blancas y negras. Es oriunda del África Austral, muy arisca, y si bien se ha tratado de domesticarla, pocas veces ha sido esto posible.



Cebra.

Gnú. — Cuadrúpedo del género *antílope*. Tiene el cuerpo y la grupa de un caballo pequeño y una cabeza tan enorme como la del búfalo, armada de largos cuernos y que mantiene inclinada siempre hacia el suelo. En el cuello ostenta hermosa cenefa

blanca y negra y otra negra debajo de la garganta; su piel es blanca. Habita en numerosas manadas las montañas al norte del Cabo; es muy montaraz.

Los Betchuanas cazan también los avestruces. Para cogerlos, el salvaje se mete dentro del pellejo de otro avestruz que ha preparado de cierto modo, para darle apariencias de vida. Estos animales, que tienen escasa inteligencia, dejan que el cazador se les acerque de ese modo y el salvaje les lanza sus flechas emponzoñadas.

XLVI. — EL PAÍS DE LOS BOERS.

La mosca tsé-tsé volvió á atacar á los animales de la caravana, que continuaba su marcha hacia el sur.

(1) Renunciamos á la costumbre de dar todos estos nombres en latín.

Tres de los bueyes de la tartana y uno de los caballos habían dejado ya sus huesos en el camino y sus compañeros iban á sucumbir por efecto del veneno que el terrible insecto había inoculado en su sangre, cuando los viajeros, después de atravesar el río *Orange* ó *Gariel*, que desemboca en el Atlántico, llegaron al país de los *Boers* ó *Burs*, donde sobraban medios para reparar sus pérdidas.

Los Boers son los descendientes de los holandeses que fundaron en 1650 la Colonia del Cabo y de los calvinistas que fueron á reunirse con ellos, cuando los expulsaron de Francia en 1685 por la *revocación del edicto de Nantes*. Así se explica que en ese país abunden los nombres franceses.

Edicto de Nantes. — Edicto dictado por Enrique IV de Francia, en 1598, concediendo á los protestantes libertad para ejercer su culto. — Luis XIV lo *revocó* en 1685, suprimiendo la mencionada libertad.

Se llama *Colonia del Cabo* á la extremidad sur de África. Los ingleses se la arrebataron á los holandeses que la habían fundado, y hoy es un país británico. Su capital, *Cape Town* (ciudad del Cabo); ciudades principales *Port-Elisabeth* y *Graham's Town*.

Cuando los ingleses se posesionaron de este país, los antiguos habitantes, los Boers, que no habían acogido muy bien á los nuevos señores, abandonaron el centro del país y se retiraron á los confines de las regiones habitadas por los hotentotes, en dirección del río Orange, retrocediendo siempre á medida que los ingleses efectuaban nuevas conquistas y que engrandecían el territorio de la colonia.

Estos Boers son principalmente cultivadores; cosechan trigo, maíz y crían grandes ganados de bueyes, carneros y avestruces. Hacen gran comercio, sobre todo con *Port-Elisabeth*, la ciudad más comer-

ciente de la colonia, á la cual envían considerable cantidad de cueros, cereales, plumas de avestruz y lana.

Á fuerza de alejarse del Cabo, los Boers han acabado por traspasar el río Orange y extenderse á lo largo del *Limpopo*, otro río sud-africano que desemboca en el Océano *Índico*. Al mismo tiempo ganaban terreno á lo largo de la costa y se establecían en la costa oriental, hasta más allá de la ciudad de *Natal*, á que dió nombre *Vasco de Gama*, cuando tomó tierra en ese punto un día de *Navidad*.

En esta emigración fundaron tres Estados: el *Estado libre de Orange*, la *República del Transwal* ó *Sud-africana* y la de *Natal*. Los ingleses se han apoderado de esta última; pero los Boers han quedado en posesión de las otras dos, infligiendo á los ingleses sangrientas derrotas.

En los límites de la *colonia del Cabo* y de la *República del río Orange* existen *campos de diamante*, esto es, espacios en que se encuentran diamantes. La posesión de ellos fué una de las causas del conflicto que sobrevino entre los ingleses y los Boers. Como los primeros eran los más fuertes, se salieron con la suya y hoy esa región pertenece á la *colonia de Natal*.

Los ingleses han necesitado, para dominar la colonia del Cabo, vencer no sólo á los Boers, sino también á los negros y principalmente á los *Cafres* y los *Zulus*. Por ahora la victoria les pertenece.

Diamante. — Piedra preciosa, transparente como el cristal, pero infinitamente más límpida, dura y brillante. Los diamantes son muy raros. En otra época se les extraía de las Indias, sobre todo de *Golconda* y de *Visapur*; pero hoy casi todos proceden del *Cabo* y del *Brasil*.

Este cuerpo no existe tal como lo emplea la joyería; hay que quitarle su ganga y que tallarlo. Los principales lapidarios se encuentran en *Amsterdam*.

Su valor se calcula por medio de pesos pequeñísimos llamados *carates*. Cada carate tiene unos 2 décimos de gramo, es decir, que

se necesitan cinco para hacer un gramo. Hoy se imita muy bien este cuerpo y las personas que no son peritas en el asunto pueden engañarse muy fácilmente.

Existen también *piedras preciosas* de color, muy raras y que se usan en la joyería lo mismo que el diamante. Las principales son: el *rubi*, encarnado; el *zafiro*, azul; la *esmeralda*, verde; la *amatista*, violada; el *topacio*, amarillo; la *turquesa*, azul celeste; y el *ópalo*, que es anacarado é irisado.

XLVII. — Á BORDO DEL SPRINGBOCK. — EL CABO DE BUENA ESPERANZA Y EL DE LAS AGUJAS.

Unos días después de pasar las *montañas Azules*, que atraviesan al norte la colonia del Cabo, y cuando la caravana dejaba atrás el terreno quebrado que forma sus últimos contrafuertes, los viajeros vieron alzarse de pronto ante ellos un monte de original figura. Parecía que un gigantesco sablazo le había quitado de un golpe su cima.

— Esta es la *montaña de la Mesa*, á cuya falda está el Cabo, exclamó el Sr. Berton; mañana veremos la ciudad.

En efecto veinte y cuatro horas después nuestros viajeros entraban en *Cap-Town*. Las calles, formadas por casas que proceden de la época de la dominación holandesa, estaban llenas de carros parecidos al del Sr. Berton y tirados también por seis, ocho y diez pares de bueyes.

El explorador no permaneció allí mucho tiempo; al llegar supo que unos amigos con quienes debía encontrarse, hombres de ciencia como él, habían marchado á *Port-Elisabeth*, dejando encargado que fuese á reunirse con ellos. Así fué que después de vender su tartana y de tomar las medidas necesarias para enviar sus colecciones á Francia, se embarcó para el indicado punto, en compañía de Miguel y de su inseparable Zimbo.

El vapor corría velozmente á lo largo de aquella costa que ningún europeo había visto antes que el

portugués *Bartolomé Díaz*, quien la recorrió en 1486. La *montaña de la Mesa* la domina con su enorme masa; en la falda de este monte existen famosos viñedos que producen el vino de *Constancia*. No tarda en verse el promontorio que forma la extremidad sudoeste del continente africano. *Díaz* la llamó *Cabo de las Tormentas*; pero cuando *Vasco de Gama* logró pasarlo, el rey de Portugal cambió el nombre anterior y le puso el de *Buena Esperanza*. Efectivamente, *Vasco* acababa de descubrir un nuevo camino para ir á las Indias.

Bartolomé Díaz, navegante portugués, descubrió, en 1486, el *cabo de Buena Esperanza*. Habiéndose sublevado su tripulación, tuvo que volver atrás y regresó á Portugal.

Vasco de Gama, navegante portugués, dobló el cabo de Buena Esperanza diez años después de descubrirlo *Díaz*, y llegó por ese derrotero hasta la India.

El tiempo ha refrescado; las olas azotan con furia las rocas de la costa, y caen perpendicularmente en el mar, subiendo y levantándose en masas de espuma.



Las palomas del cabo.

Este es el punto del globo donde las mares son más altas, pues llegan á tener de 17 y 18 metros, es decir, la elevación de una casa de vecindad. Las *gaviotas*, las *fragatas*, las *palomas del Cabo* y los *albatros*, que parecen adorar esta atmósfera tempestuosa, giraban en torno del *Springbock* (nombre del barco), bajando un momento hasta la superficie del agua para apoderarse de algún pececillo bastante imprudente para sacar la cabeza fuera del agua.

Albatros, fragata, palomas del Cabo. — Grandes aves de rapiña marítimas; las dos primeras miden hasta tres metros de punta á

punta de las alas. Su vuelo rapidísimo, su vista penetrante, su acerado pico y potentes garras, hacen de ellos los más temibles tiranos de los mares. El albatros vive principalmente en el hemisferio austral.

El buque se alejó de la costa, perdiéndola casi de vista, y luego se acerca á ella de nuevo pues aparece otra enorme roca: es el *cabo de las Agujas*. Mientras Miguel baja á su camarote pues es de noche cerrada, el *Springbock* dobla dicho cabo y penetra en el *mar de las Indias*.



Albatros.

Dos días después llegaban á Port-Elisabeth. Lo que más admiró allí á Miguel fué, lo mismo que

en el Cabo, el escaso número de blancos que había en las calles. En cambio abundaban los negros, *cafres* ó *zulis*, vestidos ya con un simple ceñidor, ya con algunos harapos de Europa. La mayor parte eran hombres magníficos, al parecer muy robustos. Ellos son los que ejecutan casi todos los trabajos en la colonia del Cabo. Les es tanto más fácil ganarse la vida cuanto que gastan poco para alimentarse, y menos aún para vestirse.

XLVIII. — SEPARACIÓN.

El Sr. Berton tenía la intención de embarcarse en Port-Elisabeth para Francia; pero había contado sin la tentación que ejerce sobre todo hombre de ciencia el deseo de aumentar con otros conocimientos los que ya tiene adquiridos.

Cuando el amigo que le había dado cita en aquella ciudad le dijo que tenía intención de ir á explorar el país de los *Namaqués*, pueblo negro de la tribu de los *hotentotes*, que habita la costa africana, al nor-

oeste de la colonia del Cabo, el Sr. Berton no pudo resistir al deseo de acompañarlo.

Miguel vacilaba entre su deseo de volver á Francia y el de seguir al lado del explorador, á quien quería entrañablemente; pero el Sr. Berton resolvió la cuestión.

— Muchas veces me he reprochado, le dijo, haberte expuesto á trabajos superiores á tus fuerzas, y no quiero repetirlo. Mucho me acordaré de ti y probablemente no encontraré en bastante tiempo un compañero de viaje tan amable y bueno; pero esto no es motivo para que exponga de nuevo tu vida. Separémonos, pues, aquí; espero que volveremos á vernos en Francia, y deseo que encuentres con buena salud á tu hermanita.

Después sacó una cartera, y añadió entregándola á Miguel.

— Aquí tienes el dinero necesario para pagar tu viaje y el de Zimbo en un buque, pues imagino que él no querrá separarse de ti. He tomado informes y me han dicho que hay un navío que sale para Marsella dentro de tres días; embáquense en él. Yo parto hoy con mi amigo para *Graham's Town*, donde haremos los últimos preparativos para nuestra expedición.

Y en efecto, aquella misma noche tomaba el Sr. Berton el tren del camino de hierro que va de Port-Elisabeth á *Graham's-Town*, después de despedirse afectuosamente del joven argelino.

Cuando Miguel abrió la cartera que le entregara el Sr. Berton, encontró en ella seiscientos pesos.

Al día siguiente fué al puerto á tomar su pasaje y el de Zimbo. De paso admiró la actividad que reinaba en la ciudad por todas partes; las calles estaban llenas de vehículos de todas clases y de almacenes repletos de mercaderías, entre las cuales

figuraban las lanas, los cueros y las plumas de avestruz. En algunas de ellas se leía: « Vendedor de diamantes. » Efectivamente, las gentes que se consagran á explotar los campos de diamante del norte de la colonia van á vender el producto de sus exploraciones en Port-Elisabeth.

Como era ya hora de almorzar, nuestros amigos entraron en una posada.

XLIX. — DOS MIL PESOS POR MIL.

Mientras comían, hablaban de su próxima marcha. Miguel refería á Zimbo su pena al separarse del Sr. Berton y le ponderó su generosidad, por más que estaba persuadido de que Zimbo, que ignoraba el valor del dinero, no podía apreciarla.

En esto llegó un forastero, se sentó en la mesa donde ellos estaban y trabó conversación.

Era un yankee, según podía verse en lo desenvuelto de sus maneras.

— Por lo que veo, dijo, y por lo poco que he oído de su conversación, se marchan Vds. á Europa.

— Así es, contestó Miguel.

— Pues bien; voy á proponerles un negocio.

— ¿Un negocio?

— Sí, acabo de regresar de los campos de diamante donde he hallado algunos magníficos. ¿Sabe V., continuó, señalando al bolsillo de su chaleco y bajando la voz como si hubiese querido evitar que le oyeran los que se encontraban en la sala, sabe V. que tengo aquí por veinte mil pesos de joyas?

— ¡Tanto!, exclamó Miguel asombrado.

— Sí señor, replicó el hombre.

Y sacando de su bolsillo un papel, lo abrió con mil precauciones, enseñando un objeto brillante, parecido á un pedazo de vidrio y del tamaño de un guisante.

— Aquí tiene V. una que sólo ella vale dos mil.

— ¿Dos mil pesos esa piedrecita blanca? ¡Dos mil pesos! dijo Miguel, quien no tenía la más mínima idea del valor de las piedras preciosas.

— Sí; pero á V. se la daré por mil.

— ¿Á mí? ¿Y por qué motivo?

— Por serle agradable.

— No creo que haya razón para ello. Además, ni tengo el dinero que V. pide, ni compro las cosas por la mitad de su valor.

El americano miró atentamente á su interlocutor y sin duda se convenció de que Miguel hablaba de buena fe, pues una imperceptible sonrisa plegó sus labios, á la vez que replicaba:

— Pues mire V.; me haría un favor y me daría por contento con ese precio. Aquí saben que necesito dinero para embarcarme y querrán todo por nada. Además, cuando digo que este diamante vale dos mil pesos, no quiero decir que los dieran por él en Port-Elisabeth: pero sí en París. Miré V., si lo que le digo no le basta, voy á llamar á uno de los principales traficantes de la ciudad, que veo allí, para que aprecie la piedra. — Eh, Sr. Goetz, exclamó haciendo una seña á la persona indicada, haga el favor de acercarse.

Cuando el hombre llegó, el americano abrió delante de él su papelito y le dijo:

— ¿Cuánto vale este diamante?

El otro tomó la piedra, la examinó, sacó una lente del bolsillo, la miró de nuevo por todos lados; después sacó de otro bolsillo una balanza diminuta, pesó el diamante con cuidado, trazó varios números en un papel, y declaró que pesaba algo más de nueve carates y que por consiguiente valía dos mil ciento setenta y nueve pesos y unos centavos.

— Ya ve V., exclamó el americano con aire de triunfo.

— Quiero hablar por supuesto, agregó el hombre de las balanzas, del valor que tendría en Europa. Aquí darían por ella apenas la mitad, por el estado de los negocios. Yo daría ochocientos pesos.

— Tengo quien me la tome en mil, contestó el americano.

— Tanto mejor para V., contestó el otro volviendo la espalda.

— Espero que podremos entendernos, dijo el hombre de los diamantes cuando estuvo solo con Miguel; déme V. seiscientos pesos, puesto que no tiene más, y me firmará un pagaré por el resto.

— Gracias, contestó Miguel, no quiero robarle, tomándole por tan poco dinero una cosa que vale el doble.

— Pero.....

— No; es inútil que V. insista; ya he dicho que no quiero.

— Pues bien, exclamó el americano levantándose, al ver que perdía el tiempo y que Miguel no se dejaba engañar; puede V. jactarse de ser un verdadero imbécil; y diciendo esto, salió.

L. — ESCENAS DE VIOLENCIA.

Unos momentos después, cuando Miguel se disponía también á partir, empezó á llover á torrentes, y esto hizo entrar mucha gente en la posada. Entre los recién llegados llamaba la atención un individuo que hablaba en alta voz, que parecía darse gran importancia y que reía sin cansarse. Rodeábanlo unos diez ó doce compañeros suyos, que le hablaban con cierto respeto. Aunque su rostro encendido indicaba que había hecho ya numerosas libacio-

nes, pidió vino y aguardiente para sí y sus amigos.

— Bien, siempre el mismo Boliver, dijo un hombre que había ido á sentarse junto á Miguel y que hablaba con un camarada. Desde que encontró el famoso diamante de que tanto se ha hablado, no se le ve sino en las tabernas. No acabará hasta bebersele.

— Á veces me pregunto, contestó el otro, por qué esos buscadores de diamantes no emplean mejor lo que les da la casualidad, cuando hacen un buen hallazgo.

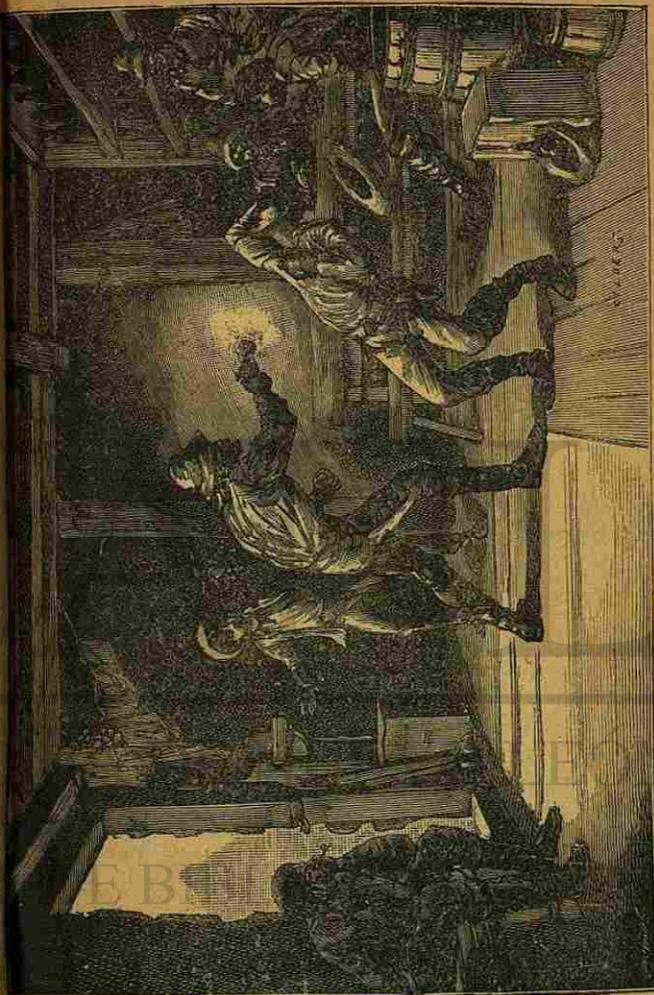
— Le pasa lo que á todo el que gana su dinero con demasiada facilidad; pierde la cabeza, y aun puede darse por satisfecho si esta pasión de lucro que invade á los que buscan oro y diamantes no lo conduce al crimen.

— Como aquél, añadió el otro interlocutor á media voz, designando con un movimiento de hombros á un individuo que acababa de llegar.

— Sí; aunque nunca ha habido pruebas ciertas contra él, siempre se le ha considerado como asesino del pobre Parker, que apareció un día en un foso con una bala en el pecho.

Miguel sintió que se le erizaban en la cabeza los cabellos, y volvió la vista hacia el individuo designado. Era un hombre de facciones duras, que á sus ojos adquirieron proporciones siniestras, cuando pensó que eran tal vez las de un asesino; pero no tuvo tiempo para entregarse á un prolongado examen. En otro punto de la sala acababa de comenzar una disputa, y los adversarios cambiaban entre sí injurias y gritos.

— Me ha robado, decía uno; sí, es un ladrón. Yo fui quien encontró el diamante. Lo escondí en una hendidura de una roca; pero él me espió, me siguió,



Los buscadores de diamantes.

vió dónde había ocultado yo mi diamante y me lo robó.

— No es cierto, gritaba el otro; yo fui quien lo descubrió.

— Mientes, añadió el primero; pero no tengas cuidado que la primera vez que te encuentre solo, sabrás lo que es bueno.

— Sí; pero yo no esperaré hasta entonces, vociferó su enemigo.

Y, levantándose de un salto, sacó un revólver del bolsillo y disparó.

El otro minero cayó al suelo, produciéndose tumulto indescriptible; pero Miguel no había esperado hasta el fin para abandonar aquel peligroso sitio. Sin prever que la querrela iba á acabar de modo tan trágico, se levantó huyendo del asco que aquella gente le inspiraba, y salió con Zimbo.

LI. — LAS GRANDES GANANCIAS NO SUELEN SER HONRADAS.

Echaron á andar camino del puerto; pero al pasar por la principal calle de la ciudad, Miguel vió una tienda en cuyo escaparate había piedras análogas á las que el americano le había querido vender. Algunas eran todavía mayores, y junto á ellas se veían unos cartoncitos que decían: « El *Gran Mogol*, once millones de francos; el *Regente*, siete millones; el *Orloff*, el *Koh-i-noor*, la *Estrella del Norte*, el *Sancy*. » Este último valía más de un millón de francos.

Miguel se quedó estupefacto al considerar que el *Sancy* no era mayor que la piedra del americano, y este descubrimiento confirmó una sospecha que ya le había pasado por la mente. Queriendo saber á qué atenerse, se dirigió al mercader que estaba en la puerta de la tienda y le dijo.

— Dispense V.; soy extranjero y quería saber si

esas piedras valen realmente el precio que tienen marcado.

— Esas piedras no son diamantes, contestó el comerciante; sino imitaciones, hechas con vidrio, de diamantes célebres, *históricos*. Las joyas de ese grueso son muy raras.

De modo que no se pueden pagar mil pesos por una piedra como esa, añadió Miguel señalando al *Sancy*.

— Seguramente no; el diamante cuya copia ve V. ahí ha desaparecido, robado. Si existiera aún, valdría no mil pesos, sino por lo menos un millón. ¿Por qué me hace V. estas preguntas amiguito? añadió el mercader.

Miguel refirió entonces lo que le había ocurrido.

— Hizo V. bien en negarse á aceptar semejante proposición, ó, mejor dicho, su lealtad y buena fe lo han librado de un engaño. Ese diamante era falso. Aquí abundan los pillos que andan siempre en busca de gentes demasiado sencillas ó muy interesadas que se fían de apariencias y se dejan engañar. Las grandes ganancias no son casi nunca bien adquiridas ni tampoco seguras. Doy á V. la enhorabuena, joven, por haberse librado de la asechanza que le tendían.

LII. — COMBATE CON UN AVESTRUZ.

— Ganancias excesivas son pocas veces honradas; y menos aún seguras, repetía Miguel al salir de la tienda; esto es lo mismo que decía mi padre y espero no olvidarlo nunca.

Nuestro amigo llegó al puerto, tomó su pasaje y el de Zimbo, y luego, en vez de limitarse como es costumbre á dejar *prenda*, es decir, una parte del precio de los billetes, en garantía del compromiso que acababa de adquirir, lo pagó en totalidad. Des-

pués de éstos le quedaron unos ciento y pico de pesos; pero como el asunto de los diamantes falsos le había inspirado viva desconfianza, rogó al capitán que le guardara aquel dinero hasta el momento del embarque. De este modo creía verse á cubierto de las asechanzas de los ladrones.

Su nombre quedó, pues, inscrito en el registro de á bordo, y Miguel se retiró contento al pensar que al día siguiente se pondría en camino para su patria.

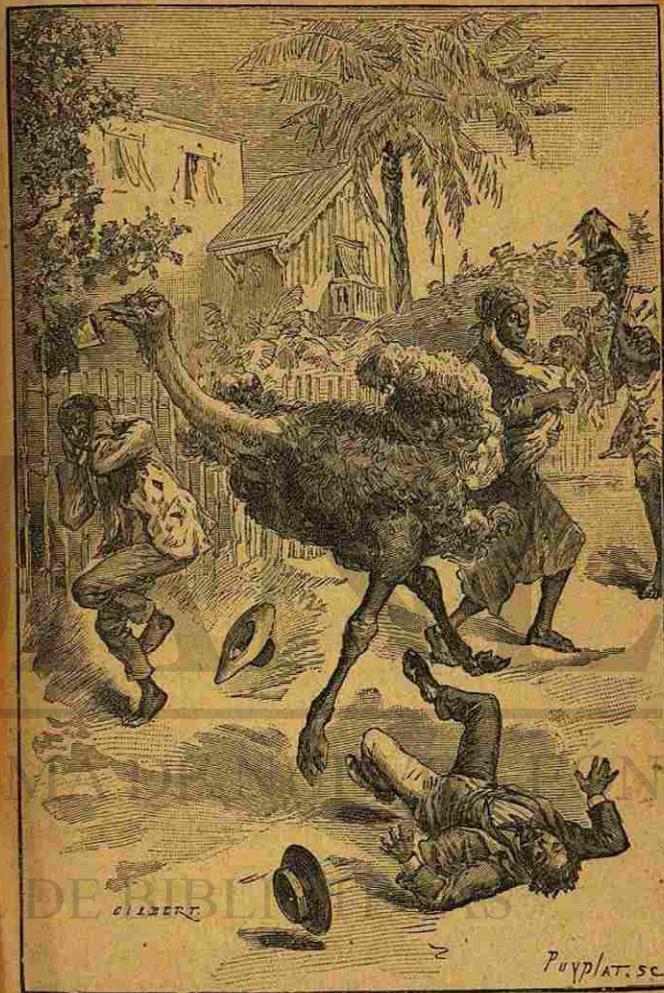
Apenas despuntó la mañana, pagó su gasto en la posada donde él y Zimbo habían pasado la noche y ambos se dirigieron al puerto, donde debía la *Turena*, nombre del barco en que iban á embarcarse, hacerse á la vela á las nueve.

Al pasar por una de las calles de la población, Miguel se fijó en una niñita de tres á cuatro años, de pelo rubio ensortijado, que salía con una criada á dar un paseo. Llevaba una pequeña pala, y un balde de zinc barnizado muy brillante, sin duda para jugar con arena, á la manera de los niños en muchos países.

— Estoy seguro, dijo Miguel llamando la atención de Zimbo para que mirase á la criatura, que mi pequeña Lucía se parece á esta linda niñita; tiene la misma edad; debe poseer también cabellos rubios ensortijados y saltar lo mismo que ésta al correr. ¡Cuando pienso que tal vez dentro de un mes podré verla! ¡Qué alegría estrecharla en mis brazos y jugar con ella!

— Zimbo querrá mucho bonita hermanita de amiguito blanco, dijo el negrillo.

Continuaban andando unos pasos detrás de la niñita, y seguía Miguel haciendo sus observaciones y comparaciones, cuando apareció en el otro extremo de la calle un avestruz de gran tamaño. Un negro vestido con un traje de oficial inglés que se caía á



Combate con un avestruz.

pedazos, lo conducía por medio de una cuerda atada á una especie de tahalí que rodeaba el cuello del animal; pero éste corría con tanta arrogancia, que más bien parecía guiar que ser guiado. De pronto el avestruz se escapó de la mano que lo contenía, bastante flojamente por cierto, y arrojándose sobre la niña, la derribó al suelo y cogió con el pico el reluciente balde, pues las mencionadas aves son como las urracas: cuanto tiene brillo las atrae con verdadera pasión.

La niña llevaba su baldecito colgado del brazo y el avestruz iba quizás á romperle el miembro del tirón, cuando Miguel y Zimbo se lanzaron sobre el animal y lo obligaron á soltar su presa; pero fueron víctimas de su furor. Zimbo rodó por el suelo de un aletazo y Miguel recibió un golpe en el muslo con la pesada pata del ave, armada de férreas uñas, y caía también en tierra á la vez que aparecía en su pantalón de hilo una gran mancha de sangre.

El animal iba á repetir el ataque, pero Zimbo, que se había levantado rápidamente, acudió en auxilio de su amigo, y logró salvarlo no sin recibir por su parte otro golpe tan violento que casi le rompe un brazo.

En este momento llegó el conductor del ave; pero en vez de auxiliar á los dos muchachos, se contentó con coger la cuerda que le servía de riendas, y que tan torpemente soltara.

Mientras se alejaba murmurando entre dientes, Zimbo logró poner en pie á Miguel; la sangre corría con abundancia de la herida del joven, mas por fortuna estaban cerca de la posada donde habían pasado la noche. El negrito propuso regresar á ella; pero Miguel exclamó:

— No, no; nos quedaríamos en tierra. Vamos á bordo, á bordo.

Y quiso, en efecto, andar en dirección del puerto; pero después de dar unos pasos, cayó al suelo sin sentido.

Se comprende el apuro de Zimbo, quien buscó con la vista alguien que pudiera ayudarle á transportar á su amigo. Mas no había nadie; el negro del avestruz estaba ya lejos y la criada había huido llevándose la niña.

Aunque Zimbo no era tan alto ni robusto como Miguel, logró sin embargo, al cabo de bastantes tentativas infructuosas, subírselo á los hombros; después se encaminó hacia la posada, rendido por el peso y parándose á cada momento para recuperar fuerzas.

Al entrar en la hospedería, cayó al suelo con su carga.

LIII. — ¡ ES TARDE !

La hostelera, que era una buena mujer, acudió inmediatamente. Empezó por acostar á Miguel y frotarle las sienes con vinagre, dándole á oler además esta sustancia. Al cabo de unos minutos, el joven abrió los ojos y miró en torno suyo. Entonces le volvió la memoria y exclamó:

— ¡ El barco, el barco ! ¡ Se va á marchar !

— Pues bien, replicó la hostelera; se irá sin V., pues no está en estado de embarcarse.

— Sin mí, dijo Miguel con extravío, eso es imposible.

— Por lo menos espere V. á que le vende la herida, sin lo cual podría emponzoñarse, continuó diciendo la buena mujer. Con un cuarto de hora tengo de sobra.

— No, no, sería demasiado tarde.

Y escapando á las manos que querían detenerlo, Miguel saltó de la cama y se lanzó á la puerta;

pero antes de llegar á ella cayó otra vez sin conocimiento.

La mujer y Zimbo lo colocaron de nuevo en la cama, y á fin de que no procurase una vez más hacer alarde de fuerzas, ella resolvió curar la herida antes que recobrar otra vez el sentido.

Quitóle en efecto los calzones, lavó la herida con agua fresca y después aplicó encima una compresa de agua fenical.

— Pobre muchacho, decía mientras ejecutaba las operaciones necesarias, vaya una herida. ¡Qué malos son esos avestruces! No es posible hallar nada más traidor. Infeliz del que se fía de ellos: durante cierto tiempo parecen suaves de condición y al fin un día se arrojan sobre las personas sin que se sepa por qué. La semana última uno de ellos le abrió el vientre á un café cerca de aquí, de una sola patada. Ya, ya, marcharse; tu amigo va á tener mucha calentura, añadió dirigiéndose al negrillo, y lo primero que necesita es descansar.

En este momento dió el reloj las nueve. El ruido de las campanadas sacó á Miguel de su letargo.

Las nueve, dijo; el barco se pone en marcha...

— Espero, contestó la hostelera, que no querrá V. volver á levantarse.

— ¡En marcha!... ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Mi dinero!.....

No pudo decir más, pues le atacó nuevo síncope.

— Dejémosle, añadió la dueña de la posada, á la vez que colocaba en torno suyo un *mosquitero* para defenderlo contra los insectos. Después de todo, este muchacho me parece dotado de robusta constitución, y quizás cure en poco tiempo.

LIV. — VACILACIONES.

Á la semana siguiente, Miguel estaba en pie completamente curado; pero la *Turena* había salido, y el joven quedándose sin recursos ni protectores en un país desconocido. ¿Cómo pensar ahora en volver á Francia? Ya no le quedaba más recurso que ver si querían tomarlos, á él y á Zimbo en un buque donde pagaran su pasaje trabajando en las maniobras.

Por fortuna el Sr. Berton le había entregado antes de su partida, á más de los seiscientos pesos, cierta cantidad para que pagase su fonda sin tener que descabalar aquéllos. Este dinero había servido á los dos amigos para vivir hasta entonces, pero ya se estaba acabando, y se hacía necesario tomar un partido. Miguel se dirigió, pués, al puerto á fin de buscar algo.

Á lo largo de los muelles estaban amarrados unos grandes y hermosos navíos, en su mayor parte ingleses ó norte-americanos. En los que iban á tocar en Francia no quedaba ningún puesto libre; las tripulaciones estaban completas.

Al día siguiente continuó buscando; pero con tan escaso éxito como la víspera.

El tercer día, cuando paseaba melancólicamente por los muelles, vió un hombre de color muy encendido y grandes patillas negras, que echaba una reprimenda á media docena de cafres, los cuales transportaban varias cajas, poco á poco, y cargando lo menos posible, desde un almacén del puerto á un pequeño barco amarrado un poco más lejos. Tres ó cuatro negros dormían profundamente á la sombra, á escasa distancia de allí.

— Pero, holgazanes, decía el hombre, mañana

pero antes de llegar á ella cayó otra vez sin conocimiento.

La mujer y Zimbo lo colocaron de nuevo en la cama, y á fin de que no procurase una vez más hacer alarde de fuerzas, ella resolvió curar la herida antes que recobrar otra vez el sentido.

Quitóle en efecto los calzones, lavó la herida con agua fresca y después aplicó encima una compresa de agua fenical.

— Pobre muchacho, decía mientras ejecutaba las operaciones necesarias, vaya una herida. ¡Qué malos son esos avestruces! No es posible hallar nada más traidor. Infeliz del que se fía de ellos: durante cierto tiempo parecen suaves de condición y al fin un día se arrojan sobre las personas sin que se sepa por qué. La semana última uno de ellos le abrió el vientre á un café cerca de aquí, de una sola patada. Ya, ya, marcharse; tu amigo va á tener mucha calentura, añadió dirigiéndose al negrillo, y lo primero que necesita es descansar.

En este momento dió el reloj las nueve. El ruido de las campanadas sacó á Miguel de su letargo.

Las nueve, dijo; el barco se pone en marcha...

— Espero, contestó la hostelera, que no querrá V. volver á levantarse.

— ¡En marcha!... ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Mi dinero!.....

No pudo decir más, pues le atacó nuevo síncope.

— Dejémosle, añadió la dueña de la posada, á la vez que colocaba en torno suyo un *mosquitero* para defenderlo contra los insectos. Después de todo, este muchacho me parece dotado de robusta constitución, y quizás cure en poco tiempo.

LIV. — VACILACIONES.

Á la semana siguiente, Miguel estaba en pie completamente curado; pero la *Turena* había salido, y el joven quedándose sin recursos ni protectores en un país desconocido. ¿Cómo pensar ahora en volver á Francia? Ya no le quedaba más recurso que ver si querían tomarlos, á él y á Zimbo en un buque donde pagaran su pasaje trabajando en las maniobras.

Por fortuna el Sr. Berton le había entregado antes de su partida, á más de los seiscientos pesos, cierta cantidad para que pagase su fonda sin tener que descabalar aquéllos. Este dinero había servido á los dos amigos para vivir hasta entonces, pero ya se estaba acabando, y se hacía necesario tomar un partido. Miguel se dirigió, pués, al puerto á fin de buscar algo.

Á lo largo de los muelles estaban amarrados unos grandes y hermosos navíos, en su mayor parte ingleses ó norte-americanos. En los que iban á tocar en Francia no quedaba ningún puesto libre; las tripulaciones estaban completas.

Al día siguiente continuó buscando; pero con tan escaso éxito como la víspera.

El tercer día, cuando paseaba melancólicamente por los muelles, vió un hombre de color muy encendido y grandes patillas negras, que echaba una reprimenda á media docena de cafres, los cuales transportaban varias cajas, poco á poco, y cargando lo menos posible, desde un almacén del puerto á un pequeño barco amarrado un poco más lejos. Tres ó cuatro negros dormían profundamente á la sombra, á escasa distancia de allí.

— Pero, holgazanes, decía el hombre, mañana

muy temprano nos haremos á la vela para *Nossi-bé*; ya lo saben Vds., y sin embargo andan con esa calma. ¡Qué habíamos de acabar á tiempo! pero por el santo de mi nombre y por el de mi padre, que era Trécœur, que me corten las orejas si pago un céntimo como no esté todo embarcado.

Esto lo decía medio en inglés, medio en francés y con grandes gestos y exclamaciones.

Es posible que los cafres no comprendieran bien esas palabras, aunque sí se daban cuenta del tono con que eran pronunciadas; pero ni gritos, ni amenazas, ni maldiciones les hacían andar más de prisa.

El hombre seguía:

— ¿No podían esperar para emborracharse á que estuviéramos en *Nossi-bé*. Allí me hubiera importado un ardite la cosa; pero vaya V. á impedir que un cafre se gaste en aguardiente todo cuanto gana.

Miguel no había perdido ni una siquiera de las palabras del marino. Aquel barco salía para *Nossi-bé* que era, según recordaba perfectamente, una pequeña colonia francesa, situada al norte de la isla de *Madagascar*. Una vez allí, pensaba nuestro argelino, no debe ser difícil embarcarse para Francia; en todo caso, al fin se vería en una posesión de su patria. Así pues, se acercó al marino.

— Señor capitán, le dijo ¿podríamos Zimbo y yo serle útiles? ¿Quiere V. que ayudemos á cargar?

— ¡Cómo, exclamó el otro, un compatriota! Esto no se encuentra por aquí todos los días. Sí, hombre, acepto; á ver si tú y ese negrillo pueden ayudarme á salir del paso.

Miguel no esperó el fin de la frase para quitarse su chaqueta y en compañía de Zimbo se dirigió hacia una tartana cargada de sacos de trigo, que un hombre descargaba. Un instante después atravesaba

la pasadera tendida entre el muelle y la cubierta del buque, con uno de ellos á cuesta.

Ambos amigos trabajaron con gran ardor hasta embarcar todo el contenido de la tartana, parándose sólo de tiempo en tiempo para enjugar el sudor que inundaba sus frentes.

Al caer de la tarde, cuando el francés pagó su jornal á Miguel, éste le manifestó la situación en que se encontraba y su deseo.

— ¿Llévate á Madagascar? ¡Si tengo completa mi gente! La *Canebière* (pues mi barco se llama como el más hermoso barrio de mi patria, que es Marsella) no es un buque de alto bordo y la manobra exige pocos brazos. Con la docena de cafres que contrato aquí tengo todo lo necesario. Además... además... me temo que no puedas servirme, pues el trabajo para que te propones exige mucha fuerza.

— Soy muy robusto, y Zimbo también, dijo Miguel.

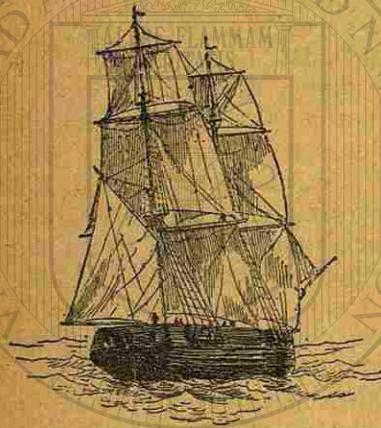
— Robustos ó no, lo cierto es que tienen ambos buena voluntad; por esto quisiera servirles, y además porque no me gusta dejar en un apuro á mis compatriotas, sobre todo en países tan apartados. Bueno, vénganse mañana, y si alguno de esos borrachos no se presenta, como es probable, los llevaré conmigo.

Miguel se retiró haciendo votos porque la taberna ejerciera sobre los cafres su atractivo acostumbrado.

Al día siguiente, al salir el Sol, Miguel y Zimbo estaban en el muelle. La *Canebière* hacía ya sus preparativos de marcha, y los negros corrían ágilmente por los aparejos, mientras que el Sr. Trécœur

recorría la cubierta con paso agitado, mirando hacia los alrededores del puerto.

— Vengan pronto, gritó así que aparecieron nuestros amigos. Me faltan dos negros de los que tenía contratados. Ya me lo figuraba, pues ambos bebieron ayer tanto que en todo el día no van á poder tenerse en pie. Vds. no son grandes, pero ayer los vi trabajar y créo que me servirán. ¿Dónde tienen sus bagajes?



La « Canebière ».

— Aquí están, contestó Miguel enseñando un pequeño paquete y la escopeta que le sirvió en el viaje con el Sr. Berton y que éste le había regalado al separarse.

— Bien, replicó filosóficamente el marino; si naufragamos no perderán gran cosa.

Unas horas más tarde, la *Canebière* salía de la rada de Port-Elisabeth y entraba en el Océano Índico.

Cuando el barco estuvo en alta mar, la maniobra no exigía tan sostenida atención por parte del capitán; éste aprovechó los momentos que le quedaban libres para hacer que Miguel le refriese sus aventuras.

El relato interesó mucho al marsellés; así fué que prometió al joven recomendarlo bien á varios negociantes establecidos en Nossi-bé ó en sus cercanías, y procurarle un pronto regreso á Francia; después, como era un tanto decidor, refirió á su nuevo amigo detalles de su vida; era, según se

sabe, de Marsella y hacía cuatro años que se encontraba establecido en Nossi-bé como comerciante; la mayor parte de sus negocios los hacía con la colonia del Cabo.

— *Madagascar*, dijo á Miguel, es como probablemente sabes, una gran isla situada en la costa Oriental de África. Del continente la separa el canal de Mozambique. Los franceses poseen en las costas é islas que la rodean, varias colonias menores, algunas de ellas muy antiguas. El dominio de Francia sobre Madagascar había sido reconocido por todas las potencias europeas, así como por una parte de los reyezuelos del país, cuando en 1828, *Radama*, jefe de los *Hovas*, una de las tribus de la isla, á quien apoyaba secretamente Inglaterra, conquistó todo Madagascar, fundó la capital *Tananariva* y arrojó hacia el sur las restantes tribus y entre ellas los *Sakalavas*. Éstos reclamaron la protección francesa contra los *Hovas*, que seguían siendo apoyados por los misioneros ingleses. Entonces el gobierno francés mandó á esos parajes al almirante *Pierre*, quien bombardeó varios puertos, se apoderó de *Tamatava*, la segunda población de la isla, é hizo retroceder á los *Hovas*. Desde entonces ocupan los franceses varios puntos estratégicos importantes al norte de la isla y en torno de la magnífica bahía de *Diego Suárez*. También se firmó un tratado según el cual Francia ejerce su *protectorado* sobre la isla entera, no obstante que la soberana de los *Hovas* se titula reina de Madagascar.

El clima de la isla es pernicioso en el litoral; pero algo mejor tierra adentro. Hay magníficas praderas en que se cría ganado abundante. Los bosques contienen maderas preciosas; y además la isla produce tabaco, añil, cacao y todas las plantas de las regiones tropicales.

LVI. — EN EL OCEANO AUSTRAL.

La *Canebière* hacía vela hacia el nordeste para entrar en el canal de Mozambique, que separa el África de Madagascar, impulsada por viento favorable que permitía á la tripulación cruzarse de brazos. El tiempo era magnífico: los pilotos, los dorados y los delfines retozaban en la estela del buque; los peces voladores describen sobre la superficie del agua mil curvas diversas. Á veces sale un momento del agua una cabeza armada de mandíbulas formidables. Es un tiburón que sigue al barco con la esperanza de que caerá algo de él, quizás un hombre. Todos los peces huyen al verlo; pero el monstruo los alcanza y se traga algunos continuamente, hasta diez ó doce á la vez.

En torno de los mástiles, las gaviotas, las aves de San Pedro describían círculos análogos á los que trazan las golondrinas alrededor de los campanarios, al caer de una hermosa tarde. El albatros se cierne más alto aún y su blanco y plateado plumaje resplandece al recibir los rayos del Sol. De noche, una vez que el gran astro se pone, iluminan el mar reflejos fosforescentes.

El delfín es un cetáceo, esto es, un animal parecido á un pez y análogo á la ballena. Se le encuentra en todos los mares, siguiendo la estela de los navios para recoger los restos que caen de ellos.

Peces voladores ó dactilópteros. — Peces cuyas aletas natatorias pectorales tienen tal desarrollo, que pueden servir de alas, lo cual les permite lanzarse fuera del agua cuando se ven perseguidos.

Gaviotas y aves de San Pedro. — Aves marinas que anidan en las rocas de las orillas. Son animales tímidos, voraces y chillones que habitan en todas las latitudes formando bandadas innumerables y que se alimentan con peces, gusanos, moluscos, y en general toda clase de carnes vivas ó putrefactas. Á veces penetran mar á dentro distancias considerables. Su carne es dura y de mal gusto.

Las gaviotas grandes se llaman también *goelands*. Las aves de San Pedro, que reciben este nombre porque pueden andar sobre el agua, se denominan igualmente *petreles*. Las gaviotas son los buitres de los mares por su voracidad. Vuelan constantemente encima de las olas, aun durante las más violentas tempestades.

La *Canebière* continuaba costeano el continente, había dejado atrás Natal, y pasaba frente al país de los *zulús* ó *Zululandia* cuando el tiempo cambió súbitamente. Las olas, que antes ostentaban majestuosa calma, se abrían para formar verdes y profundas cañadas en que el barco desaparecía por momentos todo entero; después, llegaba otra que lo elevaba hasta su cresta coronada de espuma. Ciérnese un instante sobre las mares furibundas, baja al abismo con rapidez que espanta y vuelve á subir. Diríase que las ondas quieren devorarlo y el casco rechina y gime como si fuera á deshacerse. El ruido del viento cubre la voz del capitán casi enteramente. Los marineros lo oyen apenas cuando están en lo alto de las vergas cogiendo rizos, esto es, plegando las velas para que el huracán tenga menos campo en que ejercer su acción.

El Sr. Trécoeur conserva su sangre fría, pues las ha visto mucho peores en esos mares donde sobrevienen á veces horribles tempestades. Sin embargo, no tarda en darse cuenta de que aquélla era más violenta que cuantas había corrido hasta entonces. El cielo, bajo y ceniciento,



Pez volador.



Gaviota.

está cubierto de grandes nubes negras que cierran el horizonte. Las olas de veinte metros de alto, parecidas á muros movedizos, precipitan al barco en sus profundidades cada vez con mayor rapidez y de modo más desordenado. Es imposible permanecer en la cubierta, que el mar barre completamente llevándose cuanto encuentra á su paso.

Sólo dos hombres, Trécœur y uno de los negros están en el timón, sólidamente atados, luchando para mantener el barco á flote. Á esto se reduce su ambición, pues no hay manera de hacerle conservar su rumbo; precisamente el viento sopla del noroeste, y la *Canebière* recorre al revés, con velocidad vertiginosa que crece por momentos, el camino hecho durante los tres días anteriores

LVII. — ¡NOS VAMOS Á PIQUE!

Llegó la noche sin que se hubiese calmado la tormenta y cuando amaneció el día siguiente, continuaba el mar presentando aspecto terrorífico. Sin embargo, poco á poco sobrevino cierta calma; y la tripulación de la *Canebière* pudo entonces creer que había desaparecido el peligro.

Trécœur bajó á la bodega para ver cómo estaba el barco, pero no tardó en volver sobre cubierta lleno de agitación.

— Nos vamos á pique, dijo: Tenemos un boquete y el barco hace agua. No sé cómo se ha producido ni es hora de averiguarlo. ¡Á las bombas!

Unos minutos después funcionaban éstas; pero Trécœur vió que todo era inútil. El agujero era mayor de lo que al principio creyera y cuanto podían hacer sus diez hombres era mantener el mismo nivel de agua. Nuestro marsellés no vaciló. Debían hallarse entonces á poco más de dos días de la costa;

por consiguiente, la prudencia ordenaba que se abandonara la goleta á su destino para preocuparse de salvar á sus tripulantes. Así fué que dejó cinco hombres en las bombas y mandó que los otros prepararan la lancha.

Quando la pequeña embarcación estuvo preparada, hacia ya noche; pero si bien era arriesgado lanzarse al mar en tan pequeño esquife sin tener para guiarse la luz del día, mayor peligro había en no abandonar un barco que podía irse á pique de un momento á otro. Así fué que el capitán dió orden para el embarque. La lancha llevaba víveres para varios días pues Trécœur no sabía á ciencia cierta cuántos serían necesarios para tomar tierra.

Los negros, Miguel y Zimbo entraron en la lancha que las olas todavía agitadas sacudían con violencias y Trécœur, que como buen capitán debía ser el último, se disponía á hacerlo á su vez, cuando recordó que había olvidado sus libros, en que refería diariamente las peripecias del viaje y que probaba que el naufragio no se debía á su negligencia ó descuido sino al furor de los elementos.

Bajó, pues, á su camarote para recogerlos.

Mas cuando al cabo de un instante volvió, la lancha estaba lejos.

LVIII. — PRIMERO LOS NEGROS.

En el momento en que la lancha, rompiendo sus amarras, había sido arrancada por las olas del costado de la *Canebière*, Miguel lanzó un grito de espanto. ¿Qué iba á ser del capitán, solo y abandonado en aquel buque que se iba á pique? El pobre joven no pensaba en que la situación de sus compañeros y la suya propia no era más brillante. En efecto, el mar estaba aún muy agitado; la lancha

bailaba sobre las olas como una cáscara de nuez y la situación era peligrosísima. Los marineros habían navegado ya todos; pero ninguno tenía experiencia suficiente para guiarse en el mar. Así es que el accidente que los privaba del capitán era grave para ellos, porque los privaba de la ciencia de un buen marino, con cuya asistencia habrían podido intentar una empresa que ahora se hacía más aventurada. Todas las tentativas realizadas para acercarse de nuevo á la *Canebière* fueron infructuosas.

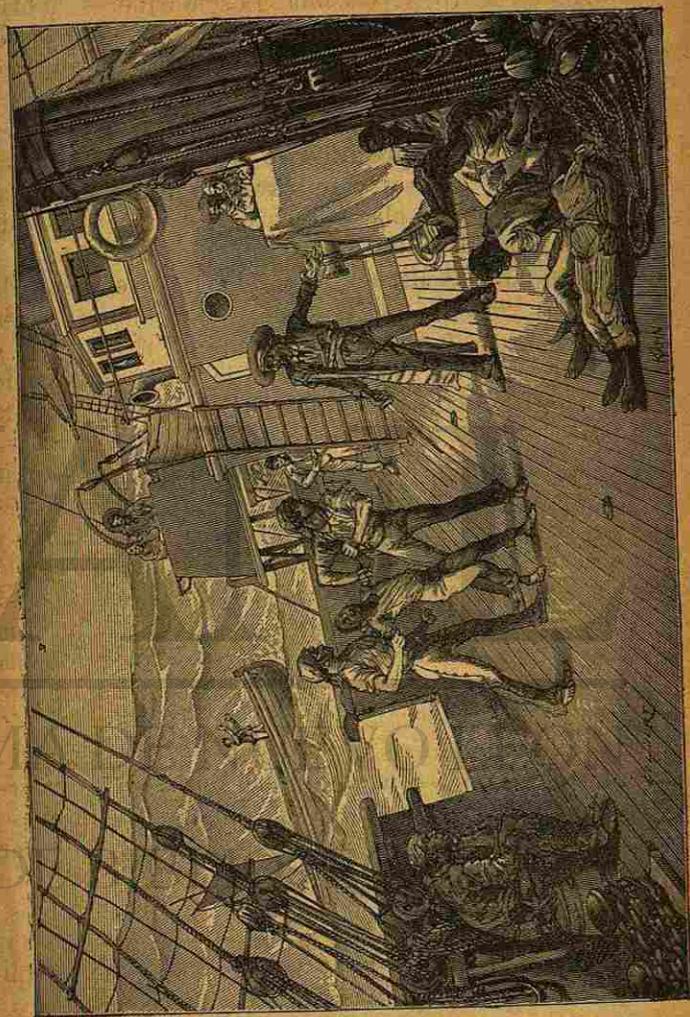
Por lo demás, así que pasó el primer momento de espanto, los negros se tendieron en la cubierta de la lancha con la despreocupación propia de su raza, y no tardaron en dormirse como si tal cosa, dejando que el esquife fuera por donde al viento le diera la gana.

Miguel cogió entonces el timón para procurar visitar el punto en que debía encontrarse la *Canebière*; pero no obstante la Luna que había salido y que iluminaba gran extensión del mar, no distinguió ni la más mínima vela. « Se ha ido á pique », pensó con terror, y lleno de amargura el corazón puso la proa al noroeste donde según su idea y lo que había oído decir al capitán, tenía que hallarse el continente africano.

Quando los negros se despertaron al día siguiente, lo primero que hicieron fué abrir un barril de aguardiente. Trécœur les había distribuído siempre ese líquido con prudente parsimonia; ahora iban á beber sin tasa.

El efecto fué rápido. Al cabo de pocos instantes, unos rodaban por la cubierta completamente ebrios y otros brincaban y saltaban de tal modo que la frágil embarcación corría por momentos grave peligro.

Entretanto, Miguel seguía en el timón, puesto que nadie le disputaba, en compañía de Zimbo.



No tardó en distinguir un penacho de humo que se dibujaba en el horizonte. Cogió el anteojo de larga vista que Trécœur había tenido la precaución de embarcar en la lancha y subió al mástil, no tardando en bajar. Inmediatamente echó las velas hasta entonces arrolladas, con ayuda de Zimbo, que le ayudaba instintivamente sin preguntarse la razón de las cosas; los rayos del Sol iluminaron la lona dándole brillantes reflejos de alas de albatros.

El penacho de humo se hacía más denso, y todo los compañeros de Miguel habrían podido verlo si se los hubiera permitido el aguardiente.

Pronto apareció una chimenea, luego el casco de un barco de vapor, y Miguel tuvo la satisfacción de verlo hacer rumbo hacia donde él estaba.

Habían visto la lancha.

¿El barco avanzaba efectivamente en aquel sentido para socorrerlos, ó seguía sencillamente su rumbo?

Miguel creyó un instante que iba á pasar sin socorrerlos; pero de pronto el vapor pareció cambiar de idea y echó hacia donde estaban los naufragos.

El joven lanzó un suspiro de satisfacción al ver que el barco se acercaba.

Quince minutos después estaban al habla.

— ¿Quiénes son Vds? preguntó en mal inglés un hombre de siniestra figura que se presentó en la toldilla.

Miguel lo enteró de la situación en pocas palabras.

— Está bien, contestó el hombre, que dió órdenes á sus tripulantes.

En seguida lanzaron desde el barco una escala de cuerda.

— Primero los negros, dijo.

Miguel se había apresurado á despertar á los cafres que dormían; éstos lograron llegar al buque ayudán-

dose unos á otros. Ya no quedaban en la lancha sino Zimbo y Miguel. El argelino, obedeciendo la consigna sin darse cuenta de ella, hizo pasar delante de sí al negrito y ya se disponía á seguirlo, cuando tiraron de la escala con una carcajada feroz. Miguel no había vuelto aún de su sorpresa, cuando ya el vapor se alejaba, llevándose á Zimbo, que lloraba y gritaba con desesperación agitando los brazos como para decir adiós á su amigo.

LIX. — SOLO EN EL MAR.

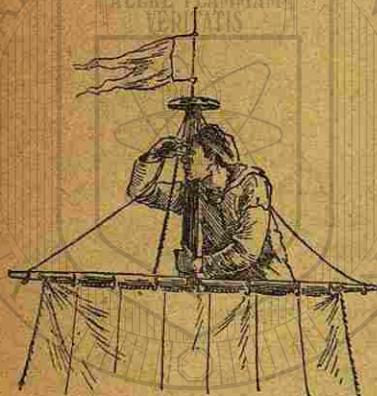
Miguel quedaba, pues, en la más cruel y triste de las situaciones, abandonado sobre el inmenso Océano, en una embarcación tan frágil que una pequeña ola podía sumergirla en un minuto, sin ningún medio de dirigirla. ¿Qué iba á ser de él? Por sí solo no podía pensar en gobernar la barca. Además ¿qué sacaría con esto, no sabiendo ni dónde estaba ni de qué punto de la tierra se hallaba más cerca? El viento lo impulsaba hacia el este y la vela que echara con ayuda de Zimbo para llamar la atención del buque negrero, estaba orientada de modo que la acción de la brisa era mayor.

Ahora bien, en la idea de Miguel, África estaba al oeste; por tanto, creía alejarse de ella cada vez más. No pudiendo hacer otra cosa, resolvió abandonarse á su estrella, conservando en el fondo del corazón la esperanza de que quizás tropezaría con algún otro barco cuyo capitán y tripulantes fueran menos inhumanos que los que acababa de encontrar.

Por fortuna tenía víveres en abundancia y ropa que mudarse: la del capitán. Y aunque era demasiado grande para él, debía servirle de mucho pues la temperatura había cambiado completamente. Nuestro amigo no lo hubiera extrañado si hubiese

sabido que la tempestad impulsó á la *Canebière* centenares de leguas al sur, llevándola hasta lo que constituye en el hemisferio austral la región del frío.

El pobre muchacho pasó una parte del día en lo alto del mástil, sondeando el horizonte con ansiosa mirada. Al día siguiente hizo lo mismo desde que amaneció, procurando ver si no se mostraba á lo lejos alguna vela ó chimenea. Sólo bajaba un instante de su obser-



Solo en el mar.

servatorio cuando no podía sostenerse allí más; pero descansaba y volvía á él.

De este modo transcurrieron un día, dos, tres, una semana; pero nada, siempre la soledad. Entonces el infeliz joven, harto de esperar en vano, perdió ánimo, y se echó en el fondo de la lancha, no levantándose más

que para comer tristemente algún pedazo de bizcocho. « Llegará un día, exclamaba, en que todo esto se habrá consumido ó no servirá y tendré que morir, morir de hambre. »

Por espacio de veinticinco días permaneció en este estado de abatimiento próximo á la desesperación y que su terrible situación explicaba.

Ya hiciera resplandecer el Sol la cresta de las olas ó brillaran las estrellas sobre su cabeza, ya derramara el cielo torrentes de lluvia ó extendiese su azulado manto, Miguel permanecía en el fondo de la barca, insensible á todo, envuelto en una gruesa

manta y sin sentir frío ni calor. ¡ Qué le importaba todo eso, si ya no esperaba socorro !

Un día, al levantarse para ir al sitio donde estaban las provisiones, distinguió, lo mismo que la primera vez, una ligera nube negra destacándose sobre el azul del firmamento. En un segundo subió á lo alto del mástil á pesar de su debilidad, sin perder de vista el ligero vapor que representaba su salvación y se



El Darling.

esforzó en llamar la atención á fuerza de gestos y de gritos.

Después de largo rato de angustia y de esperanza, Miguel adquirió la convicción de que lo habían visto. En efecto, un bote se separó del barco y se dirigió en busca suya.

Fácil es adivinar con qué transportes de alegría acogió á sus salvadores: poco después se encontraba en la cubierta del *Darling*, barco inglés, cuyo nombre significa *Amado entrañablemente* y tanto el capitán

como los tripulantes y pasajeros lo rodearon con gran interés.

LX. — NUEVOS AMIGOS.

Así que Miguel estuvo un poco repuesto de sus emociones, le pidieron que relatase sus aventuras; cuando se supo que hacía un mes que estaba solo en el mar en una lancha, el interés ya grande aumentó más aún y entre los pasajeros hubo verdadera explosión de simpatía; varias personas le propusieron emplearlo.



Caña dulce.

Uno de los más solícitos fué un señor de cincuenta años poco más ó menos, de aspecto vivo é inteligente, en quien Miguel creyó reconocer un compatriota suyo, por más que hablaba inglés tan bien como el capitán y los restantes pasajeros.

No se engañaba. El Sr. Lebel vivía en la isla de la *Reunión*, colonia francesa, una de las *Mascareñas*, y comerciaba en lanas con Australia.

La cara de este comerciante agradó mucho á Miguel: así fué que se consideró muy dichoso cuando el Sr. Lebel le propuso que lo acompañase una temporada.

Islas Mascareñas. — Grupo de islas situado en el *Océano Índico*; las principales son la *Reunión*, llamada *Borbón* en otra época y la isla *Mauricio*, cuyo primitivo nombre era *isla de Francia*. La

Reunión pertenece todavía á esta nación; pero *Mauricio* ha pasado á poder de los ingleses.

La *Reunión* produce en abundancia *caña dulce*, *cacao*, *vainilla* y todas las plantas tropicales.

El café de esta isla se llama todavía en el comercio *café Borbón*. **Caña dulce.** — Caña que llega á tener hasta más de dos veces la altura de un hombre, y que contiene en abundancia una materia dulce con que se fabrica azúcar.

Así que maduran las cañas, las cortan y las llevan al molino, donde se las machaca y se las reduce á papilla. Esta pasta se hierva cinco veces seguida en vasos diferentes, con cierta cantidad de cal para que pierda su acidez. El producto es lo que se llama azúcar terciado; para blanquearlo se le somete á diferentes operaciones que constituyen el *refinado*.

La caña dulce sirve también para fabricar *rom*.

Esta planta es oriunda de la India, pero hoy la cultivan en todos los países cálidos, sobre todo en la isla *Borbón* y en las *Antillas*, donde constituye rama importantísima de la riqueza.



Cook.

El continente llamado hoy *Australia* es quince veces mayor que Francia. Primero se le denominó *Nueva Holanda*, por ser de este país de Europa los marinos que

lo descubrieron hace cerca de tres siglos. Sin embargo, ningún hombre civilizado se había establecido allí cuando en 1770 visitó Cook una bahía de la costa oriental que llamó *Botany-Bay*, por causa de la profusión de flores que observó en ella, y tomó posesión del país en representación de la Gran Bretaña.

Unos años más tarde, el gobierno inglés fundó al norte de esa bahía un *presidio*, es decir, un depósito de condenados, ladrones y asesinos que la madre patria quería expulsar de su seno.

Poco á poco, muchos habitantes de la metrópoli, que no podían ganarse la vida en su país natal, fueron también á establecerse en Australia y edifi-

como los tripulantes y pasajeros lo rodearon con gran interés.

LX. — NUEVOS AMIGOS.

Así que Miguel estuvo un poco repuesto de sus emociones, le pidieron que relatase sus aventuras; cuando se supo que hacía un mes que estaba solo en el mar en una lancha, el interés ya grande aumentó más aún y entre los pasajeros hubo verdadera explosión de simpatía; varias personas le propusieron emplearlo.



Caña dulce.

Uno de los más solícitos fué un señor de cincuenta años poco más ó menos, de aspecto vivo é inteligente, en quien Miguel creyó reconocer un compatriota suyo, por más que hablaba inglés tan bien como el capitán y los restantes pasajeros.

No se engañaba. El Sr. Lebel vivía en la isla de la *Reunión*, colonia francesa, una de las *Mascareñas*, y comerciaba en lanas con Australia.

La cara de este comerciante agradó mucho á Miguel: así fué que se consideró muy dichoso cuando el Sr. Lebel le propuso que lo acompañase una temporada.

Islas Mascareñas. — Grupo de islas situado en el *Océano Indico*; las principales son la *Reunión*, llamada *Borbón* en otra época y la isla *Mauricio*, cuyo primitivo nombre era *isla de Francia*. La

Reunión pertenece todavía á esta nación; pero *Mauricio* ha pasado á poder de los ingleses.

La *Reunión* produce en abundancia *caña dulce*, *cacao*, *vainilla* y todas las plantas tropicales.

El café de esta isla se llama todavía en el comercio *café Borbón*. **Caña dulce.** — Caña que llega á tener hasta más de dos veces la altura de un hombre, y que contiene en abundancia una materia dulce con que se fabrica azúcar.

Así que maduran las cañas, las cortan y las llevan al molino, donde se las machaca y se las reduce á papilla. Esta pasta se hierva cinco veces seguida en vasos diferentes, con cierta cantidad de cal para que pierda su acidez. El producto es lo que se llama azúcar terciado; para blanquearlo se le somete á diferentes operaciones que constituyen el *refinado*.

La caña dulce sirve también para fabricar *rom*.

Esta planta es oriunda de la India, pero hoy la cultivan en todos los países cálidos, sobre todo en la isla *Borbón* y en las *Antillas*, donde constituye rama importantísima de la riqueza.



Cook.

El continente llamado hoy *Australia* es quince veces mayor que Francia. Primero se le denominó *Nueva Holanda*, por ser de este país de Europa los marinos que

lo descubrieron hace cerca de tres siglos. Sin embargo, ningún hombre civilizado se había establecido allí cuando en 1770 visitó Cook una bahía de la costa oriental que llamó *Botany-Bay*, por causa de la profusión de flores que observó en ella, y tomó posesión del país en representación de la Gran Bretaña.

Unos años más tarde, el gobierno inglés fundó al norte de esa bahía un *presidio*, es decir, un depósito de condenados, ladrones y asesinos que la madre patria quería expulsar de su seno.

Poco á poco, muchos habitantes de la metrópoli, que no podían ganarse la vida en su país natal, fueron también á establecerse en Australia y edifi-

caron cerca de Botany-Bay la ciudad de *Sidney*, capital de la provincia de Australia llamada *Nueva Gales del Sur*, y después la de *Melbourne*, capital de la provincia de *Victoria*.

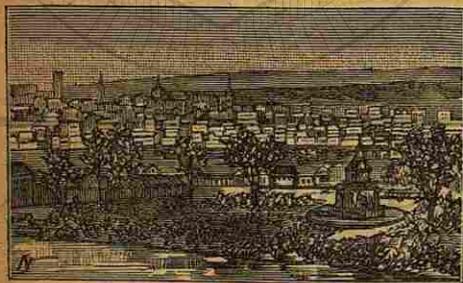
Cook. — Navegante inglés de la segunda mitad del siglo XVIII. En su primer viaje alrededor del mundo visitó toda *Oceania*, exploró las costas de *Nueva Zelanda* y reconoció la existencia del canal que la separa en dos partes, dándole su nombre (*estrecho de Cook*). Después visitó las costas orientales de Australia, que llamó *Nueva Gales del Sur*.

En otro viaje, penetró hasta las regiones glaciales antárticas y reconoció que en ellas no existía ningún territorio importante; además, descubrió varias islas ó archipiélagos de la *Oceania*, entre otros la *Nueva Caledonia*, y los grupos de las islas de la *Georgia* y las islas *Sandwich*.

En un tercero y último viaje, buscó un paso al norte de América. Obligado por los hielos á bajar hacia el sur, volvió á las islas *Sandwich*, donde los naturales de *Hawai*, una de ellas, lo asesinaron en 1779.

LXI. — MELBOURNE.

Melbourne está situada al sur de Australia, en el fondo de la bahía de *Puerto-Felipe*, que penetra



Melbourne.

largo trecho tierra adentro. Así que el buque pasó la entrada del puerto, los pasajeros, que eran emigrantes en su mayoría (gentes que abandonan

su país para fijarse en otro) se apresuraron á subir sobre cubierta, con objeto de contemplar su nueva patria.

Los que llegaban á ella por primera vez no podían volver de su asombro al encontrarse con que la pobla-

ción que se imaginaban como una reunión de casuchas, presenta el aspecto de una opulenta capital.

Melbourne se extiende sobre dos colinas que están separadas por un pequeño río, el *Yarra-Yarra*. Sus innumerables casas de piedra están coronadas por torres y campanarios, y entre ellas se destacan alamedas y jardines.

En el puerto reinaba extraordinaria animación; por todas partes se oían silbatos de vapor. Dos caminos de hierro, que llegaban hasta la extremidad de los rompe olas, no cesaban de transportar balas de lana y lingotes de plata y oro que llenaban la cala de los barcos surtos en la bahía.

Durante ese tiempo, los *pescantes* introducían sus largos brazos hasta el fondo de los barcos que llegaban de Europa, de Asia y de América, para sacar de ellos las mercancías de que estaban cargados.

En unos momentos atracó el *Darling* y el Sr. Lebel, dejando sus baúles bajo la custodia de un hombre que le acompañaba, se dirigió seguido por Miguel á la estación del camino de hierro que une el puerto con la ciudad.

— Melbourne ha cambiado mucho de aspecto desde que puse los pies en ella por primera vez, dijo el negociante á Miguel así que estuvieron en la capital. Entonces no se veía más que un centenar de casas de madera y algunas posadas en torno de una iglesia, que era también de palo, á la que servía de campanario un árbol; pues bien, mira ahora.

La ciudad era grande y hermosa y no se parecía á la que acababa de describir el Sr. Lebel. La vista se extendía hasta el horizonte por anchas vías, llenas de tiendas y escaparates más brillantes aún, pensaba Miguel, que los de Argel, la única ciudad de cierta importancia que había visto. Nuestro joven admiraba la altura de las casas, la belleza é impor-

tancia de los edificios, el número de coches, ómnibus y tranvías; jamás se había imaginado que pudiera existir tanta animación. Su encanto aumentó en los días siguientes, cuando el Sr. Lebel, que le había tomado simpatía, lo llevó á visitar los museos y establecimientos públicos. Condújolo al Jardín Botánico, que Miguel encontró muy bello é interesante, por más que interiormente se decía, muy satisfecho, que el de Argel era mejor aún.

El negociante le hizo visitar también la biblioteca, llamando su atención sobre que la mayor parte de las personas que estaban allí leyendo, pertenecían á la clase obrera. Los trabajadores van á completar en las obras especiales sus conocimientos sobre los distintos oficios y así pueden sacar mejor partido de los recursos que tienen á su disposición.

LXII. — LAS MINAS DE ORO.

— Tengo que hacer en *Ballarat*, dijo un día el Sr. Lebel al joven argelino. Ven conmigo; en ese punto están las principales *minas de oro* de Australia.

De seguro encontraré cambiadas las cosas desde la época en que las vi por primera vez, añadió cuando estuvieron instalados en el camino de hierro.

Hace de esto más de treinta años, pues fué en 1852. Entonces era yo un mozalbete de 18 años, el menor de una familia en que éramos doce. Mi padre acababa de ser víctima de un *ciclón* que había caído sobre la Reunión, destrozando nuestros plantíos de café, vainilla y caña dulce. Quiso recuperar su fortuna con especulaciones que dieron mal resultado y se vió arruinado casi por completo. Entonces yo me expatrié en busca de aventuras y de fortuna, dejando en el país á mis hermanos mayores para que ayudasen á mi padre.

Entonces acababan de descubrir en Australia minas de oro de fabulosa riqueza y de todos los países del mundo salían gentes en dirección de aquel punto del globo. Yo hice lo que tantos. Tenía por todo capital cuarenta pesos, que no es ciertamente mucho, pero que bastan á un mozo resuelto á no gastar sino lo absolutamente necesario para vivir un mes en París ó en Londres. Aquí era distinto. En este país miserable, donde no se encontraba nada como no fuera el oro, las cosas costaban precios exorbitantes. Así es que con mis doscientos francos apenas pude vivir durante los seis días que entonces eran necesarios para ir de Melbourne á *Ballarat*. Cuando llegué á este lugar no me quedaba más que mi azadón y mi ropa.

En seguida empecé á trabajar. Como el terreno no pertenecía á nadie todavía, era licito buscar donde se nos antojaba: ningún indicio nos instruíra sobre lo que ocultaba la tierra, por lo menos á la vista de un novicio como yo. El suelo estaba cubierto de hierba corta que disimulaba su color; así fué que fui á lo que saliera.

El primer día no encontré nada. Esto no era motivo para desanimarme, de no estar atormentado por el hambre y sin tener nada que comer. ¿Cómo salir del paso?

Un mesonero que desde la llegada de los primeros exploradores se había establecido en *Ballarat*, me prestó dos pesos sobre mi chaquetón; para hacer una comida de anacoreta gasté la mitad, y economizándolos de la manera más escrupulosa, me duraron día y medio.

Mi sombrero, mi chaleco, mi corbata y hasta mis botas siguieron el mismo camino y me permitieron vivir algunos días, que pasé excavando con verdadero frenesí, ya acá, ya acullá. No pasaba hora sin que oyese hablar de maravillosos hallazgos. Este había

desenterrado una pepita de cinco mil pesos; aquel una de veinte mil, y hasta hubo quien descubrió una de doscientos mil francos. El último pagó con la razón el hallazgo, pues al ver su tesoro se volvió loco. En cuanto á los restantes, no conservaban mucho tiempo sus hallazgos: el juego y la bebida les servían para disiparlos en breve.

Yo debía ser más feliz que ellos.

— ¿Acaso descubrió V. un lingote de sesenta ó de ochenta mil pesos? exclamó Miguel.

— No, amigo mío, contestó tranquilamente el Sr. Lebel, sino una simple pepita de cinco mil francos. Miguel miró con asombro al negociante.

— Sí, amigo mío, fui más afortunado que mis compañeros. Esta suma era demasiado pequeña para trastornarme el sentido, ó exponerme á los celos de los otros; pero fué suficiente para empezar á comerciar. En efecto, yo había comprendido muy pronto que, no obstante los golpes de fortuna que favorecen á algunos, el oficio de minero no vale gran cosa. Empecé, pues, por recuperar mis ropas, sobre todo mis botas, cuya falta me causaba dolores mortales, y volviendo la espalda á las minas, me establecí en Melbourne y abrí una tienda de artículos de primera necesidad. Como mi empresa iba bien, encargué á Europa un surtido de ropa hecha y de calzado.

— Debió ganar V. mucho con esto.

— Ya lo creo: de todos los puntos del universo llegaban inmigrantes; en ocasiones desembarcaban cinco mil al día y no había nada con qué alimentarlos, vestirlos y alojarlos. Aquí no se encontraba sino oro.

Así es que las cosas más ordinarias alcanzaban en ocasiones precios fabulosos: He visto pagar ochenta pesos por un par de botas; un chaquetón de seis valía seiscientos.

— ¡Qué hermoso país el en que se hace tan rápidamente fortuna! exclamó Miguel.

— No niego, contestó el Sr. Lebel, que Australia sea un hermoso país; pero su verdadera riqueza no son las minas; al contrario.

— ¿Al contrario?

— Sí, y aquí lo oirás repetir muchas veces: «Las minas de oro son una maldición.»

— ¡Una maldición!

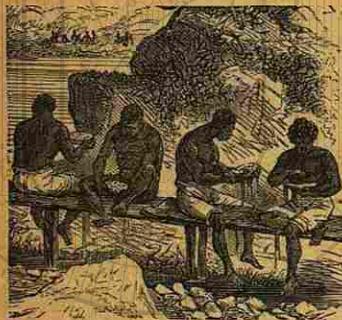
— Seguramente. La ganancia fácil, aleatoria, fundada en el capricho de la casualidad, aparta al hombre del trabajo regular; lo seduce, lo corrompe y acaba por perderlo, pues sólo lo que se ha ganado con dificultad es lo que se conserva mucho tiempo. Dios sabe cuántas malas acciones, cuántas bajezas, y hasta cuántos crímenes puede causar el deseo immoderado de enriquecerse y sobre todo pronto. Los que padecen de ese mal no retroceden á menudo ante el robo y el asesinato. En el tiempo de que te hablo, el minero que había hecho algún rico hallazgo estaba siempre expuesto á que se lo arrebataran y no dormía sino con el dedo puesto en el gatillo de su revólver.

Estas reflexiones recordaron á Miguel las que había oído hacer en Port-Elisabeth y las suyas propias sobre los que explotan las minas de diamantes. Tenía ante la vista la siniestra figura del hombre á quien designaron como un asesino, la escena de matanza de la taberna, y le parecía oír el tiro que le puso término; al mismo tiempo le venían á la memoria las palabras de su padre: «Ganancias rápidas son raras veces honradas; y menos aún fáciles de conservar.» No le fué, pues, difícil comprender al Sr. Lebel.

— En otra época, durante los tiempos antiguos, siguió diciendo el negociante, se extraía el oro de las

orillas del *Indo*, de la *Italia meridional*, de la *Iliria*, de la *Bética* y de *Hungría*, donde se le encontraba mezclado con la arena de los ríos, y hé aquí cómo lo obtenían.

El trabajador se instalaba á orillas del río, con un aparato que consistía en un tablón cubierto de un grueso paño basto, con el pelo despeinado. Este tablón estaba sostenido por cuatro pies y un tanto inclinado como las rejillas que emplean los peones camineros para separar las piedras según sus dimensiones. El obrero sacaba del río agua mezclada con arena y la



Negros lavando oro.

vertía sobre el paño; la arena rodaba por la tela, mientras que las pajuelas de oro se quedaban en el pelo erizado. Era, como ves, sumamente sencillo.

Más tarde, en el siglo XV, se extrajo el oro de *México* y del *Perú*, y se abandonó el laboreo de los ríos

del antiguo mundo. Pero cuando el descubrimiento de las minas de oro se ha multiplicado, produciendo en el comercio del mundo verdadera revolución, ha sido en nuestro mismo siglo. Primero se le halló en *Siberia* en 1842, después en *California* en 1847 y por fin en *Australia*, el año 1851.

Entonces inventaron toda clase de máquinas para extraer el oro de la tierra y separarlo de la arena; pero en el momento en que yo era minero, se aplicaban todavía medios tan primitivos como los de la edad media. Se echaba en un cazo la tierra que contenía partículas de oro, añadiendo agua, después de

lo cual se imprimía al cazo movimiento de rotación acelerado: el oro, que es pesado, bajaba al fondo; la tierra sobrenadaba, se la arrojaba con el agua y se recogía lo restante. A esto se le llamaba *lavar el oro*.

— ¿Y actualmente? preguntó Miguel.

— Eso es precisamente lo que vamos á ver.

LXIII. — EN BALLARAT.

Aunque el Sr. Lebel pensaba que el aspecto del país debía haber cambiado mucho en los treinta años de su ausencia, estaba lejos de imaginarse una metamorfosis tan completa como la que presenciaba. Era un trastorno tal, un trastorno tan grande, que parecía como si el país hubiera sido teatro de una de esas terribles crisis de la naturaleza llamadas temblores de tierra. El terreno estaba todo cubierto de zanjas y resquebrajaduras; no se veía ni un árbol ni una mata; por todas partes se encontraban puentes tendidos en todos sentidos sobre fosas profundas; acá y acullá, enormes tubos de fundición que lanzaban torrentes de agua para desagregar la tierra; máquinas de vapor silbando sin interrupción y moviendo enormes pilones. El conjunto era al mismo tiempo ensordecedor, espantoso é imponente.

Además á poca distancia se alzaba una ciudad populosa. En vez de las tiendas que durante muchos años sirvieran de único albergue á los mineros, había hermosas casas de piedra y ladrillos alineadas en cada acera de anchas calles; y en lugar del miserable mesón en que el Sr. Lebel empeñó sus botas y su chaquetón para obtener un pedazo de kanguro asado, se destacaba una magnífica fonda donde nuestros viajeros hicieron un excelente almuerzo.

Entre los obreros que trabajaban allí, los que más llamaron la atención de Miguel fueron unos hombres de escasa estatura, de rostro amarillento, de ojos negros y oblicuos, pómulos salientes, nariz achatada, aire obsequioso, y cuya nacionalidad era fácil descubrir fijándose en la larga trenza que colgaba sobre sus espaldas. Eran, como el lector adivina, *chinos* legítimos.

John Chinamán (Juan el hombre de China), como lo llaman los ingleses, ha invadido la Australia, donde ejerce los oficios inferiores; y como es extraordinariamente sobrio, como vive con casi nada, acaba por hacerse rico. Cuando tiene lo que necesita, se vuelve á su país.

Á la vez que el terreno fué trastornado, el modo de explotación de las minas experimentó también importantes transformaciones.

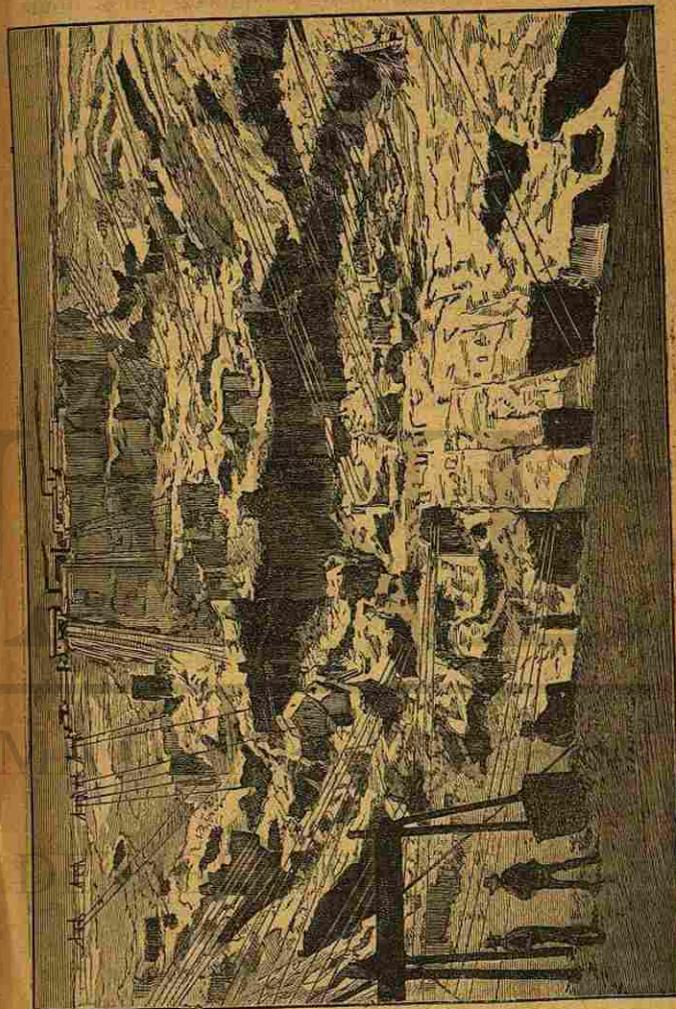
Ya no se rompía el suelo con picos y azadones, sino con potentes máquinas. Análogamente, el sistema de *lavado* en los cazos había caído en desuso y se procedía por *amalgama*.

—¿ De amalgama? repitió Miguel al oír esa palabra.

—¿ Has visto alguna vez *mercurio*, lo que se llama vulgarmente *azogue*?

— Sí señor; es el metal con que se hacen termómetros; cuando se le echa en la palma de la mano, forma pequeñas gotecillas brillantes que ruedan en todos sentidos.

— Pues bien, el mercurio tiene la propiedad de *amalgamarse*, es decir, de unirse con el oro, y esta es la propiedad que se utiliza para el lavado del precioso metal. Se procede de la manera más sencilla. Machácase por medio de grandes martillos-pilones el cuarzo aurífero, ó materia que contiene el oro, y después se le echa en cajas de madera, cuyo fondo está cubierto por espesa capa de mercurio. Un



Una mina de oro.

fuerte chorro de agua atraviesa esas cajas, por medio de aberturas dispuestas al efecto. Esta agua se lleva las materias extrañas, y el oro queda en el fondo amalgamado con el mercurio.

— ¿Cómo se les separa después?

— Se deposita la amalgama en un alambique ó aparato de destilar y se la somete á la acción del calor. Entonces el mercurio se transforma en vapor y el oro queda en el fondo del vaso.

LXIV. — RESOLUCIÓN.

— Probablemente, había dicho el Sr. Lebel á nuestro joven días antes, te propones tomar el primer barco que salga para Europa.

— ¿Cómo, si no tengo dinero para pagar el pasaje?

— Tal vez podrías obtenerlo dirigiéndote al cónsul de Francia en Melbourne. Estos funcionarios son magistrados que representan á su país en el extranjero y defienden los intereses comerciales de sus nacionales allí establecidos.

— ¿Cree V., preguntó Miguel, con la mirada brillante de alegría, que querrá enviarme á mi patria?

— Me parece que sí; pero debo añadirte, amigo mío, que no te aconsejo hacer uso de ese recurso. Según me has contado, no te queda más familia que tu hermanita; esta niña se encuentra en manos de parientes que la aman y que están bien de fortuna. En consecuencia, no le faltará nada, y tu ayuda le sería inútil. Por el contrario, más adelante podrá perder sus abuelos y entonces necesitará de ti. Si yo estuviera en lugar tuyo, me quedaría aquí, buscaría ocupación y trataría de reunir medios con que volver á Francia dentro de algunos años con aho-

rrros de que tu hermana podría participar. De esta manera no perderías el tiempo transcurrido. Te perfeccionarías en las lenguas extranjeras para las cuales tienes por lo que he visto mucha facilidad; adquirirías la costumbre de los negocios y te pondrías así en condiciones de tener en tu patria una situación lucrativa. Así hacen los jóvenes de las demás naciones, contra la costumbre de los franceses: por esto el comercio colonial, en que nuestra nación ocupaba siglos atrás el primer lugar, ha pasado á otras manos. Me causa más pena de lo que puede imaginarte llegar á un puerto y ver, en medio de las banderas de otras naciones, sólo alguna que otra francesa.

— ¿De modo, contestó Miguel, que V. me aconseja quedarme?

— Sí.

— ¡Y yo que esperaba ver pronto á Lucía!

— Nunca has estado más lejos de ella, pues nos encontramos en los *antípodas* de Francia.

— Me causa tristeza ver alejarse el momento de nuestra reunión, siguió diciendo Miguel.

— Lo comprendo; pero debes probar que eres un hombre y que sabes tomar resoluciones viriles. Si ahora te privas de ver á tu familia es para poder serle más útil en lo futuro.

— Tiene V. razón, exclamó el joven argelino suspirando, y si V. quisiera tener la bondad de buscarme colocación.

— Haré lo posible por lograrlo, amiguito.

Antípodas. — Punto de la tierra directamente opuesto á aquel en que nos encontramos, y que se tocaría si fuera posible taladrar el globo de parte á parte, en línea recta y pasando por su centro, como se atraviesa una naranja con una aguja de hacer media. Ese es siempre el lugar más lejano de aquel en que se está. Cuando son las doce de la noche en un punto, es mediodía en sus antípodas. Si son allí las seis de la mañana, en éste marcan los relojes las seis de la tarde. Los *antípodas de París* se encuentran en Oceanía, al sudeste de la Nueva-Zelanda.

LXV. — LOS ÁRBOLES GIGANTESCOS.

Unos días después volvió el Sr. Lebel á tomar con Miguel el camino de hierro para ir á *Sidney*; pero debían pararse en el camino, á fin de visitar unas haciendas situadas en las márgenes del *Murray*, el principal río de Australia. El Sr. Lebel quería comprar allí lanas.

En la estación donde pararon los viajeros encontraron caballos que los esperaban; Miguel se lanzó lleno de satisfacción sobre el que le estaba destinado.

El camino, apenas indicado, atravesaba ya grandes praderas, cercadas por rejillas de hierro, á fin de que no se escapasen inmensos ganados de bueyes, caballos y carneros que allí pastaban; ya bosques que presentaban la particularidad de estar formados casi exclusivamente por el mismo árbol. Miguel conocía la especie pues en Argel empieza á aclimatarse. Era fácil distinguirlo por el color verde de sus hojas largas, puntiagudas y colgantes, que no se caen nunca y que están dispuestas de manera tan original que no ofrecen refugio ninguno contra el sol. Es el eucalipto.

Eucalipto. — Árbol oriundo de Australia, donde adquiere proporciones colosales. Suministra excelente madera de construcción; su corteza se utiliza en el curtido de los cueros, y sus hojas proporcionan aceite empleado en perfumería, farmacia y alumbrado. Tiene además la propiedad de purificar el aire y presta grandes servicios en los terrenos pantanosos, donde reinan las fiebres palúdicas, que hace desaparecer á lo menos parcialmente. Crece con prodigiosa rapidez; en cuatro ó cinco años se eleva á la altura de los demás árboles.

Miguel había admirado las hermosas proporciones del eucalipto, y ya se disponía á calificarlo de rey de la creación, cuando de pronto, al atravesar una calva del bosque, se quedó estático de asombro.

Ante su vista se alzaban árboles tan altos, que

apenas se podía divisar su copa; eran también eucaliptos, pero de un tamaño superior á cuanto había visto ó imaginado. Su tronco ascendía liso y recto, hasta considerable altura, antes de que empezaran á extenderse en uno ú otro sentido las diversas ramas, y cada una de éstas era tan gruesa como el tronco de una encina de Europa.

— Nunca hubiera podido imaginarme, exclamó Miguel, que existieran árboles tan gigantescos.

— Algunos, le contestó el Sr. Lebel, llegan á medir *ciento cuarenta metros de alto*. Esta cifra no te dice gran cosa; pero cuando sepas que las torres y campanarios más altos de las catedrales llegan apenas á setenta metros, y cuando te digas que sería necesario colocar dos de esas torres una encima de otra para llegar á la copa de uno de estos eucaliptos, entonces comprenderás mejor sus dimensiones.

— ¡ Dos torres una encima de otra! repitió Miguel, y luego añadió: Además, esos árboles son enormes. ¿ Cuántos hombres se necesitarían, cogidos de la mano, para abarcar un tronco como éste? Y señalaba uno de los más gruesos.

— Lo menos doce, contestó el Sr. Lebel; lo medí una de las últimas veces que pasé por aquí. Tiene veintiocho metros de circunferencia. ¡ Cuando pienso que en Europa consideran como cosa extraordinaria un tronco que tiene en redondo dos ó tres metros!

— Es enorme, dijo Miguel.

— Pues todavía los hay, no mayores, pero sí más gruesos.

— ¿ Más gruesos?

— Sí; son de la especie de los pinos; se les halla en cierta parte de *California*, no muy lejos de *San Francisco*, y se les llama *Wellingtonia gigantea*. También los he visto. Parecen verdaderas torres y

en su tronco podría formarse una bonita sala de baile. Uno de ellos estaba tendido en tierra; el fuego había devorado su parte interior, dejando intacta sólo la corteza: ésta parecía un túnel en que paseamos á caballo. Por el contrario, otro no presentaba sino su tronco pelado; la corteza fué transportada á *Londres*, al palacio de *Sydenham*; sus pedazos, reunidos mediante barras y arcos de hierro forman un ancho local.

— Deben ser muy viejos estos árboles.

— ¿Sabes cómo se conoce la edad de un árbol?

— Si señor: contando los círculos concéntricos que presenta la sección transversal del tronco: tienen tantos años como círculos.

— Pues bien, en los *Wellingtonia gigantea* se han contado hasta seis mil. Imagínate, pues, su antigüedad.

No vaya á creerse que todos los eucaliptos de Australia alcanzan las proporciones que acabamos de decir. Éstas son excepcionales, fenomenales, y el resto de los bosques que atravesaron nuestros viajeros para llegar al Murray no volvió á presentar semejantes prodigios de vegetación.

LXVI. — LOS ANIMALES DE AUSTRALIA.

Estos bosques estaban animados por la presencia de multitud de aves: cacatúas blancas de borla amarilla, papagayos de todos colores, verdes, encarnados, amarillos, celestes, escarlatas, violados, revoloteaban en las ramas; pájaros-liras, cuyas plumas están dispuestas en la forma de este instrumento de música; casoares de ropajes colgantes, que corrían por entre los troncos de los árboles, cisnes negros, grullas azules, pelícanos que nadaban en las charcas ó permanecían en sus orillas; pero en vez

de las alegres y armoniosas canciones que resuenan en los bosques de Europa y de América, sólo se oían gritos ásperos y discordantes: la naturaleza ha creído sin duda hacer bastante por las aves de Australia concediéndoles un hermoso plumaje y les ha negado el don de la música.

El *casuar* es un ave muy grande de la familia del avestruz. Corre, como éste, con extraordinaria rapidez. Sus plumas son muy apetecidas para adornos femeninos.

Las miradas atónitas de Miguel pasaban de una á otra de esas aves, cuando de pronto llamó su atención una extraña criatura que se mantenía en medio del camino sostenida en tres pies.

El joven sabía que hay *cuadrúpedos* y también *bípedos*, por cuanto tenía la honra de pertenecer en persona á esta última clase; pero no había oído hablar nunca de *trípedos*. De pronto el curioso animal lanzó un grito y al instante una docena de criaturillas, bastante parecidas á él, acudieron dando saltitos y se



Casuar.

metieron todas, una después de otra, en una especie de bolsa que tenía en el vientre; después de lo cual huyó pegando enormes brinco y se escondió en la espesura.

Este animal, un *Kanguro*, no era un tripedo, pues no los hay, sino *cuadrúpedo*, no obstante que sólo se servía de las patas de atrás, manteniendo las otras, mucho más pequeñas, dobladas sobre el pecho. Lo que Miguel tomó por una tercera pata era la cola, que le sirve de punto de apoyo posterior. Al oír el ruido, se asustó y llamó á sus pequeños, que se refugiaron en el pliegue ventral que

en su tronco podría formarse una bonita sala de baile. Uno de ellos estaba tendido en tierra; el fuego había devorado su parte interior, dejando intacta sólo la corteza: ésta parecía un túnel en que paseamos á caballo. Por el contrario, otro no presentaba sino su tronco pelado; la corteza fué transportada á *Londres*, al palacio de *Sydenham*; sus pedazos, reunidos mediante barras y arcos de hierro forman un ancho local.

— Deben ser muy viejos estos árboles.

— ¿Sabes cómo se conoce la edad de un árbol?

— Si señor: contando los círculos concéntricos que presenta la sección transversal del tronco: tienen tantos años como círculos.

— Pues bien, en los *Wellingtonia gigantea* se han contado hasta seis mil. Imagínate, pues, su antigüedad.

No vaya á creerse que todos los eucaliptos de Australia alcanzan las proporciones que acabamos de decir. Éstas son excepcionales, fenomenales, y el resto de los bosques que atravesaron nuestros viajeros para llegar al Murray no volvió á presentar semejantes prodigios de vegetación.

LXVI. — LOS ANIMALES DE AUSTRALIA.

Estos bosques estaban animados por la presencia de multitud de aves: cacatúas blancas de borla amarilla, papagayos de todos colores, verdes, encarnados, amarillos, celestes, escarlatas, violados, revoloteaban en las ramas; pájaros-liras, cuyas plumas están dispuestas en la forma de este instrumento de música; casoares de ropajes colgantes, que corrían por entre los troncos de los árboles, cisnes negros, grullas azules, pelícanos que nadaban en las charcas ó permanecían en sus orillas; pero en vez

de las alegres y armoniosas canciones que resuenan en los bosques de Europa y de América, sólo se oían gritos ásperos y discordantes: la naturaleza ha creído sin duda hacer bastante por las aves de Australia concediéndoles un hermoso plumaje y les ha negado el don de la música.

El *casuar* es un ave muy grande de la familia del avestruz. Corre, como éste, con extraordinaria rapidez. Sus plumas son muy apetecidas para adornos femeninos.

Las miradas atónitas de Miguel pasaban de una á otra de esas aves, cuando de pronto llamó su atención una extraña criatura que se mantenía en medio del camino sostenida en tres pies.

El joven sabía que hay *cuadrúpedos* y también *bípedos*, por cuanto tenía la honra de pertenecer en persona á esta última clase; pero no había oído hablar nunca de *trípedos*. De pronto el curioso animal lanzó un grito y al instante una docena de criaturillas, bastante parecidas á él, acudieron dando saltitos y se



Casuar.

metieron todas, una después de otra, en una especie de bolsa que tenía en el vientre; después de lo cual huyó pegando enormes brinco y se escondió en la espesura.

Este animal, un *Kanguro*, no era un trípedo, pues no los hay, sino *cuadrúpedo*, no obstante que sólo se servía de las patas de atrás, manteniendo las otras, mucho más pequeñas, dobladas sobre el pecho. Lo que Miguel tomó por una tercera pata era la cola, que le sirve de punto de apoyo posterior. Al oír el ruido, se asustó y llamó á sus pequeños, que se refugiaron en el pliegue ventral que

forma la bolsa. Según se ve, quería ponerse y ponerlos en salvo.

Miguel lo seguía con mirada llena de extrañeza y deleite, mientras se le venía á las mientes una fábula titulada *la Madre, el Hijo y la Zarigüeya*.

Mas, de repente quiso lanzar una exclamación;



Kanguro y serpiente.

pero el terror paralizó su garganta. De la maleza había salido una serpiente que, arrojándose sobre el kanguro, lo envolvió en sus anillos. El desdichado cuadrúpedo dejó oír un quejido, sus miembros se agitaron un instante como para resistir á la horrible presión y al cabo cayeron inertes. Entonces el monstruo desapareció con su presa en las altas hierbas.

Por fortuna, otro animal no menos curioso que el primero, vino á sacar á Miguel de la triste impresión que le causara la tragedia ocurrida ante su vista. Este animal, del tamaño de un conejo pequeño, se deslizaba tímidamente á lo largo de un arroyo. ¿Era acaso un ave acuática? — No, pues, poseía piel semejante á la de la nutria. — ¿Era quizá un cuadrúpedo? — Tampoco, pues ostentaba un pico de pato. Pero sí, era un cuadrúpedo, aunque durante mucho tiempo se ha creído que ponía



Ornitorinco.

huevos á la manera de las aves y su nombre es tan singular como su aspecto: se le llama *ornitorinco*.

— ¡Qué extraordinarios son los animales en este país! exclamó Miguel.

Kanguro. — El kanguro es un *marsupial* ó animal de bolsa. Cuando los hijos de estos seres nacen á la luz, son tan débiles y delicados que no pueden soportar las influencias exteriores. Así es que permanecen en la bolsa de sus madres hasta adquirir más fuerzas y aun entonces se refugian allí apenas notan algún peligro. El kanguro es el mayor de los marsupiales; llega á tener hasta dos metros de altura, pero hay otros, que también viven en Australia, como el *oposo*, el *peramelo*, el *dasiuro* y el *potoró*, pero que distan mucho de alcanzar sus dimensiones. Lo notable es que casi todos los animales de esa parte del mundo, excepto los introducidos allí por los europeos, poseen la mencionada bolsa; y además que, en el resto de nuestro planeta no se encuentra más que un marsupial, la *zarigüeya* de América meridional.

LXVII. — EL ESQUILEO DE LOS CARNEROS.

El Sr. Lebel había elegido para su visita á las granjas del Murray, la época del *esquileo de los carneros*,

pues quería darse cuenta por sí mismo de la cantidad de lana que iba á obtenerse. Cuando llegó á ellas, presentaban la mayor animación.

— En la época en que los primeros colonos vinieron aquí, dijo el negociante á Miguel, no había ni un carnero, ni un buey, ni un caballo.

Hoy, la *Nueva Gales del Sur* y el *Estado de Victoria*, que son las dos provincias más ricas y pobladas de Australia, están cubiertas de inmensos ganados, descendientes de los animales traídos de Inglaterra. Los cueros y lanas se exportan á Europa. Lo mismo pasa con la carne, que se conserva, sea en cajas, sea ahumada, salada, seca ó convertida en caldo. De modo que esta tierra, salvaje é inculta hace apenas cincuenta años, se ha convertido en un centro de riqueza y de prosperidad. Las cabezas de ganado se cuentan actualmente por cientos de miles, por millones, y los propietarios no pueden saber el número de sus carneros sino en el momento del esquila, ó el de los bueyes más que cuando los mandan al mercado.

— Esos carneros son magníficos, exclamó Miguel, que observaba el trabajo de los esquiladores, admirado del espeso vellón que tenían aquellos animales; ¡ qué fina y suave es su lana!

— Lo cual se debe, contestó un labrador, á que descenden de *merinos* de raza pura, pues está prohibido introducir en Australia un solo animal de raza *ovina*, *bovina*, ó *cabalina*, esto es, pertenecientes á la especie de la *oveja*, del *buey* ó del *caballo*, sin que haya obtenido premio en una exposición. Además, aquí no se les cuenta el alimento ni el espacio: sin embargo, no debe creerse que los ganados están siempre en estado próspero y que todo se vuelve beneficios en la profesión de ganadero.

Este año serán magníficos los resultados y mis

veinticinco mil carneros me producirán, completamente libres, veinte mil pesos, pero hace tres años, perdí en un mismo día tres mil corderos, que me mató una tromba de granizo; al año siguiente murieron de sed ocho mil ovejas y un poco más tarde se ahogaron otras dos mil quinientas en una inundación.

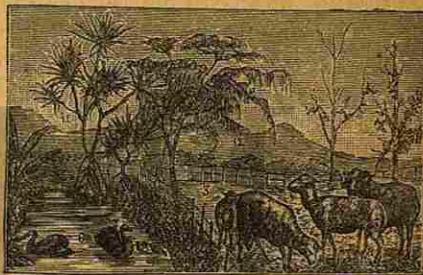
Hay años en que la sequía convierten estas praderas ahora tan verdes, en una especie de estera amarillenta, que se inflama á veces por la acción de los rayos del Sol. Entonces los carneros vagan, hambrientos y moribundos, por las llanuras calcinadas, y sólo hay una manera de no perderlos.

— ¿Cuál es? preguntó Miguel.

— Es de convertirlos en extracto de carne,

en sebo, lana y cuero antes que se pongan flacos y hagan perder á todos esos productos su buena calidad. Á Miguel se le oprimió el corazón, pareciéndole casi que el remedio era peor que la enfermedad.

— Pronto tendremos, siguió diciendo el labrador, un nuevo enemigo, que ya da que hablar por sus estragos en varias partes del país. Es el *conejo*. En Australia no lo había; la clemente naturaleza nos quiso preservar de él; pero un acaudalado propietario tuvo la idea de importarlo, á fin de proporcionarse el placer de cazarlo, y hasta se dictaron medidas rigurosas para protegerlos, tanto que en pocos



Carneros de Australia.

años se han multiplicado hasta el punto de constituir un verdadero peligro para el cultivo. Se comen la hierba hasta la raíz y el suelo está lleno de madrigueras abiertas por ese animalillo al parecer tan inofensivo. Se le hace guerra implacable, pero sin gran éxito: no se llega á destruirlo por más que se hace. ¡Qué idea tuvo el que nos trajo esta calamidad!

LXVIII. — AL LLEGAR Á SYDNEY. — LAS ISLAS DE LA OCEANÍA.

Unos días después estaban nuestros viajeros en *Sydney*, capital de la *Nueva Gales del Sur*.

Cuando llegaron á ella, encontraron muy agitada la ciudad. Aquella misma mañana había llegado una barca tripulada por dos hombres solos. En seguida corrió la voz de que eran dos presidiarios escapados de la colonia penitenciaria francesa establecida en *Nueva Caledonia*, isla de Oceanía.

Al echar pie á tierra, el Sr. Lebel se dirigió hacia un restaurant, donde se proponía almorzar. Cuando penetraba en el comedor, vió que le hablaba un hombre que en compañía de otro había entrado en el establecimiento con la misma intención.

— ¡Lebel! exclamó alegremente el forastero dirigiéndose hacia él con los brazos abiertos. ¡Qué dichosa casualidad!

— ¡Cómo, si es Blondeau! Pero ¿qué le pasa á V.? ¿Qué le ocurre? añadió viendo su vestido en desorden y su barba inculta.

— La verdad es que parecemos un par de ladrones y que la gente ha podido engañarse.

— ¿De modo que esos presidiarios de que habla la gente?...

— Somos nosotros.

— ¿Cómo es posible? Cuénteme lo que le pasa.

— Con mucho gusto; lo haré mientras almorzamos.

No tardaron los cuatro viajeros en hallarse reunidos delante de una mesa, en un terrado que dominaba el puerto, con su bosque de mástiles y de chimeneas, más allá del cual se extendía el océano.

— Refiéranos V. ahora, mi querido Blondeau, exclamó el Sr. Lebel, cómo es que después de haberle dejado hace tres años en la isla de la Reunión, me lo encuentro en Sydney, y de regreso de Nueva Caledonia.

— Vengo de mucho más lejos todavía; he atravesado la Oceanía entera; he visitado las posesiones de Francia en *Polinesia*, las *Marquesas*, el archipiélago *Gambier*, *Taití*, las islas *Pomotú*. Había ido á *Papeití*, capital de *Taití* para establecer una fábrica análoga á la que organicé en la Reunión cuando tuve el gusto de trabar amistad con V.; y como la que voy á crear en *Sumatra*, á instancias de los *rajás* ó príncipes de la isla.

— ¿Conque ha estado V. en Taití? ¿Es tan agradable como dicen el clima de esa isla?

— Delicioso; una primavera perpetua. El país es encantador, y comprendo el entusiasmo de los primeros navegantes que exploraron ese archipiélago. Los europeos se aclimatan en él con facilidad, y los naturales, que pertenecen á la raza polinésica, son de costumbres suaves. Cuando se establecieron allí los primeros colonos, había pocos cuadrúpedos; pero los animales domésticos se han multiplicado con mucha rapidez en la isla.

La vegetación es espléndida y ciertos árboles presentan hojas tan grandes que una sola basta para servir de paraguas durante un chubasco. Hay en Taití frutos de los trópicos, como el *árbol del pan*,

maderas de construcción y otras aromáticas para la ebanistería, como el *palo de rosa* y el *síndalo*. La isla es una colonia de porvenir y suerte hemos tenido en que los ingleses no lograsen arrebatárnosla.

Árbol del pan. — Los botánicos lo llaman *artocarpus*, esto es, *fruto-pan*. Es un árbol grande cuyo fruto, del tamaño de un melón voluminoso, y que se come hervido ó tostado, recuerda por su gusto la miga del pan tierno. Forma la base de la alimentación en la Oceanía.

— Á principios de este siglo, siguió diciendo el Sr. Blondeau dirigiéndose particularmente á Miguel,



Árbol del pan.

que veía muy atento á su relato, los ingleses mandaron á Taití unos misioneros, que proclamaron rey de las islas á un jefe de Tribu, llamado *Pomaré*. Por los años de 1842, uno de sus descendientes, *Pomaré V* (pues allí los soberanos han conservado el nombre del primero) solicitó el *protectorado* de Francia, que fué establecido por el almirante *Dupetit-Thouars*, no obstante la oposición de Inglaterra, representada en esta circunstancia por un misionero llamado *Pritchard*, muy hostil á los franceses. Este negocio metió mucho ruido entonces. El protectorado se mantuvo; pero en 1880 se convirtió en posesión definitiva; desde esa época pertenecen á Francia las islas *Taití*, las *Marquesas*, el *archipiélago Gambier* y las islas *Tuamotú*.

La posesión será de interés capitalísimo si llega á abrirse el *canal del istmo de Panamá*; éste será la vía más corta para dirigirse desde Europa á Oceanía y Australia. De modo que los archipiélagos fran-

ceses de las islas *Marquesas*, *Taití* y *Tuamotú* se encontrarán precisamente en el camino de la corriente comercial que no podrá menos de formarse entre estas lejanas regiones y la antigua Europa, y constituirán una estación naval de la mayor importancia. Mi deseo es que no falten comerciantes franceses bien inspirados para venir aquí á fundar establecimientos que les producirían considerables beneficios.

LXIX. — LOS HABITANTES DE OCEANÍA.

— ¿Esas islas están todas habitadas por negros?, preguntó Miguel.

— No, hijo mío; los negros viven sólo en las islas de la *Melanesia*, nombre que significa *islas de los negros*. Sin duda sabes dónde se encuentra situada.

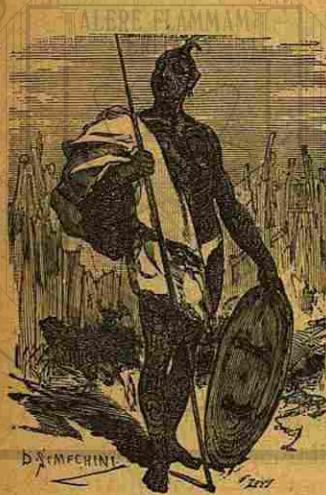
— Sí señor, contestó Miguel; ese es el nombre que se daba no hace mucho todavía á la parte occidental de Oceanía. Comprende la *Australia*, la *Tasmania*, llamada en otro tiempo *Tierra de Van Diemen*, la *Nueva Caledonia*, las *islas Fidji*, las *Nuevas Hébridas*, las *islas Salomón*, etc.

— Eso es, añadió el Sr. Blondeau. También sabes probablemente cómo se llaman las restantes partes de Oceanía.

— Al norte, dijo Miguel con cierta timidez, está la *Micronesia*, formada por multitud de pequeñas islas; al este la *Polinesia*, cuyos grupos principales son las islas *Sandwich* ó *Hawai*, los archipiélagos *Tuamotú*, *Taití*, *Samoa* ó de los *Navegantes*; las islas *Tonga* ó de los *Amigos* y la *Nueva Zelanda*. Al oeste la *Malesia*, que comprende las islas *Filipinas*, las *Molucas*, las *Célebes*, las de la *Sonda*, *Borneo*, *Sumatra*, *Java*, *Sombava*, *Timor*...

— Muy bien, perfectamente, dijo el Sr. Blondeau. Pues bien, cada una de esas cuatro partes de la

Oceanía está habitada por una raza diferente : la que puebla la Polinesia, tiene color aceitunado, facciones regulares, pelo liso ú ondulado, andar gracioso, continente digno y arrogante mirada. Se distingue por su inteligencia y lo suave de sus costumbres. Construyen elegantes cabañas y se adornan el cabello con flores y plumas de aves. Por desgracia y con pretexto de embellecerse, tienen la absurda costumbre de *tatuarse*, es decir, de cubrirse el cuerpo



Polinesio.

con dibujos de todos colores. Son valientes y gustan de pelear en campo raso. A esa raza pertenecen los *maories*, que habitan Nueva Zelanda y los *taitianos*.

Los habitantes de la *Melanesia*, y de la *Malesia* y la *Micronesia* son más subidos de color : los *malayos* tienen color rojizo de ladrillo, y los *melanesios* son negros, á veces horribles de fealdad, como los antiguos australianos ; viven en cabañas infec-

tas y son en su mayor parte cobardes, bajos y traidores.

Los *canaques* de la *Nueva Caledonia* pertenecen á esta última raza, pero son más inteligentes que la mayor parte de los melanesios.

— ¿ No es ahí donde..? preguntó timidamente Miguel.

— ¿ Á donde manda Francia sus criminales? Si amigo mío, pero no todos sus habitantes son presi-

diarios. La isla es grande y aunque nosotros no somos dueños suyos enteramente, pues los canaques siguen ocupando el interior, no es cosa de que el temor de una vecindad desagradable impida á las personas honradas establecerse allí. La temperatura del país es agradable, á pesar de su posición en la zona tórrida, y el clima salubre, gracias á las brisas del mar. En la isla se encuentran todos los vegetales que existen en la misma latitud y se explotan principalmente el café, la caña dulce y la quinina. Los animales dañinos son raros allí, como en la mayor parte de las islas oceánicas, privilegiadas en este punto, y los carneros, bueyes y caballos se multiplican fácilmente, cosa que conviene mucho, sobre todo por lo que importa á las costumbres.

— ¿ Qué quiere V. decir? preguntó el Sr. Lebel.

— Porque mientras los canaques no tengan carne de buey y de carnero en abundancia, es de temer que sigan siendo *antropófagos*. Los misioneros no han podido hacerles comprender aún que no deben comerse á sus semejantes. Por lo demás, esta execrable costumbre existe todavía en muchas islas de Oceanía. Ha desaparecido casi enteramente de las islas *Fidji* desde que se establecieron allí los ingleses ; pero sería expuesto desembarcar en ciertos archipiélagos, como las *Nuevas Hébridas* ó las islas *Salomón* sin ir en número respetable. Los naturales se emboscan en las malezas, atacan á los europeos y los matan para después comérselos.

Nueva Caledonia. — Isla grande del Océano Pacífico; forma parte de la *Melanesia*. La descubrió Cook y unos veinte años después la exploró *Entrecasteaux*. Los habitantes, llamados *canaques*, son negros y antropófagos.

El gobierno francés la ocupó en 1853 y fundó en la capital, *Numea* una colonia penitenciaria.

LXX. — LOS GRANDES NAVEGANTES.

— La mayor parte de Oceanía, siguió diciendo el Sr. Blondeau, ha sido desconocida de los europeos por mucho tiempo; sin embargo, *Magallanes* la atravesó enteramente desde el estrecho que lleva su nombre hasta las *islas Filipinas*; pero cuando se la ha explorado completamente ha sido en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera del actual. Los viajeros más ilustres que la han visitado son *Cook* entre los ingleses, y entre los franceses *Bougainville*, *Entrecasteaux*, *La Pérouse* y *Dumont d'Urville*.

Magallanes. — Navegante portugués. Había servido en la India con Alburquerque. España lo mandó al frente de una expedición á las *Molucas*; él quería llegar á ellas buscando al sur de América un paso que, según él, debía existir allí. Se hizo á la mar en 1519, descubrió en 1520 el estrecho que lleva su nombre (*estrecho de Magallanes*, situado entre el sur de la América y la *Tierra del Fuego*), atravesó todo el Océano Pacífico y llegó á las Filipinas, donde murió en una celada de los naturales. Elcano tomó entonces el mando de esa expedición, que fué la que primero dió la vuelta al mundo.

Bougainville. — Navegante francés, fallecido en 1811. Hizo un viaje alrededor del mundo en que exploró los archipiélagos *Pomotú* y *Taití*, las islas de los *Navegantes*, las *Nuevas Hébridas*, el archipiélago *Salomón* y algunos puntos de la *Nueva Irlanda* y de la *Nueva Guinea*.

La Pérouse. — Navegante francés de fines del siglo XVIII. Luis XVI lo encargó de hacer un viaje alrededor del mundo. Salió en 1785 con dos fragatas, la *Brújula* y el *Astrolabio*. Llegó hasta el *Kamchatka* y bajó luego hacia Oceanía, visitó las islas *Hamao* ó de los *Navegantes*, el archipiélago de los *Amigos* y llegó á *Botany Bay*. A partir de entonces no volvieron á tenerse noticias suyas hasta que cuarenta años más tarde se encontraron los restos del *Astrolabio* en la isla de *Vanikoro*, que pertenece al grupo de *Santa-Cruz*. El almirante *Dumont d'Urville* le erigió en 1828 en la ribera de esta isla una tumba como homenaje de su patria.

Entrecasteaux. — Navegante francés de fines del siglo XVIII. Fué enviado en busca de *La Pérouse* y á continuar sus descubrimientos. Reconoció la costa occidental de *Nueva Caledonia*, descubrió varias islas y archipiélagos, visitó las costas de la isla *Van Diemen* y parte de las de la *Nueva Holanda*; pero sin encontrar rastro de sus predecesores.

Dumont d'Urville. — Navegante francés del siglo XIX. Dió varias veces la vuelta al mundo, descubrió varias islas, exploró la Nueva

Zelanda y la Nueva Guinea, procuró obtener datos sobre la muerte de *La Pérouse* y le erigió un monumento en la isla de *Vanikoro*. Prestó grandes servicios á la ciencia, levantando mapas y planos de las ciudades que visitó y recogiendo muestras de sus productos.

— Con todo esto, amigo *Blondeau*, dijo el Sr. *Lebel*, no nos ha dicho todavía nada sobre el acontecimiento que le ha traído aquí.

— Ninguno.

— ¿Cómo ninguno?

— Ya sabe V. que, aunque soy ingeniero civil, siempre he tenido gran afición al agua salada: es evidente que mi vocación era la marina.

— ¿Y qué?

— Pues bien, cuando terminé lo que tenía que hacer en *Numea* y quise ponerme en camino, me hallé á pesar de la prisa que me di, con que el barco que hace la travesía á *Sydney* se había marchado hacia tres días; el siguiente iba á tardar otros quince en salir y mal-dita la gana de esperar lo que tenía.

Tenia conocimiento de la existencia de una corriente marina entre la *Nueva Caledonia* y *Sydney*. ¿Por qué no aprovecharla? me dije. Los salvajes se lanzan sobre el Océano en sus piraguas de corteza, en verdaderas cáscaras de nueces, y atraviesan así distancias considerables; ¿Por qué no hacer lo mismo? Propuse mi idea al amigo *Carlier*, añadió señalando á su compañero, que me había servido



Dumont d'Urville.

como segundo en mis trabajos ; la idea le agradó y no perdimos un instante para ponerla en práctica. La estación era favorable, el tiempo se mostró elemento y... hétenos aquí.

LXXI. — NUEVO EMPLEO. — SALIDA DE SYDNEY. — EL MONUMENTO DE LA PÉROUSE.

Al día siguiente de su llegada á Sydney, el Sr. Lebel llevó á Miguel á casa de un amigo suyo, el Señor Marsch, socio de la casa Butter, Caxton y Cía. de *Bombay*, que tenía sucursales en varias poblaciones de Australia y de las *islas de la Sonda*. Su deseo era buscar colocación á su joven amigo.

— No tenemos sitio aquí, le contestaron ; pero un despacho nos avisa que un joven empleado de una de nuestras casas de Batavia acaba de dejar su puesto. Nuestro representante nos encarga que le busquemos un reemplazante. Lo malo es que ese muchacho hablaba cuatro idiomas... y que...

— También yo sé varias lenguas, se atrevió á decir tímidamente Miguel.

— ¿De veras? ¿Y cuáles son?

— Puedo hablar y escribir el francés, el inglés y el alemán ; hablo el español, el árabe, y aun algo el italiano y el portugués.

— ¿Conoce V. la contabilidad?

— No mucho.

— No importa ; siéntese V. y hágame esta cuenta.

Tratábase de convertir las gurdas, moneda colonial española de plata en guineas, moneda de oro inglesa. Por la más feliz de las casualidades, esto era precisamente lo que el Sr. Dulaure hacía practicar con más frecuencia á Miguel, cuando viajaban en la *Bella Bordelesa*. Así fué que el joven salió airoso de su empeño.

Mientras éste trabajaba, el Sr. Lebel refirió lo que sabía de Miguel, y la situación en que lo había hallado.

— Veo que es mozo resuelto, dijo el Sr. Marsch. Mucha sangre fría ha debido menester para no perder la cabeza en circunstancias tan difíciles. Ya sabe V. que á los Australianos nos gustan las personas así. Me agrada ese chico. Si hace bien el trabajo que le acabo de encargar como prueba, telegrafiaré á Batavia y, con tal de que me autoricen para ello, lo tomo en seguida.

Una hora después estaba hecho el negocio : Miguel formaba parte del personal de los Sres. Butter, Caxton y Cía., con sueldo modesto, pero suficiente para un principiante. Unos días más tarde salía de Sydney, no sin dar antes con el mayor afecto las gracias al Sr. Lebel, por la activa benevolencia que le había dispensado ; y se embarcó á bordo de un buque que iba de Sydney á Batavia, en compañía del Sr. Blondeau, quien se dirigía á Sumatra.

La rada de *Port-Jackson*, en que está situada Sydney, es muy espaciosa y compite por su belleza con las bahías de *Nápoles*, de *Río Janeiro* y de *Constantinopla*. Mientras que el vapor la atravesaba, las miradas de Miguel vagaban con deleite por las colinas, ya rocallosas, ya cubiertas de árboles alcanforeros, de bambúes, de palmeras, entre las cuales se distinguían admirables residencias, rodeadas de jardines, de naranjos y almendros en flor.



La Pérouse.

— ¿Ve V. una columna en aquella punta? preguntó á Miguel el Sr. Blondeau, en el momento de doblar un pequeño promontorio. Es difícil de distinguir y si yo no supiera exactamente dónde está, me costaría trabajo divisarla.

Es un monumento consagrado por los franceses á un compatriota nuestro y en él se lee la inscripción siguiente :

« Este punto, visitado por La Pérouse en 1788, es el último de donde envié á Francia noticias tuyas. »

Y un poco más abajo :

« Monumento erigido en nombre de Francia por los Sres. Dumont d'Urville y Du Camper, comandantes de la fragata *La Thetis* y de la Corbeta *La Esperanza*, fondeadas en Port-Jackson en 1825. »

— Ahí es, siguió diciendo Blondeau, donde acaban las huellas dejadas por La Pérouse; ahí donde se embarcó para la expedición de que no debía volver.

Al ir de Taiti á Numea hice un rodeo para visitar la isla de *Vanikoro*, el punto en que La Pérouse halló la muerte al cumplir la misión que le había sido confiada.

LXXIII. — EL MAR DE CORAL. — LAS ISLAS MADREPÓRICAS.

Era ya de noche cuando la *Estrella de los Mares*, que así se llamaba el buque en que nuestros amigos iban embarcados, pasó la boca de la rada y penetró en alta mar; pero el faro de Sydney, que es el más hermoso del mundo, difunde por las aguas el brillo de su luz eléctrica. Este resplandor es tan intenso que la vista puede difícilmente sostenerlo á la distancia de siete ú ocho kilómetros. Delante del navío se extiende una ancha franja diamantina; sin embargo, la claridad va debilitándose poco á poco y lo

único que sigue iluminando el mar son algunos reflejos fosforescentes.

— No hace mucho que se ha establecido una línea de vapor entre Sydney y Batavia, dijo el Sr. Blondeau á Miguel mientras se paseaban por el puente. En otra época había, para ir de uno de esos puntos al otro, que dar la vuelta á Australia en sentido inverso, á lo largo de la costa occidental, porque el *mar de Coral*, que vamos á atravesar, y sobre todo el *estrecho de Torres*, que separa el continente aus-



Islote madreporico en formación.

traliano de *Nueva Guinea* están erizadas de islotes que hacen muy peligrosa en ellos la navegación.

— ¿Por qué se llama mar de coral esta parte del Océano Índico? preguntó Miguel. ¿Acaso se pesca en ella mucho coral, como en las de Argelia?

— No es eso. El *coral* que sirve para hacer adornos y joyas, se encuentra exclusivamente en el Mediterráneo, en las costas de Argelia, y también en las de *Nápoles* y en el *Archipiélago griego*; pero esta parte del Océano Índico está sembrada de *islotes madreporicos*, formados por *pólipos* ó *madréporas*, animales-plantas de la misma familia que los corales, y así es que se les da este nombre.

— ¿Ve V. una columna en aquella punta? preguntó á Miguel el Sr. Blondeau, en el momento de doblar un pequeño promontorio. Es difícil de distinguir y si yo no supiera exactamente dónde está, me costaría trabajo divisarla.

Es un monumento consagrado por los franceses á un compatriota nuestro y en él se lee la inscripción siguiente:

«Este punto, visitado por La Pérouse en 1788, es el último de donde envié á Francia noticias tuyas.»

Y un poco más abajo:

«Monumento erigido en nombre de Francia por los Sres. Dumont d'Urville y Du Camper, comandantes de la fragata *La Thetis* y de la Corbeta *La Esperanza*, fondeadas en Port-Jackson en 1825.»

— Ahí es, siguió diciendo Blondeau, donde acaban las huellas dejadas por La Pérouse; ahí donde se embarcó para la expedición de que no debía volver.

Al ir de Taiti á Numea hice un rodeo para visitar la isla de *Vanikoro*, el punto en que La Pérouse halló la muerte al cumplir la misión que le había sido confiada.

LXXIII. — EL MAR DE CORAL. — LAS ISLAS MADREPÓRICAS.

Era ya de noche cuando la *Estrella de los Mares*, que así se llamaba el buque en que nuestros amigos iban embarcados, pasó la boca de la rada y penetró en alta mar; pero el faro de Sydney, que es el más hermoso del mundo, difunde por las aguas el brillo de su luz eléctrica. Este resplandor es tan intenso que la vista puede difícilmente sostenerlo á la distancia de siete ú ocho kilómetros. Delante del navío se extiende una ancha franja diamantina; sin embargo, la claridad va debilitándose poco á poco y lo

único que sigue iluminando el mar son algunos reflejos fosforescentes.

— No hace mucho que se ha establecido una línea de vapor entre Sydney y Batavia, dijo el Sr. Blondeau á Miguel mientras se paseaban por el puente. En otra época había, para ir de uno de esos puntos al otro, que dar la vuelta á Australia en sentido inverso, á lo largo de la costa occidental, porque el *mar de Coral*, que vamos á atravesar, y sobre todo el *estrecho de Torres*, que separa el continente aus-



Islote madreporico en formación.

traliano de *Nueva Guinea* están erizadas de islotes que hacen muy peligrosa en ellos la navegación.

— ¿Por qué se llama mar de coral esta parte del Océano Índico? preguntó Miguel. ¿Acaso se pesca en ella mucho coral, como en las de Argelia?

— No es eso. El coral que sirve para hacer adornos y joyas, se encuentra exclusivamente en el Mediterráneo, en las costas de Argelia, y también en las de *Nápoles* y en el *Archipiélago griego*; pero esta parte del Océano Índico está sembrada de *islotes madreporicos*, formados por *pólipos* ó *madréporas*, animales-plantas de la misma familia que los corales, y así es que se les da este nombre.

— ¡ *Animales-plantas!* exclamó Miguel. ¿Qué significa semejante palabra?

— Significa lo que dice, esto es, que hay criaturas en parte plantas y en parte animales al mismo tiempo.

— ¿Según esto, el coral es un animal? Yo lo creía piedra.

— Es efectivamente una piedra, aunque tiene el aspecto de un arbolito; pero esta piedra es producto de un *pólipo*, animalillo viscoso, transparente, blanquecino, visible apenas á simple

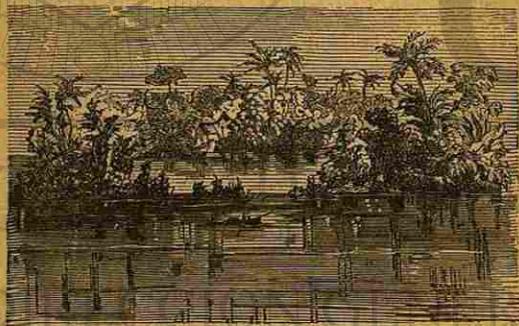


Pólipo.



Coral.

vista, y que habita en número considerable el fondo del mar. Este pólipo se adhiere á una roca submarina y



Isla madreporica que empieza á cubrirse de vegetacion.

valiéndose de una materia sólida que su cuerpo segrega, en proporciones infinitesimales (infinitamente pequeñas), construye una minúscula porción del árbol de coral. Después vienen otros pólipos á contribuir

con su fragmento de materia á la construcción submarina, le añaden nuevas ramas, y poco á poco, al cabo de años y de siglos, el árbol submarino se extiende, crece, y llega á formar islotes primero é islas al fin.

— ¿Cómo es esto?

— Muy sencillo. Mientras el arbolillo submarino de que he hablado iba creciendo, junto á él se elevaban miles, centenares de miles análogos. Así acababan por formar bosques, y agregando cada vez nuevas ramas, alcanzan la superficie del mar. Entonces las algas marinas que flotaban á flor de agua han sido detenidas por esos corales; el océano ha echado encima arena y restos de mariscos. Esas materias han ido aglomerándose; las aves al pasar por encima en sus emigraciones han dejado caer en la tierra algunas semillas; las olas han llevado allí, desde una isla cercana, gérmenes de plantas, y el terrible escollo ha acabado por convertirse en terreno fértil.



Vija.

Pues bien, el mar en que ahora navegamos está sembrado de islotes análogos al que acabo de describir. Cuando *emergen*, esto es, cuando salen del agua, presentan escaso peligro; pero si no se les ve, esto es cuando apenas llegan á la superficie ó si están enteramente cubiertos, forman escollos ó arrecifes en que los navíos están expuestos á zozobrar.

Muchos de estos escollos están indicados en los *derroteros*, y los otros se revelan en ocasiones por el color del agua que los cubre; pero es indispensable que los *vijas* ó centinelas que desde lo alto

del mástil van explorando el mar é indicando los arrecifes no se distraigan un solo instante.

LXXIII. — EL ESTRECHO DE TORRES.

La *Estrella de los Mares* continuaba costeano para dirigirse al norte; á medida que iban acercándose al Ecuador, la temperatura se hacía más cálida; la noche era más fresca y Miguel pasaba parte de ella sobre cubierta, admirando los resplandores del mar fosforescente, ó contando los numerosos faros construídos en los islotes rocallosos que circundan el continente.

— Hace algunos años, dijo el Sr. Blondeau una noche que también él había dejado su camarote para buscar un poco de fresco, el navegante que se arriesgaba á lo largo de las costas de la *Queensland* (Tierra de la Reina), que así se llama esta parte de Australia, veía en vez de esas luces pacíficas, las hogueras que los salvajes encendían en las alturas, no para guiar á los viajeros, señalándoles los pasos y los escollos, sino para avisar á otras tribus de que estaba cerca un buque cargado de carne humana. Si el barco encallaba, su pérdida era segura. Inmediatamente salían de la orilla multitud de piraguas, cargadas de indígenas que acudían á tomar parte en el festín que les proporcionaba el destino.

— ¿Esos caníbales han desaparecido?

— No del todo; pero como estos sitios son más visitados, se muestran menos atrevidos y van abandonando poco á poco las costas para retirarse tierra adentro, á las regiones que los europeos no ocupan aún; pero no me atrevería á responder de nuestra suerte, si naufragáramos aquí.

Así se llegó al *estrecho de Torres*, el punto peor de la travesía, pues en él hay diseminados más de

novecientos escollos. El capitán no se apartaba del timón; su segundo, que estaba á un lado, transmitía al timonel las órdenes.

De pronto gritó el vijía desde lo alto de su mástil: « ¡Un escollo delante! » y en el momento se vió destacarse un banco de coral á flor de agua á doscientos metros apenas; el timonel había interpretado mal la orden de su superior y gobernó á la derecha en vez de hacerlo á la izquierda. El buque va seguramente á destrozarse contra el arrecife.

Por fortuna el capitán no pierde la sangre fría; arrójase sobre el timón, de un empujón hace que el marinero que lo empuñaba vaya rodando ocho ó diez pasos y empleando toda su fuerza, logró imprimir al gobernallé el necesario impulso. La *Estrella de los Mares* se estremece como un caballo indómito que se niega de pronto á obedecer, se inclina un momento sobre el costado derecho, y luego se alza, lanzándose en la dirección que le ordenan.

— ¡Cáspita! exclamó el Sr. Blondeau una vez que el barco volvió á entrar en aguas tranquilas y que el capitán ocupó de nuevo su puesto en la toldilla: ¡de buena hemos escapado! Ahora podemos hacer un palmo de narices á los *aborígenes* (habitantes primitivos de un país) pues la esperanza de regalarse con nuestras personas que pudieron tener se ha desvanecido. Estamos en salvo; pero... lo que es hace un momento...

Ya no hubo más alarmas; una hora más tarde salía el barco del estrecho, y los pasajeros lanzaron una definitiva exclamación de júbilo.

LXXIV. — UN BUZÓN PARA CARTAS EN ALTA MAR. — LAS ISLAS DE LA SONDA. — LOS VOLCANES.

— ¿Ves aquella peña? preguntó el Sr. Blondeau, señalando á Miguel un islote cubierto de *cormoranes*, de *pelicanos*, *gaviotas* y otras aves acuáticas, que se divisaba á cierta distancia. En otra época ningún navío pasaba por aquí sin pararse á recoger los paquetes que encontraba en el *buzón de correos* existente en la isla. Era simplemente una cavidad practicada en una roca, al abrigo de los vientos y las lluvias, donde los buques procedentes del hemisferio boreal ó del austral depositaban las cartas y paquetes destinados al opuesto. Al mismo tiempo recogían los que iban destinados á los países que ellos debían visitar.

Había depósitos de éstos en distintos puntos del globo, allí donde no existía ningún establecimiento europeo, como por ejemplo aquí y en el *estrecho de Magallanes*. Hoy que las comunicaciones son tan fáciles y múltiples, los buzones geográficos han dejado de ser necesarios.

Cormoranes y pelicanos. — Aves de rapiña marinas, de tamaño análogo al del ganso, y de plumaje análogo al del cisne. Ambos tienen debajo del pico una bolsa en que guardan el pescado que recogen. La existencia de esta bolsa ha dado origen á una fábula, según la cual el pelicano se abría el seno para dar de comer á sus hijos.

Habían terminado los bancos de coral, y el mar ha tomado hermoso color azul, presentándose unido como un lago bajo el sol deslumbrador que reverbera en él. La *Estrella de los Mares* recorre ahora, sin tenerlas á la vista, las costas de la *Nueva Guinea*, grande y fértil isla llamada también *Papuasía*, donde se encuentra el *ave del Paraíso*, una de las más bellas que existen, y que las señoras apetece

para adorno; después penetra en el *mar de las Molucas*. Acá y acullá se ven islotes de verdura, entre los cuales se deslizan canoas cuyas velas están hechas con junco trenzado; aparecen las primeras *islas de la Sonda*, y por fin el buque pasa el *estrecho de Bali*, que separa de Java la isla de aquel nombre.

Islas de la Sonda. — Vasto archipiélago del sur de la *Malesia*, que comprende gran número de islas, y sobre todo *Sumatra*, *Java*, *Sombava*, *Flores* y *Timor*. Los holandeses poseen factorías en casi todas ellas. Su vegetación es admirable, sobre todo la de *Java*. La capital de esta última es *Batavia*, nombre que significa *Holanda* (país de los bátavos); en ella reside además el gobierno de las colonias holandesas en el Océano Indico.

— Este mar, dijo el capitán, está hoy más tranquilo que en cierta noche de 1883. Yo navegaba entonces á unos ochenta kilómetros de donde estamos cuando de pronto vi iluminarse el cielo con resplandores extraordinarios, mientras nuestro buque era sacudido como por la más violenta tempestad; después el Sol, que tenía su acostumbrado brillo, quedó oscurecido por densos torbellinos de humo y cenizas. No era posible dudar de que un volcán estaba en erupción. Era, en efecto, el de *Krakatoa*. Esta catástrofe produjo estragos espantosos. Las ciudades de *Tjeringen*, *Telak*, *Betang*, *Merak* y *Bantam* fueron destruidas, y se calcula que murieron entonces 75.000 personas.

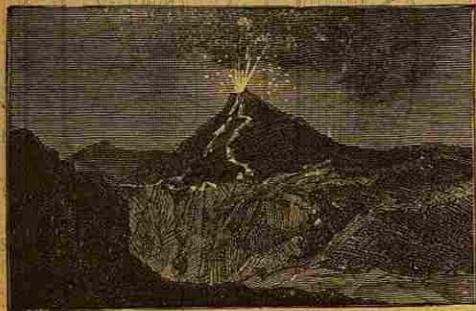
Tan terribles fenómenos abundan en estos parajes: las islas de la Sonda están formadas de terrenos particularmente volcánicos y no pasan nunca muchos años sin erupciones ó temblores de tierra; pero jamás se había visto un trastorno semejante á ese.

Mientras el capitán recordaba estos terribles acontecimientos, la *Estrella de los Mares* iba costeano la isla, llena de montañas de abruptas formas, en casi todas las cuales hay volcanes. El ligero pena-

cho de humo que se alza sobre algunos indica los que todavía están en actividad; los demás permanecen adormecidos, pero quizás se despertarán un día con tremendas manifestaciones.

El calor es cada vez más pesado y el termómetro marca cuarenta y cinco grados á la sombra durante el día. Imagínese lo que eso puede ser, recordando que en Europa se quejan cuando pasa de veintisiete. Así es que los viajeros tienen deseos de tomar tierra.

Volcanes y temblores de tierra. — Un volcán es una montaña que vomita llamas, humo y materiales fundidos, por una boca situada en su cima y llamada *cráter*.



Volcán.

En ocasiones las materias lanzadas por los volcanes han sepultado ciudades enteras, como *Pompeya* y *Herculano* en el primer siglo de nuestra era.

Suele ocurrir que un volcán permanece años y aun siglos sin arrojar nada y que de pronto se produce una erupción muy violenta.

Las erupciones vienen con frecuencia acompañadas por *terremotos*. Dase este nombre á unos movimientos rápidos y violentos que agitan el suelo. Las casas se derrumban y se abren grietas en que son sepultados los habitantes. Los temblores de tierra son una de las mayores calamidades conocidas.

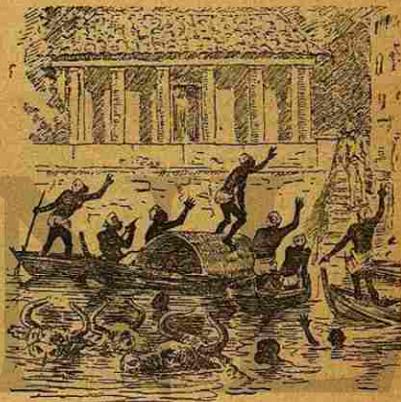
LXXV. — BATAVIA.

Durante una radiosa tarde de Diciembre, el vapor ancló en un vasto golfo que recorren infinidad de barcos de todas las naciones: la *Estrella de los Mares* había llegado á *Batavia*.

La parte baja de la ciudad, que está junto al puerto, no es habitada sino por *malayos* y *chinos*

que son muy numerosos allí lo mismo que en Australia. Los paletuvios que crecen en la bahía y en los numerosos canales ó arroyos que la rodean, la hacen sumamente malsana; pero si bien los vapores que ella exhala son funestos para los hombres, en cambio deben favorecer á los cocodrilos, pues éstos no son en parte alguna tan grandes como en Batavia. Los hay que alcanzan siete metros de largo. Cuando las aguas están muy bajas, se les ve refocilándose en el cieno. Estos animales son el terror de los indigenas, á quienes se comen después de hacer zozobrar sus piraguas.

La parte de Batavia en que viven los europeos está á cierta distancia de la otra. *Fórmanla*, no grupos de casas



Batavia.

alineadas en forma de calles, como las demás ciudades, sino un inmenso jardín, cruzado por canales y alamedas umbrías. Las habitaciones desaparecen detrás de los bosquecillos de *mirísticas* (árbol que da la nuez moscada), de *tamarindos*, de *mangos*, de *cafetos* y de otras plantas de flores magníficas, de fresco follaje y de frutos exquisitos. Miguel se creía transportado á uno de esos países de que se habla en los cuentos. De noche la multitud de *luciolas* que se agitan en la enramada aumentan con sus movedizas luminarias, el aspecto encantador del sitio. Miguel conocía ya esas moscas,

que existen en todas las regiones cálidas, pero en ninguna parte tan abundantemente como en Batavia.

Luciolas ó lampiros. — Insectos que viven en los países cálidos y que difunden resplandor análogo al emitido por las luciérnagas. Los hay en el mediodía de Europa. Las luciolas duermen durante el día y no se dejan ver sino de noche.

Entre los árboles que veía, Miguel notó principalmente algunos de aspecto sumamente extraño, pues formaban como una inmensa cúpula de verdura, sustentada por multitud de columnas. Eran las *higueras de la India*.

Higuera de la India ó de las pagodas. — Árbol muy grande, objeto de gran veneración por parte de los indios. Tiene una propiedad particular. Sus ramas emiten raíces aéreas, que van á introducirse en el suelo y producen hijuelas. Así es que uno de estos vegetales basta por efecto de su multiplicación para cubrir una vasta extensión de terreno.

En los canales es extremada la animación; multitud de malayos de flotantes vestiduras, en que dominan los colores chillones, impulsan sobre la superficie del agua sus ligeras embarcaciones, entre las cuales se ven las cabezas de enormes búfalos, que toman un agradable baño. Los hombres gritan, ríen, gesticulan, interpelan á los transeuntes.

Su color, que es moreno rojizo, contrasta con el pálido de los europeos que viven en Batavia y que en su mayor parte son holandeses. El aire delicado de los últimos demuestra que el clima no les es propicio. La verdad es que hasta causa su muerte: los europeos no pueden habitar ese país sino tomando grandísimas precauciones y viviendo con sobriedad absoluta.

— Aquí es mortal la intemperancia, dijo el Sr. Blondeau á Miguel. Los que se entregan á ella no tardan en sucumbir por efecto del cólera, la disentería y las fiebres palúdicas. Lo mejor es adoptar el

régimen de los naturales del país, contentándose como ellos con arroz, condimentado con *pimienta ó Kari* (pimienta colorada); alguna fruta, y eso sin abuso.

Miguel no tardó en convencerse de que el inge-



Higuera de las pagodas.

niero decía la verdad. Un viajero que estaba en el mismo hotel que, ellos comió demasiadas piñas, á pesar de las observaciones que le hicieron. Aquella misma noche cayó malo, muriendo al día siguiente.

LXXVI. — PASEO POR JAVA.

Miguel llegó á Batavia un sábado. Como el domingo estaban cerrados los almacenes de la casa Caxton y además iban á estarlo el lunes, por ser aniversario del nacimiento ó de la coronación del

rey de Holanda, nuestros amigos resolvieron aprovechar ese asueto involuntario del joven para efectuar la ascensión del *Tankubanprahán*, volcán situado en las cercanías de Batavia. El Sr. Blondeau no pensaba embarcarse para Atchin, capital de Sumatra, sino en la siguiente semana.

Durante la travesía de Sydney á Java, el Sr. Blondeau y Miguel habían trabado amistad con un funcionario inglés que volvía de Australia, donde su gobierno le encargó una misión.

El Sr. Lytton era hombre instruído y de agradable conversación. Así fué que cuando expresó deseos de tomar parte en la proyectada expedición, el Sr. Blondeau aceptó con muchísimo gusto.

Á las cinco de la mañana siguiente, hora en que acostumbra á levantarse en Batavia por causa del calor extremado del día, los tres viajeros subían á un coche. En el campo reinaba gran actividad. Multitud de mandaderos (*coolies*) chinos y malayos iban en fila, á paso gimnástico, con cañas de bambú que cada dos de ellos apoyaban en el hombro, y de las cuales colgaban fardos diversos; hombres, mujeres y niños del país labraban la tierra con ayuda de sus búfalos, cuyas grandes cabezas lanudas, armadas de grandes cuernos, se destacaban sobre el color verde de los arrozales. Los niños, de carillas redondas y morenas, iluminadas por ojos vivos y muy negros, jugaban cerca de sus madres. Al pasar los viajeros, todos ellos interrumpieron sus ocupaciones para prosternarse hasta tocar el suelo, dando señales del más profundo respeto.

— ¿Por qué tantas reverencias? preguntó Miguel á sus compañeros. Sin duda los toman á Vds. por grandes personajes.

— Son para ti también, replicó el Sr. Blondeau. Los holandeses, dueños de Java, exigen que los

habitantes tributen ese homenaje á todos los blancos. Así creen conservar su prestigio en la isla, que es para ellos fuente de grandes riquezas, gracias sobre todo á su manera de administrarla.

En general, el trabajo es libre en todos los países del mundo. El propietario de un terreno planta lo que quiere, y lo cosecha cuándo y cómo quiere. Si le sale bien el negocio, tanto mejor para él; si no, allá se las compongá.

Pero en Java no ocurren así las cosas. Casi hasta nuestros días en todas las partes montañosas de la isla, que son las más favorables al cultivo del café, cada familia tenía la obligación de plantar y conservar seiscientos cafetos. Ni uno menos. Y su producto debía ser vendido al Estado que lo compraba á un precio determinado por él y que era el mismo en toda la colonia. Ese café era vendido en Holanda, y el tesoro público recibía los inmensos beneficios que resultaban de la diferencia existente entre el precio de coste y el de venta.

Lo mismo hacían con la caña dulce en los terrenos que se prestan á este cultivo. Los javaneses, que son de índole suave y que habían sido tiranizados por los sultanes y príncipes (*rajahs*), precedentes dueños de la isla, no pensaban en quejarse de este sistema y hasta se consideraban felices. Sin embargo los mismos holandeses han reconocido que abusaban de su poder y de algún tiempo á esta parte han cambiado las cosas.



1 ama de café.

Café. — Planta oriunda de *Arabia*; es un encantador arbusto, de flores blancas y odoríferas, que son reemplazadas por frutos encarnados, parecidos á pequeñas cerezas, y que sirven de envoltura á dos de esas semillas que llamamos *granos de café*. Los más estimados son los de *Moka*, *Java*, *Borbón*, *Martinica*, *Guadalupe* y *Guayana holandesa*. Este cultivo se ha extendido por todos los países cálidos; sin embargo, el café de *Moka* sigue pasando por el mejor.

El aspecto del campo seguía siendo magnífico y encantador; mimosas de delicado perfume, rosagos rojos ó azafranados, azaleas rosadas y celestes, mil flores desconocidas por nuestros viajeros, cubrían



Sagotal.

los espacios no cultivados; en los estanques se abrían nenúfares de todos colores. Entre ellos se distinguía la *victoria regis*, de anchisimas hojas y cuyas flores blancas, de corazón purpurino, tienen hasta treinta centímetros de diámetro. Ya se atravesaba un bosque de *sagotales*, de *sándalos*, de palo de *teck*, *árboles de copal* y *del pan*; ya se veían *helechos arborescentes*, tan altos como verdaderos árboles, que formaban alamedas cubiertas, sobre las cuales balanceaban sus copas los cocoteros con sus frutos; ya se descubrían naranjos cargados de mil dorados frutos. Los monos, que retozaban en esa vegetación magnífica, interrumpían sus juegos para verlos pasar, y más de uno, tomando á Miguel por un antiguo camarada, se acercó á hacerle muecas ó le saltó familiarmente al hombro.

Sagü. — Es una fécula extraída de un árbol llamado *sagotal*, especie de palmera que crece en las *islas de la Sonda*, las *Molucas* y las *Filipinas*. También se le cultiva en la *América central*. Para

extraerlo, se derriba el árbol y se le quita la medula, machacándola y desliéndola en agua. Déjase en reposo y así se obtiene una pasta que se pone á secar á la sombra y que se usa como alimento. El sagü cocido se parece mucho á la *tapioca*, que se extrae de la *mandioca*.

Sándalo. — Árbol grande que se da en la India y en las islas de Oceanía. El *sándalo citrino* tiene olor aromático muy agradable. Con él se fabrican multitud de objetos pequeños de escritorio ó tocador, abanicos, etc., ó bien se le quema para aromatizar la atmósfera. El *sándalo rojo* produce una materia de este color, que se emplea en tintorería.

Teck. — Árbol corpulento de la India y las islas de la Sonda. Es el más precioso que existe para construcciones navales: dura tres veces más que la mejor encina.

LXXVII. — BAJADA AL TANKUBANPRAHÁN.

Después de pasar la noche en la aldea situada al pie del volcán, se pusieron en camino por la mañana, mucho antes de que saliera el Sol. La silueta del Tankubanprahán se dibujaba vagamente en el cielo, tenido apenas por los primeros arreboles del día. El camino serpenteaba por entre árboles enormes, y éstos se enlazaban unos con otros mediante bejuco que parecían serpientes. Á medida que subían, el olor del azufre venía poco á poco á reemplazar las puras emanaciones de la floresta, provocando la tos de los viajeros. El color verde iba haciéndose pálido; los árboles empezaban á escasear; los que subsistían no presentaban sino un tronco desprovisto de hojas y ni siquiera se divisaba alma viviente. En todas partes reinaba silencio de muerte.

Después de tres horas de fatigosa subida, en medio de una naturaleza desolada, llegaron nuestros viajeros á la cima de la montaña.

Desde allí penetraba la vista en la ancha y profunda hondonada que constituía el cráter del volcán. En el fondo había un lago, que hervía y echaba humo. Por todas partes se alzaban montículos, de que salían densas columnas de vapores sofocantes, difíciles de respirar.

Café. — Planta oriunda de *Arabia*; es un encantador arbusto, de flores blancas y odoríferas, que son reemplazadas por frutos encarnados, parecidos á pequeñas cerezas, y que sirven de envoltura á dos de esas semillas que llamamos *granos de café*. Los más estimados son los de *Moka*, *Java*, *Borbón*, *Martinica*, *Guadalupe* y *Guayana holandesa*. Este cultivo se ha extendido por todos los países cálidos; sin embargo, el café de *Moka* sigue pasando por el mejor.

El aspecto del campo seguía siendo magnífico y encantador; mimosas de delicado perfume, rosagos rojos ó azafranados, azaleas rosadas y celestes, mil flores desconocidas por nuestros viajeros, cubrían



Sagotal.

los espacios no cultivados; en los estanques se abrían nenúfares de todos colores. Entre ellos se distinguía la *victoria regis*, de anchisimas hojas y cuyas flores blancas, de corazón purpurino, tienen hasta treinta centímetros de diámetro. Ya se atravesaba un bosque de *sagotales*, de *sándalos*, de palo de *teck*, *árboles de copal* y *del pan*; ya se veían *helechos arborescentes*, tan altos como verdaderos árboles, que formaban alamedas cubiertas, sobre las cuales balanceaban sus copas los cocoteros con sus frutos; ya se descubrían naranjos cargados de mil dorados frutos. Los monos, que retozaban en esa vegetación magnífica, interrumpían sus juegos para verlos pasar, y más de uno, tomando á Miguel por un antiguo camarada, se acercó á hacerle muecas ó le saltó familiarmente al hombro.

Sagü. — Es una fécula extraída de un árbol llamado *sagotal*, especie de palmera que crece en las *islas de la Sonda*, las *Molucas* y las *Filipinas*. También se le cultiva en la *América central*. Para

extraerlo, se derriba el árbol y se le quita la medula, machacándola y desliéndola en agua. Déjase en reposo y así se obtiene una pasta que se pone á secar á la sombra y que se usa como alimento. El sagü cocido se parece mucho á la *tapioca*, que se extrae de la *mandioca*.

Sándalo. — Árbol grande que se da en la India y en las islas de Oceanía. El *sándalo citrino* tiene olor aromático muy agradable. Con él se fabrican multitud de objetos pequeños de escritorio ó tocador, abanicos, etc., ó bien se le quema para aromatizar la atmósfera. El *sándalo rojo* produce una materia de este color, que se emplea en tintorería.

Teck. — Árbol corpulento de la India y las islas de la Sonda. Es el más precioso que existe para construcciones navales: dura tres veces más que la mejor encina.

LXXVII. — BAJADA AL TANKUBANPRAHÁN.

Después de pasar la noche en la aldea situada al pie del volcán, se pusieron en camino por la mañana, mucho antes de que saliera el Sol. La silueta del Tankubanprahán se dibujaba vagamente en el cielo, tenido apenas por los primeros arreboles del día. El camino serpenteaba por entre árboles enormes, y éstos se enlazaban unos con otros mediante bejuco que parecían serpientes. Á medida que subían, el olor del azufre venía poco á poco á reemplazar las puras emanaciones de la floresta, provocando la tos de los viajeros. El color verde iba haciéndose pálido; los árboles empezaban á escasear; los que subsistían no presentaban sino un tronco desprovisto de hojas y ni siquiera se divisaba alma viviente. En todas partes reinaba silencio de muerte.

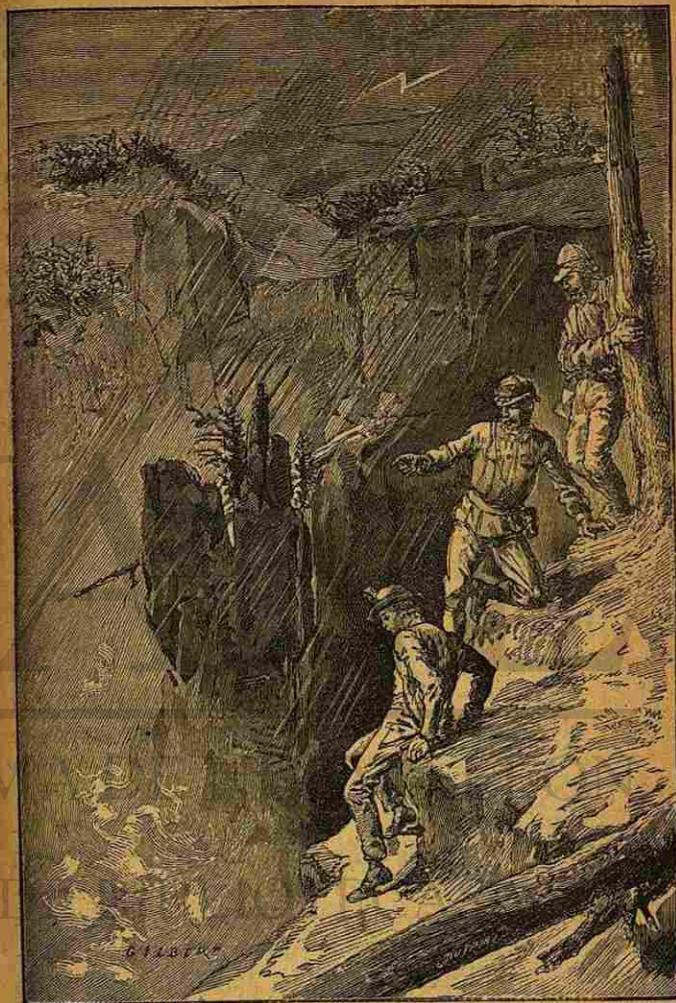
Después de tres horas de fatigosa subida, en medio de una naturaleza desolada, llegaron nuestros viajeros á la cima de la montaña.

Desde allí penetraba la vista en la ancha y profunda hondonada que constituía el cráter del volcán. En el fondo había un lago, que hervía y echaba humo. Por todas partes se alzaban montículos, de que salían densas columnas de vapores sofocantes, difíciles de respirar.

Al cráter se bajaba por un sendero pendiente y tortuoso, que tomaron nuestros amigos y resbalando cien veces sobre la ceniza caliente que se desmoronaba bajo sus pies, llegaron así á orillas del lago. En las orillas yacen multitud de árboles calcinados, que han rodado por la pendiente y que se deshacen por la presión del dedo cuando se les toca; por todas partes corren arroyos sulfurosos; los vapores son sofocantes y la respiración es muy penosa. De las entrañas del monte sale ruido infernal; el suelo abrasa, hasta quemar la planta de las botas; es imposible acercarse á él la mano. No es posible permanecer más tiempo en semejante sitio, por lo cual nuestros amigos se apresuran á salir de él, lo cual hacen con los ojos llenos de lágrimas y tosiendo por efecto de los vapores de azufre, con las ropas y el calzado medio destrozados; pero sin embargo contentísimos de haber podido contemplar un espectáculo tan extraordinario.

Al quitarse el sombrero para enjugarse el sudor, Miguel lanzó un grito de sorpresa. Unas horas antes había puesto en él como adorno un ramo de rosagos encarnados y ahora se encontraba con unas flores blancas como el azahar. La causa de ese cambio era el azufre, que tiene la propiedad de decolorar los objetos.

La mañana había sido espléndida; pero al empezar el descenso de la montaña, el cielo se cubrió repentinamente de grandes nubes negras y se dejaron oír truenos formidables repercutidos por todos los ecos. Al mismo tiempo empezó á caer con inaudita violencia lluvia diluviana. Parecía que un río derramaba en aquellos sitios sus ondas heladas; á esto se agregaban ráfagas furibundas, que derribaban los árboles unos contra otros; en un momento se formaron cascadas, que arrastraban con impe-



La bajada al volcán.

tuosidad piedras y troncos de árboles. El camino, ya difícil, se vuelve casi impracticable; el pie resbala sobre la tierra arcillosa; á cada instante están expuestos nuestros amigos á caer en un precipicio.

Por fortuna, esta horrible tempestad, de que no es posible formarse idea en las regiones templadas del globo, no debía durar mucho. Después de entretenerse por espacio de una hora á todo su furor, empezó á calmarse; el Sol salió con todo su brillo de detrás de las nubes, devolviendo un poco de calma á nuestros aventureros, que mil veces pensaron tener la suerte de los árboles que veían caer rotos ante sus ojos.

Al llegar al pie de la montaña encontraron su coche y, montando en él, volvieron á tomar el camino de Batavia.

Los estragos causados por la tormenta se extendían á lo largo del camino. En el suelo yacían multitud de árboles, rodeados de frutos dispersos. Miguel y sus compañeros bajaron del coche para recoger algunos, cuando de pronto el Sr. Lytton lanzó un grito de angustia. Una serpiente acababa de alzarse en medio de la hierba, picándolo en la mano. Miguel cogió con la rapidez del relámpago el miembro herido, y llevando la picadura á su boca, no obstante la resistencia del inglés, empezó á chupar con energía la llaga producida por la serpiente, parándose de cuando en cuando para escupir la saliva envenenada.

— Espero que no será nada, dijo al cabo de algunos momentos, encendido el rostro, tanto por la emoción cuanto por los esfuerzos que había hecho. He visto practicar este método en distintas ocasiones por un negrito amigo mío — ¡ pobre Zimbo ! — siempre con éxito. Espero que no será nada.

— V yo confío sobre todo, contestó conmovido el

inglés, que este acto de abnegación no tendrá ninguna mala consecuencia para V; de otro modo...

— No hay ningún peligro para mí; nunca le ha pasado á Zimbo nada por haber procedido de este modo.

— He oído decir efectivamente, replicó el Sr. Lytton, que el veneno no es temible sino cuando entra en la sangre. De todos modos, joven amigo mío, á su presencia de ánimo debo estar aún con vida, pues nadie ignora que las serpientes de Java, lo mismo que las de la India y de Australia, son de especie *naja* ó *cobra*, y que su picadura mata en algunos minutos.

— Sea como quiera, exclamó el Sr. Blondeau, que á pesar de todas estas seguridades no estaba tranquilo por sus compañeros, vamos andando y de prisa.

En efecto, era prudente llegar pronto á Batavia para que un médico examinara la herida del inglés y convencerse de que la generosa intervención de Miguel no le hacía correr peligro ninguno.

— Ah, exclamó el Sr. Lytton, una vez que estuvieron en el coche y cuando la emoción producida por el incidente que acabamos de relatar se hubo calmado, este país es magnífico, pero toda medalla tiene su revés. En Java es la presencia de las serpientes, cocodrilos, tigres, panteras, chacales y otros animales feroces. ¿ Saben Vds. que en uno de estos últimos años han muerto víctimas de ellos 325 personas; 273 fueron comidas por los tigres, 158 por los cocodrilos, veintidós murieron por efecto de picaduras de serpientes y 72 aplastadas por las patas de los rinocerontes. Sin V., amigo mío, añadió, dirigiéndose á Miguel, habría habido este año que añadir un nombre más á la lista de sus víctimas.

— ¡ Y cuántas han sido devoradas por los mos-

quitos? preguntó el Sr. Blondeau, pegando con sus manos una contra otra y matando del golpe un centenar de estos insectos. Puede decirse que en los países cálidos y húmedos constituyen verdadera plaga.

El médico examinó muy bien á nuestros dos viajeros y declaró que no tenían nada. Sin embargo, recetó algunos medicamentos y dió la enhorabuena á Miguel por el valor y presencia de ánimo que demostrara en tan arriesgado momento. En realidad, el joven argelino había salvado la vida á su compañero de viaje.

LXXVIII. — ARREGLO IMPREVISTO.

El Sr. Lytton hubiera deseado dar á Miguel un testimonio de su gratitud, pero no sabía cómo hacer. No quería ofrecerle dinero, pues estaba convencido de que se negaría á aceptarlo. Entonces pensó en llevárselo á Bombay; tenía muchas relaciones en esta ciudad y pensaba que podría obtenerle allí un buen empleo. Sin embargo, Miguel se negó.

— Muchas gracias, le dijo; pero el puesto que voy á ocupar en la casa Butler, Caxton y Cía. lo debo al Sr. Lebel, y sería corresponder mal al interés que me ha demostrado abandonándolo.

— El que yo obtendré para V. será mucho más lucrativo.

— No importa, contestó suavemente Miguel. He aceptado éste, me han pagado mi viaje... pero no vaya V. á enfadarse conmigo. Sentiría mucho que V. me creyera indiferente á su bondad.

— De ningún modo. Lo siento, pero apruebo la honradez y lealtad con que V. procede.

Las cosas debían arreglarse según deseaba el Sr. Lytton.

Al día siguiente, cuando Miguel se presentó en el despacho de los Sres. Butler, Caxton y Cía., lo introdujeron en el despacho del representante. Los Sres. Lytton y Blondeau habían querido acompañarlo.

El representante miró uno después de otro á los tres forasteros, como preguntándose cuál de ellos era su empleado.

Y al ver que Miguel se adelantaba.

— ¿Es V., le dijo con tono poco amable y gran extrañeza, la persona que me viene recomendada de Sidney?

— Sí señor, contestó tímidamente el muchacho.

— ¿Qué edad tiene V.?

— Diez y seis años.

— ¡Diez y seis años! ¿En qué piensa la casa de Sidney al enviarme un niño cuando le he pedido un hombre?

Miguel se había puesto muy encendido.

— De todos modos, siguió diciendo el otro, tendré que emplearlo, ya que lo han contratado, y hasta ver qué se puede hacer de V.

— Es inútil, dijo el Sr. Lytton secamente adelantándose y hablando á su vez, y si Miguel Móser quiere venir conmigo á Bombay, me encargo de buscarle un puesto donde lo apreciarán mejor. Ya se lo había propuesto, pero no había querido aceptarlo por no faltar al compromiso adquirido con su casa. La acogida que V. le hace le devuelve su libertad, y espero que ahora no se negará á venir conmigo.

En efecto, dos días después, Miguel y el Sr. Lytton se despedían del Sr. Blondeau, embarcándose para *Singapur*, á donde llegaban cuarenta y ocho horas más tarde.

quitos? preguntó el Sr. Blondeau, pegando con sus manos una contra otra y matando del golpe un centenar de estos insectos. Puede decirse que en los países cálidos y húmedos constituyen verdadera plaga.

El médico examinó muy bien á nuestros dos viajeros y declaró que no tenían nada. Sin embargo, recetó algunos medicamentos y dió la enhorabuena á Miguel por el valor y presencia de ánimo que demostrara en tan arriesgado momento. En realidad, el joven argelino había salvado la vida á su compañero de viaje.

LXXVIII. — ARREGLO IMPREVISTO.

El Sr. Lytton hubiera deseado dar á Miguel un testimonio de su gratitud, pero no sabía cómo hacer. No quería ofrecerle dinero, pues estaba convencido de que se negaría á aceptarlo. Entonces pensó en llevárselo á Bombay; tenía muchas relaciones en esta ciudad y pensaba que podría obtenerle allí un buen empleo. Sin embargo, Miguel se negó.

— Muchas gracias, le dijo; pero el puesto que voy á ocupar en la casa Butler, Caxton y Cía. lo debo al Sr. Lebel, y sería corresponder mal al interés que me ha demostrado abandonándolo.

— El que yo obtendré para V. será mucho más lucrativo.

— No importa, contestó suavemente Miguel. He aceptado éste, me han pagado mi viaje... pero no vaya V. á enfadarse conmigo. Sentiría mucho que V. me creyera indiferente á su bondad.

— De ningún modo. Lo siento, pero apruebo la honradez y lealtad con que V. procede.

Las cosas debían arreglarse según deseaba el Sr. Lytton.

Al día siguiente, cuando Miguel se presentó en el despacho de los Sres. Butler, Caxton y Cía., lo introdujeron en el despacho del representante. Los Sres. Lytton y Blondeau habían querido acompañarlo.

El representante miró uno después de otro á los tres forasteros, como preguntándose cuál de ellos era su empleado.

Y al ver que Miguel se adelantaba.

— ¿Es V., le dijo con tono poco amable y gran extrañeza, la persona que me viene recomendada de Sidney?

— Sí señor, contestó tímidamente el muchacho.

— ¿Qué edad tiene V.?

— Diez y seis años.

— ¡Diez y seis años! ¿En qué piensa la casa de Sidney al enviarme un niño cuando le he pedido un hombre?

Miguel se había puesto muy encendido.

— De todos modos, siguió diciendo el otro, tendré que emplearlo, ya que lo han contratado, y hasta ver qué se puede hacer de V.

— Es inútil, dijo el Sr. Lytton secamente adelantándose y hablando á su vez, y si Miguel Móser quiere venir conmigo á Bombay, me encargo de buscarle un puesto donde lo apreciarán mejor. Ya se lo había propuesto, pero no había querido aceptarlo por no faltar al compromiso adquirido con su casa. La acogida que V. le hace le devuelve su libertad, y espero que ahora no se negará á venir conmigo.

En efecto, dos días después, Miguel y el Sr. Lytton se despedían del Sr. Blondeau, embarcándose para *Singapur*, á donde llegaban cuarenta y ocho horas más tarde.

LXXIX. — SINGAPUR. — UN PUERTO FRANCO.

Singapur es una colonia inglesa que ocupa una isla situada en la extremidad sur de la península de Malaca; fué fundada hace apenas medio siglo y cuenta ya más de cien mil habitantes.

A lo largo del muelle se agrupaban buques de todas las naciones, que cargaban y descargaban mercaderías, otros salían ó entraban en el puerto, aquéllos para llevar á Europa los productos del *extremo Oriente*: tés, porcelanas, lacas, sedas de *China*, especias de las *islas Molucas* y de las de *la Sonda*, *palo de hierro*, sagú, metales preciosos de *Borneo*, tabaco de *Manila*; éstos para dirigirse á los confines del continente asiático ó á las islas de la *Malasia*, cargados de productos manufacturados de Europa: muebles, telas, vestidos, perfumes de Arabia y de Persia y, sobre todo, de opio de la India.



Rama de girofle (arbusto que da el clavo de comer.)

Manila. — Capital de las Filipinas, archipiélago de la *Malasia* descubierto por Magallanes y que pertenece á España. *Manila* es célebre por su *tabaco* y sus *sombreros de paja*, que son objeto de un comercio considerable en Europa y en América.

Borneo. — Isla de la *Malasia*, mayor que Francia. Es rica en metales, en piedras preciosas y en grandes bosques de *palo de hierro* y de *ebano*, ambos utilizados en ebanistería. Todos los productos de los trópicos se dan allí. Los holandeses poseen factorías en la isla, así como los ingleses y los alemanes.

Tabaco. — Es una hermosa planta de grandes hojas y de flores rosadas. Es oriunda de América, pero se la cultiva en todos los países cálidos y aun en los templados como Francia. Los tabacos más famosos son los de *Maryland*, de *Virginia*, en los Estados Unidos,

de *Oriente*, el de *Manila* y sobre todo el de la Habana. Las hojas de esta planta se secan y después se las arrolla para hacer cigarros ó se las pica para fumar ó gastar.

Molucas ó islas de las especias. — Gran archipiélago de la *Malasia*, que pertenece á los holandeses. En él se cultivan principalmente las especias, es decir, la *nuez moscada*, la *canela*, el *girofle* ó *árbol del clavo*, la *pimienta* y la *vainilla*.

La *mirística* (que da la *nuez moscada*), y los *árboles de la canela* y del *clavo* son oriundos de las Molucas, que durante muchísimo tiempo tuvieron el *monopolio* (comercio exclusivo) de estas especias, que sólo allí se encontraban. En el siglo último, *Poirre*, intendente de las islas de Francia y de *Borbón*, que entonces eran francesas, logró aclimatar esas plantas en dichas islas, aumentando así considerablemente su riqueza. La *nuez moscada*, la *canela* y el *clavo de comer* se usan en perfumería, en farmacia y en la cocina. La *nuez moscada* es la semilla de la *mirística*; la *canela* es la corteza de su árbol; y el *clavo de comer* las yemas de las flores del *girofle*.

Pimiento negro. — Arbusto oriundo de la India y la *Malesia*. En Francia llaman *poivre* á la pimienta negra molida, en recuerdo del intendente de ese nombre que introdujo su cultivo en varias colonias francesas y entre ellas *Cayena*. Este artículo es objeto de comercio considerable. Se le usa mucho en la alimentación.

Singapur presenta el aspecto de una verdadera torre de Babel; allí se oyen todas las lenguas de Europa y de Asia, y en sus calles se encuentran los tipos humanos más diversos.

— ¿Puede decirme V., preguntó el Sr. Lytton á Miguel, en un paseo que dieron por el puerto, cuál es la causa de la prosperidad de esta población?

— Probablemente su posición geográfica, contestó Miguel. Está efectivamente en el derrotero de todos los buques que van al Japón, á China y á los archipiélagos de la *Malesia*.

— Esta es una razón; pero hay otra aún mayor:



Pie y flor de tabaco.

Las flores del girofle.



Pimienta negra.

Singapur es un *puerto franco*, y el único que existe en esta parte del globo.

— ¿Un *puerto franco*? preguntó Miguel.

— Cada barco que entra en un puerto, replicó el Sr. Lytton, paga un *impuesto*, una *contribución*, proporcional á su importancia y al valor de su cargamento, lo cual le da derecho para guarecerse y permanecer allí. Pues bien, en Singapur pueden entrar y salir libremente los barcos, con tal de que no descarguen sus mercancías. Y como esto es una ventaja considerable, pues produce importante economía, paran aquí más bien que hacerlo en los puertos inmediatos. Vienen y renuevan su aguada, su carbón y sus víveres; y en este gasto que los navíos hacen consiste precisamente el beneficio de la ciudad.

En los negocios hay que saber resignarse á hacer ligeros sacrificios para obtener ventajas mayores.

LXXX. — NAVEGACIÓN BAJO BANDERA FRANCESA. — CEILÁN.
LAS OSTRAS PERLERAS.

Después de permanecer varios días en Singapur, donde tenía quehaceres el Sr. Lytton, los viajeros se embarcaron en el *Song-Koi*, barco de la compañía francesa de navegación que hace la carrera de Marsella á Shang-Hai, puerto de China.

Miguel se sintió muy conmovido al pisar la cubierta del buque, pues le parecía verse en su patria. ¿No es acaso un pedazo de nuestro país ese leño en que ondea nuestra bandera y que un compatriota gobierna sobre la superficie de los mares. Si hubiere tenido medios de hacerlo, habría pagado el viaje para volver á su querida Argelia. Mas por de pronto, tenía que esconder en el fondo de su alma esa aspiración, que tal vez le sería dado realizar algún día.

Es indudable que si el Sr. Lytton hubiese adivinado lo que pasaba en el corazón de su amigo, habría satisfecho gustoso su deseo, pagando en parte su deuda de gratitud; pero Miguel no le manifestó sus secretos sentimientos.

El *Song-Koi* (el barco llevaba el nombre del principal río del Tonkin) continuó su derrotero, yendo hacia Ceilán, y pasando cerca de las *islas Nicobar*, en torno de las cuales vuelan miles de avecillas. Estas son las *salanganas*, especie de golondrinas que habitan casi todas las islas del Océano Índico y cuyos nidos son objeto de gran comercio, pues los chinos los consideran como un plato suculento.

Al amanecer del tercer día después de la salida de Singapur, se proyectó en el horizonte el pico de *Adán* (montaña que domina la isla de *Ceilán*). Pronto fué posible distinguir las casas blancas de *Colombo*, ciudad principal de la isla, medio oculta entre las verdes enramadas que forman los *cocoteros*, *tamarindos*, *bumbúes*, *palmeras* y *mimosas*.

La *isla de Ceilán* sería un paraíso terrestre, si no abundasen en ella tanto las serpientes; pero Miguel no pudo detenerse, por cuanto el buque que hace la carrera entre *Colombo* y *Madrás* estaba á punto de hacerse á la mar: no hubo tiempo más que para el traspordo.

En el *estrecho de Palk*, que separa la isla de Ceilán



Colondrina salangana.

del continente indio, es donde se han encontrado durante mucho tiempo las más hermosas *ostras perleras* (que producen las perlas finas); hoy existen todavía, pero en menor cantidad que antes.

Las perlas finas son objetos de gran valor utilizados en joyería. Se las encuentra en la concha de ciertas ostras, llamadas *arondas*, y son producidas por el molusco que vive en ellas. La parte interior de la concha suministra el nácar, esta substancia brillante é irisada, con que se fabrican botones, tapas de cigarreras y de devocionarios, etc. Las arondas se pescan principalmente entre la isla de Ceilán y el cabo Cormorán, y en el golfo Pérsico.



Ostra perlera.

escafanávas, que consiste en un traje de caucho, herméticamente cerrado por todas partes, de modo que no permita la entrada del agua. Está provisto de un largo tubo, también de caucho, que sale á la superficie, á fin de que el aire atmosférico pueda llegar hasta la boca del buzo.

LXXXI. — OJEADA SOBRE LA HISTORIA DE LA INDIA.

Adivinando que Miguel visitaría con gusto *Pondichery*, una de las colonias francesas de la India, que se encontraba en su derrotero, el Sr. Lytton resolvió parar allí.

La India ha ejercido siempre gran prestigio sobre los europeos. *Alejandro el Grande* la visitó en la antigüedad con su ejército de macedonios, y en la edad media se la conocía como el país de las telas preciosas, de los marfiles esculpidos, del oro, de las perlas, de los diamantes y se referían sobre ella cosas fabulosas.

Allá por el siglo XII, los soberanos mongoles, procedentes del nordeste de Asia, sometieron el Indostán y á esto se debe el nombre de *Gran Mogol* dado á los soberanos de la India. El más célebre de ellos

fué Oreg-Zeb, que reinaba á fines del siglo XVII de la era cristiana. Dicho príncipe sometió á su poderio toda la península; pero después de él empezó la decadencia de su raza y el imperio se dividió en multitud de Estados independientes.

Sin embargo, antes de esto, y á fines del siglo XV, el portugués Vasco de Gama, que acababa de doblar el Cabo de Buena Esperanza, llegó á la costa del Indostán, y durante las dos centurias siguientes esas regiones fueron exploradas por los *lusitanos* y los *holandeses*, que fundaron numerosas factorías. Después tocó el turno á Francia é Inglaterra.

Enrique IV de Francia concedió á una sociedad de Ruen el privilegio de comerciar con la mencionada región; pero cuando se constituyó la *Compañía de las Indias Orientales francesas*, y cuando las colonias de *Surate*, *Mazulipatum*, *Pondichery* y *Chander-nagor* se fundaron fué en tiempo del gran ministro Colbert.

Dupleix pasó como gobernador á la *India francesa* en 1741. En esta época el imperio del Gran Mogol se encontraba en plena decadencia. Aprovechando las discordias que reinaban en el país, *Dupleix* resolvió fundar, con el auxilio de *La Bourdonnaye*, un imperio francés en las Indias, donde los ingleses tenían ya importantes establecimientos. Sin embargo, los dos jefes franceses no pudieron permanecer acordes, y el último fué llamado á Versalles. El otro continuó durante algún tiempo sus trabajos, por más que su gobierno lo sostenía mal, y logró imponer la dominación francesa á gran parte del país; pero como sus enemigos en la corte eran muchos, sus proyectos fueron considerados quiméricos y él destituido. Los planes de *Dupleix* fueron realizados por los ingleses, quienes se apoderaron sucesivamente de varios Estados, sometiendo los demás

á tributo, es decir, que los soberanos de éstos tuvieron que pagar grandes sumas para conservar sus tronos. En cambio de esos tributos, los ingleses se comprometían á protegerlos contra sus enemigos.

Más adelante, *Hayder-Ali*, rey de Misor, y su hijo *Tippoo Saeb*, lucharon algún tiempo contra los nuevos señores, sostenidos por el gobierno francés, que envió en su auxilio á *Lally-Tollendal* y al *Bailío de Suffren*; pero fueron vencidos y poco ó poco cayó toda la península en manos de la Gran Bretaña. Francia no conservó sino *Pondichery*, *Chandernagor* y otras localidades de escasa importancia.

Miguel sabía todas estas cosas por haberlas leído en un resumen de historia de la India que halló á bordo del *Song-Koi* y que le había inspirado vivísimo interés. Así fué que recorrió con placer la linda ciudad de *Pondichery*, que extiende por entre dos colinas cubiertas de árboles de todas clases sus casas pintadas de vivos colores, ante las cuales se ven patios llenos de flores. Admiró su muelle, que penetra gran espacio en el mar; su faro, que fué el primero construído en la *costa de Coromandel*, según llaman á la oriental de la India, mientras que la occidental recibe el nombre de *costa de Malabar*; al mismo tiempo, su oído se deleitaba con los sonidos de su lengua patria.

Dupleix. — Gobernador de los establecimientos franceses de la India en el siglo XVIII; demostró en esa elevada posición genio superior. Había concebido el plan, que después ejecutaron los ingleses, de establecerse en la India aprovechando las discordias que dividían á sus príncipes. No pudo sin embargo entenderse con *La Bourdonnaye*, enviado para ayudarle, vió fracasar sus proyectos y, llamado á Francia, murió de pesadumbre y miseria.

La Bourdonnaye. — Gran administrador, gobernador de las *islas de Francia* y de *Borbón* y su bienhechor. Cuando *Dupleix* luchaba con Inglaterra en la India fué á auxiliarle; pero censurado por su jefe, tuvo que volver á Francia, donde lo encerraron en la Bastilla sin oírle. Allí permaneció cuatro años antes de que se viera su causa. Al fin se reconoció su inocencia y lo pusieron en libertad; pero poco después murió acabado por los disgustos.

Lally Tollendal. — Gobernador de las colonias francesas en la India después de *Dupleix*. Hizo encarnizada guerra á los ingleses; pero careciendo de dinero y de recursos, fué vencido y hecho prisionero. En Londres lo pusieron en libertad bajo palabra, á fin de que se presentase ante el Parlamento de París á responder de las falsas acusaciones de traición lanzadas contra él. Sus jueces lo condenaron á muerte; esta sentencia fué ejecutada en 1766.

El bailío de Suffren. — Uno de los más ilustres marinos franceses. Luchó con los ingleses en las Indias, infligiéndoles varias derrotas.

LXXXII. — TRAVESÍA DE LA PENÍNSULA INDOSTÁNICA. EL DEKÁN. — LOS GHATTS.

Nuestros amigos no se pararon en Madras, ciudad malsana y que presenta escaso interés, y tomaron inmediatamente el camino de hierro para *Bombay*.

Empezaba á hacerse de noche; la luna, que acababa de salir, difundía su diáfana luz por inmensas praderas, llamadas *jonglos*, cortadas acá y acullá por pequeños lagos, que se extienden hasta la línea del horizonte. En las elevadas hierbas y malezas se ocultan durante el día miles de tigres. Miguel se estremece cuando su compañero le cuenta que á menudo llegan hasta el camino de hierro y que en ocasiones ha deshecho algunos la locomotora. El Sr. Lytton le indicó además en una estación una gran jaula, hecha con grandes barras de hierro, sólidamente sujetos en pilares de mampostería.

— ¿Para encerrar á los tigres? preguntó Miguel.

— Sería necesario, contestó riendo el inglés, que ellos se dejasen. No, al contrario, esas jaulas son para que se pongan en seguridad los empleados que hacen el servicio de noche, sin lo cual podrían devorarlos las fieras.

Tigre. — Gran cuadrúpedo del género *félis*, conocido por su ferocidad. Vive en el sur del Asia, principalmente en la *India*, la *Indo China* y las *islas de la Sonda*. Es un hermoso animal; su piel, de color amarillo claro, está rayada transversalmente por bandas oscuras; su cola es articulada, y su andar presenta al mismo tiempo gracia, soltura y majestad.

No obstante la inquietud que esas palabras le causan, Miguel se durmió; tal vez soñó con los tigres, pero en todo caso á la mañana siguiente se despertó sin haber oído sus rugidos.

— Hemos subido durante la noche los *Ghatts*, dijo el Sr. Lytton; se da este nombre, que significa escalera, á las montañas que atraviesan el Indostán y ahora estamos en la meseta del *Dekán*, que así se llama esta parte de la península.

— La última vez que pasé por aquí dijo el Sr. Lytton, lo hice en compañía del virrey, que iba á visitar al *radjah*.

— ¿Qué es un virrey? preguntó Miguel.



Tigre.

— Un funcionario que representa á la reina de Inglaterra, el gobernador de la India, y la primera personalidad del país. En la época á que aludo, el *radjah* desplegó toda la pompa asiática.

Los príncipes de este país han conservado la afición á los adornos orientales y sobre todo á las joyas.

Por lo demás, aquí en los alrededores de *Goiconda*, es donde se encontraron los más hermosos diamantes del mundo; pero hoy están agotadas las minas y producen muy poco. Ahora se explotan principalmente las del *Brasil* y del *Cabo*.

Estas últimas no constituían para Miguel recuerdo muy lisonjero; así es que no siguió la conversación, y se puso á mirar por el ventanillo del coche el país que se extendía ante su vista, y las largas filas de elefantes ó de camellos que atravesaban la llanura, cargados de bultos para el camino de hierro.

Pasó otra noche, al cabo de la cual empezó el tren á bajar los *Ghatts occidentales*, otra escalera

de montañas que limita al oeste la meseta del *Dekán*. El paisaje cambió por completo.

La vía se extiende en medio de bosques de palo de teck, de sándalo, ébano y cedros magníficos. Los árboles dejan de tiempo en tiempo espacio para los plantíos de *arrow-root*, de *jengibre*, de café, vainilla, tabaco, añil, caña dulce y *cardamomo*; después aparecen nuevos matorrales de árbol de la canela, de girofle, mirística, mangle y mimosas. Enormes bejucos cargados de flores se arrollan en torno de los árboles, á manera de serpientes y forman guaridas impenetrables donde se refugian los animales feroces. En ese país privilegiado, la palmera crece sin que se ocupen de ella. Los indígenas la estiman mucho, pues cien de ellas bastan para alimentar una familia entera, suministrándole cuanto necesita para el alojamiento, el vestido y la alimentación.



Rama de algodonero.

Pero los principales productos de la India son el *algodón* y la *adormidera*, de que se extrae el *opio*.

Arrow-root significa *raíz de flecha*, porque, según parece, con ella se curan las heridas causadas por estas armas. De los tallos subterráneos ó *rizomas* de esta planta se extrae una fécula análoga á la de la patata; con ella se hacen polidas para los niños y los convalecientes.

Cardamomo. — Planta usada en medicina.

Jengibre. — Planta oriunda de la India. De su raíz se extrae un aceite esencial que se emplea en farmacia y en la preparación de ciertos alimentos.

Algodón. — Producto del *algodonero*, planta oriunda de la India y de América del Sur. Se cultiva hoy en todas las regiones cálidas de ambos hemisferios. La *materia textil* del algodonero es un taco contenido en el fruto. Esta es la más usada y más barata de todas las materias textiles.

Opio. — Es el zumo que se extrae de la *cápsula* que contiene las

semillas de adormidera blanca. Esa cápsula parece una cabeza de niño chiquito. Se obtiene el opio practicando incisiones cuando todavía está verde. Se usa dicho producto en medicina, para hacer dormir á los enfermos.

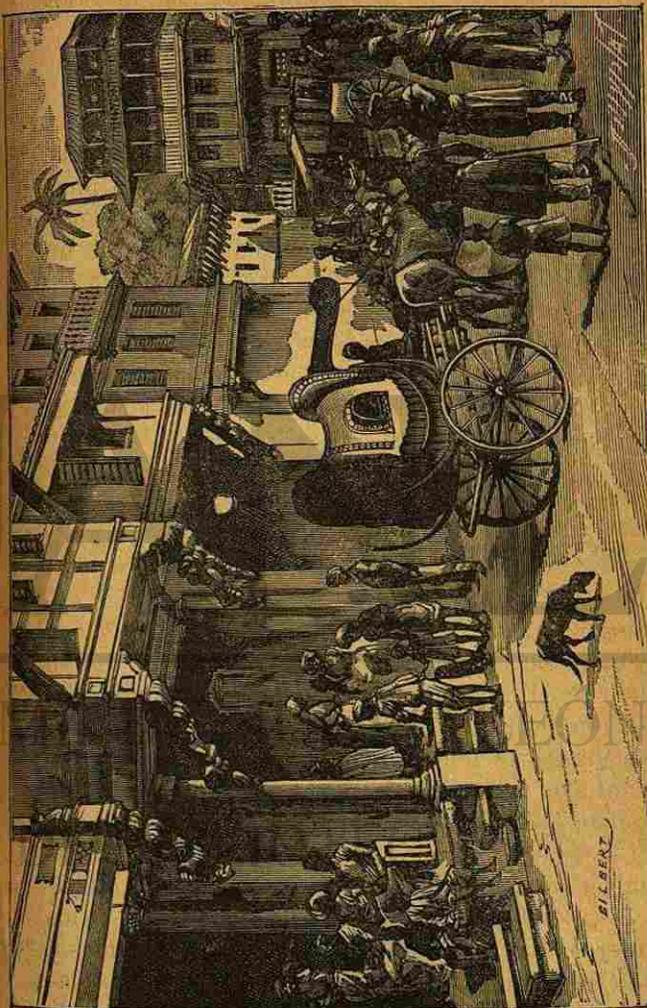
LXXXIII. — EN BOMBAY.

La vía empieza á bajar pendientes más abruptas, serpenteando á lo largo de las rocas cortadas á pico, y pasa numerosos túneles; al fin la ciudad de *Bombay* se presenta ante la vista maravillada de los viajeros. Las azules ondas del mar de Omán la estrechan por todas partes, excepto en el punto en que las calzadas la unen con la isla de *Salsette*, que á su vez se enlaza por medio de otras con la tierra firme. De este modo las dos islas se convierten en una especie de península.

La isla de *Salsette* recuerda el nombre de *Victor Jacquemont*, naturalista francés, enviado en 1830 por el *Museo de historia natural de París*, á recoger colecciones en la India. Cumplió con ardor su misión, explorando toda la península, el *Himalaya* y la *Tartaria china*; pero herborizando en la *isla de Salsette* contrajo las fiebres palúdicas de que fué víctima.

Aunque *Calcuta* es la capital de la India, *Bombay* la supera en riqueza, industria y población. En su puerto se aglomeran navíos de todas las naciones y á los muelles llegan los productos del *Indostán* entero. Miguel no podía volver de su asombro, al ver la cantidad innumerable de balas de algodón que cargaban á bordo de los buques.

El aspecto de la ciudad es muy pintoresco: las cúpulas, las pirámides y pagodas de techos multicolores, se elevan por encima de las palmas y los cocoteros. Las casas indias, de pilares esculpidos y de aleros finamente trabajados contrastan agradablemente con las europeas. En las calles circula abigarrada multitud; los coches de todas formas, calesas, ómnibus, carros tirados por bueyes, le dan



Bombay.

un aspecto singular. Allí, lo mismo que en Singapur y Batavia se pueden ver muestras de todas las razas y trajes del antiguo mundo.

El Sr. Lytton llevó primero á Miguel á casa de uno de sus amigos, que vivía en la *punta de Malabar*, el barrio aristocrático y elegante de Bombay. La casa desaparecía en parte envuelta en la arboleda que la rodeaba.

El calor es sofocante en la calle, pero dentro de las habitaciones se conserva el fresco con ayuda de *pankas*, que son unos grandes abanicos suspendidos en el aire y que son puestos en movimiento por manos invisibles. Miguel se quedó maravillado, y al mismo tiempo lleno de confusión, al verse objeto de los cuidados de multitud de criados malayos, vestidos de blanco, que parecían salir como por encanto del suelo para ponerse á sus órdenes; sin embargo, se dió por satisfecho de haber podido visitar una de aquellas suntuosas moradas y dió gracias á su buena estrella por haberlo llevado allí.

En Bombay se levanta la gente muy temprano lo mismo que en Java. Así es que al despuntar el día siguiente, el Sr. Lytton se presentó con Miguel en casa del comerciante á quien quería recomendarlo, y habló con tanto elogio del joven, que éste fué admitido inmediatamente, en condiciones mucho más ventajosas de lo que podía esperar. Debía empezar su trabajo el día siguiente.

LXXXIV. — EL Sr. HALDECK.

Miguel formaba parte de un despacho cuyo jefe era un hombre de cuarenta años próximamente, rubio, grueso, de ojos claros y andar tardo, llamado Haldeck. Éste empezó por preguntar al joven en inglés su nombre y nacionalidad. Cuando el mu-

chacho contestó que era francés, natural de Milianah en Argelia y que se llamaba Miguel Móser, su jefe oyó la declaración con una risita.

Entonces cambió de idioma y dijo en francés con pronunciado acento alemán.

— ¿*Vrancés*, natural de Argeliani y sus *batres* (padres) nacieron también allí?

— No señor, eran alsacianos.

— Ah, ah, *elsacianes*, añadió el individuo con otra risita. Después de lo cual despidió á Miguel, encargando á un empleado de que lo pusiese al corriente del trabajo que debía hacer.

Á partir de entonces, cada vez que el jefe hablaba con nuestro joven, lo hacía en francés. Tenía la pretensión de hablar esta lengua tan bien ó mejor que los naturales del país, y siempre acompañaba sus discursos con una risita.

Miguel pensó al principio que el Sr. Haldeck tenía la deplorable manía de reirse siempre; pero no tardó en notar que esos accesos de hilaridad no los usaba más que con él. Nuestro joven tenía demasiada discreción para no sufrir con paciencia esta pequeña mortificación. Quizás había en su persona algo ridículo ó que parecía tal; así fué que resolvió hacer su cometido de tal modo que no pudieran decirle nada; pero ni aún así pudo poner término á la desagradable risita de su jefe, que acabó por hacérselo profundamente antipático. Además, Miguel no tardó en convencerse de que era un alemán, según había creído al oírle hablar, y esta circunstancia no podía contribuir á modificar su impresión.

En la misma oficina que el argelino trabajaba otro mozo, de poca más edad que él, llamado Frank, é hijo del Sr. Haldeck. Los dos jóvenes necesitaban hablarse con frecuencia para el trabajo. Frank, que era más antiguo en el despacho, debía indicar á su

compañero la manera de hacer ciertas cosas. Lo malo es que en tales casos, imitaba la risita de su padre y llamaba al otro « Señor *Vrancés*. » Miguel sentía hervirle la sangre ante la insolencia del hijo aun más que en presencia de la del padre, pero se esforzaba en contenerse.

LXXXV. — EXPLOSIÓN.

Esta aparente tranquilidad no parecía agradar á Frank; mientras más insensible parecía la víctima, más renovaba él sus ataques.

Sin embargo, un día Miguel, ya exasperado, le dijo :

— Señor mío, si quiere V. cuestiones conmigo, hace mal, pues no creo que esto haga adelantar el trabajo. Procuraré evitarlas en lo posible.

Esta sangre fría irritó á Frank.

— No me extraña, contestó con su risita acostumbrada; ya conocemos el valor de los franceses.

— Tienen tanto como los alemanes, replicó el joven alsaciano con animación.

— Ya se vió en 1870.

— ¿ Se atreve V. á decir que los alsacianos no hicieron cuanto era posible para no-ser alemanes?

— Ah, si todos nuestros soldados hubieran hecho lo que mi padre en Myrbach, replicó Frank, sus esfuerzos no hubiesen servido de gran cosa.

— ¿ En Myrbach? exclamó Miguel.

— Sí, fusilando sin piedad á cuantos campesinos tenían la audacia de defenderse.

— ¡ Fusilando!

— Parece que había allí, siguió diciendo el joven, un viejo y su hijo que no querían rendirse. ¡ Qué locura en dos hombres tratar de resistir á veinte! La cosa no duró mucho... El joven murió en la pelea

y el viejo... detrás de la casa... mi padre mandó el fusilamiento.

— ¡ En Myrbach! ¡ Un anciano fusilado...! ¡ De modo que su padre de V. fué quien asesinó á mi abuelo! gritó Miguel fuera de sí.

É iba á precipitarse sobre Frank, que continuaba riendo; pero otros dos empleados se interpusieron.

En este momento se abrió la puerta y apareció el Sr. Haldeck. Probablemente había llegado hasta su cuarto el ruido de la disputa y había adivinado la causa. Pareció muy contrariado y con un gesto de descontento, mandó á su hijo que pasara á su gabinete. Después se dirigió á Miguel con tono más suave que de costumbre y en que se notaba algún embarazo.

— Señor Móser, dijo, la guerra...

Pero el joven no estaba en situación de oír. Separando por la fuerza á los que querían detenerle, salió precipitadamente del despacho y de la casa, encaminándose á uno de los parques públicos de la ciudad.

Primero dió rienda suelta á su pena, aliviándose con un diluvio de lágrimas que dejó correr en libertad pues á aquella hora estaba el paseo desierto; pero después, la ira y la indignación lo dominaron, viniéndole á la mente proyectos de venganza. ¡ El asesino de su abuelo! ¡ Cuántas veces había oído que su padre lo maldecía!... ¡ La Providencia lo ponía frente á él; iba á poder vengar á su familia!

Sin embargo, poco á poco volvió á quedar en calma su espíritu. ¿ Qué podía hacer un joven como él? Con todo, comprendía que no le era posible volver á ver al hombre que derramara la sangre de los suyos. Así fué que resolvió no volver á la oficina. Hasta la idea de seguir en Bombay y de hallarse expuesto á encontrarse cara á cara con el alemán le

compañero la manera de hacer ciertas cosas. Lo malo es que en tales casos, imitaba la risita de su padre y llamaba al otro « Señor *Vrancés*. » Miguel sentía hervirle la sangre ante la insolencia del hijo aun más que en presencia de la del padre, pero se esforzaba en contenerse.

LXXXV. — EXPLOSIÓN.

Esta aparente tranquilidad no parecía agradar á Frank; mientras más insensible parecía la víctima, más renovaba él sus ataques.

Sin embargo, un día Miguel, ya exasperado, le dijo :

— Señor mío, si quiere V. cuestiones conmigo, hace mal, pues no creo que esto haga adelantar el trabajo. Procuraré evitarlas en lo posible.

Esta sangre fría irritó á Frank.

— No me extraña, contestó con su risita acostumbrada; ya conocemos el valor de los franceses.

— Tienen tanto como los alemanes, replicó el joven alsaciano con animación.

— Ya se vió en 1870.

— ¿ Se atreve V. á decir que los alsacianos no hicieron cuanto era posible para no-ser alemanes?

— Ah, si todos nuestros soldados hubieran hecho lo que mi padre en Myrbach, replicó Frank, sus esfuerzos no hubiesen servido de gran cosa.

— ¿ En Myrbach? exclamó Miguel.

— Sí, fusilando sin piedad á cuantos campesinos tenían la audacia de defenderse.

— ¡ Fusilando!

— Parece que había allí, siguió diciendo el joven, un viejo y su hijo que no querían rendirse. ¡ Qué locura en dos hombres tratar de resistir á veinte! La cosa no duró mucho... El joven murió en la pelea

y el viejo... detrás de la casa... mi padre mandó el fusilamiento.

— ¡ En Myrbach! ¡ Un anciano fusilado...! ¡ De modo que su padre de V. fué quien asesinó á mi abuelo! gritó Miguel fuera de sí.

É iba á precipitarse sobre Frank, que continuaba riendo; pero otros dos empleados se interpusieron.

En este momento se abrió la puerta y apareció el Sr. Haldeck. Probablemente había llegado hasta su cuarto el ruido de la disputa y había adivinado la causa. Pareció muy contrariado y con un gesto de descontento, mandó á su hijo que pasara á su gabinete. Después se dirigió á Miguel con tono más suave que de costumbre y en que se notaba algún embarazo.

— Señor Móser, dijo, la guerra...

Pero el joven no estaba en situación de oír. Separando por la fuerza á los que querían detenerle, salió precipitadamente del despacho y de la casa, encaminándose á uno de los parques públicos de la ciudad.

Primero dió rienda suelta á su pena, aliviándose con un diluvio de lágrimas que dejó correr en libertad pues á aquella hora estaba el paseo desierto; pero después, la ira y la indignación lo dominaron, viniéndole á la mente proyectos de venganza. ¡ El asesino de su abuelo! ¡ Cuántas veces había oído que su padre lo maldecía!... ¡ La Providencia lo ponía frente á él; iba á poder vengar á su familia!

Sin embargo, poco á poco volvió á quedar en calma su espíritu. ¿ Qué podía hacer un joven como él? Con todo, comprendía que no le era posible volver á ver al hombre que derramara la sangre de los suyos. Así fué que resolvió no volver á la oficina. Hasta la idea de seguir en Bombay y de hallarse expuesto á encontrarse cara á cara con el alemán le

pareció tan horrible que acabó por tomar un partido extremado, el de abandonar inmediatamente la capital.

Así fué que volviendo á la pequeña fonda donde se alojaba, pagó, reunió su modesto equipaje, y no queriendo respirar ni un día más el mismo aire que los dos alemanes, salió de Bombay.

LXXXVI. — SUEÑO INTERRUMPIDO.

Caminando siempre en línea recta salió al campo por un camino que ostentaba en sus bordes elevados tamarindos. Mientras andaba se decía : ¿ Qué voy á hacer ? ¿ Cómo me ganaré la vida ? Si no se hubiese marchado de Bombay, la cosa era fácil, pues aun cuando no hubiese encontrado un puesto tan lucrativo como el perdido no le habría faltado ocupación en una ciudad tan industrial. Mas, dada su repugnancia á volver, tenía que buscar otra cosa.

Paróse para reflexionar en la escalera ó escalinata de una pequeña pagoda derruida, que le proporcionaba un poco de frescura y sombra; pero el cansancio que en todo su ser habían producido el calor y la emoción lo sumieron en profundo sueño.

De pronto sin embargo le pareció que soñaba, pues oyó una voz que decía : « ¡ Qué bruto, qué majadero, qué imbécil ! » repitiendo la exclamación en media docena de idiomas distintos.

Miró y se encontró con un joven, cuyo traje parecía, como su idioma, compuesto de elementos de todos los pueblos de la tierra. El tal seguía exhalando su mal humor de mil distintos modos. Detrás de él se veía una máquina fotográfica.

— ¿ Qué quiere V. ? preguntó Miguel, medio dormido todavía.

— Pues hombre que se quite V. de ahí. ¿ No ve V.

que me está estorbando ? Vengo expresamente de Bombay para sacar la fotografía de esta pagoda y en la hora, en el momento preciso me lo encuentro instalado ahí... Y hace una hora que no hago más que pegar gritos.

— Lo siento, contestó Miguel levantándose rápidamente.

— Dispense V. mi brusquedad y mala crianza, replicó el extranjero al ver que no tenía delante un vagabundo; pero esta pagoda es tan bonita que hubiera sentido irme de Bombay sin llevarme su imagen.

— ¿ Se marcha V. de Bombay ?

— Sí, ya no tengo que hacer en la ciudad. He fotografiado los palacios más suntuosos, las pagodas más bellas y los puntos de vista más pintorescos. De aquí voy al camino de hierro de Calcuta, donde he dejado mis bagajes. Tengo la intención de ir directamente á *Elora*; allí existen famosos templos que deseo fotografiar.

Mientras decía esto, el joven acababa sus preparativos y colocaba su aparato; después metía la cabeza debajo de un velo negro, para poner *el objetivo en el foco*, esto es, á la distancia conveniente para que la pequeña pagoda pudiera proyectarse con claridad en el punto que iba á ocupar la *placa sensible*. Se da este nombre á una lámina de vidrio, cubierta de antemano de ciertas preparaciones que la hacen á propósito para recibir y conservar la imagen de los objetos que van á reflejarse en ella. Tomó una de esas placas, encerrada herméticamente en una especie de cajoncito, pues no ha de darle la luz, y la introdujo en el aparato; finalmente, retiró la tapadera que cerraba la abertura del objetivo y contó cierto número de segundos. Entonces, juzgando que este tiempo era suficiente para que la placa fuera

impresionada (recibido la imagen), cerró el objetivo y retiró de la máquina el cajoncito que contenía la placa.

— Espero que me habrá salido bien, dijo sentándose en las gradas de donde unos momentos antes había hecho quitarse á Miguel. Hubiera sido lástima que faltara este templo en mi colección.

Luego añadió :

— Si no me guarda V. rencor por mi falta de cortesía, venga á sentarse aquí, pues aun hace demasiado calor para abandonar el refugio que estos árboles nos ofrecen.

Fotografía. — Procedimiento mediante el cual se fija una imagen con ayuda de la luz.

Una de las piezas principales del aparato fotográfico es la *cámara oscura*. Llámase así una caja, completamente cerrada, en una de cuyas caras está incrustada una *lente* ó vidrio de aumento, parecido al de una linterna mágica, y en cuyo fondo van á pintarse los rayos después de atravesar la lente. La invención de la fotografía se debe á los franceses *Nicéforo Niepse* y á *Daguerre*. Los primeros resultados fotográficos fueron obtenidos por éste, que inventó la fotografía en placas metálicas que por ese motivo se llamaron *daguerreotypes*. Más tarde, el inglés *Talbot* inventó la fotografía en papel, única usada hoy, pero que exige una primera operación en placa de vidrio.

LXXXVII. — EL RELATO DEL RUSO. — EL CAUCASO.
LA PERSIA. — LA TARTARIA.

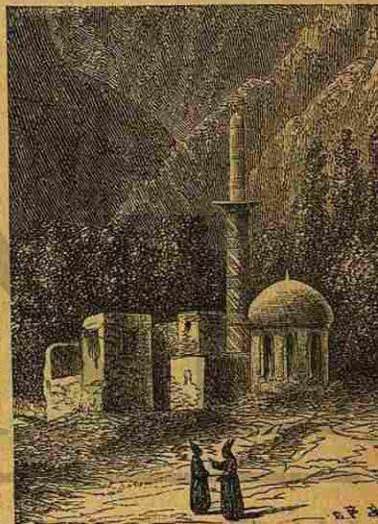
Miguel no se hizo de rogar y al cabo de diez minutos los dos jóvenes hablaban como si se hubiesen conocido toda la vida. Miguel sabía que su nuevo camarada era ruso y que había estudiado la pintura. Iván (este nombre es Juan pero se le pronuncia Iván por haber conservado su antigua ortografía) Iván Panicheff tenía sin embargo gustos aventureros y recorrió todo Rusia, hasta las orillas del Mar Carpio. Allí se reunió con una caravana y marchó á *Persia*, donde compró terciopelos, paños, armas de fuego, chales, ensencias de rosa, y tapices que reven-

dió con gran beneficio en *Samarcanda*, principal población de la Tartaria.

Samarcanda está actualmente unida con Europa por medio de un camino de hierro, cuya construcción ha sido un acto asombroso, tanto por la naturaleza del país, que no presentaba ningún recurso para los trabajadores, cuanto por la rapidez con que se le ha hecho ; pero cuando Iván llevó á cabo su expedición, el ferrocarril no existía aún.

El joven ruso visito después de esto Cabul y el Afganistán.

— Desde allí, prosiguió diciendo, penetré en el Indostán, tomando por el desfiladero que los ingleses llaman *paso de Peschaver* y que está cubierto de reductos fortificados.



Monumentos en Persia.

— ¿ Por qué ?

— Porque los ingleses temen que los rusos invadan la India, y si tal fuera el intento de mi emperador, es indudable que seguirían ese camino, que fué en otra época el de Alejandro el Grande; esta es la vía natural entre las montañas para ir del *Afghanistan* al *Indostán*. Repito, pues, que tomé por este paso y penetré en el delicioso valle de *Cachemira* ó de *Srinagar*, situado al pie del *Himalaya* y entre dos vertientes de éste.

Los montes Himalaya, cuyo nombre significa en lengua india *morada de la nieve y las heladas*, son las montañas más altas del globo. Forman una cordillera de dos mil quinientos kilómetros, que se extiende al norte del Indostán y separa esta región de *Tartaria* y de *China*. Su principal pico es el *Everest* ó *Gaurisankar*, que tiene ocho mil ochocientos cuarenta metros de altura. En esa cordillera nacen los grandes ríos de la India, de Indo-China y de China.

— La ciudad de Cachemira, que era en otro tiempo residencia veraniega del *Gran Mogol*, ve reflejarse en azulado lago sus blancos palacios y sus arboledas, añadió Iván. En el estío se disfruta allí de fresco delicioso, y los ríos que descienden de las montañas inmediatas conservan perpetuo verdor.



Gaurisankar.

En ese punto fabrican, con la sedosa lana de una *cabra del Tibet* esos tejidos llamados *cachemires*, que tan caros se venden entre nosotros. He visitado uno de los talleres en que los hacen; cuántos infelices trabajan porque una gran señora cubra sus hombros con un costoso cachemir! También es verdad que sin el capricho de la dama los obreros no tendrían ocupación.

— ¿Adónde fué V. después? preguntó Miguel.

— Á *Lahore*, en el *Pendjab*; al contemplar los magníficos monumentos de esa ciudad se me ocurrió dedicarme á tomar vistas fotográficas; esto me pareció preferible á pintar malos cuadros.

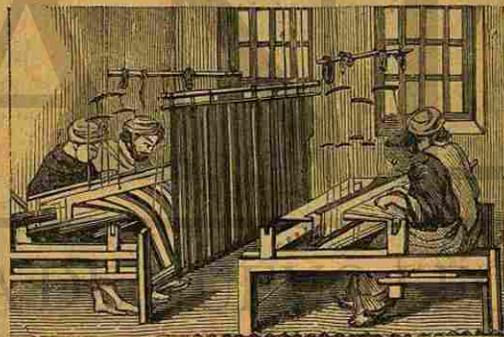
¡Qué ciudad! ¡Un cuento de hadas! El día de

mi llegada había gran fiesta y toda la gente estaba vestida de blanco y empolvada con polvos color de rosa. Esto no quita para que la ciudad sea muy industrial. Además de los chales, hacen allí hermosas alfombras, que compran en grandes cantidades los comerciantes de Europa y América.



Cabra del Tibet.

Tuve ocasión de ver la tumba de *Runjet Sing*, uno de los últimos reyes de *Lahore*, que con ayuda de un general francés logró extender su dominación



Obreros tejiendo cachemires.

á toda la provincia. Este sepulcro es uno de los monumentos más hermosos de la ciudad. Ya le enseñaré su vista fotográfica, así como otras que hice en *Amristar*, punto no muy distante de *Lahore*, en *Agra* y en *Delhi*.

LXXXVIII — DELHI. — LA REBELIÓN DE LOS CIPAYOS.

— La ciudad de *Delhi*, siguió diciendo el ruso que era muy locuaz y que estaba contentísimo de tener un auditorio, ha decaído mucho del esplendor que tuvo cuando era capital del Gran Mogol. Parece que entonces se componía de tres ciudades amuralladas que ocupaban espacio considerable y que contaban dos millones de habitantes. Entre otras muchas maravillas, había allí un palacio sostenido por mil columnas de mármol.

Hoy está derruido, como cuantos llenaban de orgullo á *Delhi*; pero esas ruinas presentan aún magnífico aspecto. Tales son las de la *Gran Mezquita*, la más bella de la India y las de la *mezquita de las Perlas*. La sala principal de la Gran Mezquita servía en las audiencias solemnes de los embajadores extranjeros y estaba adornada con mosaicos hechos por un artista francés, *Antonio de Burdeos*. Como cosas más notables se citan dos pavos reales de piedras preciosas, con la cola abierta, y que eran admirables. Esas aves formaban el espaldar del trono del Gran Mogol.

— ¿ Los ha visto Vd? preguntó Miguel.

— ¿ No; pero *Tavernier*, viajero francés de la época de Luis XIV los ha descrito. Estos dos riquísimos mosaicos fueron confiscados por *Nadir Schah*, rey de Persia, que invadió la India en 1740, apoderándose de *Delhi* donde reunió inmenso botín.

Delhi volvió á ser devastada en 1857, cuando la *rebelión de los cipayos*, de que tal vez ha oído V. hablar.

— No, contestó Miguel.

— Fué un acontecimiento terrible, que estuvo á

punto de acabar con la dominación inglesa en la India.

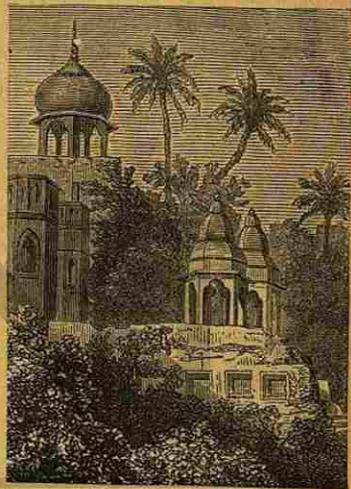
La Gran Bretaña podía creer desde 1858 que su imperio en esta península estaba definitivamente consolidado; parte del país le pertenecía, y el resto se hallaba en manos de soberanos tributarios, que apenas tenían sombra de autoridad. Así las cosas, quiso el gobernador general de la India anexionar injustamente el reino de *Uda*, uno de esos estados, en 1857.

Inmediatamente se alzaron en armas los *cipayos*; dase este nombre á las tropas indígenas que forman parte del ejército inglés.

— ¿ Como en Francia, donde se llama *turcos* á los árabes que figuran en el ejército?

— Exactamente.

Los rebeldes se apoderaron de *Delhi*, mataron á multitud de europeos y saquearon sus establecimientos. El movimiento estalló á la vez en toda la península; en los más distantes puntos se rebelaron las tropas indígenas y asesinaron á los ingleses que por su reducido número no pudieron defenderse eficazmente. Poco á poco se organizó sin embargo la resistencia. Los ingleses volvieron á tomar *Delhi*; después de dos meses de sitio y un bombardeo de seis días. No obstante esto, la sublevación duró dos años más.



Pagoda indostánica.

LXXXIX. — EL OPIO.

— Al salir de Delhi, siguió diciendo Iván, tomé el camino de hierro hasta *Bombay*, parándome cada vez que era necesario, sea para sacar vistas, sea para fijar las pruebas y mandarlas á *Moscow*, donde las han acogido muy bien.

He atravesado parte del *Radjeputana* y del *Marwar*, Estados tributarios cubiertos de bosques y de campos de arroz, de trigo, de tabaco, añil y caña dulce; pero cuyo principal venero de riqueza es el opio. Desde allí expiden á China é Indo-China grandes cantidades de este artículo.



Fumadores de opio.

— ¿ Por qué lleva el opio ese camino con preferencia á otros cuando los boticarios del mundo entero lo venden y los médicos

lo recetan? preguntó Miguel.

Porque en China se usa el opio, no para curar las enfermedades, sino para sumirse en una especie de embriaguez, análoga á la que provocan el vino, el aguardiente y el tabaco; pero mucho más funesta todavía, por ser el opio un veneno violento.

— ¿ Y cómo es que lo venden? replicó Miguel; el emperador chino debería prohibir que lo introduzcan en sus Estados, á no ser como medicamento.

— Ha hecho todo lo posible para evitarlo; pero lo han obligado á conceder entrada libre á dicha mercancía.

— ¿ Lo han obligado? ¿ Quién?

— Los ingleses, que tenían interés en ello. El terreno y el clima de la India son extremadamente á propósito para el cultivo de la adormidera, y á los ingleses les parecía duro no sacar partido de estas condiciones, cuando la afición de los chinos les proporcionaba excelente mercado. Así pues, continuaron llevando opio á China, sin hacer caso de las órdenes de su soberano; entonces el gobierno de éste tomó medidas severas. Los europeos que habitaban en el puerto de Cantón fueron presos y amenazados de muerte, si no entregaban sus cargamentos de opio. La Gran Bretaña declaró la guerra y China tuvo que ceder.

XC. — ¡ ADIÓS LA ROPA!

— Me parece muy mal la conducta de los ingleses, dijo Miguel.

— Lo mismo creo yo, replicó Iván; pero dejando esto á un lado, pongámonos en camino, que se hace tarde. — Pero, añadió ¿ dónde está mi chaquetón?

El joven se lo había quitado, dejándolo en el suelo con su sombrero, para trabajar con más comodidad, y por más que buscaba en torno suyo, no lo descubría.

— Allí está, gritó Miguel.

El ruso miró en la dirección indicada y vió en lo alto de la pagoda un cuerpo que hacía muecas y que llevaba puestos su chaquetá y su sombrero.

— Ah miserable ladrón; dame mi ropa, pedazo de pillo, dijo el ruso.

El pedazo de pillo era un mono que no se daba por aludido y que se contoneaba en lo alto del templo, muy satisfecho de sí mismo al parecer. Nuestros amigos trataron de hacerle entregar los

mencionados objetos ya con palabras suaves, ya amenazándolo y al fin, viendo que no conseguían nada empezaron á arrojarle piedras, ramas y cuanto pudieron encontrar; pero el condenado parecía reirse de ellos.

— Tenemos que andar con cuidado, no vayamos á matarlo, dijo Iván, pues todos los animales, nocivos ó no, son sagrados para los indios. Evitémonos algún disgusto... Sin embargo, no puedo irme como estoy.

Miguel recordó de pronto el medio empleado por Zimbo, en una circunstancia análoga. Así que vió que el mono lo miraba, se quitó vivamente su chaqueta y su sombrero y los tiró con fuerza al suelo. Inmediatamente el machango lo imitó para echárselas de hombre, y antes de que el ruso se hubiera dado cuenta de las cosas, caían los objetos á sus pies.

— ¡Qué buena idea ha tenido usted! gritó Iván riendo á carcajadas, mientras se vestía; sin ella, no sé cómo me las hubiera gobernado.

Le debó un cirio pascual.

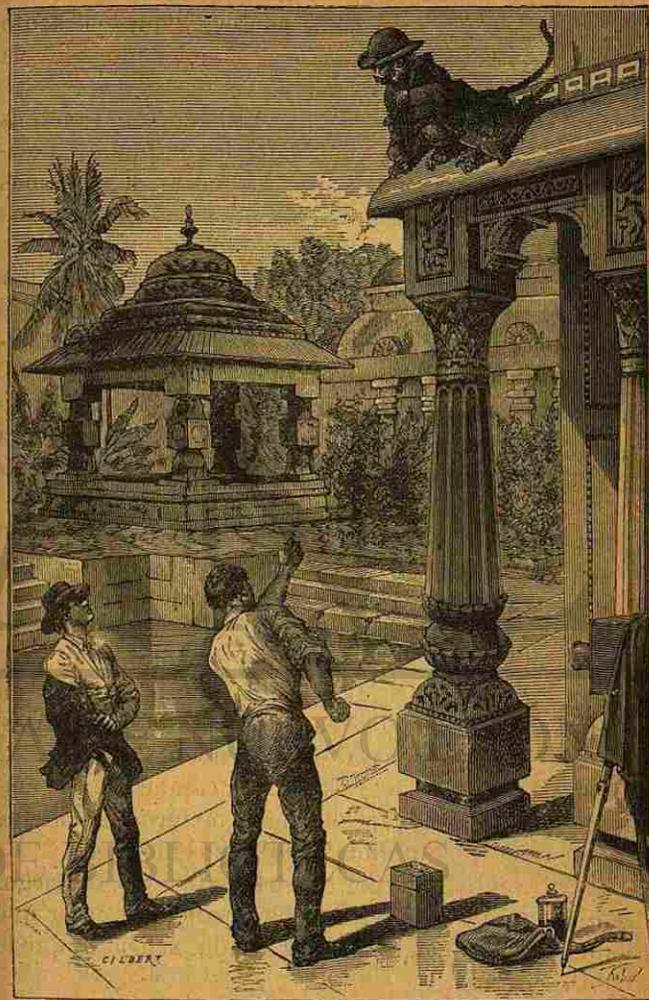
— ¿Y V. se vuelve á Bombay? añadió.

— No, contestó Miguel; espero encontrar un *bungalow* (albergue costado por el gobierno inglés) no lejos de aquí y pasar en él la noche.

— ¿Por qué no regresa V. á la capital?... Sin embargo, continuó Iván, no debo meterme en lo que no me importa. Sin duda tiene V. sus motivos.

— Sí, replicó Miguel con tristeza. — Pero luego, temiendo que no fuera su compañero á creer que había cometido alguna mala acción, refirió lo que le había ocurrido.

Tiene V. razón, contestó Iván y en su lugar habría hecho yo otro tanto. Pero se queda sin empleo... Pues bien, véngase V. conmigo; trabajare-



¡Adiós la ropa!

mos en sacar mis vistas. Muchas veces he pensado buscar un auxiliar, pero hasta hoy no había encontrado sino ingleses, y ya sabe V. que ellos y los rusos se llevan como perro y gato.

— ¿Por qué?

— Porque, según le he dicho antes, los ingleses tienen la idea de que los rusos desean penetrar en el Indostán y destruir su imperio asiático; pero dejemos esto. ¿Quiere V. venir conmigo? Le aseguro que ganaremos bien nuestra vida. A menudo tengo que dejar de hacer muchas cosas porque me falta una persona que me ayude. ¿Acepta V.?

En la posición de Miguel era demasiado ventajosa la proposición para rechazarla. Así fué que una hora después, ambos amigos se encontraban instalados en un pequeño *bungalow*, y al rayar el alba de la mañana siguiente, tomaban el tren que debía conducirlos á *Elora*.

XCI. — ELORA. — UN TEMPLO DE UNA SOLA PIEDRA.

Como *Elora* está situada á cierta distancia de la estación, los dos jóvenes alquilaron una de las pequeñas carretas tiradas por bueyes, que se usan en el país, y fueron á visitar los templos derruidos que son célebres en toda la India. Iván quería tomar vistas de ellos.

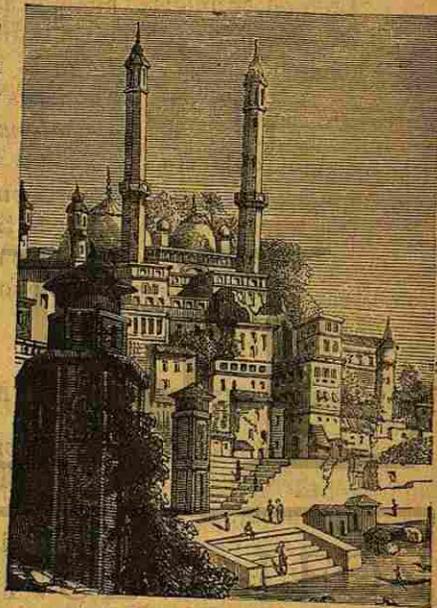
— ¡Cuánta piedra ha habido que reunir aquí! exclamó Miguel al llegar, cuando un guía los llevó delante de un edificio de figura piramidal truncada, y que no obstante los estragos del tiempo conservaba aún imponente majestad.

— En mi país preguntan en broma, contestó Iván, cuántas escaleras se necesitarían para ir de la tierra á la luna, y la respuesta es que basta una con tal de que tenga tamaño suficiente. Lo mismo

pasa aquí. Ha bastado una piedra para construir este edificio y los que están en torno suyo. La piedra era de tamaño suficiente.

— ¡Una piedra! ¡Nada más que una! dijo Miguel. ¿Cómo se explica?

— Todos los templos de *Elora* son *monolíticos*, esto es, trabajados en un solo trozo de piedra, trozo que es la montaña misma, la cual ha sido tallada, vaciada, excavada, esculpida, cincelada. No sólo se han practicado en ella subterráneos, sino que se han practicado además esas anchas vías á cielo abierto que separan unos de otros los templos. Ha sido prodigioso lo que ha habido que



Un palacio de la India.

extraer de piedra; nosotros no vemos sino parte de esas construcciones, que se extienden tres ó cuatro kilómetros debajo de la montaña.

Más admirable todavía que la magnitud de esos edificios es su belleza. Mirad esas hileras de animales fantásticos, elefantes, leones, tigres, agrupados en diversas actitudes y que parecen sostener estas murallas. Es prodigiosa la manera como esos balcones, esos pabellones y esos obeliscos han sido tallados. En esa

mos en sacar mis vistas. Muchas veces he pensado buscar un auxiliar, pero hasta hoy no había encontrado sino ingleses, y ya sabe V. que ellos y los rusos se llevan como perro y gato.

— ¿Por qué?

— Porque, según le he dicho antes, los ingleses tienen la idea de que los rusos desean penetrar en el Indostán y destruir su imperio asiático; pero dejemos esto. ¿Quiere V. venir conmigo? Le aseguro que ganaremos bien nuestra vida. A menudo tengo que dejar de hacer muchas cosas porque me falta una persona que me ayude. ¿Acepta V.?

En la posición de Miguel era demasiado ventajosa la proposición para rechazarla. Así fué que una hora después, ambos amigos se encontraban instalados en un pequeño *bungalow*, y al rayar el alba de la mañana siguiente, tomaban el tren que debía conducirlos á *Elora*.

XCI. — ELORA. — UN TEMPLO DE UNA SOLA PIEDRA.

Como *Elora* está situada á cierta distancia de la estación, los dos jóvenes alquilaron una de las pequeñas carretas tiradas por bueyes, que se usan en el país, y fueron á visitar los templos derruidos que son célebres en toda la India. Iván quería tomar vistas de ellos.

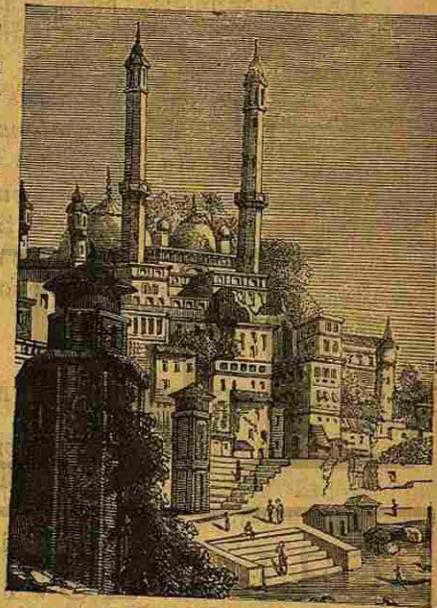
— ¡Cuánta piedra ha habido que reunir aquí! exclamó Miguel al llegar, cuando un guía los llevó delante de un edificio de figura piramidal truncada, y que no obstante los estragos del tiempo conservaba aún imponente majestad.

— En mi país preguntan en broma, contestó Iván, cuántas escaleras se necesitarían para ir de la tierra á la luna, y la respuesta es que basta una con tal de que tenga tamaño suficiente. Lo mismo

pasa aquí. Ha bastado una piedra para construir este edificio y los que están en torno suyo. La piedra era de tamaño suficiente.

— ¡Una piedra! ¡Nada más que una! dijo Miguel. ¿Cómo se explica?

— Todos los templos de *Elora* son *monolíticos*, esto es, trabajados en un solo trozo de piedra, trozo que es la montaña misma, la cual ha sido tallada, vaciada, excavada, esculpida, cincelada. No sólo se han practicado en ella subterráneos, sino que se han practicado además esas anchas vías á cielo abierto que separan unos de otros los templos. Ha sido prodigioso lo que ha habido que



Un palacio de la India.

extraer de piedra; nosotros no vemos sino parte de esas construcciones, que se extienden tres ó cuatro kilómetros debajo de la montaña.

Más admirable todavía que la magnitud de esos edificios es su belleza. Mirad esas hileras de animales fantásticos, elefantes, leones, tigres, agrupados en diversas actitudes y que parecen sostener estas murallas. Es prodigiosa la manera como esos balcones, esos pabellones y esos obeliscos han sido tallados. En esa

inmensidad de columnas no hay dos que se parezcan.

Mientras hablaba así, Iván examinaba las ruinas con entusiasmo, extasiándose, deteniéndose de tiempo en tiempo para admirar un detalle de las esculturas ó un efecto de luz en las sombrías bóvedas.

— ¡Cuando se piensa, añadió, que estos no son los únicos templos que hay en la India, que existen otros tan bellos ó casi tanto en la isla de *Elefanta*, cerca de Bombay, en la montaña de *Adjanta*, en *Gwalior*, en *Karli*, en *Mahabalipur*, y que además el país estaba cubierto de pagodas y palacios á cual más espléndido! Hay ciudades, como *Djudpur*, que cuentan cuatrocientos y *Benarés* tiene más de mil.

Sin embargo, como no había ido á Elora sólo para admirar, acabó por disponerse á fotografiar el frontis principal.

XCL. — EN EL SUBTERRÁNEO. — EL HILO DE ARIADNA.

La admiración de Iván por las *construcciones búdicas* (consagradas á *Buda*, ídolo indio) estuvo á punto de serle funesta.

Una vez que terminó sus operaciones fotográficas, dejó que Miguel arreglara el material, y penetró solo en los subterráneos. Cuando quiso salir, no encontró el camino. Notando su error, quiso volver sobre sus pasos; pero, según sucede casi siempre en tales ocasiones, al querer acercarse á la entrada penetró más y más en las galerías; al fin comprendió con espanto que se había extraviado. Llamó, pero sólo le contestó el eco de las bóvedas profundas mezclado con unos ruidos confusos que le parecieron producidos por un torrente ó por el viento que penetraba en las cavernas.

Lleno de perplejidad y muy inquieto, se paró sin

saber hacia donde ir. La oscuridad era profunda; sacó su caja de fósforos y encendió uno. La claridad le permitió ver, sentado en el fondo de un nicho, un personaje que su imaginación sobrecitada le hizo tomar primero por un ser vivo; pero antes de que la cerilla se apagara, reconoció una estatua de *Buda*. También se pudo dar cuenta de que el subterráneo penetraba hasta interminables profundidades. Al mismo tiempo observó el ruido singular que notara antes y que parecía acercarse. ¿Qué sería?

Encendió otro fósforo para no verse expuesto á caer en alguna grieta ó á chocar contra una columna, y penetró en una especie de galería que tenía delante. Al cabo de unos minutos chocó con la pared de la roca; prendió otra cerilla, pero la tentativa para ponerse en camino resultó nuevamente infructuosa. Así gastó toda la caja.



Por fin recordó que llevaba encima un pequeño revólver, arma necesaria en los viajes cuando se va solo, pero que en la India no se necesita, á lo menos contra los naturales del país, pues los blancos son demasiado respetados para que se atrevan á causarles el menor daño.

Sacólo y disparó un tiro, pensando que si bien no habian oído su voz, quizás oirían la sonora del arma. El ruido de la detonación se prolongó por las bóvedas, repercutiendo en cada columna; pero después quedó todo oscuro y silencioso. El ruido que había notado antes, cesó en el momento del tiro; pero

no tardaron en reproducirse más vivos que antes y el pobre muchacho creyó reconocer los terribles aullidos del tigre.

No obstante el escaso resultado de su primera tentativa, hizo otro disparo y escuchó después con ansiedad.

Al cabo de algunos momentos, distinguió sonidos distantes y hasta creyó que pronunciaban su nombre. Un momento más y no le quedó duda.

« ¡ Iván, Iván ! » decía la voz.

— Miguel, Miguel ¿ es V. ? gritó el ruso.

— Sí, tenga V. paciencia ; pero siga hablando para que su voz pueda guiarme en estas infinitas galerías.

Era efectivamente Miguel, quien al terminar su tarea había ido en busca de Iván, no tardando en observar que su compañero se había perdido. Llamólo con todas sus fuerzas varias veces, yendo de acá para allá lleno de mortal inquietud, cuando oyó el primer disparo. Contestó con voces que no llegaron hasta donde estaba el ruso, y ya iba á lanzarse dentro del laberinto, á riesgo de enterrarse también vivo allí, cuando se le ocurrió un medio de desandar su camino.

— Ay, amigo, dijo el ruso, cuando después de mil vueltas y revueltas llegó Miguel á su encuentro y buscó en la oscuridad sus manos ; ya había perdido la esperanza de salir de aquí ; pero alabado sea Dios, V. ha venido á salvarme.

— Cójase V. del faldón de mi saco, contestó Miguel después de dar un caloroso apretón de manos á su amigo, y vayamos despacio, á fin de no chocar con los pilares y piedras que cierran el camino.

Así lo hicieron ; Miguel parecía guiarse en aquellos sombríos corredores como si los hubiese conocido perfectamente.

Al cabo de un cuarto de hora que le pareció interminable, el ruso lanzó un suspiro de satisfacción al distinguir un resplandor que anunciaba la salida.

— ¿ Cómo ha podido dirigirse V. en estos subterráneos ? preguntó á Miguel después de abrazarlo.

— Aquí está mi secreto, contestó éste enseñándole la extremidad de una pelota de hilo atado de una roca. He recordado como V. ve la mitología y la historia del *Laberinto*.

— Me ha prestado V., contestó Iván, un gran servicio, y van dos. Sin su idea habría perecido en el subterráneo.

— No, contestó modestamente el argelino, los guías están con unos viajeros en otra parte de las ruinas. Yo hubiera ido á buscarlos y de seguro habríamos acabado por dar con V.

— Ó con mis huesos, resto de la comida que los tigres habrían hecho conmigo, pues aquellos terribles aullidos...

Iván tenía razón, según dijeron los guías un poco más tarde : el singular ruido que había oído eran los rugidos de un tigre hembra y de sus pequeñuelos, que tenían su guarida en uno de los subterráneos inmediatos.

— Probablemente, añadió el guía, habrían acabado por descubrir algún camino para ir á dar con V.

Esta circunstancia estrechó mucho la naciente amistad de nuestros dos jóvenes.

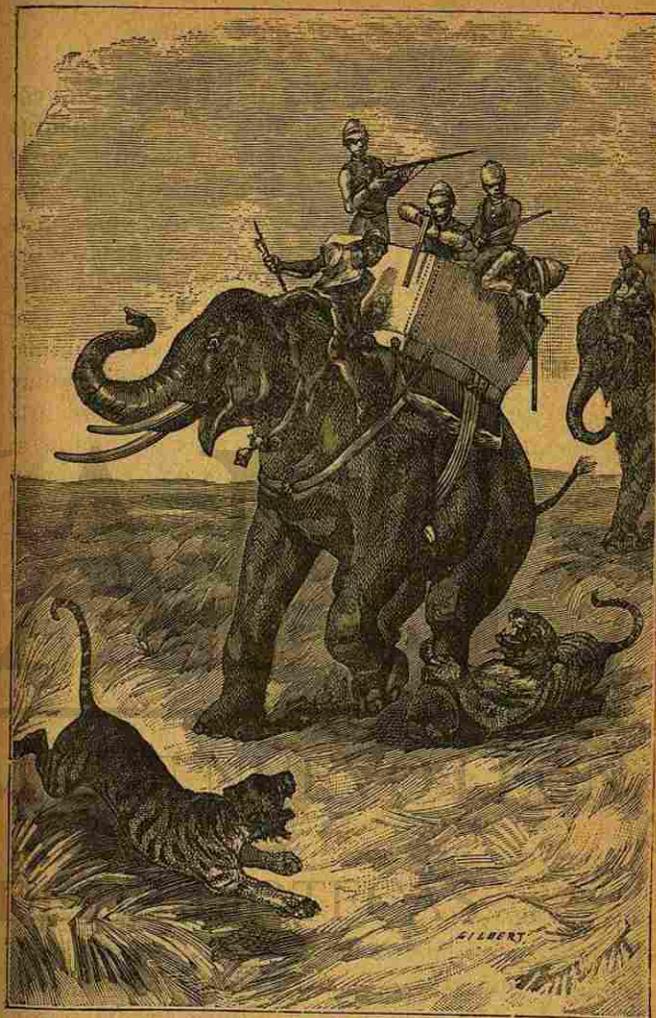
El *Laberinto* de Creta de que habla la mitología era una combinación de corredores y galerías practicadas en la roca, donde estaba encerrado un monstruo llamado el *Minotauro*. Un héroe griego, Teseo, penetró allí para dar muerte al monstruo, *Ariadna*, hija del rey de Creta, le dió una madeja de hilo para que pudiese ir marcando su camino en aquellos subterráneos.

XCHH. — LAS PLAGAS DE LA INDIA.

— Las plagas de la India son el hambre, el cólera, los tornados, las serpientes y los tigres, decía Iván á Miguel poco después, cuando se dirigían al camino de hierro. Aquí los llaman los *devoradores de hombres*, y no sin motivo, pues se comen unas seis mil personas el año. Los oficiales ingleses organizan de tiempo en tiempo grandes batidas contra ellos. Con ayuda de los indígenas y montados en elefantes bien amaestrados, atacan al feroz animal hasta en sus guaridas. Aunque el elefante no es muy valiente que digamos, no teme al tigre; pero esta cacería es sumamente peligrosa para los hombres. En Bombay he visto yo un coronel que había perdido un brazo en una expedición de este género, en que murió además uno de sus compañeros. Cazaron durante un mes con veinte elefantes y lograron matar quince tigres.

— Comprendo, contestó Miguel, los estragos que pueden causar los tigres y las serpientes; pero ¿cómo creer que el hambre pueda conocerse en un país tan fértil?

— Sin embargo, así es y sus efectos son terribles. Á veces ocurre que los ardores del sol secan las mieses de toda una región y el hambre causa la muerte, no ya de miles, sino de millones de personas. Así ocurrió en 1877. Después venían el cólera, el tifus y la peste á completar la obra de la carestía. En las costas lo más terrible son los ciclones. Unos cuantos minutos bastan para que se desencadenen los vientos; el mar sube á alturas prodigiosas y cubre toda la llanura, llevándose las habitaciones y los habitantes. Hace pocos años se formó uno de estos tornados en el *Hugly*, brazo del Ganges que



Cacería del tigre en la India.

sirve de puerto á Calcuta, destruyó ciento cincuenta navios y maló veinte mil hombres.

El camino de hierro se dirigía hacia el nordeste, siguiendo el cauce profundo del *Nerbuddah* ó *Narmadah*, uno de los principales ríos de la India. En las partes pantanosas se descubrían entre los cañaverales las grandes cabezas negras de los búfalos, que se ocultaban en el agua cuando pasaba el tren.

Aquellas soledades estaban pobladas en otro tiempo por el toro salvaje, el *yack*, el *hemión*, el *zebú*, el *cervitillo*, el antilope *nilgó*, el ciervo *axis*, cuya piel es muy bonita por estar cubierta de puntos blancos; pero dichos animales han retrocedido ante la civilización, retirándose hacia las montañas del *Himalaya*.

Por fortuna, los pavos reales no los han imitado y continúan formando numerosas manadas en los bosques de la India. Nada divertía tanto á Miguel como ver á esas magnificas aves contoneándose en los claros de la selva y en más de una ocasión hubiera querido detenerse para admirarlos.

Yack. — Cuadrúpedo parecido al buey, pero más pequeño. Tiene cuernos análogos á los de éste y una densa melena blanquecina y lanosa, que llega hasta el suelo y que suministra lana ordinaria. Su cola recuerda la del caballo. En Francia han empezado á aclimatarlo.

Hemión. — Hermoso cuadrúpedo, parecido en parte al asno y en parte al caballo; su pelo es corto y lustroso, gris claro en el lomo y blanco en el vientre, su crin es negruzca. Corre con mucha rapidez.

Zebú. — Otro cuadrúpedo análogo al buey, con dos jorobas de sebo en la cruz; los hay grandes y pequeños. Unos tienen cuernos y otros no.

Cervitillo. — Especie de pequeño corzo sin cuernos, muy montaraz y ágil, que se encuentra en las montañas del Himalaya, en el Tibet y Tartaria. Produce el *almizcle*, substancia aromática empleada en medicina y en perfumería, y que siempre ha sido objeto de importante comercio en Asia, pues los habitantes de esa parte del mundo gustan mucho de los perfumes.

XCIV. — TRABAJADORES CUADRÚPEDOS. — LAS ESTATUAS VIVAS.

También se veían de cuando en cuando algunos elefantes, pero todos ellos domesticados, pues los salvajes han abandonado esas regiones. Sirven de animales de carga y de silla á los habitantes ricos; nuestros amigos veían desfilar con frecuencia, al atravesar un bosque de bambúes, por debajo de las bóvedas de verdura que sus troncos formaban al



Rajah de viaje.

enlazarse, ó por las aguas tranquilas de una laguna poco profunda, bandas de elefantes que llevaban tres ó cuatro personas cada uno. Un hombre sentado en el cuello del animal lo guía; las demás van sentadas en una especie de plataforma colocada en el lomo. Así vieron á más de un *rajah* (príncipe) que iba á hacer sus devociones en algún templo famoso, pues en la India abundan los sitios de peregrinación y desde muy lejos acuden á visitarlos.

Una vez que iban al camino de hierro, nuestros viajeros vieron una docena de estos animales que iban y venían de la vía férrea á un depósito situado un poco más lejos y en que había elevadas pilas de maderos y tablones. Andaban en fila, uno detrás de otro, parándose por momentos para ponerse de nuevo en movimiento. « ¿ Qué harán? » se preguntaron á un tiempo los dos amigos.

La explicación de este hecho singular no fué difícil. Los elefantes descargaban un tren de madera; con sus trompas cogían los maderos en los vagones y los llevaban al depósito, colocándolos unos encima de otros con la mayor regularidad.

— Esos animales llenarían de vergüenza á muchos hombres, dijo Miguel, lleno de admiración al ver lo serio de su continente, el cuidado, destreza y rapidez con que cumplían su cometido. Diríase que tienen idea de lo que mi padre llamaba la *dignidad del trabajo*.

— Por mi parte, contestó Iván, admiro la idea que han tenido aquí de utilizar los servicios de estos animales. En otro tiempo los llevaban á la guerra; ahora los emplean en la paz, cosa mucho más racional.

Se ha llegado á educar los elefantes de tal modo que ejecutan determinados trabajos. Comprende la voz y el gesto de su *cornac*, esto es, de su conductor; sabe echarse de rodillas para que éste suba con más facilidad á colocarse en su cuello, que es el mejor sitio; y se carga á sí mismo con los objetos que debe llevar. Se puede uncirlo en carros, y en tiempo de guerra es muy útil para el transporte de la artillería, aunque el ruido de las armas de fuego le llena de espanto. Se calcula que presta tantos servicios como seis caballos; en los mercados de la India lo estiman mucho, y cada elefante vale centenares de pesos.

Estos paquidermos viven reunidos en grandes manadas en los bosques del Himalaya. Se les coge de diferentes modos. Lo más frecuente es que un centenar de hombres con algunos elefantes ya domesticados, organicen una batida; los elefantes salvajes, perseguidos y asustados por los tiros, son dirigidos hacia un recinto de estacas terminado en una especie de corredor tan estrecho que el animal no puede volverse, sistema análogo al que usan en sus cacerías los naturales del Africa meridional.

Otro método consiste en abrir cerca de los sitios donde los elefantes van á beber, grandes zanjas cubiertas de ramas, que el peso de su cuerpo rompe. El animal cae en la fosa, cuya profundidad no le permite salir por sí solo. A menudo sucede que este sistema es causa de heridas y roturas de miembros, por lo cual el gobierno de la India lo ha prohibido.

De tiempo en tiempo nuestros viajeros se bajaban del tren para tomar vistas, pues en la India abundan los monumentos curiosos é interesantes. Las ciudades, villas y aldeas que encontraban eran todas muy populosas y parecían llenas de animación.

Nuestros fotógrafos reproducían cada vez que la ocasión se presentaba estas escenas de la vida real, á la vez que los monumentos y los paisajes.

Miguel se había puesto pronto al corriente, con tanta mayor facilidad cuanto que al viajar por el África del sur había ayudado en operaciones análogas al Sr. Berton. Una vez, hallándose en los alrededores de *Narsinhpur*, dispuso su aparato delante de un pequeño templo, muy bien conservado, cuya entrada tenía como adorno unas estatuas admirables por su expresión y su vida, que representaban hombres medio dormidos, sentados en cuclillas, con la cabeza levantada, los cabellos en desorden y la mirada fija en el vacío. ¿ De qué eran, de metal, de piedra ó de mármol?

Acercóse para verlo y ¡ oh sorpresa! eran hombres, verdaderos hombres, seres vivos, religiosos indostánicos, fakires. Permanecían completamente inmóviles, bajo los rayos de un sol abrasador, con el rostro cubierto por una especie de máscara hecha con polvo y ceniza, sin que ni en su cuerpo ni en su rostro se notase el menor movimiento que anunciara la respiración. Así pasan días enteros sin comer, conservando la misma posición y sin fijarse en nada de lo que ocurre en torno suyo.

XCV. — BENARÉS. — CHANDERNAGOR. — CALCUTA.

Los viajeros llegaron á *Benarés*, la ciudad santa, que se extiende formando un gran semicírculo, á orillas del *Ganges*, el río sagrado. La religión de los indostánicos les manda que se bañen frecuentemente en sus aguas para lavar sus culpas y purificarse.

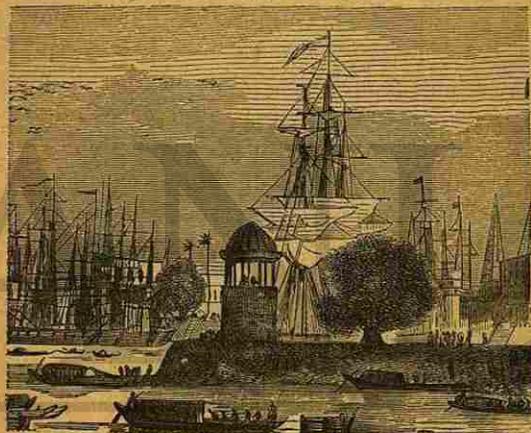
El sol acaba de salir, iluminando con sus dorados reflejos las cúpulas y pirámides de los templos que se destacan sobre el cielo. En toda la longitud de la ciudad, es decir, por espacio de varios kilómetros, hay á la orilla del río unas escaleras (*ghatts*) de altos peldaños, muy pendientes y desiguales, que están siempre cubiertas de hombres, mujeres y niños vestidos de modos diversos. Son éstos los peregrinos que de las más apartadas regiones de la India van á *Benarés* para bañarse en el *Ganges*. Al efecto penetran en el agua varias veces y luego se sientan en la escalinata para secarse, permaneciendo allí hasta que el ardor del sol les obliga á retirarse.

Nuestros amigos debían tener mucho que hacer en una ciudad que contiene más de mil setecientos templos ó mezquitas, sin contar los palacios. Sin embargo, las calles están tan llenas de hombres y animales, de camellos, asnos, bueyes y caballos, que les fué muy difícil en más de una ocasión colocar su aparato de modo conveniente; además, los habitantes, que son muy fanáticos, no veían siempre con gusto á los jóvenes convirtiendo á sus templos en simples objetos de curiosidad; así fué que en más de una ocasión tuvieron que renunciar á tomar vistas de monumentos notables.

Poco tiempo después, continuaron su viaje y pasaron el *Sona*, uno de los afluentes del *Ganges*, por

un puente de un kilómetro de largo, que es una de las obras públicas modernas más notables; se dirigían á *Chandernagor*.

Esta ciudad ha decaído mucho del esplendor que tuvo cuando *Dupleix* quiso convertirla en capital de un imperio francés en la India. Entonces entraban en su puerto centenares de buques; pero el brazo del río en que *Chandernagor* está se ha ensanchado, cegándose el puerto. Sin embargo, la población es



Calcuta.

bonita gracias á las palmeras y bosquecillos que la rodean, y entre los cuales quedan ruinas de monumentos, restos de su esplendor.

Calcuta, la capital del imperio inglés en la India que nuestros amigos visitaron después, tiene casi tanta población y comercio como *Bombay*. Rodéanla grandes plantíos de *caña dulce*, de *yute* y de *ajonjolí* ó *sésamo*. Aquí no se encontraban ya las pagodas y palacios encantados, de techos multicolores, cúpulas redondeadas y esbeltas flechas; sino como en las

plazas fuertes modernas, castillos, bastiones, reducidos, defendidos por cañones que dirigen hacia todos los puntos del horizonte sus negras y amenazadoras bocas; llamaban además la atención algunas construcciones á la europea, como el palacio del virrey y otras que extienden á lo largo de los muelles sus blancas columnatas, y por encima de las cuales se alzan las torres y campanarios de las iglesias.

Sésamo ó ajonjolí. — Planta oleaginosa cultivada en todo oriente. El aceite que se extrae de su semilla puede compararse con el de olivo y sirve para la cocina y la mesa.

Yute. — Planta herbácea que da filamentos empleados como materia textil. Se empieza á sacar mucho partido de ella.

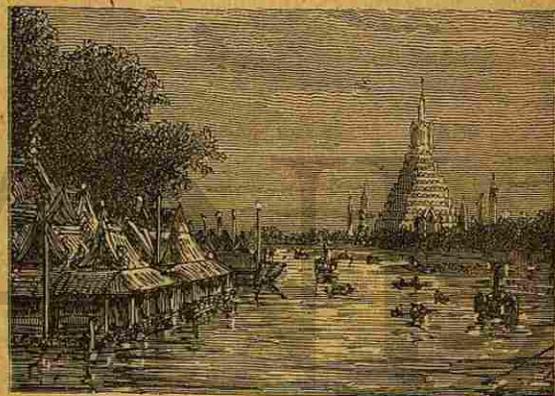
XCVI. — BANGKOK.

— Aquí no tenemos nada que hacer, dijo al día siguiente Iván después de un paseo que dió por Calcuta, mientras Miguel iba á ver si le daban algunas noticias sobre el Sr. Lytton. Primeramente, parece que hay cólera y que la gente se muere como moscas, sobre todo los forasteros; no veo motivo para exponernos á tenerlo. Además, los monumentos, sin dejar de ser bellos, no tienen carácter. Creo que debemos ir á *Bangkok*, capital del reino de *Siam*, ciudad según parece muy original, donde no faltan edificios. Allí tendremos que hacer.

Miguel no tenía tampoco motivos para desear permanecer en Calcuta, tanto más cuanto que no había encontrado al Sr. Lytton, que estaba ausente hacia tiempo para asuntos del servicio público; pero la vida errante que llevaba hacia dos meses con el joven ruso no le agradaba más que á medias y deseaba ocupación más estable. Así fué que acogió sin gran entusiasmo la proposición de ir á *Bangkok*.

— Hace V. mal en vacilar, le dijo Iván. Oiga lo que dice un librito que acabo de comprar :

« La ciudad de *Bangkok* se extiende en parte sobre un magnífico río, el *Meinam*, muy ancho en ese punto y en parte sobre la tierra firme. Nada más extraordinario para la vista que la multitud de techos de singulares formas, las cúpulas superpuestas, las pirámides doradas, los campanarios, las agujas cubiertas de lozas esmaltadas y multicolores ó de cristales resplandecientes que hay en *Bangkok*. Estos edificios se extienden entre bosquecillos sobre



Bangkok.

que se alzan los elegantes penachos de las palmeras y de los cocoteros. La ciudad está cruzada por numerosos canales que hacen de ella una *Venecia oriental*, y el principal medio de circulación son las piraguas.

» Entre las cosas extraordinarias que se ven en ella hay un *Buda* del tamaño de un hombre, de oro macizo, cuya cabeza está formada según cuentan por una sola esmeralda.

» En una de las pagodas hay otro *Buda* de cincuenta metros revestido de oro finísimo.

» Los templos están al cuidado de unos sacerdotes llamados talapuinos, que llevan largos trajes amarillos y, como signo de dignidad, abanicos de hojas de palmera. »

— ¿No desea V. ver tantas maravillas? preguntó Iván poniendo fin á su lectura.

— Sí, pero siga V. leyendo, contestó Miguel que miraba por encima del hombro de su compañero.

« Por desgracia, en torno de esos suntuosos edificios reina la más repugnante suciedad: en el lodo se refocilan bandas de perros vagabundos, de gansos y cerdos y hay barrios que exhalan olor nauseabundo. »

— Es apetitoso, añadió el argelino riéndose.

— ¿Qué importa esto cuando se viaja? contestó su compañero. Además, oiga V. lo que dice el libro sobre las cuadras.

— ¿Cuadras?

— Sí.

« No contienen caballos, sino elefantes domesticados, educados para la guerra y que hacen en consecuencia el ejercicio; hace cincuenta ó sesenta años hubo hasta seis mil de estos animales en los dos ejércitos combatientes. »

— Ya hemos visto elefantes trabajando, replicó Miguel, cosa tan interesante como el ejercicio.

« También hay elefantes blancos, siguió leyendo el joven ruso, sin que la visible indiferencia de Miguel le desconcertase. Estos animales son sumamente raros. En el reino de Siam creen que en sus cuerpos se ha alojado el alma de un gran rey y les tributan honras extraordinarias. Tienen rentas, y los días de fiesta llevan, como los grandes personajes, quitasoles de muchas varillas. Cuando el viajero francés Dumont d'Urville visitó esas cuadras, contenían seis elefantes blancos. Cada uno ocupaba un establo se-

parado y tenía diez mozos á su servicio. Los colmillos de los machos estaban adornados con campanillas de oro y en lo alto de la cabeza ostentaban una redecilla de mallas de perlas. »

— ¿No le gustaría ver esos animales? agregó Iván, parándose otra vez.

— Nosotros no somos almirantes, como Dumont d'Urville, contestó riéndose Miguel, y es de temer que no nos enseñen esas curiosidades. Por esto prefiero ir á Saigón, colonia francesa, donde espero encontrar ocupación.

— Iré yo solo, pero esto no impedirá que nos digamos adiós como buenos amigos, dijo Iván tendiendo su mano á Miguel, que la estrechó cordialmente.

XCVII. — SAIGÓN Y LA COCHINCHINA.

Saigón es la capital de la parte del *Cambodge* que se llama en la actualidad *Conchinchina francesa*.

Este reino, formaba antiguamente parte del imperio de *Annam*, lo mismo que el *Tonkín*.

Á fines del siglo XVIII fueron á Cochinchina unos oficiales franceses, contratados por el emperador annamita de entonces, instruyeron y disciplinaron el ejército del país, construyeron castillos en *Hué*, en *Saigón* y el *Tonkín*, crearon fábricas de cañones, y ayudaron al soberano á librarse de sus enemigos.

Mucho más tarde ocurrió que unos cristianos que habitaban el *Annam* fueron perseguidos por las autoridades, y el gobierno francés mandó barcos de guerra á exigir satisfacción. Uno de ellos, el *Catinat*, se apoderó de las fortalezas de *Turán*, cerca de *Hué* y obligó al emperador *Tu-Duc*, que reinaba entonces, á pedir la paz y abandonar á Francia tres provincias

» Los templos están al cuidado de unos sacerdotes llamados talapuinos, que llevan largos trajes amarillos y, como signo de dignidad, abanicos de hojas de palmera. »

— ¿No desea V. ver tantas maravillas? preguntó Iván poniendo fin á su lectura.

— Sí, pero siga V. leyendo, contestó Miguel que miraba por encima del hombro de su compañero.

« Por desgracia, en torno de esos suntuosos edificios reina la más repugnante suciedad: en el lodo se refocilan bandas de perros vagabundos, de gansos y cerdos y hay barrios que exhalan olor nauseabundo. »

— Es apetitoso, añadió el argelino riéndose.

— ¿Qué importa esto cuando se viaja? contestó su compañero. Además, oiga V. lo que dice el libro sobre las cuadras.

— ¿Cuadras?

— Sí.

« No contienen caballos, sino elefantes domesticados, educados para la guerra y que hacen en consecuencia el ejercicio; hace cincuenta ó sesenta años hubo hasta seis mil de estos animales en los dos ejércitos combatientes. »

— Ya hemos visto elefantes trabajando, replicó Miguel, cosa tan interesante como el ejercicio.

« También hay elefantes blancos, siguió leyendo el joven ruso, sin que la visible indiferencia de Miguel le desconcertase. Estos animales son sumamente raros. En el reino de Siam creen que en sus cuerpos se ha alojado el alma de un gran rey y les tributan honras extraordinarias. Tienen rentas, y los días de fiesta llevan, como los grandes personajes, quitasoles de muchas varillas. Cuando el viajero francés Dumont d'Urville visitó esas cuadras, contenían seis elefantes blancos. Cada uno ocupaba un establo se-

parado y tenía diez mozos á su servicio. Los colmillos de los machos estaban adornados con campanillas de oro y en lo alto de la cabeza ostentaban una redecilla de mallas de perlas. »

— ¿No le gustaría ver esos animales? agregó Iván, parándose otra vez.

— Nosotros no somos almirantes, como Dumont d'Urville, contestó riéndose Miguel, y es de temer que no nos enseñen esas curiosidades. Por esto prefiero ir á Saigón, colonia francesa, donde espero encontrar ocupación.

— Iré yo solo, pero esto no impedirá que nos digamos adiós como buenos amigos, dijo Iván tendiendo su mano á Miguel, que la estrechó cordialmente.

XCVII. — SAIGÓN Y LA COCHINCHINA.

Saigón es la capital de la parte del *Cambodge* que se llama en la actualidad *Conchinchina francesa*.

Este reino, formaba antiguamente parte del imperio de *Annam*, lo mismo que el *Tonkín*.

Á fines del siglo XVIII fueron á Cochinchina unos oficiales franceses, contratados por el emperador annamita de entonces, instruyeron y disciplinaron el ejército del país, construyeron castillos en *Hué*, en *Saigón* y el *Tonkín*, crearon fábricas de cañones, y ayudaron al soberano á librarse de sus enemigos.

Mucho más tarde ocurrió que unos cristianos que habitaban el *Annam* fueron perseguidos por las autoridades, y el gobierno francés mandó barcos de guerra á exigir satisfacción. Uno de ellos, el *Catinat*, se apoderó de las fortalezas de *Turán*, cerca de *Hué* y obligó al emperador *Tu-Duc*, que reinaba entonces, á pedir la paz y abandonar á Francia tres provincias

del *Cambodge* y además la *isla de Poulo Condor*, situada á escasa distancia de la tierra. El gobierno asiático no cumplió y andando el tiempo los franceses lo obligaron á cederles tres provincias más.

Las seis reunidas forman la *Conchinchina francesa*.

Saigón está situada á orillas de un río de no gran caudal que está unido por medio de un canal con otro inmenso, el *Mekong* que baja de las montañas del *Tibet*, atraviesa la *Indo-China* con distintos nombres y va á desembocar en el mar Amarillo.

Dicha capital era ya en el siglo último una ciudad muy poblada y mercantil, y se la consideraba como uno de los graneros del *Annam*.



Monumento á orillas del Mekong.

Está situada efectivamente en una llanura muy fértil, que da sobre todo mucho *arroz*, alimento principal de los habitantes del *Annam*, de la India y de la China; en su puerto caben número considerable de buques.

Si Miguel hubiese pasado por *Saigón* veinte y cinco años antes, su vista y su olfato habrían experimentado las mismas sensaciones que, según la noticia de Iván, son comunes y corrientes en ciertos barrios de *Bangkok*. En *Saigón* se encontraban efectivamente los sitios más malsanos y asquerosos de la tierra. La ciudad estaba rodeada de pantanos que hacían muy peligroso habitarla; pero la administración francesa ha secado esas lagunas y ha abierto anchas avenidas plantadas de árboles, para reemplazar las estrechas é infectas callejuelas.

Esto no impide que la capital de *Cochinchina* siga

siendo muy pintoresca, gracias á las embarcaciones que llenan el río, á sus casitas blancas sostenidas por pies derechos y á la abigarrada multitud que se agolpa en las calles y muelles.



Aldea á orillas del Mekong.

Exploración del Mekong. — Hace unos veinte años, el gobierno francés mandó una expedición científica, dirigida por el comandante *Lagrée*, á reconocer el curso del *Mekong*. Esta expedición, de que formaba parte el teniente *Francisco Garnier*, tenía encargo de subir río arriba para ver si todo él es navegable, lo cual hubiese dado gran importancia á la colonia de *Conchinchina*. Desgraciadamente no se reconoció sino la parte del *Mekong* donde abundan las *raudas* y las cascadas. La expedición duró dos años y pasó trabajos tales que su jefe murió sin volver á Francia. Entonces se descubrieron ruinas de monumentos magníficos, prueba cierta de que esas regiones, hoy casi salvajes, fueron habitadas en otro tiempo por pueblos muy adelantados.

XCVIII. — NUEVO EMPLEO.

Todo el mundo sabe cuán difícil es encontrar trabajo en una ciudad donde no se conoce á nadie; y Miguel, que llevaba allí varios días ya, seguía sin ocupación, cuando al pasar una mañana por el barrio europeo, leyó casualmente un anuncio redactado en español, que decía.

« Una familia de Manila desea para viajar, un in-

térprete que sepa el español, el francés, el inglés y el alemán. »

— Esto me conviene, pensó Miguel.

Apresuróse á ir á la fonda indicada en el anuncio, y lo presentaron á la Señora Rodríguez de Vega, que empezó por someterlo á un ligero examen con el fin de ver si sabía el español.

Miguel no había ovidado por suerte suya, nada de lo que aprendiera siendo niño. Además, en sus viajes por mar y en Bombay tuvo diversas ocasiones de hablar español; gracias á esto, salió victorioso de la prueba.

Entonces la señora Rodríguez llamó al encargado de la fonda, que sabía francés é inglés y, con ayuda de unas palabras francesas que ella conocía, le rogó que examinase al joven. Miguel contestó satisfactoriamente y al instante fué aceptado.

El Sr. Rodríguez de la Vega tenía en Manila un buen empleo, en la fábrica real de cigarros allí establecida, donde trabajan doce mil obreros. El y su mujer habían ido á Saigón á esperar á su hijo Pedro, joven de doce años, que llegaba de Europa.

El niño había vivido hasta entonces en Madrid para hacer sus estudios, bajo la custodia de su abuelo; pero habiendo muerto éste, el Sr. Vega mandó buscar á su hijo. Al llegar á Saigón nuestro pequeño viajero, donde debía embarcarse para Manila, cayó enfermo. Los médicos declararon que había sido muy imprudente hacerlo salir de Europa en aquella época del año (empezaba Junio y el calor era extremado) y aconsejaron que lo sacaran de Saigón apenas estuviera en situación de soportar el viaje. No era posible que volviera á España; pero sí enviarlo á pasar el verano más al Norte, en *Shang-hai*, ciudad de China ó en *Yokohama*, capital del *Japón*, y esperar un tiempo más propicio para lle-

varlo á Manila, con objeto de que escapase á los peligros de la aclimatación.

El Sr. Vega consideró muy prudente el consejo; pero como tenía que volver á Manila para sus negocios, quedó convenido que el niño viajaría solo en compañía de su mamá y que el padre iría á buscarlos donde estuviesen al fin de la temporada.

Por desgracia, el buque de la compañía francesa de las *Mensajerías marítimas* que hace el servicio entre *Marsella* y *Shang-hai* con escala en Saigón, había pasado dos días antes; el siguiente debía tardar quince días más. Así fué que la Sra. de Vega se decidió á embarcarse en un pequeño barco que salía al día siguiente para *Hai-pong* puerto del *Tonkín*, donde le sería fácil pasar á *Hong-kong* primero y á *Shang-hai* después.

El preceptor de Pedro, joven muy instruído que lo había acompañado hasta Saigón, se puso á su vez enfermo, de tal gravedad que no se podía pensar en embarcarlo. Entonces la señora de Vega, después de tomar las medidas necesarias para que el maestro de su hijo no careciese de nada, tuvo que buscar alguien que lo sustituyese, por lo menos en parte de su cometido, esto es, en la que consistía en servir de intérprete en los puntos donde se parasen.

XCIX. — EL TONKÍN.

Entre los pasajeros del *Donai* (nombre del río que pasa por Saigón, y también del buque en que tomó pasaje la familia española) iba un sargento encargado de custodiar una suma importante que el gobernador de la *Cochinchina francesa* mandaba al comandante de la fortaleza de *Hanoi*, capital del *Tonkín*, destinada al pago de la guarnición.

El *Tonkín* es una colonia francesa, y su conquista

ha exigido una guerra reciente que duró varios años.

El sargento estuvo en ella y hablaba gustoso de sus recuerdos.

Resumiremos el pequeño resumen histórico que hizo de la campaña en sus conversaciones con Miguel y Pedro.



Pabellones negros.

El *Tonkin* formó primeramente parte del *Imperio chino*; después se constituyó en reino independiente hasta 1802, época en que se apoderó de su territorio el *emperador de Annam*.

Lo atraviesa un río llamado *Song-koi* ó *río Colorado*.

En 1872, un comerciante francés, el Sr. *Dupuis*, que residía desde años atrás en *Han-keu*, punto de la *China meridional*, tuvo la idea de abrir al comercio europeo la navegación de ese río. El Sr. *Dupuis* obtuvo del gobierno francés un pequeño barco, y con otros cuatro que compró en *Hong-kong*, bajó el *Song-koi* y lo volvió á subir para conven-

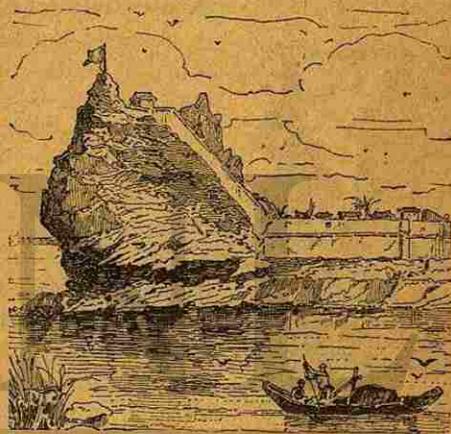
cerse de que era navegable en todo su curso. Parecía lícito esperar que el *Tonkin* iba á poseer una nueva vía navegable, que permitiría sacar partido de sus riquezas tanto mineras como de otra clase, abundantes en las provincias del norte; pero esto no convenía á los *mandarines annamitas* que gobernaban el país en nombre de su emperador y que sa-

caban el jugo al pueblo haciéndole pagar impuestos injustos.

Habiéndose aliado con los *Pabellones Negros* que, expulsados del *Celeste Imperio*, se habían refugiado en el *Tonkin*, al mando de su jefe *Luh-Vinn-Fuoc*, trataron de oponerse á los proyectos del Sr. *Dupuis*, y atacaron *Hanoi*, que el lugarteniente del negociante defendía. Fueron rechazados.

Al año siguiente, el gobierno francés mandó al

teniente de navío *Francisco Garnier*, el mismo que había tomado parte en la expedición del *Mekong*, para que ocupase *Hanoi*, de nuevo en poder de los annamitas. *Garnier* tomó la ciudadela de dicha ciudad, y



Fortaleza de Nin-binh.

las de *Nin-binh*, *Hai-dzuong* y *Nam-dinh* en veinte días; pero los mandarines lo atrajeron á una emboscada, con pretexto de tratar de la paz y lo asesinaron.

Nueve ó diez años más tarde, en 1882, el capitán de navío *Enrique Rivière* pasó á su vez al *Tonkin* y murió allí también por traición. Lo reemplazó el general *Bouet*, comandante de la división naval de *Saigón*.

En este momento, los franceses tenían que habérselas, no sólo con *Tu-Duc*, emperador de *Annam*,

sino también con los chinos cuyo apoyo solicitó éste y que se lo habían concedido, por no convenirles la vecindad europea.

— Lo que debía hacer penosa esa guerra, añadió el sargento, no era el valor ni el número de los enemigos, sino la naturaleza del terreno en que había que combatir.

Allí todo se vuelve *arrozales*, llanuras inundadas, cortadas por canales, atravesadas por estrechos diques por donde no puede pasar la artillería. El ter-



Combate en los arrozales.

reno es tan blando y húmedo que los cañones se hundían en él como en manteca. Los caballos no podían moverse en suelo semejante. Para transportar los cañones era preciso que los hombres los arrastraran, con el agua y el lodo hasta media pierna en ocasiones. Las calenturas y la disentería atacaron á los soldados, y no hay valor que pueda luchar con las enfermedades. ¡Qué tormentos pasaron! Sin embargo, se logró tomar Sontay. Los generales *Brière de l'Isle* y *Négrier* izaron más tarde su bandera en los miradores de *Bac-ninh* y de *Hong-hoa*, arrojando de estas ciudadelas á los chinos.

Al mismo tiempo, una escuadra francesa mandada por el almirante *Courbet* destruía los barcos chinos y el arsenal de *Fu-tcheu*, ocupando las *islas Pesca-*

dores, situadas en el estrecho de *Formosa*, entre esta isla y China.

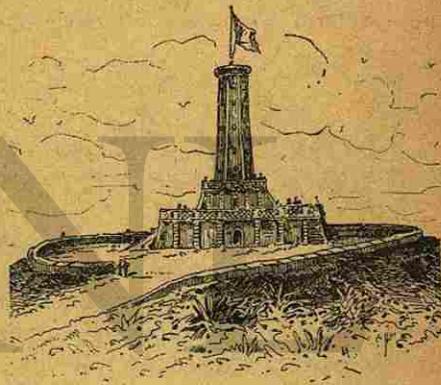
El gobierno de Pekín no es guerrero y deseaba la paz vivamente. La primera vez fracasaron las negociaciones por causa de su deslealtad; pero se las continuó el año siguiente y al fin se firmó en *Tientsin*, cerca de *Pekín*, un tratado que terminó la lucha.

Actualmente Francia posee el Tonkín, teniendo que combatir sólo al clima que no tiene nada de salubre; pero

poco á poco ocurrirá allí lo que en Saigón. Los trabajos de saneamiento ejecutados por la administración francesa mejorarán ese estado de cosas. Á la vez que la suciedad, irá desapareciendo la miseria, y con ellas las enfermedades de que son causa.

¡Cuántas riquezas dará en cambio ese país! ¿Qué falta en él? Las montañas contienen *hierro*, *plata*, *cobre*, *antimonio* (metal que se emplea en la fabricación de letras de imprenta) y *Kaolín* ó tierra para porcelana. En los bosques abundan los más preciosos árboles, el *teck*, el *bambú*; en la llanura el *arroz*, el *algodón*, el *maíz* y los *frutos* más diversos.

Miguel traducía fielmente á Pedro lo que éste no comprendía bien en las relaciones del sargento.



Mirador de Sontay.

— Ahora me sé el Tonkin de memoria, decía el pequeño español, y el país me interesará mucho más aún cuando lo recorramos.

En efecto, Pedro manifestó casi tanta alegría como Miguel al ver flotando en los castillos y edificios de *Hai-fong* la bandera francesa.

C. — EN SAMPANG.

— Cuando desembarqué aquí por primera vez, dijo el sargento cuando el *Donai* penetraba en el brazo del río *Colorado*, en cuya desembocadura se encuentra *Hai-fong*, no había ahí sino un grupo de chozas de caña, con techos de hoja llamados *pajotas*. La única



Sampang.

casa europea era la *Concesión francesa*: se daba este nombre á los edificios construidos en el territorio *concedido* á Francia, con permiso de establecerse en él; pero, según ven Vds., en los últimos diez años se han construido aquí algunas lindas habitaciones blancas, cubiertas de tejas caladas, al estilo chino. En cada viaje que hago (y este es el séptimo) descubro algunas más. Dentro de otros diez años nadie conocerá esto.

Al llegar á *Hai-fong*, los viajeros se embarcaron en un *sampang* para ir á *Hanoi*, que se encuentra río arriba un poco más lejos, pues el *Donai* no debía pasar de *Hai-fong*.

Los *sampang*s son unos barcos planos, cubiertos con una especie de toldo como las tartanas. Los dirigen dos hombres, que permanecen en pie y que llevan en la cabeza unos sombreros de goma laca

análogos á una bandeja ó fuente vuelta hacia abajo. Algunos de esos barcos sirven de habitación á sus propietarios, que pasan allí la vida en compañía de sus perros, de sus gallinas y cerdos, cuando son bastante ricos para tenerlos.

El que había tomado la familia Vega era guiado por un annamita y su mujer, ambos de pequeña estatura, de color amarillento, y ojos oblicuos, repugnantes de aspecto, á fuerza de abusar del *betel*.

Se da este nombre á una planta cuyas hojas mastican los habitantes de Conchinchina. Su sabor es tan acre, que para suavizarlo, le añaden cal y otra sustancia vegetal, llamada *nuez de areca*, formando así una droga horrible que todos los habitantes de Indo China, hombres, mujeres y hasta las niñas tienen constantemente en la boca: su acción sobre las encías y los labios convierte á la boca en un agujero negro ensangrentado. Aunque Miguel y sus dos compañeros hubiesen visto ya en Saigón gentes que masticaban betel, no podían fijar la vista sin horror y repugnancia en los que se entregaban á esta deplorable práctica, y miraban más bien á los chiquitines que jugaban con sus peonzas ó trompos en el fondo de la barca. Según parece, este es un juego universal.

En efecto, tan feos son los annamitas llegados á la edad de hombre, como bonitos los niños. Sus cabezitas redondas están afeitadas, con excepción de una pequeña borla que les dejan en la coronilla, y que con frecuencia adornan con guirnaldas de flores blancas.

CI. — HANOI. — EL BAMBÚ. — EL MERCADO.

En la travesía por el río Colorado, desde *Hai-fong* hasta *Hanoi*, pudieron Miguel y Pedro darse cuenta

de los obstáculos de que había hablado el sargento. Todo se volvía arrozales medio sumergidos y cruzados por canales infinitos, que desde la expedición franco española de Cochinchina llaman *arroyos*. No hay caminos, sino á lo más, estrechos senderos que se reúnen por medio de ligeros puentes de bambú.

Aunque los edificios de Hanoi no tienen nada de notable, la ciudad está bien construída, con piedra y ladrillos; el empedrado de las calles es de mármol; hay hermosos paseos, y un dique de mampostería la protege contra las inundaciones.

Además, en ella se cultivan las artes, las letras y la industria, y allí se fabrican muebles esculpidos é *incrustaciones*.

Incrustación. — Se da este nombre á un trabajo de adorno que consiste en ahondar una superficie cualquiera, para introducir en vez de las partes quitadas, una materia diferente, que forma dibujos sobre la primera.

— Hanoi es un pequeño París, dijo el sargento, que se había encargado de los dos muchachos mientras la madre de Pedro descansaba en el hotel.

— ¡Cuánto chino, cuánto chino! exclamó el pequeño español, viendo el número considerable de personas de larga trenza que se paseaban por las calles.

— Sí, hay muchos; á pesar de lo grande que es



Castillo de Hanoi.

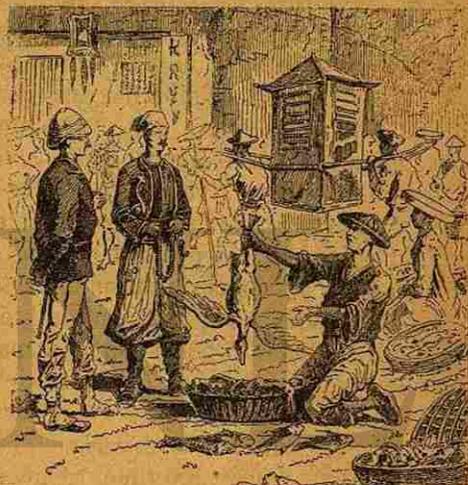
el Celeste Imperio, pues ocupa casi la cuarta parte de Asia, parece que sus ciudadanos no tienen bastante. Todo lo invaden y en Manila verá V. tantos como aquí. Los mejores negocios están en sus manos, y precisa reconocer que entienden el comercio y la industria superiormente, sobre todo mejor que los tonkineses. No es que éstos sean perezosos, pero se limitan á cultivar los jardines, que les dan cuanto les hace falta, incluso el betel, de que no pueden prescindir. En los arroyos encuentran pesca abundante, y el bambú, la providencia del Asia meridional,

les suministra habitación, muebles, utensilios, instrumentos y hasta armas defensivas.

— ¿Armas defensivas? preguntó Pedro.

— Ya lo creo. Hacen empalizadas con las cañas de bambú que están erizadas de fuertes espinas, por lo cual constituyen excelentes trincheras, en que los chinos nos han presentado muchas veces vivísima resistencia.

Bambú. — Planta que se produce en las regiones cálidas y húmedas de la India, de la Cochinchina y de la China. Sirve para la construcción de casas y muebles. Con su corteza se hacen techos y cestos; los chinos la emplean para fabricar papel, se la exporta en



El mercado de Hanoi.

grandes cantidades para Europa, donde la emplean en ebanistería. Es uno de los vegetales más útiles que se conocen.

Era día de mercado en Hanoi. Al atravesar la plaza donde se celebra, el joven español se fijó en multitud de frutos que Miguel conocía ya por haberlos visto en los países tropicales, pero que eran nuevos para Pedro. Eran *jaques*, *chirimoyos*, *man-gostas*, *pamplenas*. Hubo que comer de todo. ¡Qué frescura, qué aroma, qué delicada pulpa! ¡Y las legumbres! Cuantas en los climas europeos suceden según la estación del año, estaban reunidos allí al mismo tiempo, con profusión y abundancia desconocidos en Europa. El agua se venía á la boca. Pero había otras cosas que nuestros mozos no miraban sin repugnancia, los gusanos de seda fritos, los pulpos secos, los pedazos de huevo duro confitados en cal y las colas de caimanes. Otra cosa que los divertía mucho era la cantidad de piezas de moneda annamita que era preciso *enhebrar* para comprar la menor cosa. La palabra que conviene es efectivamente ésta pues los *sapeques* (nombre de dicha moneda) son de zinc, con un agujero en medio, y los enhebran en un hilo de junco. Se necesitan 600 para formar una *ligadura*, esto es, *veinte centavos*, treinta sapeques por cada uno.

Pero esta moneda no va á tardar en desaparecer, lo mismo que el *tael*, otra moneda usada en Annam y que vale siete francos trece céntimos. Pronto usarán allí la moneda de Francia, más fácil de contar y de transportar.

Al día siguiente se hacía á la vela para *Hong-kong* un pequeño buque de vapor, la *Gaviota*; había que andar de prisa para no perderla. Fué necesario volver á tomar el sampang, con alegría de Pedro, aunque no de su madre, pues la embarcación es incómoda. Cuando llegaron al puerto, la *Gaviota* iba á

hacerse al mar. Nuestros amigos no tuvieron tiempo más que para decir un cariñoso adiós al buen sargento y embarcarse de prisa.

CH. — EN LA « GAVIOTA ». — EL TIFÓN.

La rada está llena de numerosos champanes chinos y annamitas, de puntas subidas á manera de media luna, cuerdas y velas hechas con fibras de corteza de bambú: además, se ven algunos buques de vapor en que ondea el pabellón amarillo triangular del Celeste Imperio. Entre ellos circulan multitud de embarcaciones menores.

— La primera vez que vine aquí, dijo el segundo del barco á los dos jóvenes, estaba la bahía infestada de *piratas*. Los bandidos tenían barcos que sabían dirigir perfectamente y paraban á cuantos buques de escaso porte pasaban por aquí. Era preciso tener siempre cargado un cañón y sobre todo no dormirse.

— ¿Y ahora? preguntó Pedro.

— Ahora no, pues los franceses han dado á esos ladrones caza asidua, destruyendo sus guaridas en las costas, quemando sus barcos y ejecutando en Hanoi á sus jefes. Actualmente este mar es libre.

La *Gaviota* era un *barco mixto*, es decir, que podía andar sirviéndose del vapor y de la vela. Como el viento era favorable, el capitán lo aprovechó para ahorrar carbón. El buque hizo vela hacia el sur para doblar la isla de *Hainán*, por ser demasiado peligroso el estrecho que la separa de China.

Así pasaron las *islas Paraceles*, poniendo luego rumbo al norte, á fin de penetrar en la desembocadura del *rio de Cantón*, donde está situado *Hong-kong*, cuando de pronto se oyó en las velas un ruido seco. El capitán las miró y examinó además el ho-

grandes cantidades para Europa, donde la emplean en ebanistería. Es uno de los vegetales más útiles que se conocen.

Era día de mercado en Hanoi. Al atravesar la plaza donde se celebra, el joven español se fijó en multitud de frutos que Miguel conocía ya por haberlos visto en los países tropicales, pero que eran nuevos para Pedro. Eran *jaques*, *chirimoyos*, *man-gostas*, *pamplenas*. Hubo que comer de todo. ¡Qué frescura, qué aroma, qué delicada pulpa! ¡Y las legumbres! Cuantas en los climas europeos suceden según la estación del año, estaban reunidos allí al mismo tiempo, con profusión y abundancia desconocidos en Europa. El agua se venía á la boca. Pero había otras cosas que nuestros mozos no miraban sin repugnancia, los gusanos de seda fritos, los pulpos secos, los pedazos de huevo duro confitados en cal y las colas de caimanes. Otra cosa que los divertía mucho era la cantidad de piezas de moneda annamita que era preciso *enhebrar* para comprar la menor cosa. La palabra que conviene es efectivamente ésta pues los *sapeques* (nombre de dicha moneda) son de zinc, con un agujero en medio, y los enhebran en un hilo de junco. Se necesitan 600 para formar una *ligadura*, esto es, *veinte centavos*, treinta sapeques por cada uno.

Pero esta moneda no va á tardar en desaparecer, lo mismo que el *tael*, otra moneda usada en Annam y que vale siete francos trece céntimos. Pronto usarán allí la moneda de Francia, más fácil de contar y de transportar.

Al día siguiente se hacía á la vela para *Hong-kong* un pequeño buque de vapor, la *Gaviota*; había que andar de prisa para no perderla. Fué necesario volver á tomar el sampang, con alegría de Pedro, aunque no de su madre, pues la embarcación es incómoda. Cuando llegaron al puerto, la *Gaviota* iba á

hacerse al mar. Nuestros amigos no tuvieron tiempo más que para decir un cariñoso adiós al buen sargento y embarcarse de prisa.

CH. — EN LA « GAVIOTA ». — EL TIFÓN.

La rada está llena de numerosos champanes chinos y annamitas, de puntas subidas á manera de media luna, cuerdas y velas hechas con fibras de corteza de bambú: además, se ven algunos buques de vapor en que ondea el pabellón amarillo triangular del Celeste Imperio. Entre ellos circulan multitud de embarcaciones menores.

— La primera vez que vine aquí, dijo el segundo del barco á los dos jóvenes, estaba la bahía infestada de *piratas*. Los bandidos tenían barcos que sabían dirigir perfectamente y paraban á cuantos buques de escaso porte pasaban por aquí. Era preciso tener siempre cargado un cañón y sobre todo no dormirse.

— ¿Y ahora? preguntó Pedro.

— Ahora no, pues los franceses han dado á esos ladrones caza asidua, destruyendo sus guaridas en las costas, quemando sus barcos y ejecutando en Hanoi á sus jefes. Actualmente este mar es libre.

La *Gaviota* era un *barco mixto*, es decir, que podía andar sirviéndose del vapor y de la vela. Como el viento era favorable, el capitán lo aprovechó para ahorrar carbón. El buque hizo vela hacia el sur para doblar la isla de *Hainán*, por ser demasiado peligroso el estrecho que la separa de China.

Así pasaron las *islas Paraceles*, poniendo luego rumbo al norte, á fin de penetrar en la desembocadura del *rio de Cantón*, donde está situado *Hong-kong*, cuando de pronto se oyó en las velas un ruido seco. El capitán las miró y examinó además el ho-

rizonte. Después tocó su silbato y la tripulación entera apareció en la cubierta.

— Tomen un rizo y fuego á las calderas, dijo.

Los maquinistas bajaron á su puesto y un instante después flotaba sobre la *Gaviota* un penacho de humo.

Al mismo tiempo, los marineros subieron á los aparejos y *tomaron un rizo*, esto es, doblaron parte



Una tromba.

de las velas para que el viento no tuviera tanta superficie donde ejercer acción.

La señora de Vega estaba mareada y Pedro se había quedado con ella.

Miguel, que seguía sobre cubierta, miró á su vez el horizonte, sin notar nada de particular. Sólo una pequeña nube, que la tripulación entera miraba, oscurecía un punto por la parte del este.

— ¿Qué tenemos? preguntó á un marinero.

— El *tifón*, respondió el otro; pero no hay que decirlo, pues el capitán no quiere que se asuste á los pasajeros.

— Sí, como nos coja, adiós *Gaviota*. Por fortuna, el capitán sabe lo que tiene entre manos y quizás nos salvemos.

— ¿Qué es el tifón?

— Ya lo verá V. contestó el marinero que no parecía querer decir más nada.

Tifón, que también se llama **ciclón**, **tornado** y **tromba**. — Son unas tempestades circulares ó torbellinos de viento de violencia inaudita, que se desencadenan principalmente en los mares de China. Ese torbellino arrastra á los barcos que entran en su esfera de acción en una ronda vertiginosa, de que salen hechos pedazos. Cuando sopla en tierra, las gentes tienen que cogerse á los árboles para no ser levantados en alto y estrellados contra el suelo.

Miguel no quedó muy tranquilo con la contestación del marinero y siguió mirando al punto negro, que crecía y crecía con rapidez.

Así pasó una media hora, al cabo de la cual la nube se había extendido considerablemente y ocupaba todo el cielo en la dirección del este, pero Miguel seguía no viendo en todo aquello nada de extraordinario. El capitán permanecía fijo en su puesto, dando algunas órdenes que eran ejecutadas inmediatamente y la máquina daba continuos resoplidos, cada vez más fuertes.

— Todo está en orden, dijo en este momento el segundo, que volvía de las máquinas.

Nuevo silbido del capitán.

— Amainen las velas, dijo.

— Amainen las velas, repitió el segundo.

Las velas quedaron en un momento atadas á los masteleros y el barco quedó parado. Mas de pronto, se oyó el ruido de la hélice y la *Gaviota* rompió á andar.

— Creo que podremos escapar, dijo á media voz el capitán.

La nube se acercaba con rapidez, creciendo siempre. Además, Miguel notó que era una espiral ne-gruzca que bajaba del cielo, y que parecía querer reunirse con una especie de cojinete líquido que sobresalía en la superficie del agua. No tardó en hacerlo así, formando entonces una columna torcida, que iba desde el mar hacia el cielo. Esa columna no permanecía inmóvil sino que corría, y Miguel adivinó que la producían vientos violentísimos elevando el agua en su impetuoso torbellino;

andaba con movimiento giratorio que le daba fuerza extraordinaria. El joven comprendía al mismo tiempo que el contacto, y aun la proximidad sólo de esta columna debía constituir terrible peligro, y que el capitán había recurrido al vapor en vez de las velas para poder dirigir su buque.

Así pasó una hora sin que cambiaran las cosas, sólo que el cielo tomaba color de tinta y el viento se hacía más violento cada vez. La *Gaviota* corría á todo andar; se había llegado á la presión límite; no era posible aumentarla sin exponerse á que reventasen las calderas de la máquina. Sin embargo, la tromba se acercaba. El capitán iba y venía con aire inquieto sin pronunciar una palabra, y su segundo esperaba sus órdenes sin perderlo de vista. Pero ¿qué podía mandar? Lo único hacedero era huir del peligro con rapidez.

El mar era malísimo y el viento soplabá con tal rabia y sacudía de tal manera el barco, que era difícil permanecer sobre cubierta. Miguel se acurrucó detrás de un gran rollo de aparejos para que no lo viese el capitán, pues en este caso le habría dado orden de retirarse. En esos casos es tarea suficiente cuidar del salvamento del barco, y no está bien que los pasajeros la compliquen, exponiéndose voluntariamente á la muerte. El muchacho veía desde su escondite que la misteriosa y sombría columna se retorció y se agitaba á distancia cada vez menor, y calculaba que antes de un cuarto de hora habría alcanzado al barco. ¿Qué iba á pasar?

La *Gaviota* seguía huyendo como un ave perseguida por la bala del cazador, mientras el capitán, firme por deber en su puesto, dejaba comprender que no tenía ya esperanza. El buque empezaba á sentir la acción rotatoria que la tromba imprimía á las olas y al aire inmediato; ya no obedecía al timón,

y empezaba á describir en torno de la columna una curva que debía irse estrechando poco á poco hasta llevarlo al centro, donde se haría sin duda pedazos; mas de pronto, se oyó otro ruido en la arboladura, que crujió como si fuera á romperse: era un cambio de viento. Entonces la columna osciló como indecisa sobre el camino que debía seguir, y el viento la arrastró hacia el sur; la *Gaviota*, que todavía no estaba en su centro de acción, pudo por fortuna seguir con rumbo al norte: el peligro había pasado.

CIII. — LA CHINA.

Al día siguiente, anclaba el pequeño barco en el puerto de *Hong-kong*; había anochecido y la velada era hermosa y tranquila.

Hong-kong está situado en la entrada del río de *Cantón* ó río de las Perlas. Es una ciudad china cedida á Inglaterra en 1842. Los viajeros la reconocieron con gusto; pero había otra que les atraía más: *Cantón*.

Como el *Durance*, vapor de las Mensajerías marítimas en que iban á embarcarse para *Shang-hai* no debía llegar hasta cinco días después, Pedro pidió á su madre que le dejase visitar la célebre ciudad china.

Á bordo de la *Gaviota* habían trabado conocimiento con un mercader chino, que hablaba francés bastante bien, y sobre el cual dieron á la Sra. de Vega buenos informes. Esta persona ofrecía á Pedro y Miguel hospedarlos en su casa los días que gustasen.

El Sr. Pu-Lu era un personaje de importancia y uno de los más ricos traficantes en té de *Cantón*. Su color era amarillo, sus ojos pequeños y oblicuos y sus pómulos salientes, conforme á los caracteres

de su raza; pero su fisonomía respiraba benevolencia. Llevaba también la larga trenza, y su vestido consistía en dos trajes de seda, puestos uno encima de otro; jamás se separaba de su abanico.

Cuando el Sr. Pu-Lu rogó á la dama española que le confiase su hijo, ella se hizo de rogar mucho tiempo; pero Pedro insistió tanto que acabó por consentir. Además, Miguel no debía separarse del muchacho y como el joven argelino, no obstante su edad, inspiraba gran confianza á la Sra. de Vega,

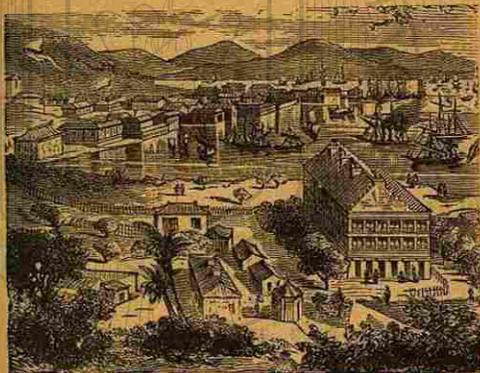
ésta acabó por decirse que su hijo no correría ningún peligro.

Así era efectivamente, por ser en la actualidad muy cordiales las relaciones entre

los europeos y los chinos;

pero no siempre ha ocurrido lo mismo. Los celestes no gustan de los extranjeros y durante mucho tiempo los recibieron bastante mal.

China no ha consentido en abrirles sus puertas sino desde un número de años relativamente corto, y aun puede decirse que no ha hecho más que entornarlas. Los habitantes del Celeste Imperio, que con tanta facilidad van á fijarse en otros países, no gustan de que se establezcan en el suyo. En vez de aprovechar los inventos modernos y de procurar aplicarlos, parecen temerlos. Hasta hoy no tienen



Hong-kong.

caminos de hierro, ni máquinas de vapor ni telégrafos eléctricos y han conservado todos sus usos antiguos.

Los portugueses fueron los primeros que desembarcaron en China, país que hasta entonces no era conocido más que por los relatos de *Marco Polo*. Los portugueses obligaron á los chinos á cederles Macao y abrirles el puerto de Cantón, único que durante trescientos años pudieron utilizar los europeos para su tráfico; pero estaban allí mal vistos, expuestos al odio popular y á las vejaciones de las autoridades, llegando á tal punto las cosas que en 1815 fueron expulsados del Celeste Imperio todos los cristianos.

Los ingleses, que tenían grandes intereses en China por causa de la vecindad de la India y del comercio del opio, fueron los más perjudicados; sin embargo, llevaron la cosa pacientemente algunos años. Á lo dicho se agregó poco después la prohibición de introducir opio, y entonces la Gran Bretaña declaró la guerra al *Hijo del Cielo* (título que toma el emperador de China). Inglaterra triunfó y los vencidos tuvieron que abrir varios puertos al comercio del mundo.

Además, como no se hubiesen cumplido fielmente los tratados, estalló otra vez la guerra, en 1856, entre China por una parte y la Gran Bretaña aliada con Francia por otra. China fué vencida de nuevo y se firmó un nuevo convenio. China volvió á faltar á ellos y de ahí resultó la tercera guerra, que tuvo resultados análogos á los anteriores: abrir nuevos puertos al comercio universal.

Marco Polo. — Viajero veneciano del siglo XIII; atrevesó toda el Asia, llegando hasta China, donde el emperador *Kublai*, que en tonces reinaba, lo guardó siete años á su servicio. Volvió á Europa por las *isl-s de la Sonda*, el *Océano Índico*, la *Persia*, *Trebizonda* y *Constantinopla*. El relato de sus viajes se consideró entonces como un tejido de fábulas; sólo con el tiempo se le hizo justicia, reconociendo la veracidad de sus escritos.

CIV. — CANTÓN.

Era ya de noche cuando los dos jóvenes y el Sr. Pu-Lu llegaron á *Cantón*. Esta ciudad tiene aspecto particular. Divídese en tres partes: el *Bund* (nombre que se da en el *remoto Oriente* á la parte de una ciudad habitada por los europeos), la *ciudad tártara* ó china y la *ciudad flotante*. La última se compone de miles y miles de barcos de todas clases, grandes y pequeños, que forman en el río largas filas, dejando entre ellas calles y pasos que cambian continuamente y que cruzan sin cesar embarcaciones menores como las ya descritas al hablar de la excursión por el río Colorado.

La aurora del día siguiente encontró á nuestros amigos en la calle. La ciudad de Cantón es tan original y curiosa, que precisa levantarse temprano para verla bien. Los jóvenes recorrieron, en compañía del amable chino, sus calles estrechas, llenas de tiendas con muestras multicolores, que están constituidas por largas tablas, laqueadas y doradas, que avanzan en la calle delante de cada almacén, como una decoración de teatro.

Cantón es una de las ciudades más populosas del mundo y en sus calles se ve abigarrada multitud, compuesta de chinos y de algunos europeos. Hay tanto transeunte, que andan á encontrones. Los mozos de cordel con sus fardos á cuestas pueden moverse con dificultad en medio de la masa; las sillas de mano no logran casi atravesar aquel gentío; los vendedores pregonan sus mercancías, colocadas en dos platillos que cuelgan de sus hombros como si éstos fueran el brazo y fiel de una balanza; unos venden píldoras y emplastos; los sacamuelas ejercen su oficio al aire libre, y así afeitan los barberos á

sus clientes. Algunas mujeres van de compras, cogidas del brazo de una criada y caminando con dificultad.

— ¿Por qué andan tan mal? preguntó Pedro.

El Sr. Pu-Lu le contestó que desde la niñez comprimen en China el pie de las mujeres para impedir que crezca, lo que hace que más tarde puedan apenas tenerse. Añadió que esta absurda y bárbara costumbre tiende á desaparecer, de lo cual se alegraba mucho.



Un mandarin.

— Tanto mejor, replicó Pedro; la costumbre de mutilarse ó deformarse es muy mala.

De pronto se produjo en la multitud rápido movimiento; todos dejaban el paso libre, dando muestras del más profundo respeto ante un grupo que llegaba.

Entonces apareció un hombre, debajo de un quitasol encarnado, con tres franjas, lo cual es insignia de elevada dignidad. Era un *mandarín*, de *botón azul* y abanico en mano. Iba en un palanquín que cuatro hombres cargaban. Un poco más lejos, detrás del personaje se veía otro quitasol análogo al primero, que no servía para resguardar á nadie: figuraba en el cortejo como signo honorífico.

— ¿Que es un mandarín? preguntó Miguel.

— Ese es el título que se da en China, contestó

el Sr. Pu-Lu, á los funcionarios civiles y militares, así como á los letrados y á los sabios. Se le obtiene en un examen, como entre Vds. los grados de bachiller, licenciado ó doctor. Hay mandarines de diversos grados, que se distinguen en el color del botón que llevan en lo alto de su bonete.

Una de las insignias del *mandarínato* (cualidad del *mandarín*) es el *quitasol*, que va adornado con una ó más franjas, según la dignidad de su propietario. Tocar al *quitasol* de un gran personaje es insultar á éste.

CV. — LOS OBREROS DE CANTÓN. — UNA COMIDA CHINA.

Pu-Lu llevó á sus amigos á un bazar. ¡ Cuánta riqueza había acumulada allí! *Marfiles* trabajados como encaje; *porcelanas* delgadas y transparentes como cáscaras de huevos; *lacas* deslumbrantes por sus dorados; *rasos bordados* como por la mano de las hadas, representando flores, aves, animales fantásticos; *jades* (piedra muy dura) labrados con extraordinario arte; *bronces* de acabadísimo trabajo, figurando monstruos singulares. Ni Pedro ni Miguel podían juzgar del valor de los objetos que les presentaban; pero comprendían no obstante su extraordinario mérito. Los obreros chinos son los más hábiles del mundo, si bien no comprenden la belleza del mismo modo que nosotros; la tendencia de su espíritu los inclina hacia lo monstruoso y grotesco, y gustan de adornar con monstruos ó figuras horribles casi todos los objetos que fabrican. Sólo que lo hacen con inimitable perfección.

Laca. — Se da este nombre á una *goma-resina* que mana de ciertos árboles de la India, y también á los *objetos de madera barnizados con ella*, que además llevan generalmente arabescos dorados. Las lacas de China y del Japón son muy apetecidas, sobre todo las antiguas, y merecen por lo perfecto del trabajo, el precio que por ellas se paga. Su fabricación exige largas y minuciosas operaciones.

El obrero chino tiene también otras cualidades, siendo trabajador, asiduo y económico. Gana veinte centavos al día, pero como sólo gasta cinco, es más rico que el trabajador de París que suele recibir ocho ó diez francos, pero que se los gasta casi enteramente. Por cuatro centavos tiene el chino de ocho á diez tazas de arroz cocido, un poco de pescado salado, un panecillo de mijo y una taza de té y con eso le sobra. Casi siempre compra estos comestibles en un puesto al aire libre y se los come allí mismo, con lo cual economiza el tiempo que esto le llevaría, de hacerlo en su casa.

No podemos decir si el Sr. Pu-Lu era tan sobrio como sus compatriotas en general. En todo caso, la comida que dió á sus huéspedes, fué sumamente variada.

Los jóvenes pasaron al comedor en medio de grandes saludos, reverencias y cumplidos, pues el chino es el pueblo más ceremonioso de la tierra, á veces más de lo que conviene, pues en todo se debe tener moderación, hasta en la cortesía.

La mesa estaba llena de flores y cubierta con un centenar de platitos que Miguel y Pedro no podían mirar sin que se les viniese el agua á la boca, pues por la mañana no habían tomado más que una taza de arroz con un poco de té, y se preparaban á comer con apetito.

Al sentarse, Pedro buscó en el sitio de costumbre una cuchara y un tenedor; pero se encontró con sólo dos palitos de marfil, destinados, según le explicó el Sr. Pu-Lu á remplazar la cuchara y llevarse los alimentos á la boca.

El muchacho se dijo que debía ser muy difícil servirse de ellos; con todo, trató de salir adelante, aunque no aseguraremos que sus dedos no tuvieran que desempeñar durante la comida papel principalísimo.

Primero sirvieron dulces de frutas. « Aquí se empieza á comer por los postres », pensó Pedro. Después hubo huevas de peces acarameladas, aletas de fiburón y otros muchos platos que desfilan ante nuestros dos europeos sin que se les ocurra encarles el diente. Al fin apareció una cosa análoga á fideos. Pu-Lu se los presentó con aire muy satisfecho, diciéndoles que son nidos de *golondrinas salanganas*, lasavecillas que Miguel había visto por millares en las islas de la Sonda.

— Aquí no hay nada que se parezca á un nido; dijo Pedro después de probar, pues no veo en él hierba ni musgo, como en los demás. ¿ Con qué está hecho?

El Sr. Pu-Lu le explicó entonces que los tales nidos de *golondrina* son una materia secretada por la *salangana*. Esta sustancia, blanquecina y gelatinosa, no es sino saliva que el ave acumula en la roca donde hace su nido, hasta dar á éste la forma de una pila de agua bendita. El chino afirmaba que este alimento era delicadísimo y, aunque nuestros jóvenes no estaban conformes con este aserto, su apetito, y la repugnancia que todo lo demás les inspiraba, hizo que comiese de él en abundancia. Tuvieron razón, pues lo que siguió no era más apetitoso que lo del principio para estómagos como los nuestros.

Durante la comida se bebe *saki* (aguardiente de arroz) mezclado con agua; al fin se toma arroz cocido, y si bien éste no ha constituido nunca gran regalo, Miguel y Pedro lo recibieron con deleite, comiéndose hasta el último grano, conforme al hambre que tenían y, por lo demás, también á las costumbres chinas.

CVI. — LOS JARDINES Y EL CULTIVO EN CHINA.

Los chinos son muy aficionados á las flores, y la casa de Pu-Lu estaba llena de vasos, y jardineras que las contenían. Á la mañana siguiente, el negociante propuso á sus huéspedes ir á ver los jardines de *Fati*, situados en unos islotes del río de las Perlas, y que son una de las curiosidades de Cantón.

No hay jardineros ni agricultores comparables con los del Celeste Imperio; ni país donde la tierra produzca tanto como en China.

El arroz, el algodón, el tabaco, el añil, la caña dulce, el rui-barbo (planta comestible y también medicinal), el alcanforero, la morera, cuya hoja sirve de



Gusano de seda.

alimento al gusano de seda, sobre todo el té, son allí objeto de incomparables cuidados. Además, los hortelanos han descubierto el secreto de hacer producir á sus plantas cuatro y cinco cosechas al año.

Alcanforero. — Árbol oriundo del Asia tropical, muy abundante sobre todo en China y el Japón, del cual se saca el alcanfor, materia resinosa que se obtiene sea practicando incisiones en el vegetal, sea cortando éste y sus raíces en virutas que se hierven en agua. Después se evapora el resultado en un alambique, quedando el alcanfor en el fondo.

Gusano de seda. — Es la oruga de una mariposa oriunda de China, desde donde la llevaron á Constantinopla en la época de Justiniano, y después á Italia y Francia. En el Celeste Imperio se cría gran cantidad de esos preciosos insectos; la seda que producen es muy hermosa.

Los jardines de Fati son semilleros de árboles, arbustos y flores, que no ocupan grandes espacios por ser escasa la tierra en China, dado el gran número de habitantes; pero están arreglados de modo que

presentan en miniatura paisajes completos. En los arroyos y estanques iban y venían lindos *patos multicolores* propios de la China, mientras que saltaban de rama en rama los faisanes dorados.

Los chinos gustan mucho de los objetos pequeños, y nada les agrada tanto como reducir la naturaleza á proporciones minúsculas. Así es que en ciertos jardines se ven pequeñas colinas artificiales, que bañan unos arroyuelos donde se bañan patitos de porcelana. Hay pequeños puentes por donde se pasan esas diminutas corrientes líquidas. También se ven



Preparación del té.

arbolitos de escasa altura, pues los chinos han hallado el medio, poco útil en verdad, de reducir el tamaño de los árboles, dando á un olmo ó una encina las proporciones de un rosal enano.

La agricultura tiene entre nosotros tanto prestigio, dijo el chino, que en otra época, al llegar la fiesta de la labranza, en la primavera, el emperador en persona guiaba un arado, trazando con él tres surcos en un campo reservado, cerca de Pekín.

Pu-Lu llamó la atención de los jóvenes sobre un plantío de arbustos que había en Fati. Tenían éstos dos metros de alto próximamente, y estaban cubiertos de flores blancas, ligeramente olorosas, análogas á la del cerezo. Eran *árboles del té*.

Té. — Arbusto que se da en China y cuya hoja es objeto de uno de los mayores comercios del mundo. Su cultivo está muy exten-

dido allí y es objeto de especialísimos cuidados; en vano se ha tratado de transportarlo á otras regiones, pues si bien crece, las hojas pierden su aroma. Los ingleses, los rusos y los norte-americanos son los pueblos que siguen á los chinos en el consumo de este artículo. En el Celeste Imperio hay gentes que tienen como profesión única gustar el té, como en las naciones vinícolas hay personas que se consagran á probar el vino para fijar su calidad y precio.

La mejor especie crece en las colinas de los alrededores de Fuchéu. Las hojas se cosechan cuando la planta tiene cuatro años, y la recolección se efectúa tres veces al año. Las hojas de la primavera constituyen el *té imperial* y las primeras se reservan para el soberano en persona. Hay que cogerlas antes de que salga el sol, y los trabajadores tienen que lavarse las manos varias veces antes de empezar á trabajar.

Inmediatamente echan las hojas en agua, después de lo cual se las seca un poco y se las arrolla, sea entre las palmas de las manos, sea con los pies; luego se las seca completamente y se las aromatiza con flores de jazmín ó pétalos de rosas amarillas. El viaje por mar hace perder al té parte de sus cualidades; así es que el mejor es el que llaman *de caravana*, porque viaja por tierra, yendo hasta la Europa occidental á través de la Rusia.

CVII. — DE HONG-KONG Á SHANG-HAI. — PEKÍN. — LA GRAN MURALLA.

Nuestros amigos están de vuelta en Hong-kong, y no tardan en hallarse instalados á bordo del buque francés el *Durance*.

La pequeña correría á Cantón no cansó á Pedro, como temía su madre. Desde que el muchacho ha salido de la zona de los calores tropicales, su salud se fortalece. Miguel y él son los mejores compañeros del mundo, y el argelino se muestra siempre dispuesto á repetir lo que ha dicho, cuando el pequeño español no ha podido comprender de pronto la expresión francesa.

El viaje es un paseo delicioso, favorecido por el tiempo. El *Durance* tomó por el canal de *Fu-keú*, que separa la *isla de Formosa* de China.

Con este motivo, varios oficiales franceses que estaban á bordo, hablaron de los incidentes de la guerra entre su país y la China: de la toma de las *islas Pescadores* por el almirante *Courbet*, de la destrucción de los navíos chinos en la bahía de *Schei-poo*

presentan en miniatura paisajes completos. En los arroyos y estanques iban y venían lindos *patos multicolores* propios de la China, mientras que saltaban de rama en rama los faisanes dorados.

Los chinos gustan mucho de los objetos pequeños, y nada les agrada tanto como reducir la naturaleza á proporciones minúsculas. Así es que en ciertos jardines se ven pequeñas colinas artificiales, que bañan unos arroyuelos donde se bañan patitos de porcelana. Hay pequeños puentes por donde se pasan esas diminutas corrientes líquidas. También se ven



Preparación del té.

arbolitos de escasa altura, pues los chinos han hallado el medio, poco útil en verdad, de reducir el tamaño de los árboles, dando á un olmo ó una encina las proporciones de un rosal enano.

La agricultura tiene entre nosotros tanto prestigio, dijo el chino, que en otra época, al llegar la fiesta de la labranza, en la primavera, el emperador en persona guiaba un arado, trazando con él tres surcos en un campo reservado, cerca de Pekín.

Pu-Lu llamó la atención de los jóvenes sobre un plantío de arbustos que había en Fati. Tenían éstos dos metros de alto próximamente, y estaban cubiertos de flores blancas, ligeramente olorosas, análogas á la del cerezo. Eran *árboles del té*.

Té. — Arbusto que se da en China y cuya hoja es objeto de uno de los mayores comercios del mundo. Su cultivo está muy exten-

dido allí y es objeto de especialísimos cuidados; en vano se ha tratado de transportarlo á otras regiones, pues si bien crece, las hojas pierden su aroma. Los ingleses, los rusos y los norte-americanos son los pueblos que siguen á los chinos en el consumo de este artículo. En el Celeste Imperio hay gentes que tienen como profesión única gustar el té, como en las naciones vinícolas hay personas que se consagran á probar el vino para fijar su calidad y precio.

La mejor especie crece en las colinas de los alrededores de Fuchéu. Las hojas se cosechan cuando la planta tiene cuatro años, y la recolección se efectúa tres veces al año. Las hojas de la primavera constituyen el *té imperial* y las primeras se reservan para el soberano en persona. Hay que cogerlas antes de que salga el sol, y los trabajadores tienen que lavarse las manos varias veces antes de empezar á trabajar.

Inmediatamente echan las hojas en agua, después de lo cual se las seca un poco y se las arrolla, sea entre las palmas de las manos, sea con los pies; luego se las seca completamente y se las aromatiza con flores de jazmín ó pétalos de rosas amarillas. El viaje por mar hace perder al té parte de sus cualidades; así es que el mejor es el que llaman *de caravana*, porque viaja por tierra, yendo hasta la Europa occidental á través de la Rusia.

CVII. — DE HONG-KONG Á SHANG-HAI. — PEKÍN. — LA GRAN MURALLA.

Nuestros amigos están de vuelta en Hong-kong, y no tardan en hallarse instalados á bordo del buque francés el *Durance*.

La pequeña correría á Cantón no cansó á Pedro, como temía su madre. Desde que el muchacho ha salido de la zona de los calores tropicales, su salud se fortalece. Miguel y él son los mejores compañeros del mundo, y el argelino se muestra siempre dispuesto á repetir lo que ha dicho, cuando el pequeño español no ha podido comprender de pronto la expresión francesa.

El viaje es un paseo delicioso, favorecido por el tiempo. El *Durance* tomó por el canal de *Fu-keú*, que separa la *isla de Formosa* de China.

Con este motivo, varios oficiales franceses que estaban á bordo, hablaron de los incidentes de la guerra entre su país y la China: de la toma de las *islas Pescadores* por el almirante *Courbet*, de la destrucción de los navíos chinos en la bahía de *Schei-poo*

por dos buques lanza torpedos, y, más tarde, al pasar el *Durance* frente á la desembocadura del río *Min*, del bombardeo y destrucción del arsenal de *Fu-tcheü*, por el indicado marino.

Al cabo de una semana de navegación frente á las islas cubiertas de verdura que rodean las costas de China, entró el buque en el puerto de *Shang-hai*.

Éste se encuentra también abierto al comercio, como Cantón y Hong-kong, y la ciudad se divide en las mismas dos partes ya descritas al hablar de las otras. Primeramente es la parte europea ó *Bund*, que refleja en las aguas del *Nang-pott*, pequeño río en cuyas orillas está edificada, sus palacios de piedra blanca, análogos á los de París, Londres ó Roma; después viene la ciudad china, en que las pagodas de siete y ocho pisos dominan una colección de miserable casuchas, alineadas á lo largo de callejuelas estrechas, y nauseabundas. Pero Shang-hai tiene más importancia que Hong-kong todavía, lo cual depende de su posición en el delta del río *Azul* ó *Yang-tse-kiang*, el mayor de China, y uno de los primeros del mundo, pues sólo tres, el *Amazonas*, el *Nilo* y el *Congo* le son superiores.

La intención de la Sra. de Vega no era detenerse en *Shang-hai*, pues aunque habían ido bastante al norte, el calor era grande todavía; así fué que resolvió en interés de la salud de Pedro, pasar al *Japón*, donde creía hallar temperatura más favorable.

Después de varios días de descanso, volvieron á embarcarse en un pequeño buque que salía para *Nagasaki*.

Esta resolución contrarió á Pedro, que había esperado visitar *Nankin*, situado sobre el *Yang-tse-kiang*, á unos 300 kilómetros de *Shang-hai*. Así es que al pasearse sobre la cubierta con Miguel, mien-

tras se perdían en el horizonte las casas y edificios de la ciudad, decía muy mal humorado:

— Hubiese querido ver la famosa *Torre de porcelana*, que tiene nueve pisos, separados unos de otros por techos encorvados y cubiertos de placas de porcelana blanca con dibujos dorados que representan dragones. Según dice una descripción que yo he leído, desde lo alto de la torre bajan multitud de cadenas cargadas de campanillas; en los ángulos de los nueve techos hay también muchas de éstas.

Cuando el viento las sacude todas á la vez, producen una música agradable. Además, los días de gran fiesta iluminan la torre con ciento ochenta fanales co-



Pekin.

locados á lo largo del edificio. ¡ Qué soberbio efecto debe producir todo esto!

— Por desgracia, dijo en español un viajero que oía, esa torre ha dejado de existir. En el sitio donde estaba, no queda más que un montón de escombros cubiertos de malezas, y la ciudad que en otro tiempo causaba la admiración de los extranjeros, está destruida desde que la destruyeron los Taipings.

Pedro había mirado á la persona que acababa de hablar en su lengua.

— ¿Es V. español? le preguntó.

— No, amiguito, contestó el extranjero; soy francés; pero los viajeros deben conocer todas las lenguas.

—¿Dice V. que Nankín no existe ya? ¡Qué desgracia! ¿Ha estado V. en otras ciudades de China?

—Sí, amiguito, he visto Pekín y he recorrido el Celeste Imperio entero.

—¡Entero! exclamó Pedro con admiración. De seguro ha visto V. al emperador.

—¿Al emperador? Va V. muy de prisa. Son pocos los hombres, aun entre sus súbditos, que puedan jactarse de tal honra, pues el soberano no se deja ver en público sino muy raras veces y únicamente en circunstancias excepcionales. Come solo, lo cual

no debe ser siempre divertido, y es objeto de veneración tan grande, que no sólo se prosternan delante de su persona, sino también ante su trono y su quitasol.



Un techo á la china.

—¿Ha pasado V. por la *Gran Muralla*?

—Sí, la he atravesado, añadió sonriendo el viajero.

—También hubiese querido ver eso. Mi libro de geografía dice que es una de las construcciones más notables del mundo entero. Tiene de diez á doce metros de alto y siete á ocho de grueso, de modo que es posible pasearse por ella en carroza, como en otra época por los jardines suspendidos de Babilonia. Según parece, se necesitó para construirla un millón de obreros; de doscientos en doscientos metros hay torres defensivas, y gracias á ella ha

podido China librarse durante catorce siglos de la invasión de los mongoles.

— El libro dice bien, contestó el viajero; lo único que tengo que añadir es que si bien esa muralla se encuentra derruida en parte, lo que queda basta para dar idea de tan gigantesco trabajo; pero se necesitan piernas más fuertes que las de un niño de doce años para llegar hasta el punto donde está. Espere V. á que haya ferrocarriles: hasta hoy los chinos se han negado á construirlos, pero no siempre será así. Ya mandan construir ó fabrican ellos mismos barcos de vapor, y en el *Pei-ho*, río que pasa por Pekín, existe una compañía del país encargada de la navegación. Quizás China se verá llena de vías férreas, de telégrafos eléctricos y de teléfonos antes de que V. tenga barba. Así serán menos cansados los viajes, y podrá V. ir á admirar la *Gran Muralla*, y los palacios de *Pekín*, y el famoso *punte de Pa-li-kao*, y *Tien-tsin*, donde se han firmado diversos tratados, y *Son-tchu-fu*, el París de la China y *Hang-tcheú*, en el canal Imperial y otras muchas ciudades, notables por sus monumentos y su industria.

CVIII. — EL JAPÓN. — EN DJINRIKSHA.

En la tarde del cuarto día de salir de Sang-hai, apareció en el horizonte la tierra del *Japón*, envuelta en ligera bruma que fué poco á poco desapareciendo, siendo posible distinguir entonces montañas cubiertas de espesos bosques; y luego, en el primer plano, colinas dispuestas como terrados y cubiertas de deslumbradora verdura, en medio de la cual se escondían pequeñas casitas. Al pie, una ancha bahía, y en sus orillas varias lindas poblaciones. Miles de

lanchas cruzaban sus azules y tranquilas aguas, y en el fondo se distinguía Nagasaki.

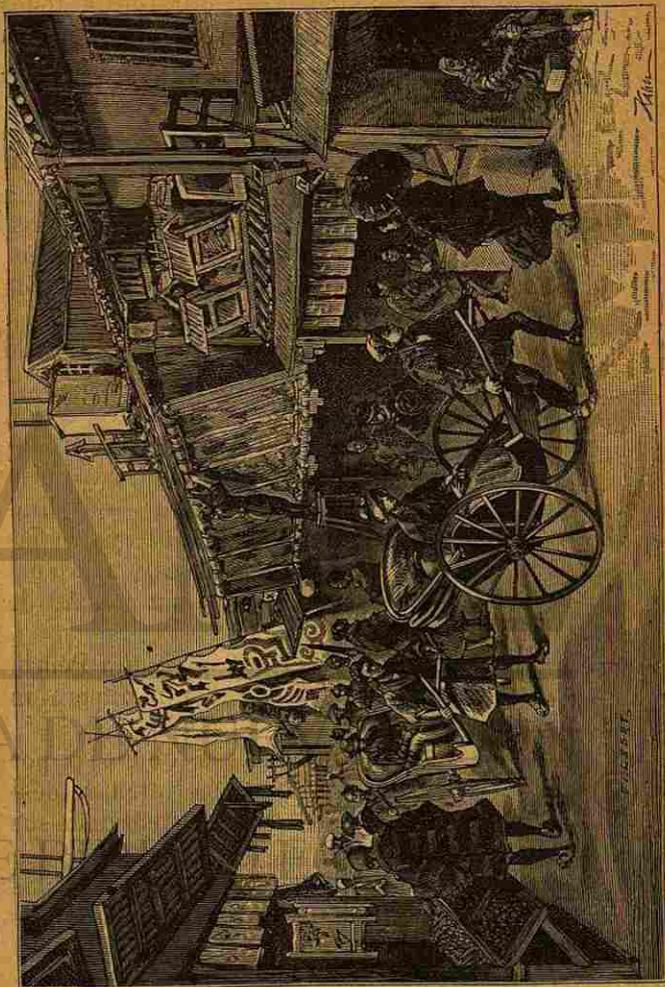
Al desembarcar, los viajeros miraron á todos lados, buscando con la vista algún coche, ómnibus ó carro que los llevase á un hotel, acabando Miguel por descubrir unos vehiculos minúsculos, barnizados con laca negra é incrustados de cobre, montados en dos ruedas muy finas, y que sólo tenían un asiento.

Así que la Sra. de Vega, Miguel y Pedro se instalaron en tres de esos carricoches, llamados *djinriksha*, cuando tres *djinrikis* ó mozos se cogieron de los brazos y se lanzaron á la carrera por las estrechas calles, que alumbraban miles de farolillos de color.

De este modo llegaron uno detrás de otro, á una calle algo más ancha que las anteriores é introdujeron á los europeos en un cuarto grande, cuyo piso estaba cubierto de finas y suaves esteras, muy limpias, pues debemos decir que el aseo es una de las principales cualidades de los japoneses, en lo cual se distinguen de los chinos, que distan mucho de poseerla.

— ¿Dónde están los muebles? preguntó Pedro, observando que no había allí ni cama, ni ropero, ni mesa, ni sillas.

Los japoneses ignoran qué son esos objetos ó, por lo menos, no hacen uso de ellos. Ya traten de descansar, de hablar, comer ó escribir, se sientan en sus esteras á modo de los sastres. De noche extienden encima de ellas unos colchones que están guardados en armarios durante el día, y así se simplifica mucho el trabajo del ebanista y del tapicero; pero muchas personas no se acomodan á tanta simplificación.



Una Calle de Nagasaki.

CIX. — Á LA JAPONESA.

Por fortuna, así que el hostelero supo que sus huéspedes eran europeos, se apresuró á mandarles preparar habitaciones más conformes á sus gustos y costumbres.

El cuarto en que se encontraban nuestros amigos era muy grande. Unas sirvientas, muy limpias y ágiles, hicieron deslizarse á lo largo de unas ranuras, practicadas con tal fin en el suelo y el techo, unas mamparas de papel, y la pieza quedó dividida en tantos cuartos como viajeros. Después prepararon camas para la señora y su hijo Pedro, pues Miguel declaró que dormiría con gusto « á la japonesa », esto es, en las esteras que cubrían el piso.

Mucho antes del alba los despertó el ruido que hacían en el hotel y un poco más tarde salían los tres en *djinriksha* á recorrer la ciudad.

¡ Qué espectáculo tan divertido ! La multitud era compacta como en Cantón ; pero ¡ qué diferencia, entre los japoneses y los chinos ! ¡ Qué diferencia sobre todo entre las mujeres de ambos países ! Las japonesas son pequeñas, alegres, y lejos de tener dificultad para andar como las chinas, van y vienen sobre unas tablitas que elevan su calzado por encima del lodo. Su traje ó *kimono*, cruzado por delante, va á formar por detrás un ancho lazo, y sus negras



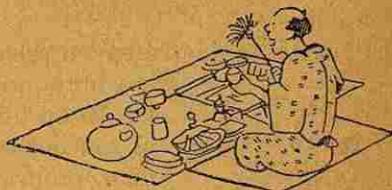
Titiritero.

(Tomado de un álbum chino.)

cabelleras, subidas con mucho cuidado, ostentan como adorno alfileres muy bien trabajados.

En cuanto á los hombres, no llevan la trenza como los chinos, y su vestido (que no es lo más bonito de todo) constituye una transacción entre el antiguo traje nacional y el europeo ; pero siempre van muy limpios.

La mirada penetra fácilmente en las casas y las tiendas, pues lo primero que ha-



Vendedor (según un álbum chino).

cen todos los días en el Japón es quitar lo que forma las paredes de las casas. De noche vuelven á ponerlo y las habitaciones parecen, con su alumbrado interior, gigantescas linternas.

Las calles presentan variadísimo aspecto ; acá y acullá se distinguen titiriteros que practican al aire libre sus ejercicios, en que los japoneses no tienen rivales ; en otra parte, los maestros de esgrima y los luchadores hacen gala de sus talentos ; después se ven tiros de arco, tiendas de saltimbanquis, y vendedores de mil pequeños objetos, de todas clases y muy baratos. El paseo fué de lo más entretenido.

CX. — MIKADO Y TAICÚN YOKOHAMA Y TOKÍO.

En los viajes traban las gentes relaciones con mucha facilidad, y los europeos que se ven en países tan extraños como los que venimos describiendo, se consideran todos compatriotas. Entre los pasajeros del *Kiu-Siu* — nombre del barco en que nuestros amigos tomaron pasaje para ir de *Nagasaki* á *Yokohama*, ciudad situada en la bahía de *Yeddo*. — había

un ingeniero francés, establecido en el Japón, adonde fué por contrata con el *mikado* (soberano) para construir un camino de hierro. El Sr. Larcher, que así se llamaba, hacía excursión de recreo con su mujer. Ésta y la Sra. de Vega no tardaron en ser amigas y se convino en hacer el viaje todos juntos.

— ¡Hemos vuelto á Europa! exclamaba Pedro tres días después, al recorrer las calles de Yokohama, llenas de tiendas casi tan hermosas como las nuestras. Ese café tiene tantos dorados como los de Madrid y esos sombreros de señora son muy elegantes. — ¡Y esa librería! ¡Y aquél almacén! ¡Y aquella tienda de juguetes!

— Efectivamente, contestó el Sr. Larcher, Yokohama es una *ciudad cosmopolita*, en que todos los pueblos se encuentran representados; los numerosos europeos que residen aquí han traído las modas, la costumbres y usos de sus países respectivos. Pero si *Yokohama* no parece á Pedro bastante japonesa, no tenemos más que tomar el ferrocarril; dentro de una hora estaremos en *Tokio*, la antigua *Yeddo*, hoy capital del Japón.

— ¿De modo que aquí hay caminos de hierro? preguntó Pedro. Sea enhorabuena; veo con gusto que los japoneses son más razonables que los chinos y adoptan los inventos europeos.

— No hace mucho tiempo, le contestó el Sr. Larcher, casi hasta nuestros mismos días, el Japón estaba más cerrado aún que China á los extranjeros. Al fin, los *Estados Unidos* pudieron obtener en 1854, que sus buques tuvieran libre entrada en la bahía de Yeddo. Las demás potencias reclamaron análogo favor, y el *mikado* accedió, no sin bastante resistencia.

El *taicún*, especie de lugarteniente del mikado, era favorable á los europeos y les abrió nuevos puertos creando fundiciones de cañones, comprando buques de

vapor y procurando disciplinar sus tropas á la europea. Sin embargo, viendo el mikado que ese personaje adquiriría demasiada importancia en el gobierno, abolió el *taicunato* ó dignidad de *taicún*. Entonces se supuso que el soberano iba á emprender marcha retrógrada, pero no fué así; al contrario dió nuevo impulso á las relaciones con los pueblos más civilizados y contrató oficiales é ingenieros extranjeros que construyesen caminos de hierro, montasen fábricas y enseñaran á sus tropas la disciplina occidental y el manejo de las armas modernas. Un compatriota mío organizó el arsenal de *Yokoska*, cerca de *Yoko-hama*, y conservó su dirección hasta que hubo oficiales japoneses capaces de dirigirlo.

— Me parece que así gana todo el mundo, dijo Miguel. Los japoneses se ponen al corriente de los progresos occidentales y las naciones industriales encuentran nuevos mercados para sus productos.

— Hay más aún, replicó el ingeniero. Si bien nosotros somos superiores al Oriente en los descubrimientos científicos y sobre todo en lo relativo al vapor y la electricidad, ellos lo son á su vez en ciertos trabajos, como las artes del adorno y el conocimiento de los colores. Hay industrias, como la de las *porcelanas*, los vasos *esmaltados* y los *bordados en seda*, en que los chinos y los japoneses son los maestros de nuestros pueblos. Su *bronce* es mejor que el americano y el europeo, y todavía no se ha podido descubrir la *aleación* que emplean para fabricar sus *campanas* y sus *gongs*, esos discos metálicos que tan estruendosos sonidos producen.

Vasos esmaltados. — Los principales vasos esmaltados chinos son los que llaman *seccionados*. Están hechos con metal y los dibujos se forman con delgadas láminas ó mamparitas de oro, entre las cuales quedan pequeñas cavidades donde se vacía el *esmalte* de diferentes colores. El *esmalte* es la materia brillante que cubre la porcelana.

¡Cuánto hay que admirar en Tokio! Pagodas á cual más suntuosa y mejor adornada, jardines cultivados de manera admirable en que ostentan su fragancia las flores más bellas, museo donde están los objetos más interesantes de la industria japonesa desde los tiempos más remotos.

Al lado de estas muestras del arte nacional se ven fábricas en que se obtienen productos diversos por los métodos modernos; bibliotecas llenas de obras en todos los idiomas; escuelas á la europea, donde los profesores inician á los jóvenes en el estudio de las ciencias físicas, las matemáticas, el derecho y la medicina. Estas escuelas dan excelentes resultados, pues los japoneses son muy inteligentes y se asimilan sin dificultad los conocimientos extranjeros.

CXI. — PARTIDA DE CAMPO. — EL PAPEL JAPONÉS.

Los alrededores de Yokohama son deliciosos. En ellos abundan las arboledas de bambúes, alcanforeros, cedros, pinos, melezos, que alternan con los cultivos de arroz, de té, algodón, añil y de las plantas hortícolas, á que los expertos, cultivadores del país hacen producir frutos de colosal tamaño. De la montaña bajan saltando cascadas y acá y acullá serpentean riachuelos que se atraviesan en puentecillos deliciosamente trabajados. Por ellos circulan lindos champanes de madera pulimentada, cubiertos de esteras finas.

No hay nada que pueda compararse con el encanto y delicadeza de la campiña en el Japón. Parece que el color verde de las plantas es allí más deslumbrador que en el resto del mundo. Los caminos, cubiertos en sus orillas por las azaleas, las glincias y las clemátides, que han valido al Japón el nombre de Imperio de las Flores, pasan delante de pagodas medio ocultas en la enramada y de puestos

de té, de donde salen criadas á ofrecerlo al pasante. Hay momentos en que el paisaje se descubre, pudiendo entonces extenderse la mirada por la magnífica bahía de Yeddo, llena de velas blancas, ó por la campiña, que domina la imponente cima de un volcán, el *Fusi-Yama*, que destaca su plateado cono sobre el azul del cielo.

Nuestros jóvenes, á quienes el Sr. Larcher había llevado á dar un paseo por la campiña estaban tan absortos en la contemplación de las mencionadas bellezas, que no se fijaron en que el cielo se cubría de nubes. Una gota de agua que cayó sobre la punta de la nariz de Pedro, le hizo lanzar una exclamación.

— Agua y no hay paraguas, dijo.

— No se apuren Vds. por eso, contestó el Sr. Larcher, les daré unas capas para que se las pongan.

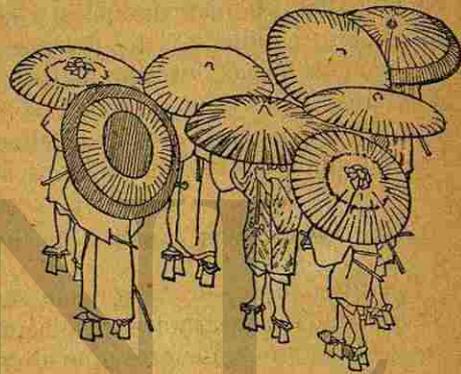
— ¿Unas capas?

— Sí, y completamente impermeables.

Al hablar así, deshizo un paquete que llevaba debajo del brazo y que Pedro había tomado por un lio de periódicos.

En efecto, eran cuatro grandes pliegos de papel.

— ¿Y esos son los impermeables? preguntó el chicuelo.



La lluvia (según un álbum japonés.)

— Aquí están.

— ¡Impermeables de papel!

— Sí, hijo mío; el papel chino y japonés no se parece al nuestro. Mirad qué fuerte, flexible y suave es éste. Dense prisa y envuélvanse en él antes que la lluvia los haga sopas.

Ambos jóvenes obedecieron en medio de grandes carcajadas y hecho esto echaron á andar camino de Yokohama por un verdadero diluvio.

Cuando Miguel y Pedro salieron una hora más tarde de sus envolturas estaban tan secos, según la expresión del último, como si los hubiese cogido el aguacero metidos en un armario.

Durante la comida se volvió á hablar del *papel chino ó japonés*, que viene á ser casi igual.

— Ya me había admirado, dijo Pedro, de ver en las casas fabriques de papel; pero más extraordinario me parece esto de servirse del papel como de un paraguas.

— Aquí se emplea el papel en mil cosas, le respondió el Sr. Larcher, para hacer pañuelos, servilletas, toallas, alfombras y cortinas; con él fabrican telas que parecen de seda é imitan el cuero, dándole tal fuerza de resistencia que sirve para fabricar correas de transmisión destinadas á las máquinas de vapor.

— ¿Con qué hacen un papel tan sólido? preguntó Miguel.

— El de escribir, que es muy delicado y hermoso, se fabrica con *paja de arroz*; pero el que acabo de mencionar se extrae de una planta llamada *papiro* y que abunda en las orillas de los arroyos. En otra época se daba en las márgenes del Nilo y sus hojas, sometidas á cierta preparación, constituían el *papyrus* de los antiguos. Sus fibras son muy resistentes y como no se las desagrega completamente en el

trabajo preparatorio á que se las somete, el papel tiene la solidez que tanto les admira.

— Lo que se me figura, exclamó Pedro, que las casas de aquí deben arder bien cuando se queman.

— Ya lo creo; los incendios son terribles y por esto se toman contra ellos grandes precauciones. Así y todo, toman á veces proporciones gigantescas. Hace unos veinte años ardió la ciudad entera de Yokohama. Pues bien, al día siguiente los japoneses, considerando sin duda que de lamentarse y gemir no se saca nada, empezaban á reconstruirla y en tres meses no quedaron ni rastros del fuego. ¿Saben Vds. cómo edifican?

— Como en todas partes, empezando por los cimientos.

— No señor. Empiezan por el techo. Lo colocan en tierra y después lo levantan sobre cuatro puntales; hundén éstos en el suelo, hacen los pisos y metiendo fuego en ranuras dispuestas de antemano los bastidores forrados de papel, queda construída la casa.

CXII. — LA TELEGRAFÍA SUBMARINA.

Los japoneses conocen, como los europeos antiguos y modernos, el uso de las *aguas minerales naturales* para la curación de las enfermedades, y en su país disfrutaban de gran reputación varias *estaciones balnearias*.

Una de ellas está situada en *Mionoska*, región montañosa que se encuentra casi al pie del *Fusi-Yama*.

Los médicos de Yokohama recomendaron que Pedro tomara esos baños y la señora de Vega fué á instalarse en dicho punto hasta fines del verano.

Antes dirigió á su marido un telegrama.

Miguel recibió encargo de ir á llevar el despacho á la oficina de telégrafos. Pedro le acompañaba.

— Aquí están.

— ¡Impermeables de papel!

— Sí, hijo mío; el papel chino y japonés no se parece al nuestro. Mirad qué fuerte, flexible y suave es éste. Dense prisa y envuélvanse en él antes que la lluvia los haga sopas.

Ambos jóvenes obedecieron en medio de grandes carcajadas y hecho esto echaron á andar camino de Yokohama por un verdadero diluvio.

Cuando Miguel y Pedro salieron una hora más tarde de sus envolturas estaban tan secos, según la expresión del último, como si los hubiese cogido el aguacero metidos en un armario.

Durante la comida se volvió á hablar del *papel chino ó japonés*, que viene á ser casi igual.

— Ya me había admirado, dijo Pedro, de ver en las casas fabriques de papel; pero más extraordinario me parece esto de servirse del papel como de un paraguas.

— Aquí se emplea el papel en mil cosas, le respondió el Sr. Larcher, para hacer pañuelos, servilletas, toallas, alfombras y cortinas; con él fabrican telas que parecen de seda é imitan el cuero, dándole tal fuerza de resistencia que sirve para fabricar correas de transmisión destinadas á las máquinas de vapor.

— ¿Con qué hacen un papel tan sólido? preguntó Miguel.

— El de escribir, que es muy delicado y hermoso, se fabrica con *paja de arroz*; pero el que acabo de mencionar se extrae de una planta llamada *papiro* y que abunda en las orillas de los arroyos. En otra época se daba en las márgenes del Nilo y sus hojas, sometidas á cierta preparación, constituían el *papyrus* de los antiguos. Sus fibras son muy resistentes y como no se las desagrega completamente en el

trabajo preparatorio á que se las somete, el papel tiene la solidez que tanto les admira.

— Lo que se me figura, exclamó Pedro, que las casas de aquí deben arder bien cuando se queman.

— Ya lo creo; los incendios son terribles y por esto se toman contra ellos grandes precauciones. Así y todo, toman á veces proporciones gigantescas. Hace unos veinte años ardió la ciudad entera de Yokohama. Pues bien, al día siguiente los japoneses, considerando sin duda que de lamentarse y gemir no se saca nada, empezaban á reconstruirla y en tres meses no quedaron ni rastros del fuego. ¿Saben Vds. cómo edifican?

— Como en todas partes, empezando por los cimientos.

— No señor. Empiezan por el techo. Lo colocan en tierra y después lo levantan sobre cuatro puntales; hundan éstos en el suelo, hacen los pisos y metiendo fuego en ranuras dispuestas de antemano los bastidores forrados de papel, queda construída la casa.

CXII. — LA TELEGRAFÍA SUBMARINA.

Los japoneses conocen, como los europeos antiguos y modernos, el uso de las *aguas minerales naturales* para la curación de las enfermedades, y en su país disfrutaban de gran reputación varias *estaciones balnearias*.

Una de ellas está situada en *Mionoska*, región montañosa que se encuentra casi al pie del *Fusi-Yama*.

Los médicos de Yokohama recomendaron que Pedro tomara esos baños y la señora de Vega fué á instalarse en dicho punto hasta fines del verano.

Antes dirigió á su marido un telegrama.

Miguel recibió encargo de ir á llevar el despacho á la oficina de telégrafos. Pedro le acompañaba.

— Comprendo el telégrafo *por tierra*, dijo el españolito. Me han explicado que una máquina de esa clase está compuesta de dos partes principales, el *transmisor* y el *receptor*, puestos en comunicación por esos alambres metálicos que se ven á lo largo de los caminos y de los ferrocarriles, sostenidos por postes. Cuando se imprime un movimiento cualquiera á ciertas piezas del *transmisor*, ese movimiento *se comunica* en seguida al *receptor*, sea cual fuere la longitud del alambre; pero en el mar no pueden colocarse hilos porque no sería dado plantar allí postes para sostenerlos.



Cables telegráficos submarinos.

— Esos hilos no están en la superficie del mar, sino en su fondo.

— ¡Se romperán de seguro, pues son tan delgados!

— Voy á decirle lo que hace algún tiempo leí respecto del particular.

Esos alambres se reúnen en gran número hasta formar un *cable*, que se compone primeramente de un hilo *conductor*, ó *alma*, formado por varios alambres y protegido por una cubierta de *gutapercha* ó *goma elástica*, encima de la cual se dispone una *armadura* de hilos de hierro, á fin de que las rocas que en ciertas partes erizan el fondo del mar no puedan romperlo. Sobre la armadura se coloca una capa de sustancias impermeables, de modo que el agua no moje el metal.

Antes de lograr tender cables submarinos, se hicieron algunas tentativas infructuosas.

El primer ensayo se llevó á cabo el año de 1850, entre Dover y Calais; pero salió mal, pues el cable se rompió á las pocas horas. Al año siguiente se repitió la operación con un cable más fuerte y el éxito fué satisfactorio.

Entonces se pensó en unir por medio de cables puntos más distantes entre sí que Calais y Dover: Inglaterra con Irlanda, con Holanda y Bélgica; después se pensó en atravesar el Océano Atlántico.

Lo primero que para esto se necesitaba era un buque bastante grande, á fin de que llevara en sus bodegas el cable entero.

Al efecto se construyó uno de proporciones inmensas, llamado *Great-Eastern*, que tenía ocho máquinas de vapor. El público del mundo entero lo apellidó *Leviatán*. El cable iba siendo desarrollado por una máquina, á medida que caía en el fondo del mar.

De este modo quedaron en comunicación Europa y América. Á esta tentativa siguió otra, la colocación de un cable submarino entre América y Asia, á través del Océano Pacífico; es el que va de aquí á San Francisco.

— ¿De modo que ahora dan vuelta á la tierra los cables telegráficos?

— Sí, con mil ramificaciones que se extienden á todas partes, como una inmensa red de mallas más ó menos compactas, tanto que es fácil saber en un punto del planeta lo que pasa en el opuesto casi instantáneamente.

— Y que un niño separado de su padre por trescientas ó cuatrocientas leguas, pensó Pedro, puede tener noticias suyas y decirle que siempre piensa en él.

CXIII. — EL ABORDAJE.

Como el Sr. Vega aprobó la idea de que su familia tomara las aguas de *Mionoska*, la buena madre fué á instalarse en este punto con Pedro y Miguel, para permanecer allí hasta fines de Septiembre. Su marido debía estar en Nagasaki el 10 de Octubre, para llevarlos á Shang-hai y Manila.

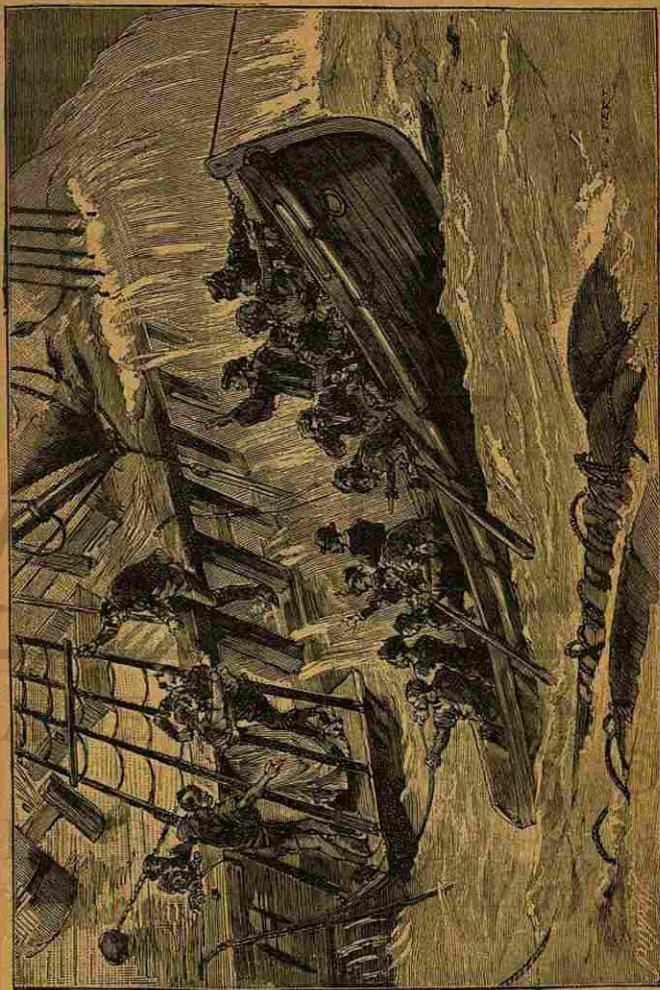
Así fué que no queriendo llegar con retraso, la señora de Vega se embarcó el 3 en un pequeño buque japonés, el *Kisso-Marú*, para ir al punto de cita.

Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone. El tiempo, que parecía bastante bueno al hacerse á la vela, cambió durante la noche, y á la mañana siguiente se vió el barco envuelto en densa niebla, que impedía por completo ver más allá de la punta del bauprés. Los fuegos seguían encendidos pero no lograban vencer con sus rayos tan denso velo.

Pedro y su madre no habían salido de su camarote pero Miguel estaba ya sobre cubierta, envuelto en una manta. Su mirada permanecía fija en la extremidad del barco, como si hubiese esperado que se rompiera el cortinaje; pero en vez de esto, aumentaba por segundos.

Así permanecía hacía ya algún tiempo, cuando de pronto salió de la bruma una masa oscuriza y cayó con rapidez vertiginosa sobre la proa del *Kisso-Marú*. El choque fué terrible y el pequeño barco dió espantoso crujido. Era que otro barco lo había *abordado*. El tumulto que siguió fué indescriptible. Los pasajeros salieron de sus cámaras á medio vestirse, lanzando lamentos y gritos de espanto que hacían casi imposible oír la voz del capitán y de su segundo.

Miguel corrió al camarote de la Sra. de Vega y al



El abordaje.

de Pedro, y juntos todos volvieron sobre cubierta, dispuestos á abandonar el buque si era necesario.

El joven se esforzaba en tranquilizarlos y darles ánimo. Entretanto, el capitán procuraba darse cuenta de las averías. Estas habían sido muy serias, y pronto se vió que el *Kisso-Marú* hacía agua y que sus horas, sus minutos tal vez estaban contados.

Quedaba una esperanza. Aunque no se había hecho más que entrever el barco causa de la catástrofe, se había tenido tiempo para observar que era más grande que su víctima. Era pues probable que resistió al choque y que estaba en las cercanías procurando encontrar á los náufragos. No era posible que se hubiese alejado sin preocuparse de ellos. La campana del *Kisso-Marú* empezó entonces á llamar, y además se tocaron los gongs y se dispararon cohetes. Sin embargo, no se obtuvo contestación ninguna.

Pronto fué evidente que el barco abordante, lejos de procurar disminuir los daños del choque, huía en medio de la bruma, como el malhechor que acaba de cometer un crimen y que aprovecha las sombras de la noche para escapar del merecido castigo.

Al convencerse de esto, los pasajeros prorrumpieron en gritos de ira y de indignación, que se confundían con los lamentos. ¿Era posible que hubiese hombres bastante inhumanos para abandonar en tan gran peligro á los que se encontraban en él por culpa de la fatalidad? ¿Qué cobardía, qué abominación!

Pero los lamentos eran inútiles. Cuando el capitán vió que no podía esperar socorro, mandó echar las lanchas. Después de todo no estaban lejos de la costa y era probable que llegarían á ella sin dificultad.

En los preparativos del salvamento estaban,

cuando apareció en el horizonte, ya más claro, otro navío. No tardó en aproximarse, y en ostentar ante la vista de los náufragos el pabellón estrellado de la Unión norte-americana. El capitán japonés le expuso, valiéndose de las acostumbradas señales, la situación en que estaba, y le preguntó si podía hacerse cargo de sus pasajeros. En cuanto á él y á sus marineros, no les asustaba un viaje de dos ó tres días en bote, pero pensó cuerdamente que los viajeros no verían las cosas del mismo modo, y sobre todo la señora española á causa de su hijo. El americano contestó que no podía separarse de su derrotero, pero que llevaría á San Francisco á quienes lo desearan, con tal que no le hicieran perder tiempo, efectuando el transbordo en seguida.

¿Ir á San Francisco cuando lo esperan á uno en Nagasaki! ¿Cómo pensar en semejante cosa? Sin embargo, había que resolverse. Cuando la Sra. de Vega vió flotando en el mar una de las chalupas y pensó que era preciso confiar la vida de su hijo y la suya propia á aquella cáscara de nuez, no vaciló un momento más. Después de todo, era preferible andar tres mil leguas más que exponerse á morir. Para volver á la costa del Japón se necesitaban tres días en las lanchas, y la Sra. de Vega no quiso correr tal peligro. Apresuróse, pues, á escribir dos letras á su marido en una página de su cartera de bolsillo, encargando al capitán que se las enviase, y después se embarcó en el bote del buque americano cuando la línea de flotación del *Kisso-Marú* había desaparecido ya debajo de la superficie del mar.

Otros pasajeros hicieron lo mismo; pero la mayor parte, que eran negociantes cuyos asuntos exigían imperiosamente su presencia en el Japón, prefirieron embarcarse en las chalupas del buque náufrago.

Digamos sin más tardar que la Sra. de Vega pro-

cedió cuerdamente al hacer lo que hizo, pues si bien una de las lanchas del *Kisso-Marú* llegó sana y salva á Yokohama, la otra fué arrastrada hacia el norte, hasta el mar de Okotsk; estos infortunados no pudieron volver al Japón sino después de mucho tiempo y grandes angustias.

CXIV. — LA REINA DEL PACÍFICO.

Diez y ocho días más tarde entraba el *Sacramento* por la *Puerta de Oro*.

Se da este nombre al paso que conduce desde el Pacífico á la *bahía de San Francisco*. Ésta forma una especie de lago interior, que se encuentra separado del Océano por una banda de terreno, en que se encuentra la ciudad; así es que el puerto, que se abre en dirección de la bahía, es de los más abrigados y seguros.

El aspecto del paso, que ostenta á uno y otro lado sus rocas peladas, no corresponde al pomposo nombre de *Puerta de Oro*; pero lo merece por la prodigiosa cantidad de buques que lo atraviesan y hacen afluir la riqueza á San Francisco y desde allí á los Estados Unidos.

Puede suponerse que el primer cuidado de la Sra. de Vega fué telegrafiar á su marido para anunciarle la feliz travesía. Este contestó dándole la enhorabuena y expresando su alegría al saber que ella, su hijo y Miguel estaban en salvo. Además, le enviaba un *mandato telegráfico*, á fin de que pudiera cobrar en casa de un banquero determinado, la suma necesaria para pagar su pasaje en el barco americano que los había recogido, y el que debía llevarlos de nuevo á Shang-hai donde los esperaba. Le decía por último que descansara antes de emprender el nuevo viaje.

Un *mandato telegráfico* es un aviso, enviado por telégrafo, anunciando á una persona que puede cobrar en tal ó cual casa de una ciudad una suma entregada á un banquero ó establecimiento de crédito de otra. Así, el Sr. Vega, que esperaba de Sang-bai á su mujer y su hijo, depositó la cantidad en manos de un comerciante de allí y su mujer la cobró en San Francisco. El giro telegráfico es muy cómodo, pero también muy caro.

La Señora encargó á Miguel que se enterase de los barcos que debían salir para China. Uno de ellos se iba al día siguiente; otro debía tardar ocho más. La buena madre se decidió á tomar el último, conforme á las indicaciones de su marido, para dejar que Pedro se repusiese, y ella también, de las terribles emociones de la anterior travesía.

Á Miguel le pareció que la *Reina del Pacífico*, según la llaman pomposamente sus habitantes, ó *Frisco*, como también dicen familiarmente, se parecía mucho á Melbourne. Esas ciudades, como la mayor parte de las de América y de Australia, no han empezado por ser, á la manera que las de Europa, pequeños caseríos que han aumentado poco á poco; es posible decir que han nacido en un día. Allí no hay calles estrechas y tortuosas, trazadas en una época en que era necesario estar cerca para defenderse, y que luego ha costado mucho trabajo ensanchar y enderezar, sino terrenos desnudos, abiertos al capricho de los constructores. Esto es causa de que las calles de las ciudades americanas sean rectas y anchas y fácil la circulación por ellas. Las de *San Francisco* ostentan además hermosas casas, verdaderos palacios algunas, y tranvías de vapor que la cruzan constantemente.

San Francisco y *Melbourne* deben su crecimiento á circunstancias análogas, esto es, á la presencia de minas de oro en sus cercanías. Pero la fortuna de la ciudad americana fué más rápida y extraordinaria aún que la de la población australiana, porque en California no se necesitaba mover la tierra para

encontrar oro en los primeros tiempos; bastaba recogerlo á flor de tierra en las madres secas de los ríos, que se llamaban *placers*.

Las fondas ú hoteles de San Francisco son notabilísimas; hay algunas que pueden albergar hasta mil doscientos viajeros, y están arreglados de tal modo que con tocar un timbre se obtiene agua, fuego, luz y cuantos objetos se pueden necesitar.

— ¡Cuánto chino, cuánto chinito! decía Pedro, repitiendo en San Francisco lo que había manifestado en Hanoi.

En efecto, los chinos han invadido la California y amenazan con inundar los Estados Unidos, según han hecho con la Australia, la India y las islas de la Sonda.

Bien es verdad que allí también se muestran trabajadores incansables, y que sin ellos no habría sido fácil construir las líneas de caminos de hierro que atraviesan los Estados Unidos, reuniendo el Atlántico con el Pacífico.

CXV. — NUEVA SEPARACIÓN.

Ha llegado la hora de partir. El *Colorado*, hermoso vapor americano, que se dirige á China y á Manila cuenta entre sus pasajeros á la Sra. de Vega y su hijo. La separación es penosa, pues en los seis meses que nuestros tres amigos llevaban juntos, se habían cobrado afecto y estimación recíproca. Miguel tomó mucho cariño á Pedro y la madre de éste se interesó mucho por el joven argelino desde el momento en que conoció su historia y sus desgracias. Como madre que era, cobró maternal ternura hacia el pobre huérfano abandonado en circunstancias tan lamentables. Hubiera querido llevarlo á Manila, y hasta le hizo la indicación; pero sin

insistir, por comprender que Miguel prefería quedarse en América. Se contentó, pues, con desearle buena suerte, abrazarlo como á un hijo y entregarle cuatrocientos pesos en oro, como testimonio de gratitud por los servicios que les había prestado.

La razón de que Miguel no aceptase el ofrecimiento de la Sra. de Vega fué su deseo de tener noticias de su hermanita y el de no alejarse más de ella. Es verdad que San Francisco distaba de Argelia tanto como Manila; pero las comunicaciones eran más fáciles y podía hacer el viaje en tres semanas, mientras que desde las Filipinas necesitaba cinco.

Hacia tres años que no sabía de su hermanita, á pesar de sus grandes deseos. Las circunstancias no habían sido á propósito para ponerse en comunicación con su familia.

Cuando convino en Dakar en ir con el Sr. Dulaure, se apresuró á escribir á su hermanita ó, mejor dicho, á los abuelos de la niña que la educaban, para decirles que estaba vivo aún y darles cuenta de los sucesos que lo habían llevado al Senegal; pero no sabía adónde decir que le contestasen.

Consultó al Sr. Dulaure, y éste le aconsejó que diese como señas su casa de Burdeos, pues allí sabían siempre por donde él andaba y podrían remitírsela.

Miguel siguió el consejo; pero el lector recuerda cómo se separó del Sr. Dulaure en San Pablo de Loanda. También se tendrá presente que estuvo demasiado poco en esta ciudad para intentar establecer correspondencia. En el Cabo pensaba embarcarse para Francia; era, por tanto, inútil escribir. Quedaba el telégrafo, pero como nunca lo había empleado, no se le ocurrió servirse de él. Resumiendo, hasta que se vió en Bombay y que pudo creerse instalado allí por algún tiempo, no hizo

ninguna tentativa más. Entonces escribió á los abuelos de Lucía; pero se marchó antes de que llegara la respuesta á su carta.

Otra misiva, expedida del Japón, no tuvo contestación, tal vez porque ésta llegó á Mionoska ó á Yokohama, como las anteriores á Burdeos y Bombay, después de su salida. De todos modos, lo primero que hizo al quedarse en América fué escribir de nuevo á los abuelos de Lucía, rogándoles pronta respuesta dirigida á San Francisco.

No quería prolongar más tiempo la dolorosa incertidumbre en que vivía respecto de su hermana, única persona que constituía por desgracia su familia.

Entretanto empezó á buscar ocupación. Primero entró en una fábrica de papel; pero la manufactura ardió y se quedó de nuevo en la calle. Entonces entró en casa de un productor de aguardiente, luego en una imprenta de periódicos, después en casa de un comerciante en granos, que traficaba mucho con la América Central, y cuyo padre fué uno de los primeros en atravesar el continente americano para establecerse en California; pero los negocios iban mal y todos los empleados fueron despedidos.

CXVI. — LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS. — EL FAR-WEST. — LOS COLONOS.

La república americana de los Estados Unidos, que ocupa la mayor parte de la *América del Norte* y que cuenta ciudades tan importantes como *Nueva York*, *Filadelfia*, *Boston*, *Cincinnati*, *San Luis*, *Chicago*, *San Francisco*, no tiene más de un siglo de existencia. En otro tiempo este inmenso continente no tenía más habitantes que *indios salvajes*, los *pieles rojas* (nombre que debían al color de su

piel), entre los cuales se distinguían los *sux*, los *iroqueses*, los *huronos* y los *mohicanos*.

En la época de *Jacobo I*, rey de Inglaterra, esto es, á principios del siglo XVII, fueron á establecerse en la costa atlántica de América unos mercaderes ingleses, fundando allí varias colonias. Estas aumentaron y prosperaron de tal modo que ciento cincuenta años más tarde quisieron separarse de su metrópoli la Gran Bretaña y gobernarse por sí mismas. Alzaronse en armas y nombraron general de su ejército á *Jorge Washington*.

Esta lucha, llamada de la independencia, fué larga y encarnizada. *Franklin*, uno de los hombres más notables del partido americano, marchó como diputado á Francia para solicitar el apoyo del rey *Luis XVI* en favor de sus compatriotas. Este soberano lo concedió, pero ya *Lafayette*, *Rochambeau*, *Segur*, los dos *Lameth* y otros muchos nobles y oficiales franceses habían ocurrido á sostener la causa americana. Poco después, los almirantes de Luis XVI, el *bailío de Suffren*, *D'Estaing* y *Lamothe-Piquet* alcanzaron victorias navales sobre las escuadras inglesas. La Gran Bretaña tuvo que hacer la paz, que se firmó en Versalles el año de 1783. Todos los gobiernos, incluso el de Londres, reconocieron entonces la existencia independiente de los Estados Unidos.

La nueva república empezó á crecer inmediatamente de modo extraordinario. Multitud de europeos fueron á ella á buscar fortuna, y la población sintiéndose pronto demasiado estrecha en las provincias del este, se extendió en dirección del *Far-West* (lejano occidente), disputando el terreno á los indios que lo ocupaban y derribando bosques enteros para edificar granjas y aldeas que no tardaban en convertirse en ciudades.

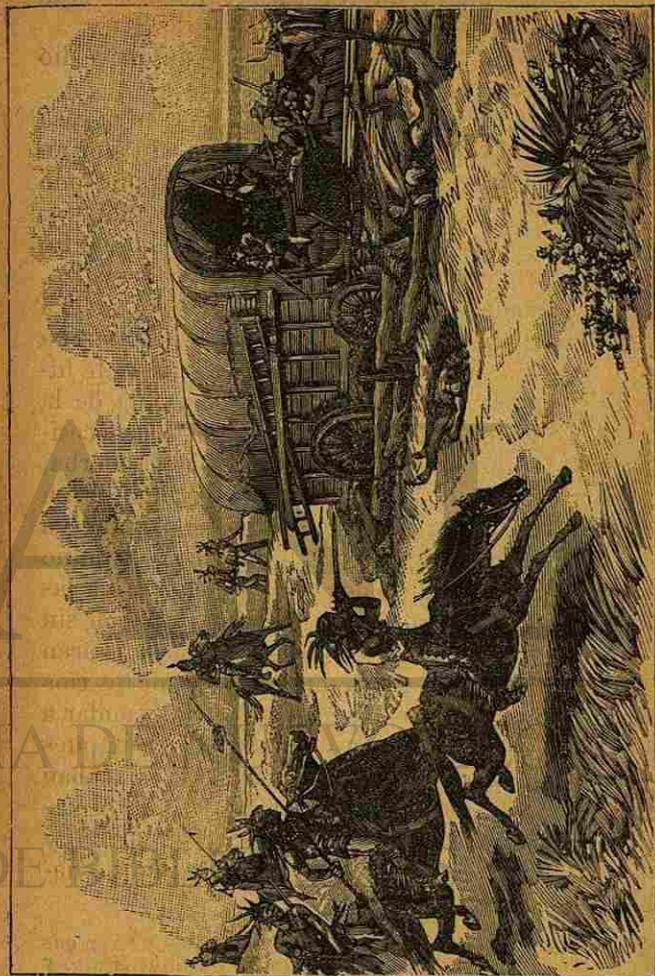
Esos atrevidos aventureros que penetraban de este modo en países nuevos y desconocidos eran llamados *pioners*.

El descubrimiento de las minas de California dió nuevo impulso á este movimiento.

Precisamente el padre del mercader en cuya casa estuvo empleado últimamente Miguel era labrador en las orillas del *Mississippi* cuando se extendió por todo el continente la noticia del descubrimiento del oro. Inmediatamente reunió cuanto poseía, lo metió en un inmenso carro, verdadero castillo movedido, capaz de sostener un sitio contra los indios, unció á él sus ocho pares de bueyes, y se puso en marcha con su mujer, sus cuatro hermanos y sus siete hijos, dirigiéndose siempre al oeste con ayuda de la brújula, como un marino en el océano. Ya necesitaba atravesar inmensas llanuras cubiertas de hierba, á que los franceses, que fueron los primeros en verlas, llamaban *praderas*, que aun conservan; ya espesos bosques en donde precisaba abrirse camino con el hacha y donde había que tener á raya las *hienas*, *chacales* y *coyotes*. De noche acampaban sin más abrigo que el carro. Los infelices viajeros eran detenidos en ocasiones semanas enteras por los ríos fuera de madre, y casi cada día se necesitaba andar á tiros con los indios cuyo territorio atravesaban, pues éstos, llenos de ira al ver que los desposeían, atacaban á los americanos siempre que era factible, mas el valor de éstos no se desmintió ni por un momento y siguieron andando en busca del objetivo que se habían propuesto.

Coyote ó lobo de las praderas — Especie de lobo muy feroz, que habita en las grandes llanuras de América del Norte de México y que lanza singulares aullidos.

Al cabo de cuatro meses de esas terribles pruebas llegaron á las *Montañas Roqueñas*, gran cordillera



Ataque de indios

de montañas que se extiende de norte á sur del continente americano y que lo divide en dos partes de anchura muy diversa. Allí aumentaron las dificultades; pero nada pudo detener á aquella atrevida gente ni impedirles que siguiesen su camino: *to go ahead*, como dicen los ingleses. Bien es verdad que cuando alcanzaron las ricas llanuras de California estaba muy disminuída la banda; dos de los hermanos de Smith habían muerto, uno luchando con los indios y otro por efecto del cansancio, de las privaciones y miserias del viaje. También perecieron dos de los niños.

Por la misma época, más de veinte mil personas de todas clases abandonaron también el centro y el este de América para recorrer en tan difíciles condiciones las ocho ó novecientas leguas que las separaban de California é ir en busca de oro. Muchos de ellos dejaron sus huesos en el camino, sin ver tampoco los países que desde tan lejos iban á buscar.

El labrador Smith llevó consigo por lo que pudiera ocurrir parte de sus instrumentos de cultivo, y además le quedaron algunos sacos de trigo de sus provisiones de viaje. Establecióse, pues, cerca de San Francisco y se puso de nuevo á trabajar la tierra. Las que abandonó á orillas del Mississipi eran muy productivas, pero no había modo de compararlas con la fertilidad de las regiones que baña el *Sacramento*, río de California.

Su nueva propiedad le dió cien sacos de trigo por cada uno que sembró. Es más, parte del terreno le prodigó al año siguiente otra cosecha sin que fuera necesario hacer nuevas sementeras. Al mismo tiempo que cultivaba la tierra, construyó un molino, que le sirvió para hacer harina y alimentar á multitud de colonos.

El trigo no es lo único que se da bien en Califor-

nia. Lo mismo ocurre con todas las producciones. En esta región, que hace medio siglo no poseía sino animales salvajes, se multiplicaron con sorprendente rapidez los bueyes, caballos y carneros. Las vides son excelentes y producen buenos vinos; y también abundan allí las maderas de construcción.

Se comprende sin dificultad que en un país donde faltaba todo y que se poblaba rápidamente vendiera Smith sus productos á peso de oro. En efecto, el labrador hizo fortuna colosal. Por desgracia, no contento con sus riquezas, quiso especular y se arruinó aún más rápidamente de lo que se había enriquecido. Su hijo recobró lo perdido, pero cayó otra vez; luego volvió á ganar sumas inmensas y así siguió, subiendo y bajando como la ola, un día manejando millones y seis meses después viviendo de prestado.

Miguel lo conoció en uno de los momentos desgraciados: una baja en los artículos que vendía le arruinó de un golpe.

Nuestro amigo tuvo en consecuencia que buscar otra ocupación.

CXVII. — NOTICIAS DE ARGELIA.

Un mes ó dos antes de este acontecimiento recibí al fin las noticias que con tanta impaciencia esperaba.

Era una carta de la abuela de Lucía; héla aquí:

« Querido Miguel.

» Veo que mi última carta, dirigida al Japón, no ha llegado á sus manos, como tampoco otras dos anteriores, que fueron según Vd. encargaba, á Burdeos y Bombay. Comprendo cuán inquieto debe estar sin saber de su hermanita. Empezaré por de-

de montañas que se extiende de norte á sur del continente americano y que lo divide en dos partes de anchura muy diversa. Allí aumentaron las dificultades; pero nada pudo detener á aquella atrevida gente ni impedirles que siguiesen su camino: *to go ahead*, como dicen los ingleses. Bien es verdad que cuando alcanzaron las ricas llanuras de California estaba muy disminuída la banda; dos de los hermanos de Smith habían muerto, uno luchando con los indios y otro por efecto del cansancio, de las privaciones y miserias del viaje. También perecieron dos de los niños.

Por la misma época, más de veinte mil personas de todas clases abandonaron también el centro y el este de América para recorrer en tan difíciles condiciones las ocho ó novecientas leguas que las separaban de California é ir en busca de oro. Muchos de ellos dejaron sus huesos en el camino, sin ver tampoco los países que desde tan lejos iban á buscar.

El labrador Smith llevó consigo por lo que pudiera ocurrir parte de sus instrumentos de cultivo, y además le quedaron algunos sacos de trigo de sus provisiones de viaje. Establecióse, pues, cerca de San Francisco y se puso de nuevo á trabajar la tierra. Las que abandonó á orillas del Mississipi eran muy productivas, pero no había modo de compararlas con la fertilidad de las regiones que baña el *Sacramento*, río de California.

Su nueva propiedad le dió cien sacos de trigo por cada uno que sembró. Es más, parte del terreno le prodigó al año siguiente otra cosecha sin que fuera necesario hacer nuevas sementeras. Al mismo tiempo que cultivaba la tierra, construyó un molino, que le sirvió para hacer harina y alimentar á multitud de colonos.

El trigo no es lo único que se da bien en Califor-

nia. Lo mismo ocurre con todas las producciones. En esta región, que hace medio siglo no poseía sino animales salvajes, se multiplicaron con sorprendente rapidez los bueyes, caballos y carneros. Las vides son excelentes y producen buenos vinos; y también abundan allí las maderas de construcción.

Se comprende sin dificultad que en un país donde faltaba todo y que se poblaba rápidamente vendiera Smith sus productos á peso de oro. En efecto, el labrador hizo fortuna colosal. Por desgracia, no contento con sus riquezas, quiso especular y se arruinó aún más rápidamente de lo que se había enriquecido. Su hijo recobró lo perdido, pero cayó otra vez; luego volvió á ganar sumas inmensas y así siguió, subiendo y bajando como la ola, un día manejando millones y seis meses después viviendo de prestado.

Miguel lo conoció en uno de los momentos desgraciados: una baja en los artículos que vendía le arruinó de un golpe.

Nuestro amigo tuvo en consecuencia que buscar otra ocupación.

CXVII. — NOTICIAS DE ARGELIA.

Un mes ó dos antes de este acontecimiento recibí al fin las noticias que con tanta impaciencia esperaba.

Era una carta de la abuela de Lucía; héla aquí:

« Querido Miguel.

» Veo que mi última carta, dirigida al Japón, no ha llegado á sus manos, como tampoco otras dos anteriores, que fueron según Vd. encargaba, á Burdeos y Bombay. Comprendo cuán inquieto debe estar sin saber de su hermanita. Empezaré por de-

circle que tiene muy buena salud, que cada día es más bonita, que su carácter es muy amable y que promete ser inteligente. Ya empieza á leer y me encarga que diga á su hermanito adorado que ahora que sabe dónde está, aprenderá á escribir pronto, para hacer ella las cartas.

» Mi mayor deseo sería darle igualmente buenas noticias de su padre; pero hasta ahora no hemos sabido sobre su suerte nada tranquilizador. De la expedición han vuelto cuatro soldados y un sargento, que lograron escapar. Uno de ellos ha dicho que el infeliz Móser pereció en la emboscada. Mucho me temo mi pobre hijo, que V. y Lucía tengan que renunciar á la esperanza de volver á verle.

» Nosotros no hemos tenido buena suerte este año. La cigarra ha devorado toda nuestra cosecha. Mi marido ha caído enfermo de resultas del disgusto: así lleva tres meses sin que haya mejoría. Esto me tiene muy apesadumbrada.

» En cambio tenemos la alegría de saber que V. disfruta de buena salud, y no necesito decirle con qué contento recibimos la primera carta en que nos participaba cómo escapó á la terrible catástrofe del desierto. ¿Acaso no es V. el hermanito de Lucía, su único sostén y apoyo después de nosotros? Para mi marido y para mí, Vd. es también un hijo.

» Mil besos, y abrazos de Lucía, de su abuelo y míos. Escriba V. con frecuencia y crea en el afecto de su buena madre.

» JUANA BIRKEM. »

Cigarra. — Insecto de la familia de los *saltones*, que andan dando brincos. — Habitan en los prados, en las campiñas de los árboles, y devoran las hojas y tallos de las plantas. Hay países, sobre todo Egipto, Argelia y el norte entero de África, en que la cigarra causa verdaderos estragos. Se presentan en bandadas tan numerosas que forman verdaderas nubes, detrás de las cuales no se ve el sol. Cuando una de ellas cae sobre un país, la vegetación desaparece en pocas horas. Las pérdidas ocasionadas en Argelia por el terrible

insecto el año 1866 se calcularon en diez millones de pesos oro; el hambre que siguió cortó la vida á 20.000 árabes. En 1888 se ha repetido la calamidad.

Esta carta llenó á Miguel de alegría y de tristeza al mismo tiempo, lo primero al saber lo bien que estaba su hermanita, lo segundo al considerar que había perdido á su padre. No obstante los recuerdos que conservaba, siempre le había quedado la esperanza de que tal vez el sargento había podido escapar de la matanza, y que algún día volverían á verse. La carta de Argeliano le dejaba ninguna ilusión.

Además, le fué muy penoso saber el mal estado de los negocios de la familia Birkem, que no era rico. Afortunadamente podía sacarlos de apuros pues no había tocado á los cuatrocientos pesos que le entregó la Sra. de Vega. Sin perder un momento tomó una letra en el servicio internacional de correos para mandar á Argelia dicha suma, demostrando así á los abuelos de su hermana que deseaba contribuir á sostenerla.



(cigarra.)

Sin embargo, quedábale un temor, el de que los ancianos falleciesen, dejando sin apoyo á la niña: ¿qué sería de ella en tal caso? Esta idea lo atormentaba, incitándolo á volver; pero por otra parte dolíale marcharse de los Estados Unidos, donde se gana la vida mejor que en otras partes.

La solución estaba en un término medio, esto es, no en volver á Europa, sino en acercarse á ella. Para ir de San Francisco á Argelia necesitaba de quince á diez y ocho días, mientras que diez ó doce bastaban desde Nueva York. Pensó, pues, en dirigirse á este último punto; pero el viaje es caro: sólo el camino de hierro cuesta ciento ochenta pesos. ¿Cómo

pagarlos, ahora que se había privado, muy á gusto suyo, de los cuatrocientos pesos que le diera la Sra. de Vega?

Al fin descubrió, á fuerza de pensar, un medio para salir del paso.

CXVIII. — EL PROYECTO DE MIGUEL. — LOS VAGONES AMERICANOS.

Los coches de los caminos de hierro americanos no se parecen á los europeos, pues en ellos no se entra por portezuelas situadas á ambos lados del tren, sino por sus frentes. De punto á punto se deja un pasadizo, de modo que es fácil circular por la parte interior de los vagones. Además, las plataformas que hay entre cada dos coches, facilitan el paso de un vagon al siguiente en toda la extensión del tren.

Además, no hay que bajarse en las estaciones para comer. Hay un vagón que sirve de comedor y en el cual se almuerza, se come y cena á las horas de costumbre. Los norte-americanos cuidan mucho de todos estos detalles, y se comprende, la importancia que para ellos tiene esta cuestión, si se piensa en lo enorme de las distancias.

En varias excursiones que había hecho por los alrededores de San Francisco, observó Miguel en el tren un muchacho que, gracias á la disposición particular de los vagones iba y venía de un extremo á otro del tren vendiendo cigarros, periódicos, pastillas y juguetes de niños.

Este comercio parecía darle excelentes resultados. « Bien podría hacer yo lo mismo, pensó Miguel. Con la ganancia pagaría mi billete, me iría acercando á mi familia y podría visitar la América, parándome en los sitios curiosos ó interesantes. De modo que si un acontecimiento imprevisto me

llamara á Europa, no me vería expuesto á marcharme de los Estados Unidos sin conocer sus bellezas naturales, sus recursos industriales; la riqueza de su suelo y el carácter de sus habitantes, conocimientos que pueden serme muy útiles andando el tiempo. »

Como estaba sin empleo y el tiempo era á propósito, pues empezaba el verano, pudo poner en práctica su plan. Tenía guardados unos doscientos francos (cuarenta dollars), economizados sobre sus sueldos en los últimos seis meses; nada más fácil que empezar su negocio.

CXIX. — EMPRESA COMERCIAL. — EL PACÍFICO CENTRAL.

Así fué que compró libros, lápices, fotografías, cigarros, cajitas de pastillas, juguetes y otras menudencias, colocó todo en una caja, disponiendo las muestras en un cesto, para que fuera más cómodo presentarlas á los viajeros, y después se embarcó en un enorme vapor, de tres pisos y dos chimeneas, muy usados en América. De este modo atravesó la bahía de San Francisco, llegando á la estación de arranque de línea *el Pacífico Central*, uno de los cinco caminos de hierro que atraviesan de océano á océano el continente americano.

Quando llegó á este punto, tomó un billete para *Sacramento*, una de las primeras estaciones, ciudad situada á orillas del río del mismo nombre. Es la capital del *Estado de California*. Debe advertirse que en la Unión, no es siempre capital de un Estado la ciudad más rica é importante, sino la situada en su centro. Como en ella han de residir la administración, los tribunales y todos los establecimientos públicos, es necesario que sea de acceso fácil á los habitantes.

El primer día fué bastante fructuoso para Miguel. Iban en el tren muchos niños y con esto los dulces y los juguetes del joven mercader llevaron tal camino, que al fin de la jornada no le quedaban ni una almendra ni un juguete.

Al hacer su cuenta en *Sacramento* vió que le quedaban dos dollards de beneficio; tenta, pues, motivo para estar satisfecho. Por lo demás, lo que él quería no eran grandes negocios, sino únicamente llegar á Nueva York con sus ganancias.

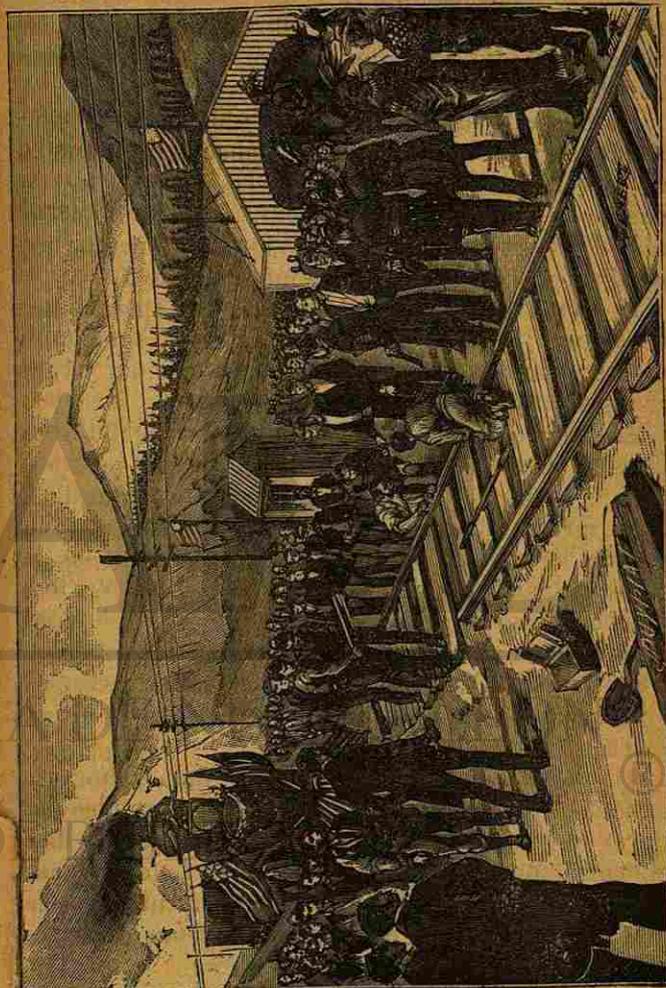
El primer día no se ocupó más que en su negocio, sin mirar siquiera el paisaje. Pero así que fué haciéndose á sus nuevas ocupaciones, miró de tiempo en tiempo la región. Después de atravesar verdes praderas, en que se distinguían granjas aisladas, imágenes de la abundancia y el bienestar, el tren penetró en la región de los bosques, en que los leñadores practican cada día nuevos boquetes.

— Tanto harán, le dijo un viajero, que algún día va este país, que tan magníficos bosques posee, á encontrarse tan pelado y calvo como si nunca hubiese habido un árbol en él.

En efecto, los americanos no economizan los tesoros que les ha prodigado la naturaleza.

CXX. — LA SIERRA NEVADA. — EL DÍA 10 DE MAYO DE 1869.

El tren subía rápidamente por la *Sierra Nevada*, la primera cordillera que atraviesa los E. Unidos. El espectáculo es grandioso: los picos alcanzan unos por encima de otros sus nevadas cimas. La máquina fatigosa resoplida como si se cansara al ascender aquellas escarpadas pendientes. Todo se vuelve allí zanjas y terraplenes, túneles, puentes y viaductos; de éstos hay algunos hechos con alambre de hierro, otros de madera y tales obras espantan



Empalme de los dos trezos del ferrocarril del Pacífico.

en ocasiones al viajero, pues no parecen, y la experiencia lo ha probado, que siempre tengan suficiente solidez. La vía describe curvas vertiginosas y pasa tan cerca de los torrentes que por momentos parece inevitable una catástrofe.

No obstante el interés que presentaba el paisaje, Miguel seguía con atención su tráfico. Los juguetes no se vendieron tan bien como la víspera, por no haber en el tren muchos niños. En cambio, los libros tuvieron mejor salida. Afortunadamente, renovó su provisión en *Reno*, donde se detuvo.

Es inútil dar cuenta detallada de las operaciones de Miguel; basta con saber que fueron suficientemente lucrativas para permitirle continuar realizando su proyecto.

Al llegar á *Reno* observó Miguel en el muelle unos prismas grises, de reflejos metálicos, apilados unos encima de otros y que formaban como dos murallas. Su sorpresa fué grande cuando le dijeron que eran *lingotes de plata*, por valor de muchos millones de dollars, extraídos de las minas de *Sierra Nevada*, que ocupan gran parte de la región. Dichas riquezas permanecían allí expuestas á todas las intemperies, como ladrillos, cantos ó cualquier otra mercancía ordinaria, esperando su transporte por el camino de hierro.

Al fin se dejó atrás la Sierra Nevada; ahora se extienden ante la vista de los viajeros grandes llanuras aborregadas, el *gran desierto americano*. Las ciudades son escasas y mucho más lo eran hace veinte años, ó mejor dicho, no había ni siquiera una, y sólo los *Pieles Rojas* recorrían esas regiones.

También pasó Miguel el *gran desierto*; el aspecto del país se hace más bello. El tren se para en una estación, donde algunos viajeros señalan á los demás

un punto en que nuestro joven no nota nada de particular.

— ¿Qué miran con tanto interés? preguntó á un viajero que lo había tratado con especial benevolencia.

— El punto en que se efectuó el año de 1869, el empalme de los dos trozos del camino de hierro del Pacífico. Esta vía fué la primera que atravesó el continente y su importancia era capital, pues hasta entonces no se podía ir de Nueva York á San Francisco sino dando la vuelta por el *istmo de Panamá*, ó bien en diligencia por aquí mismo, á costa de grandes privaciones y peligros. Todo el mundo deseaba la construcción de ese camino de hierro con la mayor impaciencia; pero la empresa era colosal, pues entre las dos ciudades mencionadas, hay más de cuatro mil quinientos kilómetros de distancia. Se empezó el trabajo por los dos extremos al mismo tiempo, y los ingenieros del *Este* y del *Oeste* rivalizaron en ardor, procurando hacer el mayor número posible de kilómetros. Los obreros empleados por la parte de San Francisco fueron en su mayoría chinos.

El día 10 de mayo de 1869 se vieron por fin frente á frente los dos ejércitos, el último riel del camino de hierro acababa de ser colocado, sobre un travesaño de laurel con aros de plata; sólo faltaba fijarlo por medio de dos tornillos fabricados expresamente con tal objeto, uno de plata, regalado por el Estado de *Nevada* y el otro de oro, plata y hierro, presente del de *Arizona*. Esta tarea incumbió á los presidentes de las dos compañías. Los martillazos que terminaban esta gigantesca obra repercutieron al mismo tiempo en todo el inmenso territorio de los Estados Unidos, pues se había establecido una comunicación entre los martillos y el telégrafo. Así

fué que en Nueva York, San Francisco, en la Nueva Orleans y en todas las ciudades y aldeas de la Unión, al norte, al sur, al este y al oeste se conoció el momento preciso en que se soldaron las dos inmensas cintas metálicas que reunían los dos océanos.

La ejecución de este ferrocarril pasó entonces con motivo por un prodigio. Pues bien, hoy existen cinco análogos, sin contar los que están en construcción.

CXXI. — LA CATÁSTROFE DE CAMINO DE HIERRO.

En los días anteriores oyó Miguel hablar varias veces de un *Parque nacional*, á donde se iba por un camino de hierro que empalmaba con el del Pacífico en la *Ciudad del Gran Lago Salado*. Algunos viajeros se proponían visitarlo.

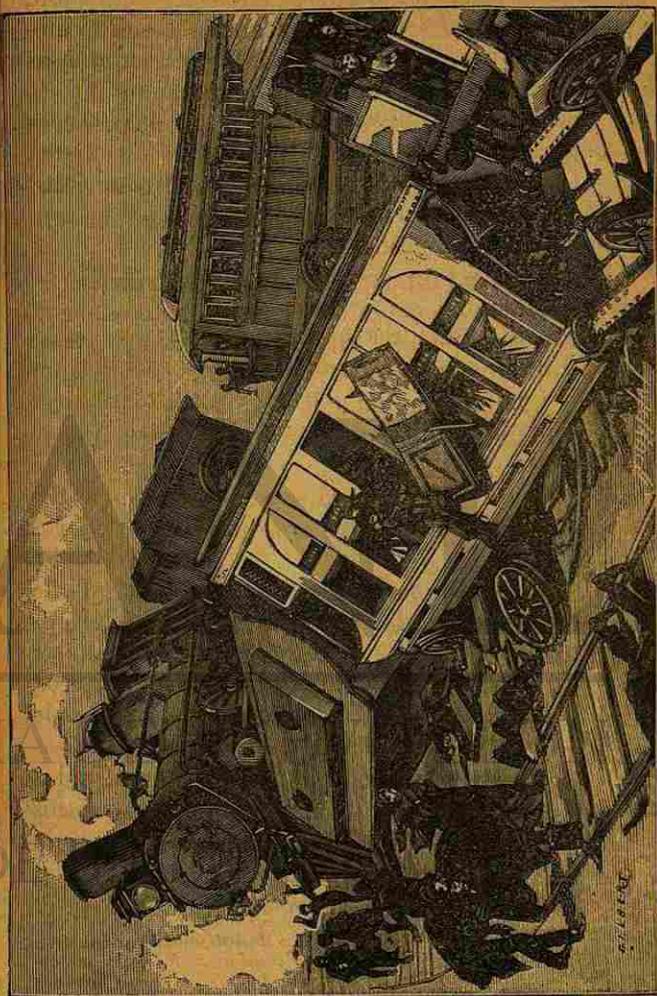


Árboles gigantes de California.

Nuestro joven no sabía qué entender por *Parque nacional*; hasta que al fin le dijeron que era un sitio donde había grandes bellezas naturales, y que el gobierno de los Estados Unidos había declarado propiedad pública aquellos sitios para preservarlos de segura destrucción.

En América existen varios *parques nacionales*; entre otros, uno situado á no mucha distancia de San Francisco; se le llama *Yosemite Valley* y allí es donde se encuentran los *árboles colosales de California*, los *Wellingtonia gigante*, rivales de los eucaliptos australianos. El gobierno los ha declarado *propiedad nacional* para preservarlos de la destrucción. De no haberlo hecho así, esos árboles extraordinarios habrían sido derribados por gentes que sólo buscan el negocio.

El sitio de que habían hablado á Miguel se llama



Catástrofe de camino de hierro.

Yellowstone Park, por el nombre de un río *Yellowstone* (*pedra amarilla*) que lo atraviesa. Está situado en las *Montañas Roqueñas*, la segunda cordillera que se encuentra en el camino de San Francisco á Nueva York. Miguel se informó de la manera de ir y vió que podía hacerlo sin perjuicio de su pequeño negocio.

Así fué que en vez de seguir hacia el este, torció en dirección del norte, atravesando regiones quebradísimas y pintorescas.

Un día que según su costumbre recorría los coches presentando sus mercancías á los viajeros, se detuvo para que una niña eligiera entre dos muñecas, una vestida de azul y otra de rosado, que parecían gustarle igualmente, cuando se produjo de pronto un choque formidable, que dió en tierra con nuestro mercader.

Así que volvió del aturdimiento que le causara tan violenta sacudida, miró con inquietud á su alrededor.

Los viajeros estaban revueltos unos con otros y se levantaban gritando, lanzando maldiciones y juramentos y cojeando. Acababa de producirse una catástrofe; parte del terraplén por donde pasaba la vía se hundió y el tren cayó talud abajo, desde una altura de cuatro ó cinco metros.

Miguel se tocó el cuerpo y efectuó algunos movimientos, viendo que no tenía nada. Entonces buscó con la mirada á la niña de la muñeca, no tardando en descubrirla debajo de un montón de cojines, lanzando espantosos gritos. Apresuróse á sacarla de allí, la tomó en su chaquetón y logró salir con ella del coche.

Esto le costó multitud de rasguños en las manos, los brazos, las piernas y la cara; pero gracias á las precauciones que tomó, la niña no tenía nada.

El padre y la madre corrían de un lado para otro llamándola: « ¡Jorgina, Jorgina! »

Se comprende su alegría al verla sana y salva, y la efusión con que dieron gracias á Miguel.

La niña no tenía heridas ni contusiones; pero la sangre corría de las manos y las mejillas de Miguel á la vez que se llenaba de manchas rojizas su camisa.

— No es nada, dijo el joven. Unos rasguños.

— Sin embargo, hay que curarlos en seguida, contestó el Sr. Beauchamps, padre de la niña.

Y no obstante la resistencia de Miguel, lo llevó á un tinglado que acababan de preparar para las víctimas de la catástrofe.

Como el camino de hierro en cuestión llevaba á una estación balnearia muy concurrida, no faltaban médicos en el tren.

Miguel fué curado en un momento, pudiendo ponerse de nuevo su chaqueta.

— ¿Adónde va V. ahora? preguntó el Sr. Beauchamps.

— No lo sé aún, contestó el joven.

— ¿No iba V. al parque de Yellowstone?

— Sí señor.

— Pues iremos juntos.

— Pero si...

— No hay pero que valga, replicó el Sr. Beauchamps, comprendiendo que Miguel rehusaba por discreción. Además, somos compatriotas hasta cierto punto.

— ¿Compatriotas?

— Medio, medio, pues V. es francés y yo *canadiense*, súbdito inglés por consiguiente; pero mis antepasados eran de su país; mi nombre, Beauchamps, indica su origen, y he conservado hacia los compatriotas de mis abuelos vivas simpatías. De

modo que ya lo sabe V. : vendrá con nosotros.

Jorgina batió palmas al oír esto, pues había tomado en pocos minutos vivo afecto á Miguel.

Así fué como aquella misma tarde, nuestro joven reunió los objetos de su pacotilla que pudo salvar de la catástrofe y marchó á Yellowstone en compañía de la familia canadiense.

CXXII. — EL PARQUE DE YELLOWSTONE.

La expresión *Parque nacional* no se aplica, según podría creerse, á un grande, é inmenso jardín, análogo á los de las grandes quintas y que pueden recorrerse en una tarde. Es, por el contrario, un territorio tan extenso como una provincia europea; en visitarlo se tarda algunos días. Miguel hubiese tenido por consiguiente que renunciar á ello, de no haberle favorecido las circunstancias, pues en América esas cosas cuestan mucho dinero, y ya sabemos que nuestro amigo no era rico.

Al día siguiente tomó el Sr. Beauchamps un coche para recorrer el país, y las excusas á que recurrió Miguel para no molestar á sus nuevos conocidos no le sirvieron de nada; quiso que no quiso, tuvo que acompañarlos.

Lo cierto es que en el fondo de su alma no sentía la ocasión que se le presentaba de visitar tan curioso país.

El sitio era magnífico; por todas partes alzaban sus cimas altas montañas, muchas de ellas cubiertas de nieve, mientras el Yellowstone corría entre dos orillas de *basalto*, de trescientos á cuatrocientos metros de altura, que formaban estrechos desfiladeros llamados *cañones*.

Basalto — Roca negra, extremadamente dura, procedente de erupciones volcánicas y que presenta en ocasiones el aspecto de

columnas prismáticas, esto es, de caras regulares, y que parecen hechas á mano.

Estos *cañones* abundan en algunas partes de América del Norte; los más famosos son los que recorren el *Arkansas*, el *Yellowstone* y el *Colorado*. Estos ríos pasan en ciertos puntos por hendeduras profundas de cinco á seiscientos metros, formadas por murallas verticales, tan rectas como si se hubiese recurrido á la plomada para hacerlas. En esas cañadas no ha penetrado nunca un rayo de sol, y el viento que circula por ellas produce allí el efecto de una inmensa orquesta.

Nuestros viajeros recorrieron la región durante cuatro ó cinco días, viendo

que es sumamente volcánica. Por todas partes surgen aguas calientes, cargadas de *azufre* ó de *alumbre*, sal blanca de sabor acre que se encuentra en ciertas aguas minerales, así como en la proximidad de los volcanes y que se emplea en la medicina y la industria. Las emanaciones que le sofocaban recordaron á Miguel las del volcán Tankubraprahán. Acá y acullá se veían depósitos blanquecinos. Los viajeros no se cansaban de admirar la abundancia de las aguas que caían en saltadoras cascadas, las formas singulares de las rocas, los subidos tonos con que la naturaleza las había coloreado, la belleza de los árboles que en algunos puntos colgaban sobre los abismos; el color azulado del lago que formaba el río, y la frescura de las verdes islas de que está sembrado; pero nada les asombró tanto como el espectáculo que un día contemplaron sus ojos.



Geiser.

Habían llegado á un espacio bastante grande, donde había algunos grupos de árboles. En torno se divisaban unos montones de distintas alturas, que parecían hechos con piedra y tierra amasada.

— Aquí es, dijo un hombre que les servía de guía.

Miguel miró, no viendo nada de particular. Sin embargo, se oía un ruido subterráneo análogo al que produce una caldera en ebullición y que crecía por momentos. Este rumor le causaba espanto, por pensar si sería un terremoto, cuando de pronto salió de uno de los montículos que antes llamaran su atención un chorro de vapor de cinco á seis metros de ancho; detrás apareció una columna de agua que subió sesenta ó sesenta y cinco metros (tanto como la torre de una catedral) ostentando un penacho de vapores dos ó tres veces más alto aún. El líquido después de ascender como impulsado por una fuerza irresistible, volvía á caer en gotecillas diamantinas que los rayos del sol teñían con los colores del arco iris. Los demás montículos lanzaron también sus chorros de vapor y agua, algunos tan magníficos como el primero, otros algo más pequeños. Miguel no podía apartar la vista de tan maravilloso espectáculo; nunca había visto á su parecer nada tan hermoso, y la verdad es que son pocos los fenómenos que igualan á éste en magnificencia.

El *geiser*, que así se llaman estos saltos de agua naturales, continuó por espacio de quince á veinte minutos enviando hacia el cielo sus chorros de agua hirviendo; después fué disminuyendo poco á poco la columna, hasta desaparecer enteramente. La representación estaba terminada por aquel día; pero Miguel no podía volver de su asombro y de su admiración.

Geisers. — Fuentes termales (calientes) en forma de saltos *intermitentes*, es decir, que sólo corren á intervalos. Salen del suelo, ya

en épocas fijas, ya en momentos indeterminados. Durante mucho tiempo no se conocieron más que los *geisers de la Islandia*; después se descubrieron los de las *Montañas Rocosas*. También los hay cerca de *San Francisco* y en la *Nueva Zelanda*.

CXXIII. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AMERICANO.

Miguel no quería detenerse más en Yellowstone, á pesar de tantas bellezas.

— ¿Adónde va V.? le preguntó el Sr. Beauchamps cuando nuestro joven le manifestó el intento de seguir su camino.

— Pienso, ir á Chicago por San Pablo, contestó.

— Pues bien, amigo mío, hágame V. el gusto de aceptar esto.

Y le entregó un papel doblado.

— ¡Caballero! exclamó Miguel retrocediendo un paso y poniéndose muy encendido, pues se figuró que le daban un billete de banco.

— No crea V. que me atrevo á ofrecerle dinero, dijo el canadiense; este papel no es más que un pase que le permitirá viajar sin pagar nada. Tengo grandes intereses en el camino de hierro *Norte-Pacífico*, el mismo que se propone V. tomar y dispongo de varios pases gratuitos. Ya ve V. que puede aceptar éste sin escrúpulo.

— Lo hago así con vivo agradecimiento, contestó Miguel, medio avergonzado de su demasiado pronta susceptibilidad.

Momentos después, salía en dirección del este.

La vía sigue durante algún tiempo por el valle del Yellowstone, que va á desembocar en el Misurí un poco más abajo; de tiempo en tiempo se divisa una granja, una sierra mecánica y hasta un *wigwam* ó choza de indios.

Á pesar de que la generosidad del Sr. Beauchamps

Habían llegado á un espacio bastante grande, donde había algunos grupos de árboles. En torno se divisaban unos montones de distintas alturas, que parecían hechos con piedra y tierra amasada.

— Aquí es, dijo un hombre que les servía de guía.

Miguel miró, no viendo nada de particular. Sin embargo, se oía un ruido subterráneo análogo al que produce una caldera en ebullición y que crecía por momentos. Este rumor le causaba espanto, por pensar si sería un terremoto, cuando de pronto salió de uno de los montículos que antes llamaran su atención un chorro de vapor de cinco á seis metros de ancho; detrás apareció una columna de agua que subió sesenta ó sesenta y cinco metros (tanto como la torre de una catedral) ostentando un penacho de vapores dos ó tres veces más alto aún. El líquido después de ascender como impulsado por una fuerza irresistible, volvía á caer en gotecillas diamantinas que los rayos del sol teñían con los colores del arco iris. Los demás montículos lanzaron también sus chorros de vapor y agua, algunos tan magníficos como el primero, otros algo más pequeños. Miguel no podía apartar la vista de tan maravilloso espectáculo; nunca había visto á su parecer nada tan hermoso, y la verdad es que son pocos los fenómenos que igualan á éste en magnificencia.

El *geiser*, que así se llaman estos saltos de agua naturales, continuó por espacio de quince á veinte minutos enviando hacia el cielo sus chorros de agua hirviendo; después fué disminuyendo poco á poco la columna, hasta desaparecer enteramente. La representación estaba terminada por aquel día; pero Miguel no podía volver de su asombro y de su admiración.

Geisers. — Fuentes termales (calientes) en forma de saltos *intermitentes*, es decir, que sólo corren á intervalos. Salen del suelo, ya

en épocas fijas, ya en momentos indeterminados. Durante mucho tiempo no se conocieron más que los *geisers de la Islandia*; después se descubrieron los de las *Montañas Rocosas*. También los hay cerca de *San Francisco* y en la *Nueva Zelanda*.

CXXIII. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AMERICANO.

Miguel no quería detenerse más en Yellowstone, á pesar de tantas bellezas.

— ¿Adónde va V.? le preguntó el Sr. Beauchamps cuando nuestro joven le manifestó el intento de seguir su camino.

— Pienso, ir á Chicago por San Pablo, contestó.

— Pues bien, amigo mío, hágame V. el gusto de aceptar esto.

Y le entregó un papel doblado.

— ¡Caballero! exclamó Miguel retrocediendo un paso y poniéndose muy encendido, pues se figuró que le daban un billete de banco.

— No crea V. que me atrevo á ofrecerle dinero, dijo el canadiense; este papel no es más que un pase que le permitirá viajar sin pagar nada. Tengo grandes intereses en el camino de hierro *Norte-Pacífico*, el mismo que se propone V. tomar y dispongo de varios pases gratuitos. Ya ve V. que puede aceptar éste sin escrúpulo.

— Lo hago así con vivo agradecimiento, contestó Miguel, medio avergonzado de su demasiado pronta susceptibilidad.

Momentos después, salía en dirección del este.

La vía sigue durante algún tiempo por el valle del Yellowstone, que va á desembocar en el Misurí un poco más abajo; de tiempo en tiempo se divisa una granja, una sierra mecánica y hasta un *wigwam* ó choza de indios.

Á pesar de que la generosidad del Sr. Beauchamps

le facilitaba mucho el viaje, Miguel continuó su negocio.

En el segundo ó tercer día después de su salida, estaba nuestro joven enseñando á una señora vistas de los principales sitios de Yellowstone cuando oyó el grito : » ¡Un búfalo!

La dama dejó inmediatamente el álbum que examinaba, corriendo al ventanillo del coche. Miguel hizo lo mismo.

Por la llanura corría medio aturdido y sin saber adónde ir, un animal parecido al toro, pero más pesado de formas, más recogido, de color más oscuro, con una joroba en la parte anterior del lomo, la cabeza armada con encorvados cuernos, y negruzca, espesa y crespa lana en la cabeza y la cruz.

— ¡Buena es ella! exclamó riendo un viajero. Ahora corre todo el mundo á ver un *bisonte* y en otro tiempo formaban estos animales bandadas tan numerosas que una sola de ellas hubiese podido impedir que pasara nuestro tren. Han matado tantos, que hay sitios donde la tierra está blanca de sus huesos. Bien es verdad que entonces la joroba del búfalo ó bisonte era considerada como un manjar succulento por los cazadores que recorrían las *praderas*. Todos esos animales, así como el oso negro han retrocedido tanto hacia el norte, que el americano de hoy no puede verlos casi más que en los jardines zoológicos.

Bisonte ó Búfalo. — Cuadrúpedo rumiante de gran tamaño, análogo al buey, que en otro tiempo formaba bandadas innumerables en América del Norte; pero que va haciéndose raro.

Oso — Cuadrúpedo carnívoro (que come carne), general en casi todo el mundo. Las principales especies son el *blanco*, que vive en las regiones polares y cuya piel es muy apetecida para servir de alfombra; *oso negro*, que vive en las regiones montañosas de Europa; y el *pardo*, de América del Norte, que empieza á escasear. Este es el mayor y el más feroz; en los *Estados Unidos* lo llaman *gristly*.

— Tampoco tardará en desaparecer el perro de

las praderas, contestó otro viajero, señalando con el dedo hacia un sitio donde se veían varios pequeños cuadrúpedos, del tamaño de un conejo, que miraban tranquilamente pasar el tren desde unas pequeñas eminencias situadas como las casas de una aldea.

— ¿Esos animales son perros? preguntó Miguel. En verdad que no se parecen á sus semejantes que yo conozco.

— Los llaman *perros*, pero de éste no tienen sino el ladrido; más bien se parecen á las *marmotas*. Los labradores les hacen encarnizada guerra por causa de los destrozos que causan. Estos animalitos viven en sociedad, formando grupos considerables, que cuentan á veces mil habitantes. Lo malo y terrible es que practican sus madrigueras unas al lado de otras, como los conejos, minando así todos los plantíos. Desde aquí se ve la entrada de algunos escondrijos.

CXXIV. — POR EL NORTE-PACÍFICO. — LA GUERRA DE SEPARACIÓN.

La atención de Miguel se había fijado en un señor que iba en el tren, de aspecto militar y bigotes blancos, con una pierna de palo. Todo el mundo parecía conocerle, lo llamaban coronel y le dirigian la palabra con deferencia.

— ¿Quién es este señor? preguntó al empleado que visaba los billetes.

— El Coronel Serton; perdió su pierna en el sitio de Richmond.

— ¿En el sitio de Richmond?

— Sí, durante la *guerra de Separación*.

— ¿Qué guerra es esa?

— ¿Pero de dónde sale V. para no saberlo? le

replió el otro con extrañeza un tanto humillante para los conocimientos históricos de Miguel.

— No tiene nada de particular que este joven lo ignore, dijo el anciano coronel que había oído el diálogo; es muy joven y me parece extranjero. Siéntese aquí, añadió hablando á Miguel; voy á explicarle de qué se trata.

El joven lo hizo así, y el coronel dijo:

— Esta guerra estalló en 1861 entre los *Estados del Norte de la Unión* y los *Estados del Sur*. Los primeros querían abolir la esclavitud, mientras los segundos deseaban conservarla. Así es que aquéllos eran llamados *antiesclavistas*, *abolicionistas*, *nortistas* y también *federales*, y éstos *esclavistas*, *sudistas* y *confederados*. La última expresión se debía á que los *Estados del Sur*, esto es, la *Carolina*, la *Florida* y la *Luisiana*, querían formar una *confederación* particular, independiente de los del Norte. Tal fué la verdadera causa de la guerra.

El Sur empezó la lucha, obteniendo al principio algunos triunfos, pero á fines del segundo año, las tropas federales mandadas por *Grant*, invadieron su territorio y tomaron *Nueva Orleans*, capital de la *Luisiana*. Los *confederados* (del Sur) rechazaron la invasión y tomando de nuevo la ofensiva, nos atacaron (á nosotros los del Norte) en *Frederiksburgo*, entre *Washington* y *Richmond*, su capital. Fuimos vencidos al principio, mas no tardamos en rehacerlos y durante algún tiempo se compensaron los triunfos y los desastres.

Pero los *sudistas* comprometieron su causa haciendo devastar los Estados del Oeste por bandas de indios feroces y aliándose con miserables que saquearon *Nueva York* y quemaron parte de esta ciudad. Así provocaron universal indignación. La guerra continuó con nuevo vigor y la campaña

siguiente fué decisiva. El *general Grant* marchó contra *Richmond*, defendido por *Lee*, general en jefe del Sur, y el general del Norte *Butler* se apoderó de la ciudad, después de diversos combates. En el mismo tiempo, *Sherman* y *Sheridan*, generales del Norte, deshacían en otros puntos los ejércitos del Sur, y los obligaban á capitular. Así terminó esta guerra de cuatro años. Su resultado fué la abolición de la esclavitud de los negros en el territorio entero de los Estados Unidos.

— Parece, señor coronel, exclamó tímidamente Miguel, mirando la pierna de palo del soldado, que en el sitio de *Richmond*...

— ¿Perdí mi pierna? Sí, amigo mío, y en uno de los últimos combates, de modo que pude seguir la compañía hasta el fin, por lo cual doy gracias á Dios. Pero hé aquí *Dixon*, donde voy á parar. Adiós.

CXXV. — CHICAGO.

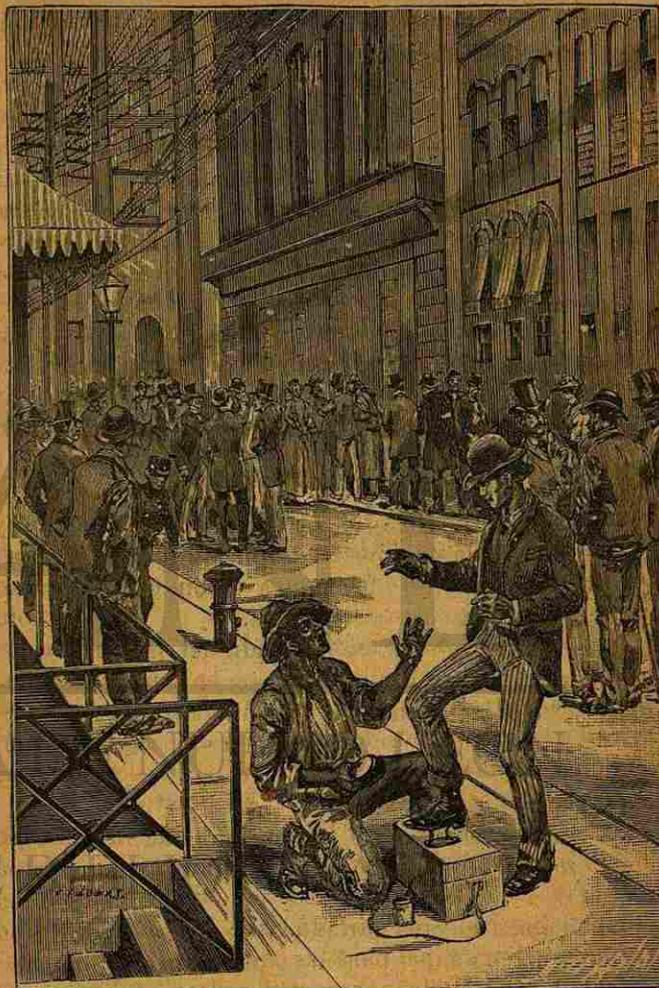
Al llegar á *Chicago* es imposible imaginarse que esta ciudad ardió enteramente hace unos cuantos años. El fuego duró tres días y devoró veinte mil casas, dejando sin abrigo á cien mil personas. Un año después no quedaba rastro de esos estragos y sobre las ruinas de la antigua ciudad se alzaba otra, mayor y más hermosa. Por esto se llamó á *Chicago* la *ciudad-hongo*, para indicar que creció tan rápidamente como sale de la tierra una seta. Miguel recorrió admirado sus calles llenas de casas magnificas, todas en ángulo recto, según la útil pero monótona costumbre americana. La monotonía es mayor aún porque en vez de dar á las vías públicas nombres sacados de la disposición de los sitios, ó que recuerden un hecho memorable ó un hombre famoso, se limitan á numerarlas: 1ª, 2ª, 3ª, etc.

Andando como Dios le daba á entender llegó Miguel al puerto, guiado desde lejos por los mástiles de los buques.

— ¡ Qué bien situada se encuentra Chicago para el comercio ! pensaba al recorrer los muelles llenos de animación y de actividad, y contemplando la azulada superficie del lago Michigan que se extendía hasta perderse de vista. Este lago es un verdadero mar interior, que comunica con los otros cuatro que forman por la parte del Norte los límites de los Estados Unidos : el *Superior*, el *Hurón*, el *Erie* y el *Ontario*. Como si ese vasto campo abierto á su tráfico no le bastara, he contado infinito número de ferrocarriles que paran aquí. Comprendo que esta ciudad se haya enriquecido y desarrollado con tanta rapidez.

Mientras se hacía esas reflexiones, estudiaba atentamente el movimiento del puerto, que es muy activo. Á lo largo de los muelles se alzan las construcciones que los americanos llaman *elevadores*, grandes edificios de ocho y nueve pisos, que contienen inmensos graneros donde se almacenan los cereales que llegan allí desde los Estados centrales, para ser exportados después al mundo entero. Nuestro joven no se cansaba de admirar lo bien que funcionan las máquinas y la actividad de los que las ponen en movimiento.

Otra cosa curiosa de las que se ven en Chicago es el *parque de las reses*, establecimiento que ocupa espacio inmenso, pues esta ciudad es, no sólo el primer mercado del mundo para los cereales, sino también el principal para las carnes. Hay allí un establecimiento donde convierten cada día de doce á quince mil cerdos en carne salada, jamones y salchichas, que meten en barriles, enviándola al mundo entero.



¡ Miguel ! — ¡ Zambo !

Hay otra ciudad americana que rivaliza con Chicago en esta industria; es *Cincinnati*, que por tal motivo llaman *Porcópolis*.

CXXVI. — ENCUENTRO INESPERADO.

Después de recorrer el puerto, volvía Miguel hacia la parte interior de la ciudad con ánimo de buscar un fondín donde almorzar, cuando se le ocurrió hacerse limpiar las botas.

Al efecto se dirigió hacia una esquina donde vió un mandadero, y puso el pie en la caja. El limpia-botas, que era negro como el ébano, tomó sus cepillos y ya iba á empezar su trabajo, cuando lanzó un grito de asombro.

— ¡Miguel! dijo.

— ¡Zimbo! contestó el otro.

Las dos exclamaciones fueron simultáneas. Era en efecto el negrillo africano, á quien el joven encontraba de manera tan extraña.

Abrazáronse con efusión, y Miguel propuso que fueran á almorzar juntos para tener tiempo de hablar; pero al ir á entrar en un restaurant, el mozo les advirtió que en el establecimiento no recibían negros.

— Pero si viene conmigo, contestó Miguel.

— Hay casas para ellos, le contestaron, y por más que hizo no logró que admitiesen á su camarada.

— Veamos en otra parte, se dijo el argelino. Pero en todas partes fué lo mismo, pues en este país de igualdad, los negros son considerados como parias, y los blancos no deben tener relaciones con ellos más que para hacerse servir.

— Hay cosas singulares en el mundo, pensaba

Miguel siguiendo sus peregrinaciones: hé aquí un pueblo que ha hecho la guerra para abolir la esclavitud de los negros y que no puede soportar la presencia de uno de ellos.

Al fin, viendo que no podía lograr que Zimbo entrara en un restaurant destinado á los blancos, Miguel tomó el partido de entrar en uno de negros, pues no quería separarse del amigo de los días aciagos, y ansiaba conocer su historia.

Aunque Zimbo había realizado grandes progresos en el arte de hablar, desde la aventura del barco negrero, todavía lo efectuaba con trabajo; además sus conocimientos geográficos eran tan elementales que ignoraba el nombre de la mayor parte de los países por donde había pasado. Su relato sería, pues, difícil de seguir. Vamos á hacerlo nosotros.

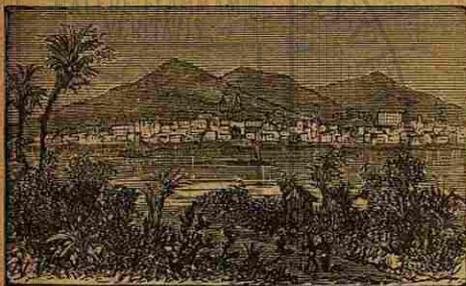
CXXVII. — HISTORIA DE ZIMBO.

Miguel se había preguntado muchas veces, desde el naufragio de *La Canebière*, por qué lo habían dejado solo en la lancha, mientras que todos sus compañeros eran recogidos por el barco extranjero. ¿Qué motivo había para salvar á los demás y dejarlo á él condenado á muerte en medio del Océano? Y nunca pudo darse respuesta satisfactoria. ¡Cómo iba á adivinar que el capitán que tan generosamente acudiera en socorro de la barca, era un *negrero*, uno de esos hombres que se entregan al comercio de carne humana, y que si salvó á los negros fué únicamente porque podía venderlos para servir de esclavos!

Así, mientras Miguel abandonado á su destino é impulsado por el viento del oeste en dirección de Australia se consolaba pensando por lo menos que su amigo Zimbo había sido vuelto á su tierra na-

tal, el pobre muchacho era metido en la bodega del barco negrero.

El lector recuerda que *La Canebière* fué asaltada por la tempestad á la entrada del *Canal de Mozambique*. El capitán negrero había salido dos días antes de un puerto desconocido de la costa africana, con un cargamento de negros, comprados á los reyezuelos del interior. Iba con su cargamento de ébano al



Rio Janeiro.

Brasil, único país donde aún no estaba abolida por completo la esclavitud.

También él corrió la tormenta que echó á pique el barco del marsellés ; pero logró escapar. Al examinar con su antejo de larga vista la barea, donde estaban los naufragos, vió en ella cierto número de negros y se propuso cogerlos. El lector recuerda lo que pasó.

El capitán negrero se abstuvo por supuesto cuidadosamente de entrar en la bahía de *Río Janeiro*, una de las más hermosas y seguras del mundo ; pero donde corría el riesgo de que confiscaran su cargamento, lo llevaran á la cárcel y lo condenaran á pagar crecida multa. Así fué que echó el ancla en una pequeña cala situada cuatrocientos kilómetros al sur de *Río*, lugar de cita para los miserables que ejercían su infame oficio.

CXXVIII. — SIGUE LA HISTORIA DE ZIMBO.

La travesía fué para *Zimbo* doblemente penosa. Así que se dió cuenta de que era prisionero, entró en formidable rabia, que no produjo más efecto que cargarlo de cadenas. ¡ Esclavo ! El muchacho había oído hablar en el fondo mismo de África de los tratamientos horribles que los blancos hacían sufrir á los negros, de los trabajos á que los sometían, de los castigos que les daban, mirándolos peor que á bestias de carga, sin darles casi de comer y martirizándolos sin motivo. Y aunque *Zimbo* no era cobarde ni perezoso, tenía razón para espantarse é indignarse.

Es verdad que no todos los dueños de esclavos eran crueles y que muchos trataban á los negros con humanidad ; pero éstos se encontraban casi siempre á las órdenes de mayores implacables, que les daban de latigazos y hasta causaban su muerte á fuerza de malos tratamientos. Por lo demás, es monstruoso que haya hombres con derecho para reducir á otros á la esclavitud y no es posible fiar el bienestar y la vida de estos últimos á sentimientos de compasión y de justicia que bien pueden no existir.

En el punto de arribada había mercaderes de esclavos, prontos á comprar el cargamento del barco negrero. Uno adquiría sólo los hombres ya hechos, capaces de trabajar la tierra ; otro las mujeres, para destinarlas á trabajos más delicados ; por fin, un tercero adquiría los niños.

Zimbo no tenía entonces arriba de catorce ó quince años ; pero representaba mucho más ; así fué que inmediatamente lo designaron para cultivar la

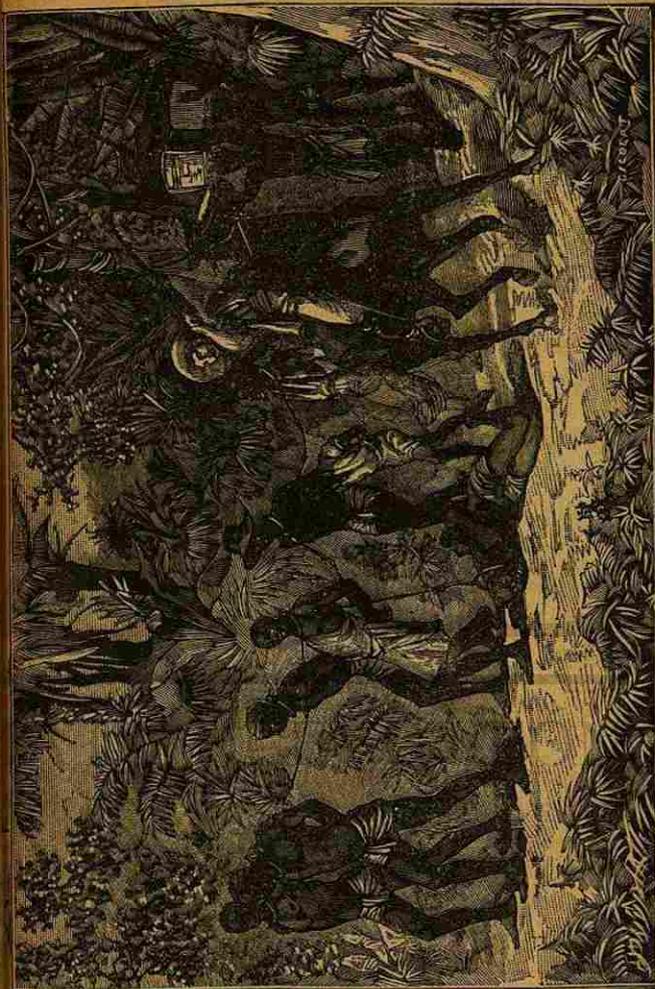
tierra y lo enviaron con cien negros más hacia el centro del Brasil.

CXXIX. — EL BRASIL.

El *Brasil* es una región que ocupa gran parte de la América meridional. Lo descubrió en 1500 *Alvarez Cabral*, navegante portugués á quien una tempestad arrojó hacia esa parte. Su nombre procede de que en él se encuentra un palo que da tinte rojo análogo al color de la *brasa*. Lo bañan grandes ríos, entre ellos el *Amazonas*, uno de los mayores que existen. El suelo es muy fértil, sobre todo en el litoral, produciendo *cacao*, *café*, *caña dulce*, *trigo*, *maíz*, *vainilla*, *algodón*, *mandioca*, *arroz*, *pimienta encarnada* y *negra*, y plantas medicinales como la *palmacristi*, la *zarparrilla*, la *ipeacuana*, y también el *árbol de la quina*.

Cacao. — Fruto de forma de un pepino, lleno de almendras algo mayores que las ordinarias, que se someten á la torrefacción y que sirven para fabricar el chocolate. El cacao más caro es el de *Caracas*. Este árbol, que se llama lo mismo que su fruto, se cultiva en todos los países cálidos, y principalmente en *México*, *Venezuela* y las *Antillas*. El uso del chocolate se introdujo en Francia por los años de 1660, con motivo del casamiento de Luis XIV con una princesa española; por entonces se adoptó también la moda de tomar café.

El el centro del país hay grandes llanuras donde pacen inmensos ganados de bueyes y caballos, y bosques inmensos, frondosos, los más espesos que existen. Como muchos de ellos no han sido explotados todavía, se les llama *bosques vírgenes*. Allí se dan mil variedades de árboles y entre ellos el *mangle*, cuyas ramas colgantes llegan al suelo y penetran en él, el *anacardo*, una de cuyas especies da la *coaba*, con cuya madera se hacen hermosos muebles, y otra la *nuez* del mismo nombre, que se usa en la



Los esclavos.

farmacia. También se ven allí *acacias* de largas y aceradas púas, *mimosas* de delicado follaje, *cedros* de poderosas ramas, *manzanillos* de veneno mortal, *patisandros*, *castaños* y *palo de hierro* usados en ebanistería. Esos árboles están enlazados por *bejuco*s ó grandes plantas de flores magníficas, entre los cuales crece el *áloe*s, la *pita*, los *cactus*, los *cirios espinosos*, las *higueras de la India*; y todo esto constituye reunido un matorral impenetrable. Esos bosques inmensos contienen multitud de aves de deslumbrador plumaje, y en las montañas de la provincia de *Minas Geraes* se encuentran criaderos de diamantes y de piedras preciosas que atraen á gran número de aventureros; pero las principales riquezas del país consisten en los productos del suelo y en los innumerables ganados de bueyes, de caballos y carneros que pacen en las praderas del centro del Brasil.

Esos animales dan en abundancia cuero, sebo y lana; con su carne se fabrican conservas ó extractos como el de *Liebig*, que se exporta al mundo entero.

Pita. — Planta formada por una mata de hojas espinosas, tan tiesas y fuertes que parecen de metal. De ella se saca un licor alcohólico. Sus hojas suministran materia textil propia para hacer cables y telas bastas.

Áloes. — Planta tropical de hojas gruesas, puntiagudas, dentadas y punzantes, que forman como un gran ramo. De ella se extrae una sustancia medicinal.

Cactus, cirio espinoso, higuera de la India. — Plantas de la misma familia, de follaje espeso y lleno de púas. La *higuera de la India*, también llamada de *Berberia*, que existe en todos los países cálidos, produce fruto de gran consumo en el norte de África. Esta planta se compone de gruesas pencas que se insertan unas en otras.

CXXX. — CONTINÚA LA HISTORIA DE ZIMBO.

La banda de esclavos de que Zimbo formaba parte había sido enviada á una de las provincias más remotas del Brasil. El país era magnífico pero ¿qué

podía importar esto á los infelices que lo atravesaban? Mientras sus guías, que bien pudiéramos llamar carceleros, iban bien vestidos y en buenos caballos, los infortunados andaban desnudos, bajo un sol abrasador, atados unos con otros para que no pudieran huir, y á pie por caminos apenas indicados, donde las malezas, las espinas y las púas les desgarraban las carnes. Al anocheecer les daban algo de comer, y al rayar la mañana del día siguiente, había que ponerse de nuevo en marcha.

Hubo muchos que no pudieron resistir tan bárbaro trato y cuando al cabo de tres meses llegaron al punto de

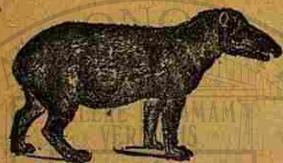
su destino, sólo quedaban ochenta y nueve de los ciento. Zimbo pudo escapar, gracias á su vigorosa naturaleza, pero quedó rendido y exhausto hasta un punto tal que, no obstante la rapacidad del plantador y lo duro de sus mayores, fué necesario dejarlo descansar varios días antes de dedicarlo al trabajo.

Como el muchacho era inteligente, animoso y fuerte, no tardó en distinguirse de la mayor parte de los demás negros de la plantación por su asiduidad y destreza. No era que tuviese deseos de contentar á sus amos, que no tenían en su entender



Bosque virgen de la America del Sur.

derecho ninguno sobre él, sino por su instinto natural y el gusto de hacer las cosas bien que debía á Miguel. Nada era más á propósito, sin que él se lo imaginara, para facilitar la realización de los proyectos de fuga que había formado, no obstante su aparente tranquilidad. Cada día pensaba en ellos.



Tapir.

Es inútil dar detalles sobre los medios que empleó para llevar á cabo su resolución; diremos únicamente que el joven negro consideró como un gran día aquel en que, burlando la vigilancia de sus mayores, logró escaparse de la hacienda.

Primero se refugió en las montañas situadas al norte de la provincia para evitar que lo capturasen, y después construyó con ramas de árboles una balsa y se lanzó por uno de los ríos que se dirigían hacia la llanura.



Hormiguero.

Navegaba de noche casi siempre, pues hubiese sido imprudente entregarse al sueño durante la oscuridad, porque entonces es cuando andan los animales feroces buscando su presa: la *onza*, el *jaguar* y la *puma*, mientras que los *tapiros*, los *hormigueros*, los *pecaríes*, los *armadillos* y las *coatíes* penetran en las malezas de las orillas de los ríos y se revuelcan en el cieno.

Cuando salía el Sol esos animales volvían á sus madrigueras y entonces Zimbo saltaba en tierra, cogía frutos con qué alimentarse y amarrando su balsa en la ribera, se subía á un árbol, elegía una

rama bastante ancha y dormía arrullado blandamente por el ruido de las hojas que agitaba el viento.

Onza, jaguar, puma. — Cuadrúpedos que pertenecen, como el león, el tigre y la pantera, al género felino. La puma es llamada impropiamente *león americano*.

Tapir. — Uno de los mayores cuadrúpedos de América del Sur, del tamaño de un asno poco más ó menos. Tiene una larga trompa que arranca de su nariz.

Hormiguero. — Cuadrúpedo que posee hocico muy puntiagudo y lengua *filiforme*; susceptible de alargarse demesuradamente. Esta lengua penetra en las galerías subterráneas de las hormigas y sale cargada de esos insectos, que constituyen el alimento del animal. A esto debe su nombre.

Pecari. — Cuadrúpedo del tamaño de un perro regular; se parece al jabalí y forma grandes manadas en la América meridional.

Tatuejo. — Pequeño cuadrúpedo provisto de una especie de concha, como las tortugas. Se le encuentra también en la América del Sur.

Coati. — Cuadrúpedo del tamaño del reno. Tiene el hocico prolongado como el del tapir. Habita la América del Sur.

Batata. — Planta análoga á la papa; sus tubérculos azucarados, son excelentes. Se da en todos los países cálidos.

CXXXI. — DE RÍO EN RÍO. — UN AMIGO. — POR EL AMAZONAS.

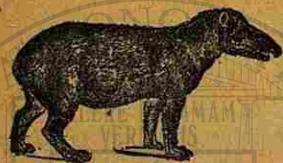
Á fuerza de pasar de un río á otro, llegó Zimbo á uno muy caudaloso; era el *Madeira*.

El negrilla no hubiese podido decir cuánto tiempo había transcurrido desde el día en que empezó su peregrinación; pero llevaba meses enteros viendo salir y ponerse el Sol, en medio de trabajos y obstáculos infinitos, cuando se encontró una mañana en tan gran extensión de agua que por de pronto se le antojó ser el Océano, pues el líquido llegaba hasta el límite del horizonte. Se encontraba en el *Amazonas*.

Mientras procuraba sin lograrlo subir la corriente, apareció una barca que subía el río impulsada por dos vigorosos remeros, negros como él.

En uno de los bancos estaba sentado un hombre de color moreno, con un gran sombrero de paja en la cabeza.

derecho ninguno sobre él, sino por su instinto natural y el gusto de hacer las cosas bien que debía á Miguel. Nada era más á propósito, sin que él se lo imaginara, para facilitar la realización de los proyectos de fuga que había formado, no obstante su aparente tranquilidad. Cada día pensaba en ellos.



Tapir.

Es inútil dar detalles sobre los medios que empleó para llevar á cabo su resolución; diremos únicamente que el joven negro consideró como un gran día aquel en que, burlando la vigilancia de sus mayores, logró escaparse de la hacienda.

Primero se refugió en las montañas situadas al norte de la provincia para evitar que lo capturasen, y después construyó con ramas de árboles una balsa y se lanzó por uno de los ríos que se dirigían hacia la llanura.



Hormiguero.

Navegaba de noche casi siempre, pues hubiese sido imprudente entregarse al sueño durante la oscuridad, porque entonces es cuando andan los animales feroces buscando su presa: la *onza*, el *jaguar* y la *puma*, mientras que los *tapiros*, los *hormigueros*, los *pecaríes*, los *armadillos* y las *coatíes* penetran en las malezas de las orillas de los ríos y se revuelcan en el cieno.

Cuando salía el Sol esos animales volvían á sus madrigueras y entonces Zimbo saltaba en tierra, cogía frutos con qué alimentarse y amarrando su balsa en la ribera, se subía á un árbol, elegía una

rama bastante ancha y dormía arrullado blandamente por el ruido de las hojas que agitaba el viento.

Onza, jaguar, puma. — Cuadrúpedos que pertenecen, como el león, el tigre y la pantera, al género felino. La puma es llamada impropiamente *león americano*.

Tapir. — Uno de los mayores cuadrúpedos de América del Sur, del tamaño de un asno poco más ó menos. Tiene una larga trompa que arranca de su nariz.

Hormiguero. — Cuadrúpedo que posee hocico muy puntiagudo y lengua *filiforme*; susceptible de alargarse demesuradamente. Esta lengua penetra en las galerías subterráneas de las hormigas y sale cargada de esos insectos, que constituyen el alimento del animal. A esto debe su nombre.

Pecari. — Cuadrúpedo del tamaño de un perro regular; se parece al jabalí y forma grandes manadas en la América meridional.

Tatuejo. — Pequeño cuadrúpedo provisto de una especie de concha, como las tortugas. Se le encuentra también en la América del Sur.

Coati. — Cuadrúpedo del tamaño del reno. Tiene el hocico prolongado como el del tapir. Habita la América del Sur.

Batata. — Planta análoga á la papa; sus tubérculos azucarados, son excelentes. Se da en todos los países cálidos.

CXXXI. — DE RÍO EN RÍO. — UN AMIGO. — POR EL AMAZONAS.

Á fuerza de pasar de un río á otro, llegó Zimbo á uno muy caudaloso; era el *Madeira*.

El negrilla no hubiese podido decir cuánto tiempo había transcurrido desde el día en que empezó su peregrinación; pero llevaba meses enteros viendo salir y ponerse el Sol, en medio de trabajos y obstáculos infinitos, cuando se encontró una mañana en tan gran extensión de agua que por de pronto se le antojó ser el Océano, pues el líquido llegaba hasta el límite del horizonte. Se encontraba en el *Amazonas*.

Mientras procuraba sin lograrlo subir la corriente, apareció una barca que subía el río impulsada por dos vigorosos remeros, negros como él.

En uno de los bancos estaba sentado un hombre de color moreno, con un gran sombrero de paja en la cabeza.

Amarra tu balsa á mi barca, gritó á Zimbo ese individuo lanzándole al mismo tiempo una cuerda.

El rostro del negrillo se iluminó de gozo, pues si bien no comprendía bien las palabras del viajero, notó que aquellos acentos eran análogos á los que emitía Miguel. Calcúlese la alegría de su corazón.

Hizo lo que le mandaban y su balsa hendió el agua detrás de la barca, mientras Zimbo contemplaba con admiración y deleite á la persona que le hablará.

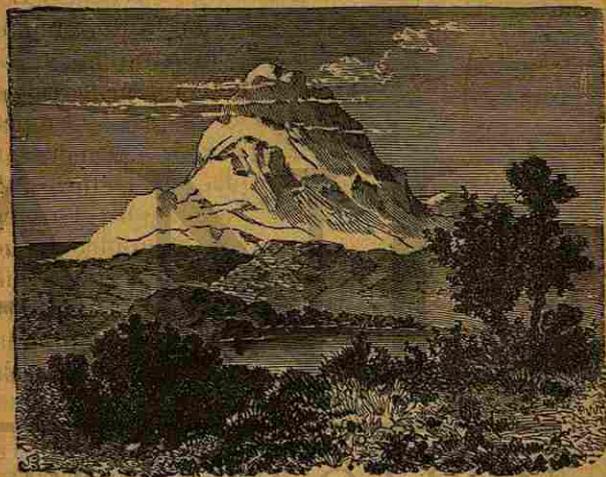
Era el viajero un francés llamado Aristides Lerminier, que tenía como profesión cazar animales para sacar partido de su piel ó de su plumaje. Estaba en relaciones con una gran casa de comercio de París, que proveía de aves de los trópicos. Empezó por explorar la *Guayana francesa* y después el *Brasil*; allí reunió gran cantidad de colibríes, de pájaros moseas, de tucanes y loros de diversos colores, sobre todo de guacamayos magníficos, pues en el Brasil es donde se encuentran las aves más hermosas del mundo. Expidió á Francia gran parte del producto de sus cacerías y resolvió completar sus colecciones en los bosques del Ecuador y del Perú.

La *Guayana* es una vasta región de América del Sur, dividida en tres partes, la *francesa*, la *holandesa*, y la *inglesa*. La capital de la primera es Cayena. Este país forma desde las orillas del mar hasta gran distancia tierra adentro una llanura sumamente fértil, enterocortada por grandes bosques. Durante tres meses caen en ella lluvias torrenciales; después vienen los grandes calores, que hacen brotar con profusión las plantas de los trópicos, desde las simples hortalizas hasta las maderas finas usadas en ebanistería. Se cultivan en grande la pimienta negra, la mandioca y el rocú, de que se extrae una materia tintórea.

El clima de la Guayana es suave; pero las inundaciones que producen las lluvias diluvianas de la primavera, forman pantanos que hacen muy malsana la parte interior del país.

CXXXII. — LA CORDILLERA DE LOS ANDES. — LA REPÚBLICA DEL ECUADOR. — EL PERÚ.

Quando Lerminier supo que Zimbo era un esclavo fugitivo, le propuso tomarlo á su servicio. El negrillo acogió la proposición con gozo indescriptible. Estuvo un año con el viajero y recorrió en su compañía la *república del Ecuador*, famosa por sus

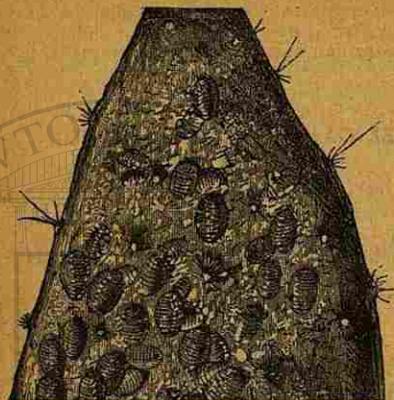


El Chimborazo.

volcanes, el más notable de los cuales es el Chimborazo, que pasó durante mucho tiempo por la montaña más alta de la tierra.

Aristides Lerminier pasó después al *Perú*. El nombre de este país evoca inmediatamente la idea de riquezas fabulosas, y en efecto, ahí es donde se descubrieron las primeras minas de oro del *Nuevo Mundo*. Eran éstas tan abundantes que, cuando llegaron los españoles en el siglo XVI al mando de

Pizarro, para conquistar el Perú en nombre de Carlos V, los habitantes usaban armas y utensilios de oro.



Pedazo de hoja de nopal cargada de cochinillas.

De entonces acá se han explotado tanto las minas que hoy producen apenas cantidades muy inferiores á las que se extraen de las de California y de Australia.

La principal riqueza del Perú consiste actualmente en la fertilidad de su suelo, que produce en abundancia multitud de plantas útiles en la industria y la medicina, como la *cochinilla*, el *quermes*, la *cañafistula* y la *jalapa*; durante mucho tiempo tuvo ese país el monopolio de la *quina*.



Cabeza de cóndor.

En sus llanuras abundan los rebaños de bueyes, carneros, vicuñas y alpacas. En sus montañas mora el *cóndor*. Finalmente, en las costas se encuentra abundante cantidad de *guano*, estiércol excelente que depositan en las rocas las aves marinas.

Cochinilla. — Insecto de color rojo que vive en el *nopal*; es oriundo de México, y se cultiva en todos los países cálidos. Da el tinte llamado *carmin*. La cochinilla fué objeto, de gran comercio; pero hoy ha sido reemplazada casi en totalidad por colores extraídos de la hulla, que son muy inferiores, pero muchos más baratos.

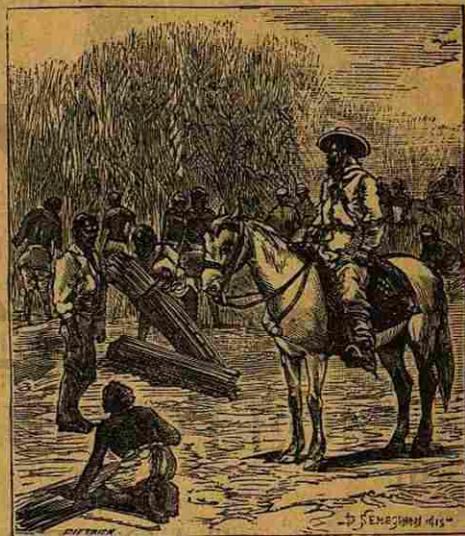
Quermes. — Insecto parecido á la cochinilla y usado también en tintorería.

Cañafistula, jalapa. — Plantas purgantes.
Cóndor. — Es un ave de rapina muy grande, de la familia de los buitres. Habita exclusivamente la *Cordillera de los Andes*.
Vicuña y Alpaca. — Animales del género *lama*, hermoso cuadrúpedo rumiante del Perú, donde presta servicios análogos á los de los camellos de Asia y de Africa. Por esto lo llaman camello sin joroba. La *vicuña* y la *alpaca* dan excelente lana, muy brillante y apetecida.

CXXXIII. — FIN DEL VIAJE DE ZIMBO. — MÉXICO.

Lerminier se embarcó en el *Callao* para ir á *Panamá*.

Este puerto forma en el Océano Pacífico la extremidad del camino de hierro que atraviesa el istmo de su mismo nombre. *Lesseps* ha querido practicar un canal que lo corte, como hizo con el de Suez; pero lo colosal de la empresa consumió sus recursos y los trabajos están suspendidos. Si el canal llega á abrirse, las dos Américas quedarán separadas por un brazo de agua, y el derrotero de Europa á Oceanía dejará de pasar por el cabo de *Hornos* y la *Patagonia*, para tomar por el centro del Nuevo Mundo. El *mar de las Antillas* baña el norte de la América



La cosecha de caña dulce en las Antillas.

del Sur y al mismo tiempo las islas del golfo; éstas se llamaron durante mucho tiempo *Indias occidentales*, porque, cuando *Colón* las descubrió, creyó llegar á la *India*. Estas islas son sumamente fértiles y dan en abundancia los productos de los trópicos. Durante mucho tiempo procedía de ellas todo el azúcar, el tabaco, el café y el chocolate consumido en el mundo. *Jamaica* fabrica un licor famoso, el *ron*, que se extrae de la melaza ó residuo de lo que ha servido á hacer el azúcar. *Cuba*, que es la mayor de las Antillas produce el mejor tabaco conocido; se le llama de la *Habana*.

Después del canal formado entre la punta de esta isla y la península de *Yucatán*, cambia el mar de nombre, tomando el de *golfo de México*, que baña la gran república de los *Estados Unidos mexicanos*.

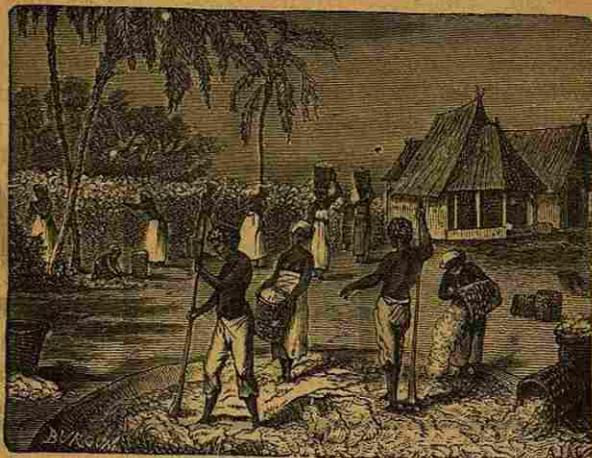
Este país presenta variadísimos aspectos: tiene montañas que figuran entre las más altas del globo, como el *Popocatepetl*, y grandes llanuras ó *sabanas* en que pacen bandas de caballos salvajes, descendientes de los que llevó allá *Hernán Cortés*, capitán español que conquistó México en tiempos de Carlos V. La república es muy rica y fértil; en su suelo se dan las mismas plantas que en las Antillas y la riqueza de sus minas es proverbial. Esta nación, adelantadísima ya, llegará á ser una de las primeras del mundo.

CXXXIV. — LA LUISIANA. — EL MISSISSIPÍ.

Después de cuatro días de navegación por un mar que reverberaba bajo los rayos de un sol ardiente y que de noche se encendía con resplandores fosforescentes, nuestro cazador naturalista llegó á *Nueva Orleans*, ciudad que, según su nombre indica, fué fundada por los franceses. Es la capital de la *Lui-*

siana, que forma actualmente parte de los *Estados Unidos del Norte*.

Nueva Orleans es una hermosa ciudad, bien construida; su puerto figura entre los primeros del mundo. Allí es donde envían la *Virginia* su *tabaco*, la *Carolina* su *arroz*, la *Georgia* su *algodón*, para cargar los buques que se agolpan á lo largo de sus muelles. La grande insalubridad de esta capital se explica por los pantanos que la rodean.



La cosecha del algodón en la Georgia.

Cuando *Lerminier* y *Zimbo* llegaron, reinaba en Nueva Orleans la fiebre amarilla, terrible enfermedad propia de los países cálidos, y mortal con frecuencia, sobre todo para los de fuera; así es que no había ningún buque que estuviera á punto de hacerse á la vela para Europa. En consecuencia, el cazador se embarcó en uno de los vapores que suben por el *Mississippi* hasta *San Luis*, para tomar en este punto un tren que lo llevase á *Nueva York*, y después uno

de los grandes barcos de la Compañía trasatlántica francesa con dirección al Havre.

San Luis es también un nombre que recuerda la Francia; en efecto, esta ciudad la fundaron los franceses en el siglo último; pero su aspecto es hoy completamente americano, por causa de sus calles tiradas á cordel, que se cruzan en ángulos rectos y que en vez de nombres están sólo numeradas.

De San Luis puede decirse que es el granero de América, pues las llanuras que la rodean no son inferiores en el mundo entero más que á las de California en la producción de cereales. El terreno no necesita abonos; la capa de tierra arable es muy gruesa y extraordinario el vigor de su vegetación. Con todo, los americanos acabarán por dejarlo exhausto con su sistema de forzar las cosas, mientras que si procedieran con más prudencia podrían conservarles su fecundidad casi eternamente.

Aristides Lerminier se separó de Zimbo en Chicago, después de regalarle, con júbilo del negrillo, tres ó cuatro cepillos, media docena de botes de betún y una caja para guardarlos, provista además de un banquillo en forma de suela de zapato; es decir, un establecimiento completo de limpiabotas, pues el negro deseaba consagrarse á la industria que consiste en devolver al calzado su limpieza y brillo.

Un mes llevaba ejerciendo con gran éxito, pues había adquirido mucha habilidad en el oficio, cuando se encontró con Miguel.

Este no tenía intenciones de permanecer más tiempo en Chicago, pues su idea constante era acercarse lo más posible á Europa. Deseaba llegar á Nueva York, naturalmente en compañía de Zimbo, quien podría limpiar botas en el tren y pagar así su viaje mientras llegaba la hora de montar su estableci-

miento en el punto donde su amigo blanco quisiera parar.

CXXXV. — PITTSBURGO. — EL PETRÓLEO.

Al acercarse á *Pittsburgo*, ciudad de *Pensilvania*, que se encontraba en su camino, Miguel vió desde lejos, en medio de los campos, unos edificios de forma singular. Como le dijeran que servían para la extracción del *petróleo*, se detuvo para ir á visitarlos.

Estos pequeños edificios, especie de torres cuadradas de cinco á seis metros de alto, están constituidos por una armazón de madera, que forma una sola pieza.

Á escasa distancia de allí se veía una máquina de vapor. Miguel obtuvo permiso para hacer una visita á la explotación.

Delante de un agujero redondo abierto en el suelo, estaba un obrero, encargado de mover una manivela. Ésta se encontraba en comunicación con un cable, el cual, después de pasar por una polea simple colgada de un vástago pendiente del techo, penetraba en el agujero.

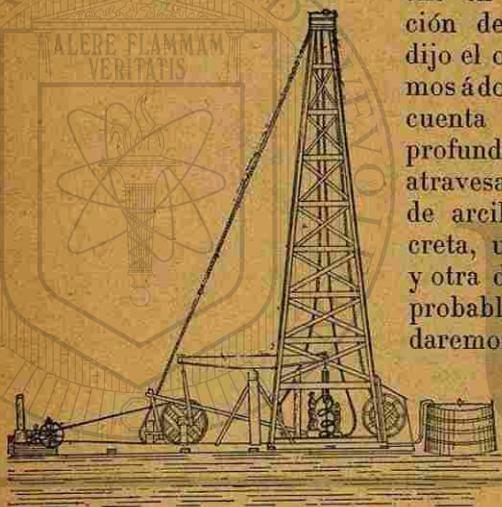
El vástago de hierro subía y bajaba alternativamente, y al caer lo hacía con fuerza; el obrero daba vuelta á la manivela á cada golpe y entonces penetraban en el suelo algunos centímetros de cuerda.

Ese movimiento del vástago era producido por la máquina de vapor situada fuera, mediante un sistema de ruedas, de correas y de cuerdas, algunas de las cuales llegaban hasta lo alto del pequeño edificio.

Miguel supo por el obrero que en la extremidad del cable que penetraba en el suelo, había otro vás-

tago de metal muy fuerte, de varios metros de largo, terminado en una aguda punta. Cada vez que subía el vástago superior, hacía lo mismo el del fondo; y al caer de nuevo el primero, caía también el otro con fuerza que lo hacía penetrar en la tierra cada vez más.

— Hace dos meses que trabajamos de día y de noche en la perforación de este pozo, dijo el obrero. Estamos á doscientos cincuenta metros de profundidad; hemos atravesado una capa de arcilla, otra de creta, una de arena y otra de betún; es probable que no tardaremos en llegar á la que contiene el petróleo.



La extracción del petróleo.

— ¿Y entonces? — Cuando el ingeniero que dirige los trabajos comprenda por ciertos indicios que estamos á punto de lograr el fin apetecido, se empezará por apagar todas las luces y alejar la máquina de vapor, alargando considerablemente las correas, por temor al incendio; después se seguirá ahondando con precaución, hasta que se haya llegado al aceite.

Si este aceite contiene mucho gas, saldrá, saltará naturalmente de la tierra al enconcontrar una salida abierta; en el caso contrario y más común, es

preciso establecer una bomba para hacerlo subir. Entonces será necesario ensanchar el agujero que ahora practicamos, y para ello nos serviremos de sustancias explosivas, como la dinamita y la nitroglicerina. El aceite se recoge en grandes depósitos.

— ¿Dónde están esos depósitos?

— Todavía no se han hecho, pues, si no se encuentra la capa de petróleo, sería tirar el dinero. Á veces ocurre, joven extranjero, que los cálculos salen fallidos, que el terreno no contiene aceite, y que se ha perdido el trabajo. Entonces precisa hacer nuevos gastos en otra parte. Hay sin embargo que decir que cuando se descubre una buena vena, se posee una mina de oro, pues los beneficios son enormes.

Petróleo ó aceite de piedra. — Se llama así una materia mineral líquida que la tierra contiene en abundancia y que arde con luz deslumbradora.

El petróleo se encuentra principalmente en los *Estados Unidos*, donde forma inmensos lagos subterráneos que parecen inagotables, sobre todo en los *Estados de Pensilvania, de Nueva York, del Ohio y de Kentucky.*

La nafta es una especie de petróleo que abunda en muchas partes de Europa y de Asia, sobre todo en las cercanías del *Mar Caspio.*

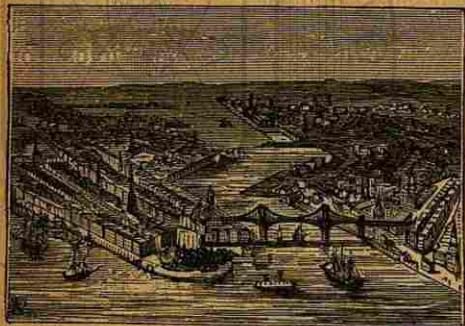
La manera de extraer el petróleo se parece á la usada en la perforación de los pozos artesianos.

Nueva York ocupa una posición admirable en el fondo de una de las bahías más hermosas del mundo, en la desembocadura del *Hudson*, hermoso y ancho río que baja desde el norte del continente. Miguel, que no tenía nada que hacer, mientras hallaba empleo, pasaba con deleite el tiempo observando el movimiento del puerto y recorriendo las magníficas calles de la ciudad, dos de las cuales, *Broadway* (calle ancha) y la *Quinta avenida*, están llenas de tiendas que recuerdan los almacenes de París por el

buen gusto y elegancia de los escaparates. También visitó los monumentos públicos y los jardines, sobre todo el *Parque central*, digno de la capital que los yankees llaman *ciudad emporio*.

Nueva York está construida en la gran isla de *Manhattan*, situada en la orilla derecha del *Hudson*; está separada de *Brooklyn* por un brazo de mar llamado *East River* (río del Este).

Se encuentran en comunicación por medio de un puente suspendido, el más hermoso de cuantos Miguel había visto, y realmente uno de los más bellos que existen.



Nueva York.

Tiene cerca de dos kilómetros de largo; sus pilares son verdaderas torres, y el muchacho no se cansaba de ver cómo los buques de mayor porte pasaban tran-

quilamente por debajo de su tablero, que se encuentra á treinta y cuatro metros por encima de las más altas mareas.

La actividad y la animación son en Nueva York mayores aún que en la demás ciudades norteamericanas. Las calles están surcadas por multitud de tranvías; además, hay caminos de hierro aéreos que transportan los viajeros de extremo á extremo de la ciudad, en trenes que salen cada tres minutos. Miguel recurría á este medio de locomoción en cuanto se lo permitía su dinero.

También tomó varias veces alguno de los nume-

rosos vapores que ponen á la gran ciudad en comunicación con Brooklyn y con *Nueva Jersey*, situada en la orilla opuesta del Hudson.

En uno de esos paseos fué á ver la estatua colosal de la *Libertad iluminando el mundo*, que hace años regaló Francia á los Estados Unidos y que se erigió en un islote de la bahía para servir de faro.

La figura de mujer que representa la Libertad, aparece envuelta en un manto que ostenta á lo largo de su cuerpo pliegues majestuosos, y vuelve el rostro hacia la plena mar; su mirada se pierde en el horizonte, como si quisiera ver la Francia, de donde salió y de la cual está separada por dos mil leguas de océano. Su mano derecha se alza hacia el cielo con gesto arrogante y sostiene una antorcha, que debe llevar á todos los ámbitos del mundo la libertad y la luz.

Miguel sintió henchirse el corazón de alegría y de patriótico orgullo al contemplarla.

Había desembarcado con otros viajeros, y al dar vueltas en torno de la estatua para examinarla minuciosamente, vió una pequeña puerta en lo alto de una escalera. Y como varias personas entraron por ella, hizo lo que los demás.

Por la puerta se iba á una escalera; subió y subió largo tiempo, hasta llegar á una galería exterior, que forma en torno de la mano de la estatua un balcón por donde se circula fácilmente. El golpe de vista es desde allí grandioso y magnífico; la mirada se extiende por la inmensa bahía llena de buques y por el horizonte del mar.

Miguel pasó largo rato contemplando ese espectáculo; al fin lo dejó con mucha pena para ir al encuentro de Zimbo, que se había quedado abajo limpiando botas, su ocupación favorita.

CXXXVII. — EL HUDSON. — FULTON. — EL NIÁGARA.

Una mañana que Miguel se presentó, tal vez por vigésima vez, en una agencia de empleos, donde se había inscrito al llegar á Nueva York, le dijeron que pedían un intérprete en un hotel del *Niágara*, cerca del célebre salto de agua que el mundo entero conoce por el nombre de *catarata del Niágara*. Este nombre se aplica á la *catarata*, al río que la forma y á la *ciudad* construída en las cercanías.

Así fué que al día siguiente tomó en compañía de Zimbo un vapor que subía por el *Hudson* para ir á *Albany*. El joven se proponía tomar allí el camino de hierro.

En el embarcadero compró un cuadernito que daba noticias interesantes sobre el río.

« El Hudson, decía, fué descubierto por el navegante inglés del mismo nombre, que buscaba un pasaje para ir á China. Al entrar por este río creyó que tomaba por un canal natural abierto entre el océano Atlántico y el Pacífico. »

En este río lanzó *Fulton* el año 1807 la primera embarcación de vapor.

« *Fulton* era americano; pero fué desde muy joven á Francia é Inglaterra. Como en Europa no hicieron caso de sus descubrimientos, volvió á su país, donde renovó su tentativa, que salió perfectamente. El día que el inventor ensayó su primer barco, la población entera, que lo tomaba por loco, se agolpaba en los muelles, riendo de él á carcajadas. Pero instantes después, cuando las ruedas del vapor lo pusieron en movimiento, las risas se convirtieron en aclamaciones entusiastas. »

Cuando Miguel llegó á *Niágara* al día siguiente, era todavía muy temprano para presentarse en el

hotel donde lo esperaban; de seguro no estaba levantado todavía el amo. Así fué que resolvió ir con *Zimbo* á visitar la catarata, cuyo ruido oía; pensaba que una vez en su puesto no le quedaría mucho tiempo libre para contemplarla.

Al acercarse y oír el ruido creciente de la cascada, recordó las del *Zambeza* y se preguntó si el *Trueno de las aguas*, como los indios llaman la catarata del *Niágara*, podría compararse en belleza con la *Humareda retumbante*.



El Niágara. — Catarata de forma de herradura.

Mas, al verse en presencia del fenómeno, la sublimidad del espectáculo le impidió seguir haciendo comparaciones.

El *Niágara* forma en este punto dos brazos separados por una gran isla cubierta de bosque, *la de la Cabra*; así es que hay dos cascadas. Una, que se encuentra en territorio de los Estados Unidos, es la *catarata americana*; la otra, situada entre el Canadá y la Unión presenta figura semiéptica y se llama por esto *herradura*. Desde el punto en que Miguel estaba, era posible verlas ambas, y el espectáculo os-

tentaba toda su belleza. El río al llegar al borde del abismo se alzaba en olas enormes, coronadas por penachos de espuma; por un momento se agitaba como negándose á caer para lanzarse al fin de golpe en el espacio. Sobre el agua se elevaba densa bruma, producida por miles de gotecillas, y el sol al refractarse en ellas las convertía en arco iris análogos á los del Zambeza.

Miguel permanecía mudo de admiración, mientras Zimbo manifestaba su contento conforme á su costumbre, esto es, lanzando gritos y careajadas.

Después de contemplar largo tiempo desde arriba la catarata, ambos amigos bajaron á orillas del río.

Ya estaban al pie de la catarata, y Miguel consideraba con una mezcla de asombro, de terror y de admiración aquella enorme masa líquida que lo cubría de espuma al caer, cuando notó que desde la otra orilla salía un pequeño vapor. No obstante la agitación de las aguas, todavía llenas de turbulencia, el buque andaba en dirección de la cascada.

— ¿Qué van á hacer ahí? se decía Miguel.

Querían únicamente acercarse á la cascada para verla mejor, á costa de ser remojados completamente. El espectáculo es así mucho más imponente.

El vaporecito andaba poco á poco, y Miguel seguía mirándolo, cuando le pareció descubrir entre las personas que estaban en la cubierta un rostro conocido.

Efectivamente, un cuarto de hora después llegaba el barco á la orilla donde se encontraba Miguel y entre los viajeros saltaba á tierra el Sr. Beauchamps.

— ¡Hola, si está aquí nuestro salvador! exclamó divisando al muchacho y tendiéndole la mano, que Miguel estrechó con respeto. ¿Cómo es esto? Veo que sus negocios le dejan tiempo para pasarse.

Miguel refirió el motivo que lo llevaba al Niágara, diciéndole que se había contratado como intér-

prete y que como le sobraba algún tiempo antes de ir á tomar posesión de su empleo, lo aprovechaba visitando la catarata.

— ¿Intérprete? le dijo el Sr. Beauchamps: ¿acaso conoce V. otras lenguas, á más del francés y del inglés.

— Sí señor, contestó el joven; sé también el alemán y el español, algo de italiano y aquí tengo colocación hasta fines de Septiembre.

— ¿Y que hará V. después?

— No lo sé; buscaré otra cosa.

— Pues bien, amigo mío, le buscaré ocupación en Quebec, ya que no en mi casa, en la de algún amigo. Un joven que sabe varias lenguas puede tener la seguridad de conseguir buena colocación. De modo que así que termine el tiempo de su empeño, vaya á verme.

CXXXVIII. — POR EL SAN LORENZO. — LOS BOSQUES DEL CANADÁ.

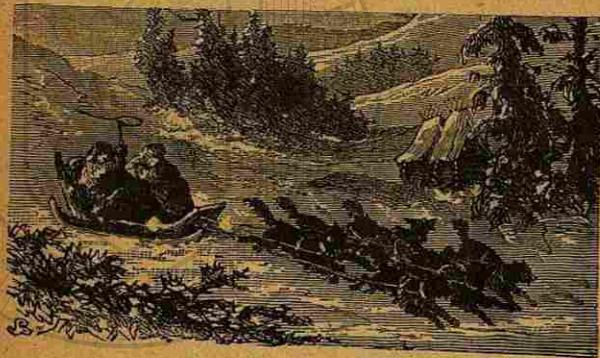
Esta es la razón de que dos meses más tarde encontremos á Miguel y Zimbo navegando por el *San Lorenzo*, caudaloso río en que derraman el exceso de sus aguas el lago *Ontario* y por consiguiente los otros cuatro de grandes dimensiones que hay al norte de América: el *Superior*, el *Michigán*, el *Hurón* y el *Herie*, pues todos ellos se encuentran en comunicación por medio de pequeños ríos como el Niágara.

Desde que Miguel entró en el buque acariciaron suavemente su oído los acentos de su lengua materna, pues algunos de sus compañeros de viaje se expresaban en francés. No es que fuesen compatriotas suyos, pues eran canadienses; pero como la mencionada región perteneció á Francia durante dos

siglos antes de ser inglesa, y hasta se llamó *Nueva Francia*, muchos de sus habitantes han conservado la religión, lengua y costumbres de sus mayores.

Había sin embargo á bordo un verdadero francés, llamado Paumelle; su rostró enérgico tenía algo de llano y simpático que cautivó en seguida á Miguel.

Acababan de pasar delante del confluente del río *Ottawa*, y el joven apoyado en la banda del buque, llamaba la atención de Zimbo sobre los inmensos cargamentos de madera que bajaban por el río,



Trineo arrastrado por perros.

cuando el francés, que estaba cerca de ellos en aquel momento, les dijo:

— Hubieran visto muchísimos más á principios del verano; los bosques del Canadá son inmensos y suministran prodigiosas cantidades de madera de construcción. Se les explota principalmente en invierno, pues los transportes son más fáciles cuando la tierra está cubierta de nieve. Una vez que cortan los árboles, los cargan en trineos para llevarlos hasta resbaladeros de hielo que los hacen bajar á orillas del *Ottawa* ó de alguno de sus afluentes. Allí reu-

nen los troncos, los cargan y cuando llega el deshielo se restablece la navegación, los mandan á Montreal ó Quebec para exportarlos á Europa y principalmente á Inglaterra.

¿Ha recorrido V. todo el Canadá? le preguntó Miguel.

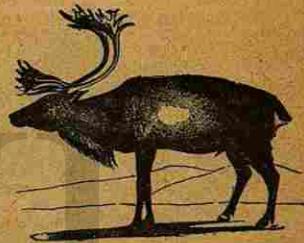
— No sólo el Canadá, sino toda América del Norte, hasta el país de los esquimales.

— ¿Qué gente es esa?

— Son los pueblos que habitan la *Groenlandia* y las orillas del *mar de Baffin*, de la bahía de *Hudson* y del *Labrador*. Forman una raza á parte, no tienen gobierno y se alimentan con el producto de su pesca, que devoran con increíble glotonería. También cazan *focas*, *renos*, *osos blancos y negros*, y viven en la suciedad, durante el verano dentro de chozas cubiertas de pieles, y al llegar el invierno en agujeros practicados en la nieve.

El país en que moran está cubierto de hielo la mayor parte del año. Los esquimales lo recorren sirviéndose de trineos á que uncen perros educados expresamente para eso; y así atraviesan con extraordinaria rapidez distancias considerables. Muchas veces tuve que ver con ellos cuando cazaba pieles.

Reno. — Cuadrúpedo un tanto parecido al ciervo y al alce. Los esquimales lo cazan; pero los *lapones*, habitantes del norte de Europa y los *samoyedos* que viven en el extremo septentrional del Asia, lo han domesticado y sacan tanto partido de él como nosotros de nuestros animales domésticos. Entre los lapones sirve de bestia de tiro.



Reno.

siglos antes de ser inglesa, y hasta se llamó *Nueva Francia*, muchos de sus habitantes han conservado la religión, lengua y costumbres de sus mayores.

Había sin embargo á bordo un verdadero francés, llamado Paumelle; su rostró enérgico tenía algo de llano y simpático que cautivó en seguida á Miguel.

Acababan de pasar delante del confluente del río *Ottawa*, y el joven apoyado en la banda del buque, llamaba la atención de Zimbo sobre los inmensos cargamentos de madera que bajaban por el río,



Trineo arrastrado por perros.

cuando el francés, que estaba cerca de ellos en aquel momento, les dijo:

— Hubieran visto muchísimos más á principios del verano; los bosques del Canadá son inmensos y suministran prodigiosas cantidades de madera de construcción. Se les explota principalmente en invierno, pues los transportes son más fáciles cuando la tierra está cubierta de nieve. Una vez que cortan los árboles, los cargan en trineos para llevarlos hasta resbaladeros de hielo que los hacen bajar á orillas del *Ottawa* ó de alguno de sus afluentes. Allí reu-

nen los troncos, los cargan y cuando llega el deshielo se restablece la navegación, los mandan á Montreal ó Quebec para exportarlos á Europa y principalmente á Inglaterra.

¿Ha recorrido V. todo el Canadá? le preguntó Miguel.

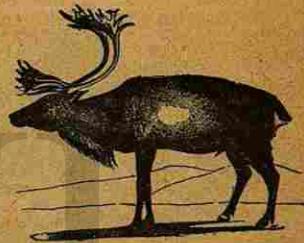
— No sólo el Canadá, sino toda América del Norte, hasta el país de los esquimales.

— ¿Qué gente es esa?

— Son los pueblos que habitan la *Groenlandia* y las orillas del *mar de Baffin*, de la bahía de *Hudson* y del *Labrador*. Forman una raza á parte, no tienen gobierno y se alimentan con el producto de su pesca, que devoran con increíble glotonería. También cazan *focas*, *renos*, *osos blancos y negros*, y viven en la suciedad, durante el verano dentro de chozas cubiertas de pieles, y al llegar el invierno en agujeros practicados en la nieve.

El país en que moran está cubierto de hielo la mayor parte del año. Los esquimales lo recorren sirviéndose de trineos á que uncen perros educados expresamente para eso; y así atraviesan con extraordinaria rapidez distancias considerables. Muchas veces tuve que ver con ellos cuando cazaba pieles.

Reno. — Cuadrúpedo un tanto parecido al ciervo y al alce. Los esquimales lo cazan; pero los *lapones*, habitantes del norte de Europa y los *samoyedos* que viven en el extremo septentrional del Asia, lo han domesticado y sacan tanto partido de él como nosotros de nuestros animales domésticos. Entre los lapones sirve de bestia de tiro.



Reno.

CXXXIX. — LOS CAZADORES DE PIELES.

— ¿Cazaba V. pieles? preguntó Miguel.

— Cazaba los animales que las suministran, contestó el francés, para venderlos á los *peleteros*. Es un oficio que exige destreza, pues se necesita coger al animal sin agujerear y echar á perder su pellejo, que en tal caso no tendría valor ninguno en el comercio. Así es que hay que servirse de *lazos*, de *trampas*, y los que practican ese oficio se llaman en muchas partes *tramperos*. Los indios son muy diestros en tales artes y ellos cogen casi todas las pieles que van á los mercados de Montreal y de Quebec.



Nutria.

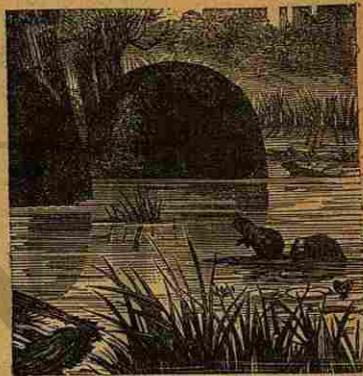
La peletería de América del norte es muy apetecida: aquí se encuentran la *marta*, el *veso*, el *castor*, el *oso*, la *rata almizclera*, varias especies de *zorras* y en ocasiones, aunque no muchas, la *marta cibelina*, que habita la Siberia y cuya piel se vende hasta ochenta y cien pesos una, no obstante su pequeñez.

Por lo demás, en América hay una piel que vale tanto como la marta cibelina y es la *nutria*, que mora en las costas septentrionales del continente, por la parte de la península de *Alaska*. Su piel, oscuriza, muy suave y lustrosa, se vende en París y en Londres á trescientos pesos una. Debemos decir, sin embargo, que es mucho mayor que la de la marta.

— Trescientos pesos, exclamó asombrado Miguel; su oficio de V. debe ser muy lucrativo.

— No tanto, amiguito, primero porque á nosotros no nos pagan esos precios y además porque tenemos que sufrir privaciones y trabajos infinitos. ¡Cuántos animales se escapan, antes de lograr coger uno solo!

Esta cacería se practica en invierno, pues entonces es cuando este animal disfruta de toda su belleza. Los animales de los países fríos no conservan siempre la misma vestidura, y cambian con las estaciones. En verano es ligera, pero en invierno se compone de dos partes: el *vello*, que está formado por filamentos finos y cortos parecidos á la lana, y el *pelo*, sedoso y reluciente, más largo que el primero y que lo cubre. Lo que da su brillo y su color á la piel, ó lo que es lo mismo, su valor, es el pelo.



Habitaciones de castores.

Hay que seguir á esos animales á la luz de la luna, pues de noche permanecen escondidos en sus madrigueras; donde se les encuentra es en los sitios más recónditos del continente, en medio de los campos nevados, en el fondo de las cañadas agrestes, á orillas de los charcos en que los castores construyen sus viviendas, pues todos ellos buscan los sitios apartados, donde creen que no tienen motivo para temer la proximidad del hombre.

No era la primera vez que Miguel oía hablar de los castores; sabía que en ocasiones se reúnen hasta doscientos y trescientos para pasar el invierno, y tenía noticia de que construyen diques para contener las aguas.

— Me gustaría verlos trabajar, dijo: debe ser entretenido.

— Es cosa difícil, pues no lo hacen sino de noche, y cuesta mucho sorprenderlos en sus ocupaciones. Sin embargo, una vez los vi. Era una noche de magnífica luna; me había emboscado para cazar algunos, pues su piel es tanto más apreciada cuanto que se ha hecho muy rara; pero al ver las infelices criaturas trabajando con tal ardor, me faltó ánimo para hacerles daño y hasta hubiese querido poder ayudarles.

— Me lo explico, contestó Miguel riendo. ¿Y todavía caza V.?

— No, he cogido en ese oficio dolores reumáticos, y he tenido que dejarlo. Ahora comercio en pieles, yendo á comprarlas en las factorías que hay establecidas en los límites de los territorios de caza, los cueros de animales recién cogidos y que han experimentado ya una preparación rudimentaria para que se puedan conservar. Después los llevo á Quebec y desde allí las mando á Europa.

Marta. — Pequeño cuadrúpedo del tamaño de un gato pequeño, de la misma especie que la garduña y muy apetecido por su piel. La maría común abunda en todos los países, pero no así la *cibelina*.

Nutria. — Cuadrúpedo acuático que vive á orillas de los ríos. En todos los países se encuentra la nutria común; pero la piel más apetecida es la de la *nutria de mar*, que tiene metro y medio de largo y habita en las costas septentrionales del Océano Pacífico.

Rata almizclera ú ondatra. — Animal del tamaño de un conejo, que habita el Canadá. Construye en el hielo, lo mismo que el castor, una choza de tierra, donde pasa el invierno, donde vive en sociedad con otros animales de su especie y de la cual no sale sino para buscar su alimento.

CXL. — QUEBEC. — EL CANADÁ.

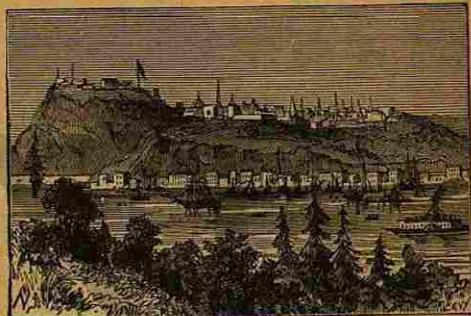
Para ir á *Quebec* por el *San Lorenzo* se pasa delante de *Montreal*, pero Miguel no se detuvo allí. El

nombre de esa población se debe á la montaña en cuya falda se encuentra y que *Santiago Cartier*, el primer explorador del Canadá, llamó *Mont Royal*, *mont-réal*.

Santiago Cartier. — Navegante francés, natural de Saint-Malo. Francisco I lo encargó de visitar la América del Norte. Recorrió el golfo *San Lorenzo*, subió por el río del mismo nombre y exploró el país en que más tarde se edificara *Montreal* y *Quebec*.

Miguel llegó por la mañana frente á *Quebec* y su aspecto lo llenó de admiración. El río tiene allí cerca de media le-

gua de ancho, y tanta profundidad que los buques de mayor porte pueden maniobrar fácilmente. Así es que no obstante hallarse la ciudad á



Vista de Quebec.

ciento cincuenta leguas del mar, su puerto tiene fama; lo malo es que los hielos lo cierran parte del año.

La ciudad forma anfiteatro, dominado por las gruesas murallas de su ciudadela y los campanarios y torres de sus iglesias. Ocupa un promontorio llamado *cabo Diamante*, que está en el confluente de los ríos *San Lorenzo* y *San Carlos*.

El joven argelino no conocía Gibraltar; en el caso contrario habría notado por fuerza la semejanza que las fortalezas, trincheras y muros almenados dan á la ciudad canadiense con el castillo británico que defiende la entrada del Mediterráneo; y hubiera apli-

cado á Quebec el nombre que muchos le dan de *Gibraltar canadiense*.

Quebec fué fundada por *Champlain*, que Enrique IV de Borbón mandó al Canadá á proseguir los descubrimientos de Santiago Cartier; entonces la región recibió colonos franceses. Pero á mediados del siglo XVIII, los ingleses lo tomaron durante una de sus guerras con Francia.

Su defensor, el *marqués de Montcalm* sostuvo un sitio heroico. Este militar había sido enviado por el gobierno de París, con el título de mariscal de campo á proteger las colonias de América del Norte; y durante tres años venció continuamente á los ingleses, no obstante lo módico de sus recursos y el número inferior de sus tropas que llegaban todo lo más á la décima parte de las francesas. Sin embargo sucumbió. Después de realizar prodigios de valor, tuvo que encerrarse en Quebec, y allí se sostuvo por espacio de varios meses, esperando en vano socorros que su gobierno no le envió.

Los ingleses habían sido rechazados en distintas ocasiones, hasta que un día lograron escalar una escarpada roca que protegía los baluartes y marcharon sobre Quebec á las órdenes del general *Wolf*. *Montcalm* efectuó una salida, trabándose terrible y decisiva batalla en las llanuras de Abrahán. Las fuerzas británicas iban á tener que retirarse una vez más, cuando *Montcalm* cayó mortalmente herido. Los que le reemplazaron carecían de su grandeza moral y capitularon, por parecerles inútil la resistencia.

— Si Quebec hubiese estado entonces tan bien fortificado como hoy, se decía Miguel, mientras recorría las fortificaciones, es probable que los ingleses no hubieran logrado apoderarse del país y que el Canadá seguiría siendo quizás colonia francesa.

El Canadá es uno de los países mejores del mundo.

Muy frío en invierno, es cálido en verano y admirablemente fértil. Uno de sus productos especiales es el *arce azucarero*.

Arce azucarero. — Hermoso árbol de América septentrional que da azúcar tan bueno como el de caña y que tiene análogos usos. Se le obtiene practicando en el tronco varios agujeros con una barrena. El jugo que por ellos sale se recoge y se pone á hervir. Luego se le pasa á través de una tela de lana, se le hierve de nuevo y se le echa en moldes. Cada árbol produce hasta tres kilogramos de excelente azúcar al año.

CXLI. — UN TELEGRAMA.

Miguel obtuvo fácilmente empleo gracias á la recomendación del Sr. *Beauchamps*, en casa de un negociante en maderas de construcción. *Zimbo* siguió, por su parte, limpiando botas en una de las calles de la ciudad.

Es inútil decir que el joven argelino seguía en activa correspondencia con los abuelos de su hermanita, y que los tenía al corriente de sus expediciones.

Ya llevaba en Quebec unos cinco meses cuando una mañana, en el momento de salir para su oficina, recibió un telegrama.

Abriólo con mano temblorosa y viva emoción. ¿Qué le decían? ¿Lo enteraban de una enfermedad de su hermana? Su pensamiento no se atrevía á más.

Al leerlo lanzó un grito y se dejó caer en una silla.

El despacho no contenía sino pocas palabras; pero tales que el lector se explicará la repentina emoción de Miguel. El joven tuvo que leerlas varias veces para persuadirse de que las había comprendido bien, pues decían:

« *Estoy de vuelta. Regresa. Móser.* »

¡De modo que era un telegrama de su padre! ¡*Móser* estaba vivo! ¡Y él que lo había creído muerto por espacio de tanto tiempo! ¿Era creible? ¿No era

juguete de una alucinación? Miguel se tocaba el cuerpo y se movía para persuadirse de que estaba despierto; después leía de nuevo el despacho y lo besaba con entusiasmo. — Sí, era verdad, era cierto y podía abandonarse á la alegría. Al fin se levantó de su asiento como movido por un resorte y se puso á recorrer su cuarto lanzando exclamaciones, saltando, bailando, riendo, llorando y haciendo mil extravagancias.

Sin embargo, no tardó en calmarse y tomando su sombrero salió de prisa camino del escritorio. Su padre le llamaba; era preciso obedecer inmediatamente. No se le ocurrió ni por un momento que le faltaban medios para ello. Á las dos de la tarde salía para *Liverpool* un buque llamado el *Severn*; nuestro joven resolvió tomarlo, y como calculaba que una vez pagado su hotel le quedaría por todo capital unos sesenta dollards, pensó en ofrecer sus servicios á cambio del pasaje. Estaba dispuesto á aceptar cualquier cosa, lo mismo el puesto de ayuda de cocina que el de mozo de máquina, con tal de ver cuanto antes á su padre y hermana. Los sesenta dollards los reservaba para pagar su billete y el de Zimbo desde *Liverpool* á *Argelia*.

El principal de Miguel empezó por creer que el muchacho se había vuelto loco cuando éste le manifestó su intención de salir aquella misma tarde para Europa; sin embargo, cuando conoció el motivo, dió orden de que se le pagase lo que le debían de su sueldo, y le deseó buen viaje.

Miguel pagó la fonda, hizo un paquete con su ropa y se dirigió corriendo al punto donde Zimbo ejercía su industria. Y sin darle más explicaciones (por saber que no era necesario) le anunció á quemarropa que salían ambos para Francia. Esta noticia produjo como efecto hacer que el negro lanzara una de

sus carcajadas de alegría; un momento después estaban ambos en el puerto.

El *Severn* estaba dispuesto á salir, y como ocurre casi siempre, en ese momento no estaban presentes algunos de los hombres de á bordo; Miguel contaba con esta circunstancia para que lo admitieran; pero el contramaestre empezó por negarse. Á Zimbo sí lo aceptaban, pues no tenían quien limpiase el calzado y para Miguel no quedaba más puesto que el de pinche de cocina, y no pensaban que quisiera aceptarlo.

No fué sin embargo así con gran sorpresa del contramaestre. Bien es verdad que Miguel hubiera preferido otra cosa; pero tenía demasiados deseos de volver á su patria para no dar gracias á Dios, que le proporcionaba medios de hacerlo.

Nuestro amigo era de los que no consideran deshonroso ningún oficio, cuando se le practica honradamente y cuando no exige nada contra nuestra conciencia. Era como el personaje histórico que decía: « Probaré que el hombre honra al puesto y no el empleo al hombre. »

CXLII. — VOLVAMOS ATRÁS.

Digamos ahora en dos palabras lo ocurrido á Móser.

Los tuaregs que atacaron la expedición en que iba el sargento, lo dejaron por muerto sobre la arena; pero no lo estaba, y al día siguiente lo recogió otra caravana, llevándolo de etapa en etapa, esto es, de pozo en pozo ó de oasis en oasis hasta los confines del *pays de los Ríos*. Esta región se encuentra al sur del *Darfur* y recibe dicho nombre por causa de la innumerable cantidad de arroyos que la recorren y que van á perderse en el *Bahr-el-Arab* ó en el

Bahr-el-Ghazal (río de las Gacelas), que contribuyen ambos á formar el brazo del Nilo llamado *Nilo Blanco*.

Allí Móser fué vendido á uno de los reyezuelos de la región que tuvo el capricho de hacer instruir á la europea los centenares de negros que componian su ejército. En esa tarea pasó más de un año hasta que al fin, después de varias tentativas infructuosas para escaparse, logró huir, pero cayó en manos de otra tribu. Al fin pudo librarse de este nuevo cautiverio y reunirse con una expedición de ingleses que exploraban aquella parte de África, con una escolta de veinte naturales del país. Siguiólos hasta el *Alto Nilo*, más allá de *Lado*. Esos viajeros lo recibieron muy bien, pero no podían abandonar sus trabajos por permitir á Móser regresar pronto á su casa; así fué que el sargento tuvo que seguirlos en las vueltas y revueltas que les hacía dar la afición á la ciencia y los descubrimientos, no obstante su ardiente deseo de saber qué había sido de su hijo, cosa cada vez más difícil, mientras más tiempo transcurría.

De este modo pasó un año, que fué para Móser un largo martirio, cuando uno de los ingleses, llamado Sr. Linden cogió unas calenturas y tuvo que volver á Europa. Llevóse consigo á Móser, dejando que su compañero continuara solo sus exploraciones; sin embargo, el enfermo empeoró al llegar á Karthum, á medio camino entre Lado y el Cairo, de tal modo que necesitó quedarse allí seis meses. Móser siguió á su lado, pues no le era posible abandonar en trances tales á un hombre que le había salvado la vida; pero sufrió cruelmente pensando en Miguel.

Al fin el Sr. Linden mejoró, y ambos se embarcaron en un vapor que debía llevarlos por el Nilo hasta el Cairo.

El *Nilo* es uno de los mayores ríos del mundo. Du-

rante mucho tiempo se creyó que el Amazonas tenía longitud superior á la suya; pero fué porque se ignoraba dónde nacía el río africano.

Hace poco más de venticinco años que *Speke* y *Grant*, dos exploradores ingleses, llegaron á sus fuentes, allende el lago *Nyanza* ó *Victoria*, el mayor de los africanos, que fué descubierto por el viajero primeramente nombrado.

Hay multitud de ríos que contribuyen á formarlos. Además del brazo que sale del lago *Nyanza* y que, uniéndose con el *Bahr-el-Arab* y el *Bahr-el-Ghazal*, da origen al *Nilo Blanco*, existe otro ramal más pequeño, el *Bahr-el-Azraq* ó *Nilo azul*, que baja de los montes de *Abisinia*, para reunirse con el primero.

El Nilo no corre como los ríos de Europa por una madre de pendiente suave y regular; al contrario, forma cataratas análogas á las de otra corriente africana, el Congo. Las más notables son llamada *Rippon*, á la salida del lago *Nyanza* y la *Murchison*, en el lago Alberto. Debe advertirse que entre esas cataratas hay grandes distancias, por lo cual queda espacio suficiente para una navegación muy activa.

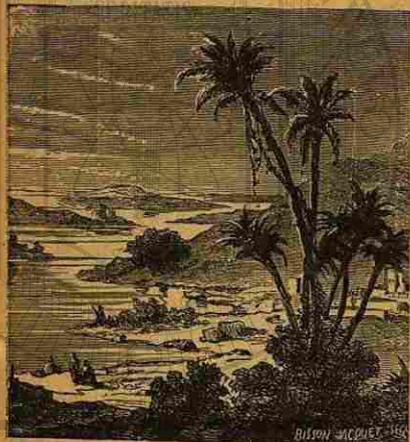
CXLIII. — EN EL NILO. — LA CRECIDA DEL RÍO. — LOS MONUMENTOS DE EGIPTO.

El Nilo presenta una particularidad singular.

En todas partes ocurre que al llegar la primavera se desbordan los ríos y estas inundaciones son consideradas calamitosas; por el contrario las del Nilo constituyen la riqueza de Egipto. Entonces el río llena todo el valle, en una anchura de quince á veinte kilómetros, con espesa capa de cieno negro que comunica á la tierra extraordinaria fertilidad. Donde hay cieno, brota la verdura. Lo demás permanece estéril.

Amrú, conquistador musulmán de Egipto en el siglo VII, describe el país del modo siguiente en una carta dirigida al califa *Omar*: « Figúrate una región que presente alternativamente la imagen de un desierto lleno de polvo y de una líquida y argentina llanura, de un negro y cenagoso pantano, de una pradera verde y ondulosa, de un jardín lleno de flores y de un campo cubierto de doradas espigas. »

Esa descripción era tan exacta hace doce siglos como lo es hoy. Antes de la inundación periódica del Nilo, Egipto parece un desierto de arena; cuando las aguas han producido su efecto se convierte en un jardín.



Las orillas del Nilo.

Un *chaduf* es una máquina muy primitiva, cuya pieza principal consiste en un palo muy largo, que lleva en una de sus extremidades, una cuerda de la cual cuelga un cesto impermeable. En la otra punta se ve una gran piedra, que sirve de contrapeso. El *chaduf* descansa sobre un madero sostenido por dos puntales. El fellah ó campesino egipcio tira con fuerza de la cuerda para hacer que el cesto entre en el agua; una vez lleno, el fellah suelta todo y entonces el contrapeso levanta el cesto; el hombre se limita entonces á vaciarlo en uno de los canales de regadío ó acequias que cruzan el campo en todos sentidos.

En medio de las arboledas cercanas al Nilo se ven aldeas donde se alzan majestuosas ruinas, pues

Egipto fué uno de los países más civilizados del mundo y en él se encuentran los monumentos más grandiosos conocidos,

Quedan allí los restos de la famosa *Tebas de las cien puertas*, que fué, durante quince siglos, la ciudad mayor del mundo. Sus ruinas están esparcidas por ambas orillas del Nilo y cubren espacio considerable. Aun están en pie ciertas partes de sus templos; á uno de ellos se llegaba por una avenida de *esfinges*, figuras gigantescas de cabeza de mujer. El obelisco que hoy se encuentra en la plaza de la Concordia de París estaba frente á un templo de Tebas, el de *Lucqsor*.

Obelisco. — Especie de columna cuadrada, entera, por lo cual se la llama *monolito* (una sola piedra), que los egipcios colocaban á la entrada de sus templos. Ordinariamente estaban llenos de *jeroglíficos*. Se da este nombre á los caracteres de escritura usado por ese antiguo pueblo. Los descifró por primera vez el sabio francés *Champollión*, á principios de este siglo. El obelisco de la plaza de la Concordia fué regalado á *Luis-Felipe* por *Mehemet-Ali*, virrey de Egipto.

Virrey ó jedife. — Es el título de los soberanos de Egipto. No son dueños absolutos del país, pues pagan tributo á los sultanes de Constantinopla.

EXLIV. — EGIPTO. — LAS PIRÁMIDES. — LA PRESA DEL NILO.

El *Cairo* despierta gran interés, con sus mezquitas de elegantes *minarettes*, sus palacios árabes, sus bazares llenos de telas de seda bordadas de todos colores, sus cueros y sus armas de lujo.

Minarete. — Pequeña torre de las mezquitas, desde la cual convocan los *muecinos* ó sacerdotes á los fieles á la oración.

En las cercanías del *Cairo* está el *museo de Bulak*, que fué dirigido durante mucho tiempo por el francés *Mariette*, á quien dió el jedife título de *bey*. Ese sabio ha hecho practicar en Egipto grandes excavaciones para sacar á luz los antiguos monumentos

sepultados por siglos de arena, y ha reunido en dicho museo gran cantidad de objetos para servir á la historia del país.

También se encuentran en esa parte de Egipto las *pirámides*; las más notables son las de *Gizeh*.

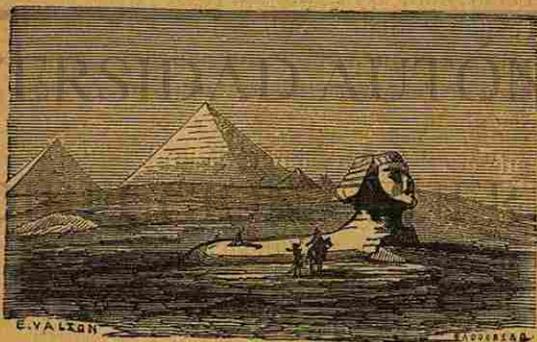
Pirámides. — Enormes monumentos de base cuadrada, formados por piedras superpuestas unas á otras, algo salientes como los peldaños de una escalera. Terminan en una pequeña plataforma, y no en punta como parece en los dibujos. Servían de tumbas á los Faraones, antiguos reyes de Egipto. Las de *Gizeh* se llaman *pirámides de Cheops* y de *Chephrem*, porque así se llamaban los soberanos que las mandaron construir y que fueron enterrados en ellas. Estos monumentos son especiales del Egipto, como los obeliscos y esfinges.

El Sr. Linden quiso visitarlas; tampoco quiso salir del Cairo sin ver la *presa del Nilo*.



Mirarete.

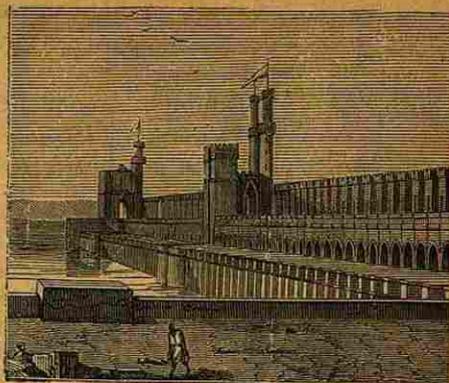
Se llama *presa* una estacada ó grueso muro construido á través de un río para contener las aguas, que no pueden salir de allí sino por medio de *puertas ó esclusas*, análogas á las que cierran los canales.



Pirámides y esfinge.

La del Nilo es la principal obra de esta clase que existe. La hizo el francés *Mougel*; empezó su construcción el año de 1846, siendo

jedife *Mehemet-Ali*. Tiene más de un kilómetro de largo. Su objeto es impedir que las aguas del Nilo vayan á perderse en el mar, llevándose el precioso cieno; así se las emplea en regar el *Delta*, ó porción de tierra comprendida entre los diversos brazos del río en su desembocadura. Las esclusas se abren á medida que es necesario y el agua corre por la infinidad de acequias que cortan el Delta en todos sentidos, llevando consigo la abundancia y la fertilidad.



Presa del Nilo.

La presa se compone de dos partes: una que cierra el paso del brazo del Delta llamado *boca de Damietta* y otra en la *boca de Roseta*.

CXLV. — EL CANAL DE SUEZ.

En vez de bajar por el Nilo para embarcarse en *Alejadria*, puerto del Mediterráneo, situado en la boca occidental, el Sr. Linden prefirió ir á Suez, para ver el canal de dicho nombre. Fué, en consecuencia, á uno de los pequeños puertos del *mar Rojo*, con la intención de recorrer enteramente la mencionada vía de navegación.

El canal en sí no tiene nada de pintoresco; pero es interesante por los inmensos resultados que produjo en lo relativo á la navegación, por los trabajos que exigió, por las dificultades de todas clases que fué preciso vencer para ejecutarlo, y por la suma de ciencia, de habilidad y de perseverancia que se necesitó para llevarlo á cabo.

Todo el mundo sabe que la apertura del *istmo de Suez* se debe á *Fernando de Lesseps*, al *Gran francés*. Los estudios preparatorios relativos á esta prodigiosa obra empezaron en 1845, siendo virrey

de Egipto Mehemet-Ali. La autorización para ejecutarlo no se concedió hasta 1854. Firmóla *Said-Bajá*, uno de los sucesores de Mehemet-Ali: los ingleses influyeron cuanto les fué posible para oponerse á la realización de esta empresa. El primer azadonazo se dió el 15 de Abril de 1859 por *Ismail*, sucesor de Said. Al mismo tiempo se edificaron á orillas del mediterráneo las primeras casas de la ciudad de *Puerto-Said*, en el sitio mismo á donde debía terminar el canal.

Tiene esta vía sesenta kilómetros de largo; por él no puede andar al mismo tiempo más que un solo navío. De trecho en trecho hay calas donde los buques esperan á que el paso quede libre.

Una de las mayores dificultades con que tropezaron los ingenieros fué la naturaleza del terreno,



Canal de Suez.

que en algunos puntos se componía de arena, cubierta por lagunas, grandes extensiones de agua poco profundas, en que no era posible hacer diques para contener el agua del canal. Partiendo del Mar Rojo, las dos primeras de esas lagunas son los lagos Amargos, de orillas bajas y desiertas. En otro tiempo se componían de aguas sucias infestadas de cocodrilos. Hoy han desaparecido esos monstruos;

las aguas límpidas y azules han reemplazado las turbias estancadas de antaño y en sus riberas no se encuentran más animales que multitud de aves acuáticas, ibis blancos y flamencos rosados.

Después de atravesar otro lago, los viajeros llegaron á las doce del día á *Ismailia*, ciudad moderna que debe su nombre á *Ismael-Bajá* y que se encuentra situada próximamente á mitad del camino. Sus blancas casas, entre las cuales se destaca la quinta de *Lesseps*, están rodeadas por frondosas arboledas.

CXLVI. — EL CANAL DE SUEZ (continuación).

El Sr. Linden tenía demasiado buen sentido para no interesarse por aquel espectáculo, á pesar de ser inglés. Y el mismo Móser, no obstante sus preocupaciones, admiró obra tan colosal. Donde se comprenden principalmente las dificultades con que tropezaron los ingenieros es en *Ismailia*. Á partir de ahí, el canal forma una línea recta de cuarenta kilómetros de largo, que atraviesa una nueva é inmensa laguna, el lago de *Menzaleh*. Entonces corre á lo largo de dos enormes diques, hechos con prismas de diez metros cúbicos, que han costado á sesenta pesos uno.

Es prodigioso el número de prismas que fué preciso echar en el agua antes de encontrar terreno sólido en que pudieran cimentarse las construcciones; allí se trabajó meses y más meses, y hubo un momento en que los ingenieros se preguntaban si no sería necesario buscar en otra dirección terreno más favorable. Así es que el canal costó 475 millones de francos.

Para reembolsarse de estos enormes gastos, la *Compañía del istmo de Suez*, es decir, la asamblea de los que suministraron á *Lesseps* el dinero necesario, cobra un elevado derecho de tránsito á los buques que lo atreviesan. Sin embargo, los navíos tienen ventaja en ello, por cuanto realizan considerable economía de tiempo. En otro tiempo, antes de la apertura del canal, tenían que tomar el derrotero del *Cabo de Buena Esperanza*, y pasar tres meses en el mar para ir de Europa á la India. Hoy tardan la mitad del tiempo; esto es una gran economía, sin contar las de carbón y otras.

En *Puerto Said*, que forma la desembocadura me-

diterránea del canal, se embarcó el Sr. Linden para Marsella y Móser para Argel.

No necesitamos pintar la alegría del sargento cuando estrechó entre sus brazos á la pequeña Lucía y cuando supo que había buenas noticias de Miguel, á quien no esperaba ver más. Como tenía prisa por tenerlo á su lado, le envió el despacho que conocemos y al mismo tiempo un mandato telegráfico con dinero para la vuelta; pero sucedió que en el momento de ir á expedirlo notó que no llevaba encima los documentos de identidad necesarios. Tuvo que volver á buscarlos y esta fué la razón de que cuando llegó á Quebec el dinero, ya se había embarcado Miguel.

CXLVII. — Á BORDO DEL « SEVERN ». — LA PESCA DEL BACALAO.

Por debajo de Quebec, el San Lorenzo se ensancha como un mar. Era la primavera y el río empezaba á quitarse de encima su sudario de hielo. Renacía la animación y el *Severn* encontraba en su ruta embarcaciones de todas clases. Pronto llegaron al *golfo de San Lorenzo*, donde vierte el río las aguas de los cinco grandes lagos del norte de América; á ambos lados del buque retozaban bandadas de *marsoplas*, y en las orillas de los islotes iban y venían los becerros marinos. De tiempo en tiempo penetraba en el agua alguno de ellos, dejando fuera sólo la cabeza, que le daba de lejos aspecto humano.

Becerro marino. — Se da este nombre á varias especies de *focas*, animales *anfíbios*, es decir, que viven en la tierra y en el agua. Se les encuentra en ciertas costas cercanas á los polos, y se las caza para utilizar su grasa y su cuero, que se emplean ambos en la industria.

Marsopla. — Especie de *cetáceo*. Se llama así á unos animales que tienen forma de peces y que viven en el mar, pero que no pueden respirar dentro del agua, por lo cual salen á la superficie para tomar el aire. La *marsopla* es el más pequeño de los cetáceos y la ballena el mayor.

Miguel no permaneció mucho tiempo en su modesto empleo de pinche de cocina, pues el segundo del barco no había tardado en comprender que se le podía emplear de manera más agradable para él y más conveniente para el servicio del barco. Así fué que cuando uno de los escribientes cayó enfermo, ofreció el puesto á Miguel, que aceptó agradecido.

Un día, cuando ya el *Severn* navegaba en alta mar, vió el joven argelino multitud de embarcaciones que seguían todas la misma dirección, cubriendo el mar

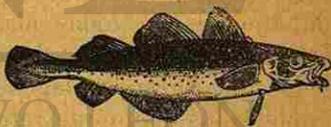


Foca.

por decirlo así y procurando andar lo más de prisa posible. En sus mástiles se distinguían las banderas de todas las naciones. Eran barcos de pesca, que se dirigían á los *bancos de Terranova* en busca del bacalao.

Este es un pescado que se encuentra en grandes cantidades en las costas de *Islandia*, de *Noruega* y en el *banco de Terranova*.

Se llama así á una especie de islote submarino muy grande, que está casi á flor de agua y cerca de la isla de aquel nombre. Todos los años



Bacalao.

van allí de cinco á seis mil navíos de todas las naciones, de ellos unos quinientos franceses, tripulados por doce á quince mil marinos. Allí permanecen de dos á tres meses, recogiendo unos sesenta millones de libras de pescado.

El bacalao no se coge con redes, sino con cañas que tienen hasta cincuenta metros de largo y que terminan en un gran anzuelo cebado.

Para coger este pescado se necesita tanta fuerza como destreza, pues mide por lo menos un metro de largo y su grueso es proporcional al tamaño.

Así que es cogido el pez, le corta la cabeza un marinero, otro lo abre de una extremidad á otra, y le retira las entrañas; después se les coloca en barriles, con enorme cantidad de sal destinada á conservarlos.

Al sacar las entrañas se guarda el *hígado*, con el cual se prepara un medicamento llamado *aceite de hígado de bacalao*, que sirve para devolver la fuerza y la salud á las personas delicadas, sobre todo á los niños.

CXLVIII. — UNA ILUMINACIÓN. — LA AURORA BOREAL.

Una noche que Miguel, después de pasear un rato por la cubierta se disponía á volver á su camarote, vió iluminarse de pronto el cielo con resplandor que no tardó en aumentar, hasta cubrir de regueros rojizos el firmamento.

— Mire V., maestro Tomás, dijo á un marinero que estaba cerca. De seguro hay un barco que está ardiendo en el mar.

— No hay cuidado, replicó el marinero riendo; este resplandor no es un incendio, sino una *aurora boreal*.

— ¡Una aurora boreal! exclamó Miguel, que oía la expresión por primera vez. ¿Qué es eso?

— Para explicarlo bien sería necesario ser más sabio que los mayores sabios, pues no se conoce todavía su causa ni su naturaleza. Lo que puedo decirle es que este fenómeno es muy común en las inmediaciones de los polos. Cuando yo era joven, pescaba la ballena, y hasta era uno de los más diestros y robustos, tanto que me recargaban á menudo

de arrojar el arpón. Pues bien, entonces pasé un invierno en medio de los hielos de *Groenlandia*. Todas las noches presenciábamos ese espectáculo, más ó menos tiempo, y no siempre con el mismo brillo. Aquí no se nota sino un pequeño reflejo, pero en Groenlandia es otra cosa. Imagínese V. un ramo de rayos luminosos, por el cual corren reflejos de todos colores, ya grandes cortinajes dorados que flotan sobre la cabeza del espectador, y tan cerca que uno extraña no oír el roce de la seda. También suele ocurrir que un arco brillante se deja ver por la parte del norte, se extiende, se divide, sube hacia el cielo y forma una corona que lanza en todos sentidos dardos de luz en que parecen retozar y divertirse el verde, el azul, el amarillo, el blanco, todos los colores. Soy un lobo de mar y he navegado por todas partes; pues bien, nunca he visto nada comparable á una aurora boreal, que alegra con sus resplandores brillantes y rosados las largas noches de invierno del polo. No hay iluminación comparable á



Pesca de la ballena.



Las regiones polares.

esa. En los países donde ven el Sol todos los días no se concibe lo que es estar privado de él varios meses. Las auroras boreales sirven para esperar con paciencia su regreso.

Mientras hablaba el marinero, el cielo había tomado color rosado y las estrellas brillaban como diamantes debajo de una gasa de subido tono. Hacia todos los puntos del horizonte se extendían bandas de color amarillo claro, imitando las varillas de un inmenso abanico. Las miradas de Miguel no podían apartarse de aquel espectáculo, y no hacían más que ir y venir del mar al cielo y del cielo al mar, que reflejaba los colores del primero, produciendo en sus aguas mágicos efectos. Nuestro viajero se creía transportado á un país de hadas y hasta le parecía ver allá en el norte uno de esos palacios encantados de que hablan los cuentos. Todo en torno suyo, y su propia persona, era rosado.

Ballena. — Gran cetáceo ó animal de forma de pez; vive en el mar, pero tiene que salir á respirar á la superficie. Suele medir hasta treinta metros de largo. Se le pesca en el *Océano Glacial boreal* y en el *austral*; en las costas del *Labrador*, de *Groenlandia* y de *Islandia*. Su grasa suministra el aceite usado en la industria, y su boca está llena de láminas córneas, flexibles y negruzcas, que son las *ballenas* utilizadas en los trajes femeninos.

CXLIX. — LOS HIELOS FLOTANTES.

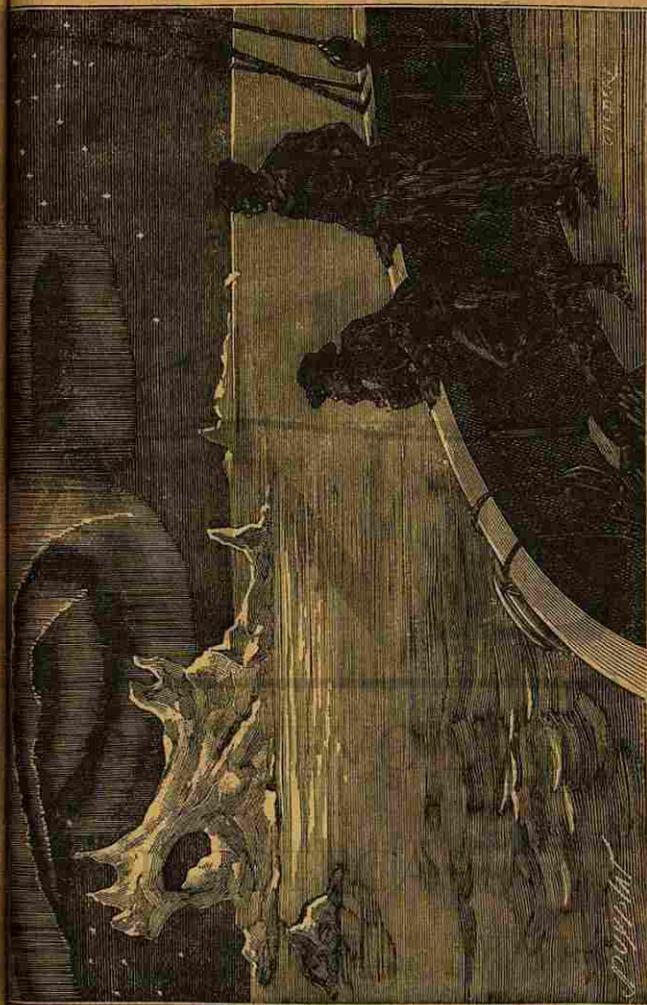
— Debe ser un efecto de mi imaginación, pensó Miguel.

Pero su asombro fué grande al ver que había realmente un palacio y que el barco y él se aproximaban.

— ¿Acaso hay allí una isla? preguntó á Tomás.

— Ni tierra ni isla, contestó el marinero riendo de nuevo. Ese palacio es un *iceberg*, una *montaña de hielo flotante*.

Ya sabe V. que allá en el norte hace mucho frío,



Los hielos tiñentes y la aurora boreal.

tanto que el mar se hiela durante el invierno, transformándose en trozos de hielo que se acumulan unos sobre otros de la manera más extraordinaria, para tomar el aspecto de castillos, de torres derruidas, de puentes con uno ó más ojos, de pirámides, obeliscos ó campanarios. El hielo forma un enorme cinturón que rodea las *tierras árticas*, la *Groenlandia*, el *Spitzberg*. Cuando llega la primavera, ese cinturón ó banco de hielo se funde poco á poco, y entonces los pedazos se desprenden de la ribera y vienen arrastrados por las corrientes hasta los mares en que estamos y más abajo todavía.

Mientras Tomás daba estas explicaciones se había desvanecido la aurora boreal; pero el iceberg seguía avanzando, tomando color blanco resplandeciente, de rosado que era. Vefanse distintamente sus crestas desgarradas y cubiertas de nieve, que representaban una especie de construcción gótica, llena de torres y de almenas.

— Á menudo ocurre, siguió diciendo el marinero, que estos icebergs causan grave daño á los buques; sus dimensiones son mucho mayores de lo que parecen, pues tienen debajo del agua seis ó siete veces la dimensión exterior; como la parte sumergida suele experimentar la acción de corrientes submarinas mucho más calientes que el aire exterior, se funde más pronto, queda con esto roto el equilibrio y entonces...

Tomás fué interrumpido en su explicación. La montaña de hielo acababa de desaparecer con ruido de trueno haciendo saltar el agua hasta considerable altura ó imprimiendo á las olas agitación tal que llegó hasta el casco del *Severn*.

Miguel quedó mudo de asombro, con la vista fija en el sitio donde la montaña de hielo se había hundido. Pero de pronto la distinguió flotando siem-

pre en el mismo sitio; pero tenía otra forma.

— Entonces, agregó riendo el marino, sucede lo que V. acaba de presenciar: la masa de hielo vuelca, saliendo á la superficie lo que estaba en el fondo y *viceversa*. Estamos en la *Corriente del Golfo* (*Gulf Stream*) y el témpano ha sentido su influencia; se inclinó por debajo y como la cabeza era ahora más pesada que los pies, ha dado una voltereta. Si hubiéramos estado cerca habríamos salido malparados: los movimientos de esas moles han causado más de un naufragio. Nuestro timonel adivinó que no corríamos peligro, pues sin esto habría mudado de derrotero.

Corriente del Golfo (*Gulf-Stream*). — Corriente sub-marina de agua caliente que parte del *golfo de México*, yendo por el *canal de Bahama* á verterse en el Atlántico que atreviesa sin mezclar con él sus aguas y se extiende por las costas de Bretaña, de Irlanda, de Inglaterra y aun de Noruega.

CL. — REUNIÓN.

Hacia doce días que el *Severn* había perdido de vista las costas americanas, cuando se vieron surgir envueltos en la bruma los edificios de *Liverpool*.

Apenas desembarcó, Miguel fué al camino de hierro. Aquella tarde estaba en Londres, que atravesó de prisa sin pararse á admirar nada, ni sus monumentos, ni sus animadas calles, ni su inmenso puerto. Por la noche estaba en Dóver, y dos días después llegaba á Marsella, pues atravesó París y la Francia sin tampoco detenerse.

Había ido al puerto en busca de un buque que saliera para Argel, cuando de pronto se encontró con una persona cuya presencia le hizo lanzar una exclamación.

— ¡El Señor Trécœur! dijo.

— ¡Miguel Móser! contestó el interpelado, que

era en efecto el antiguo dueño de la *Canebière*. ¿Es posible que el guapo mozo que tengo delante sea el pobre niño que dejé perdido en mitad del Océano y en quien he pensado tantas veces?

— Y yo, Señor Trécœur, replicó Miguel, ¿cree que no he pensado en V.? Le creía...

— Muerto seguramente. Y así hubiera sido de no recogerme un barco inglés de guerra que cruzaba por las cercanías del punto en que naufragamos, en busca de un barco negrero.

— ¿Un barco negrero? Sin duda el que se llevó á Zimbo y á los negros.

Y contó lo ocurrido. Después agregó dos palabras sobre su situación y su deseo de encontrar barco que lo llevara á Argel.

— Tome V. el mío, dijo el marsellés.

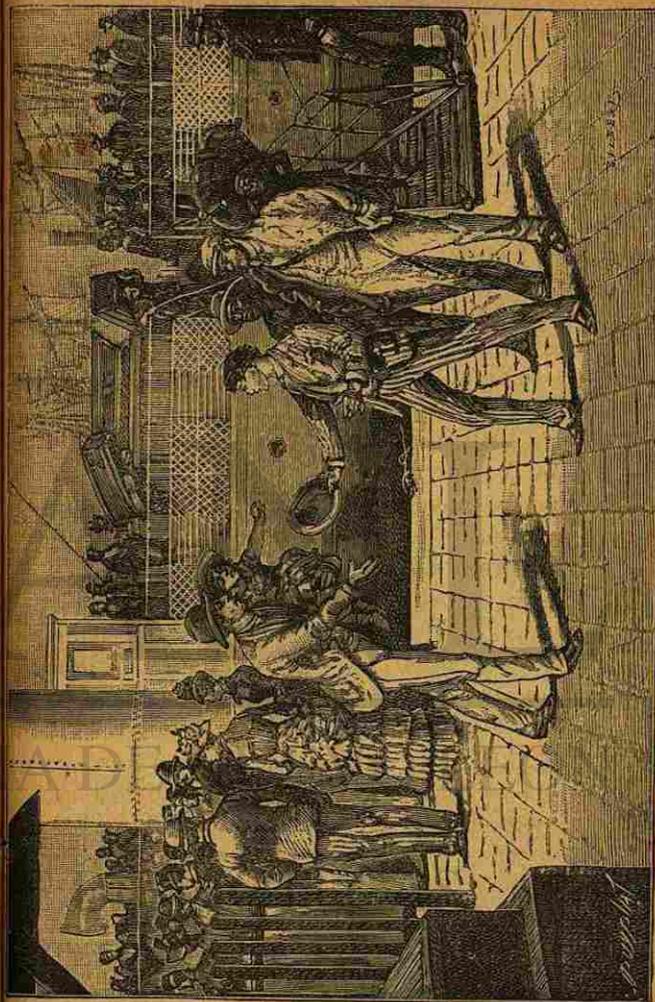
— ¿Tiene V. uno?

— Sí; ya no navego en el Océano Índico; ahora soy segundo en un buque que hace el servicio entre Marsella y Argel y esta noche salimos.

Miguel se apresuró á aceptar el ofrecimiento de su antiguo amigo, y corrió al telégrafo para anunciar á su padre que se embarcaba en el *Mogador*, nombre del barco en que Trécœur era segundo.

Treinta y seis horas después llegaban á Argel los dos muchachos.

Miguel había visto desde el buque un hombre que esperaba en el muelle, al cual conoció más bien con su corazón que con los ojos, pues los sufrimientos, las privaciones y angustias habían alterado profundamente sus facciones. Llevaba en brazos una niñita de cinco á seis años, que elevaba sobre la cabeza de su padre una pequeña cabeza cubierta con un sombrero de paja, de donde salían abundantes rizos de su cabellera. En el momento de atracar el buque, ambos se pusieron en primera fila de las personas



La reunión.

que esperaban á los viajeros. Las miradas del hombre iban ansiosas de un punto á otro, sin poder descubrir entre los que desembarcaban al que con tanta impaciencia esperaba.

Efectivamente, no era fácil reconocer al muchuelo travieso y un tanto indócil que se había escondido en la carga de un camello para salir de Uargla en el arrogante mozo que se había adelantado á su encuentro y lo estrechaba en sus brazos. Costábale trabajo creer que fuera el mismo; pero pronto se convenció al ver lo franco y expresivo de su fisonomía, lo dulce de su mirada y de su sonrisa, que eran las mismas de la esposa bien amada.

Unos meses más tarde encontramos á Móser y á su hijo instalados en una pequeña granja que han comprado. El sargento no quería continuar la vida de aventuras, ni su hijo se lo permitió. La modesta hacienda fué adquirida en parte con las economías de Miguel, es decir, con los tres mil francos del Sr. Berton y los dos mil de la Sra. de Vega.

Cuando Móser supo lo ocurrido en el Cabo, reclamó en nombre de su hijo la suma pagada por el joven por un pasaje que no llevó á cabo y la que depositó en mano del capitán. Se la devolvieron inmediatamente.

En lo que respecta al dinero enviado por Miguel á los abuelos de Lucía, les fué muy útil cuando lo recibieron; pero más tarde acabaron por salir del paso y entonces se apresuraron á reembolsar una cantidad que siempre habían mirado como un préstamo.

Si no hemos dicho nada de la alegría del hermano al encontrar á su hermanita, es porque nos faltan términos para describirla. Lucía era lo que Miguel se imaginaba: una chiquilla preciosa, con pelo rubio y rizado y rosadas mejillas. Sus azules ojos expresa-

ban dulzura y suavidad. ¿Qué hermanita más linda y amable podía desearse?

Zimbo fué recibido á brazos abiertos por la familia de su amigo; pero no vivía con ella en la granja. Tampoco limpiaba ya botas. Al llegar á Argel llamó mucho su atención un mozo, negro como él, que vestía el elegante traje de los turcos. Esto avivó el deseo que tuviera en otro tiempo de alistarse en el ejército de su patria adoptiva. Hoy se encuentra en los alrededores de Geryville, aprendiendo el oficio de soldado. Pronto recibirá los galones de cabo, pues sus jefes han notado su buen porte, su sumisión, la rapidez con que ejecuta las órdenes que le dan y su destreza en el manejo de las armas. Algunas de esas cualidades las debe á su trato con Miguel. Nuestro negro será para la Francia un buen defensor más.

Uno de los primeros cuidados de Miguel, así que se restableció en su ánimo la calma, fué escribir á las personas que le habían demostrado interés, para anunciarles el feliz acontecimiento que lo hiciera volver á Argelia. Sabía que todos iban á alegrarse por su dicha; pero hubo una persona á quien no se atrevió á decir nada, no obstante el cariño que le tenía. Era el Sr. Dulaure; el modo como se habían separado le hacía temer alguna involuntaria falta que ofendió al comerciante bordelés. Sin embargo, al fin le escribió, recibiendo á vuelta de correo una contestación que lo tranquilizó completamente. (R)

No obstante su gozo, Miguel estaba siempre atormentado por la idea de que su conducta en el Sahara había sido causa del conflicto con los tuaregs y de la destrucción de la columna.

— Tranquilízate, le dijo su padre una vez que hablaban de esto; no causaste la muerte de nadie. Lo que ocurrió fué que caímos en una emboscada preparada desde mucho antes. Ninguna parte tuviste en

ello; pero me has hecho pasar años muy amargos: hé ahí tu culpa. Si hubieras permanecido tranquilamente en Uargla, como hijo obediente, me habrías ahorrado tantas angustias. ¡Cuánto no hubiese dado yo por saber que estabas en lugar seguro, lo mismo que tu hermana!

Sin embargo, ahora que estamos reunidos, no lamentemos nuestra separación. En estos años has adquirido conocimientos que jamás hubieses tenido de quedarte aquí. Has podido ver por tus ojos que en todas partes reina la ley del trabajo y que en el mundo entero la riqueza, el bienestar y la consideración son la recompensa del deber cumplido. Has adquirido experiencia; haz de manera que ella aproveche, no sólo á tu persona, sino también á tu país, que has aprendido á querer más aún al visitar los otros. Hoy puedes hacer comparaciones en que á lo mejor salen ganando los extranjeros, convén en ello; pero si tenemos puntos débiles haz lo que puedas en tu esfera de acción para que desaparezcan. De esta manera tu país aprovechará el fruto de tus viajes y resultará útil el tiempo que has pasado lejos de tu familia; así contribuirás, por último, á hacer á Francia rica, poderosa, considerada y á conservarle el puesto que ocupa entre las naciones más ilustres.

FIN.

ÍNDICE.

	Pág.		Pág.
I. — La caravana. — La salida de Uargla.....	1	XIX. — Otro encuentro. — Combate con un león....	52
II. — Los oasis. — La palmera. — Los pozos artesianos.....	3	XX. — En el río Senegal...	56
III. — Un viajero más.....	6	XXI. — San Luis del Senegal.	57
IV. — El país de la sed....	9	XXII. — Llegada á Dakar. — El Sr. Dulaure.....	59
V. — El simún. — En el desierto de Sahara.....	13	XXIII. — Á bordo de la « bella Bordelesa ». — La costa de Guinea.....	62
VI. — El ataque.....	15	XXIV. — La esclavitud....	67
VII. — La huida. — Entre los touaregs.....	18	XXV. — Zimbo á bordo....	70
VIII. — Nuevos años. — El sudán; sus producciones.	21	XXVI. — Achantís y Dahomeyanos. — Utilidad de las colonias.....	71
IX. — Entre los fellahs. — Un amigo.....	26	XXVII. — Una iluminación.	75
X. — Camino de Tombuctú.	31	XXVIII. — Cómo se orientan en el mar.....	76
XI. — Las orillas del Níger. — Tombuctú.....	33	XIX. — La desembocadura del Níger. — El paso de la línea.....	81
XII. — La evasión.....	36	XXX. — En el Ogoué.....	83
XIII. — Feliz encuentro. — Camino del Senegal....	38	XXXI. — Stanley. — El continente negro.....	85
XIV. — En el Níger.....	39	XXXII. — Encuentro con un gorila.....	86
XV. — Un monstruo espantoso. — Á bordo de un barco francés.....	42	XXXIII. — En San Pablo de Loanda. — Vacilaciones.	90
XVI. — El Senegal; sus producciones.....	44	XXXIV. — Un nuevo amigo.	94
XVII. — La bandera tricolor. — La fortaleza de Bamakú.....	48	XXXV. — Camino del Zambeza.....	98
XVIII. — Un convidado importuno.....	50	XXXVI. — Una mosca....	102
		XXXVII. — Representación teatral.....	104

ello; pero me has hecho pasar años muy amargos: hé ahí tu culpa. Si hubieras permanecido tranquilamente en Uargla, como hijo obediente, me habrías ahorrado tantas angustias. ¡Cuánto no hubiese dado yo por saber que estabas en lugar seguro, lo mismo que tu hermana!

Sin embargo, ahora que estamos reunidos, no lamento nuestra separación. En estos años has adquirido conocimientos que jamás hubieses tenido de quedarte aquí. Has podido ver por tus ojos que en todas partes reina la ley del trabajo y que en el mundo entero la riqueza, el bienestar y la consideración son la recompensa del deber cumplido. Has adquirido experiencia; haz de manera que ella aproveche, no sólo á tu persona, sino también á tu país, que has aprendido á querer más aún al visitar los otros. Hoy puedes hacer comparaciones en que á lo mejor salen ganando los extranjeros, convén en ello; pero si tenemos puntos débiles haz lo que puedas en tu esfera de acción para que desaparezcan. De esta manera tu país aprovechará el fruto de tus viajes y resultará útil el tiempo que has pasado lejos de tu familia; así contribuirás, por último, á hacer á Francia rica, poderosa, considerada y á conservarle el puesto que ocupa entre las naciones más ilustres.

FIN.

ÍNDICE.

	Pág.		Pág.
I. — La caravana. — La salida de Uargla.....	1	XIX. — Otro encuentro. — Combate con un león....	52
II. — Los oasis. — La palmera. — Los pozos artesianos.....	3	XX. — En el río Senegal...	56
III. — Un viajero más.....	6	XXI. — San Luis del Senegal.	57
IV. — El país de la sed....	9	XXII. — Llegada á Dakar. — El Sr. Dulaure.....	59
V. — El simún. — En el desierto de Sahara.....	13	XXIII. — Á bordo de la « bella Bordelesa ». — La costa de Guinea.....	62
VI. — El ataque.....	15	XXIV. — La esclavitud....	67
VII. — La huida. — Entre los touaregs.....	18	XXV. — Zimbo á bordo....	70
VIII. — Nuevos años. — El sudán; sus producciones.	21	XXVI. — Achantís y Dahomeyanos. — Utilidad de las colonias.....	71
IX. — Entre los fellahs. — Un amigo.....	26	XXVII. — Una iluminación.	75
X. — Camino de Tombuctú.	31	XXVIII. — Cómo se orientan en el mar.....	76
XI. — Las orillas del Níger. — Tombuctú.....	33	XIX. — La desembocadura del Níger. — El paso de la línea.....	81
XII. — La evasión.....	36	XXX. — En el Ogoué.....	83
XIII. — Feliz encuentro. — Camino del Senegal....	38	XXXI. — Stanley. — El continente negro.....	85
XIV. — En el Níger.....	39	XXXII. — Encuentro con un gorila.....	86
XV. — Un monstruo espantoso. — Á bordo de un barco francés.....	42	XXXIII. — En San Pablo de Loanda. — Vacilaciones.	90
XVI. — El Senegal; sus producciones.....	44	XXXIV. — Un nuevo amigo.	94
XVII. — La bandera tricolor. — La fortaleza de Bamakú.....	48	XXXV. — Camino del Zambeza.....	98
XVIII. — Un convidado importuno.....	50	XXXVI. — Una mosca....	102
		XXXVII. — Representación teatral.....	104

	Pág.		Pág.
XXXVIII. — La « Humareda retumbante ».....	108	LXVIII. — Al llegar á Sydney. — Las islas de la Oceanía.....	186
XXXIX. — David Livingstone.....	111	LXIX. — Los habitantes de Oceanía.....	189
XL. — A través del continente Africano.....	113	LXX. — Los grandes navegantes.....	192
XLI. — Un buen negocio.....	115	LXXI. — Nuevo empleo. — Salida de Sydney. — El monumento de la Pérouse.....	194
XLII. — El paso de una banda de elefantes.....	119	LXXII. — El mar de coral. — Las islas madreporicas.....	196
XLIII. — El desierto de kalahari.....	122	LXXIII. — El estrecho de Torres.....	200
XLIV. — Un tiro de pistola.....	124	LXXIV. — Un buzón para cartas en altamar. — Las islas de la sonda. — Los volcanes.....	202
XLV. — Un nuevo enfermo.....	128	LXXV. — Batavia.....	204
XLVI. — El país de los boers.....	130	LXXVI. — Paseo por Java.....	207
XLVII. — Abordo del Springbock. — El cabo de Buena Esperanza y el de las Agujas.....	133	LXXVII. — Bajada al tankubanprahán.....	211
XLVIII. — Separación.....	135	LXXVIII. — Arreglo improvisado.....	216
XLIX. — Dos mil pesos por mil.....	137	LXXIX. — Singapur. — Un puerto franco.....	218
L. — Escenas de violencia.....	139	LXXX. — Navegación bajo bandera francesa. — Ceilán. — Las ostras perleras.....	220
LI. — Las grandes ganancias no suelen ser honradas.....	142	LXXXI. — Ojeada sobre la historia de la India.....	222
LII. — Combate con un avestruz.....	143	LXXXII. — Travesía de la Península indostánica. — El Dekán. — Los ghatts.....	225
LIII. — ¡Es tarde!.....	147	LXXXIII. — En Bombay.....	228
LIV. — Vacilaciones.....	149	LXXXIV. — El Sr. Haldeck.....	230
LV. — En la « Canchière ».....	151	LXXXV. — Explosión.....	232
LVI. — En el Océano austral.....	154	LXXXVI. — Sueño interrumpido.....	234
LVII. — ¡Nos vamos á pi- que!.....	156	LXXXVII. — El relato del ruso. — El Cáucaso. — La Persia. — La Tartaria.....	236
LVIII. — Primeros los negros.....	157	LXXXVIII. — Delhi. — La rebelión de los cipayos.....	240
LIX. — Solo en el mar.....	161	LXXXIX. — El Opio.....	242
LX. — Nuevos amigos.....	164	XC. — ¡Adiós la ropa!.....	243
LXI. — Melbourne.....	166	XCI. — Elora. — Un templo de una sola piedra.....	246
LXII. — Las minas de oro.....	168		
LXIII. — En Ballarat.....	173		
LXIV. — Resolución.....	176		
LXV. — Los árboles gigantes.....	178		
LXVI. — Los animales de Australia.....	180		
LXVII. — El esquileo de los carneros.....	183		

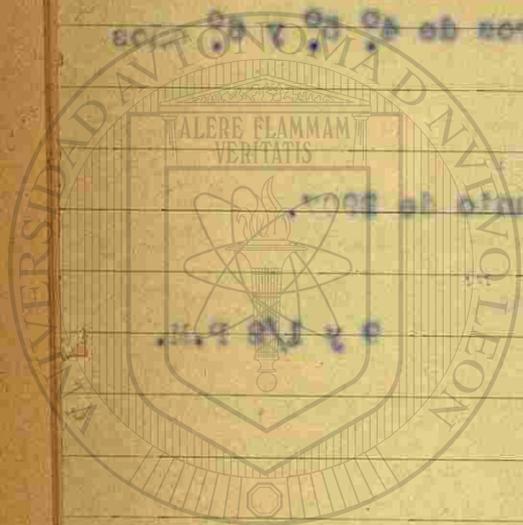
Mis compañeros de 4^o 5^o y 6^o años

11 de junio de 1907.

9 y 1/2 P.M.

R. Covarrubias

DE BIBLIOTECAS



11 de junio del 1907.

Mis compañeros durante 4^o, 5^o
6^o años escolares.

RICARDO COVARRUBIAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9 y 1/2 p.m.

4º Año.

Roberto Aguilar

Pedro Alcaraz

Alberto Alvarez Tostado

Leopoldo Anaya

Alfonso Arch

José F. Alatorre

Raul Alatorre

José Manuel Alvarez Tostado

Eduardo Alvarez Garcia

0 Gonzalo Acevez

1 Luis Bancalari

2 Pablo Barbieri

3 Gustavo Baz

4 Gustavo Cristo

5 Manuel Camarena

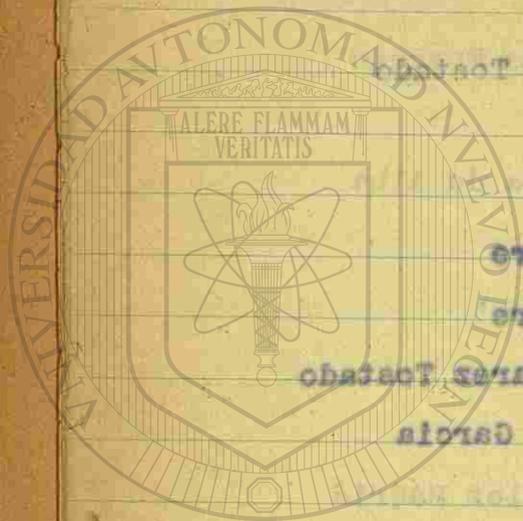
6 José Elias Castro

7 Salvador Cordova



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1950

Roberto Aguilar

Pedro Alvaraz

Alberto Alvarez Torres

Leopoldo Anaya

Alfonso Anco

José F. Bistort

Alfonso Bistort

José Manuel Alvarez Castañeda

Eduardo Alvarez Garcia

Consuelo Alvarez

Julio Banañal

Rafael Banañal

Gustavo Bar

Francisco Gutierrez

Roberto Gutierrez

José Elisa Castro

Belvidor Cordova

9 Carlos Ceceña

10 Luis Farah

11 Simón Farah

12 Joaquin Alfonso Fregoso

13 Carlos Fabre

14 Santiago Garcia de Alba

15 Roberto Godoy

16 Raul Gómez Cruz

17 Carlos Gómez

18 David Gómez

19 Fernando González Madrid

20 Rafael González

21 Alfredo Gudiño

22 Juan Angel Gutiérrez

23 Francisco Gutiérrez

24 Roberto Gutiérrez

25 José Gutiérrez Mejia

26 Clemente Galindo

27 Fernando Luna



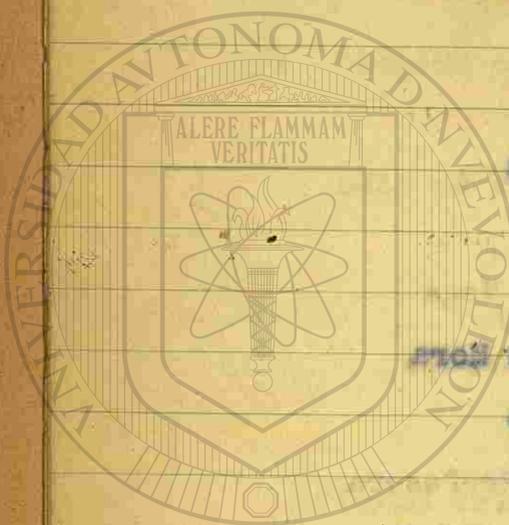
Carlos Ceceña
Luis Farah
Simón Farah
Joaquín Alfonso Fregoso
Carlos Fabre
Santiago García de Alba
Roberto Godoy
Wael Gómez Cruz
Carlos Gómez
David Gómez
Fernando González Madrid
Rafael González
Miguel Ángel Guzmán
Juan Ángel Gutiérrez
Francisco Gutiérrez
Roberto Gutiérrez
José Gutiérrez Peña
Clemente Galindo
Fernando Luna

8 Manuel López Závála
9 Guillermo Medina
0 José Macías
2 Jesús Mercado
3 Miguel Morfín
4 Alberto Muñoz
5 Manuel Muñoz
6 Carlos Navarro Mora
7 Manuel Navarro
8 Ramón Navarro
9 Luis Navarro Castillo
0 José Manuel Pastor
1 Adolfo Pérez Rojas
2 Guillermo Poucel
3 Francisco Quintero
4 Antonio Rivera
5 Alfredo Romo
6 Juan Genaro Robles

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





- 57 Carlos Sierra
- 58 Teodoro Saymonds
- 59 Jorge Sierra
- 60 Manuel Topete
- 61 Heberto del Toro
- 62 Roberto Uribe
- 63 Ernesto de la Vega
- 64 José Aurelio Zepeda
- 65 Carlos Zalapa

Profesora

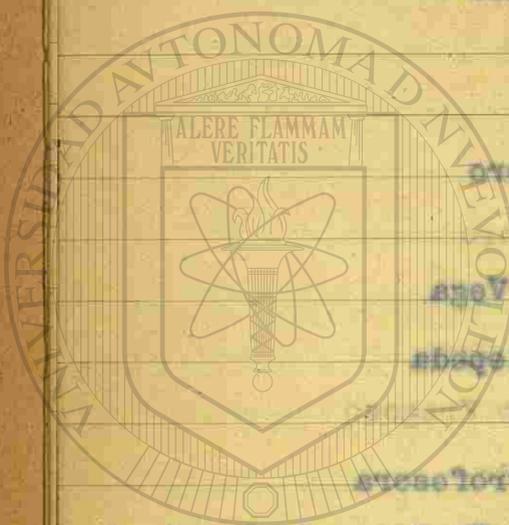
Guadalupe Espinosa de los Montero

5.º Año



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

- Raul Alatorre
- Alberto Alvarez Tostado
- José Manuel Alvarez Tostado
- Pedro Alcaraz
- Leopoldo Anaya



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

- 6 Eduardo Alvarez Garcia
- 7 Gustavo Baz
- 8 Manuel Camarena
- 9 Carlos Ceceña
- 10
- 11 José Elias Castro
- 12 Luis Farah
- 13 Simón Farah
- 14 Joaquin Alfonso Fregoso
- 15 Clemente Galindo
- 16 Roberto Godoy
- 17 Fernando González Madrid
- 18 Alfredo Gudiño
- 19 David Gómez
- 20 Carlos Gómez
- 21 José Gutiérrez Mejia
- 22 José Vicente Gutierrez
- 23 Raul Goméz Cruz

Camote

(ay dios tu)

Chino

Japones 24 José González Coronado

Bazin 25 Roberto Gutiérrez

26 Fernando Luna

27 Manuel López Zavala

28 José Macías

29 Guillermo M Medina

30 Jesús Mercado

31 Rafael Menchaca

32 Miguel Morfin

33 Alberto Muñoz

34 Manuel Muñoz

Pito de Gerin 35 Ramón Navarro

Canillas 36 Luis Navarro Castillo

Moneville 37 Adolfo Perez Rojas

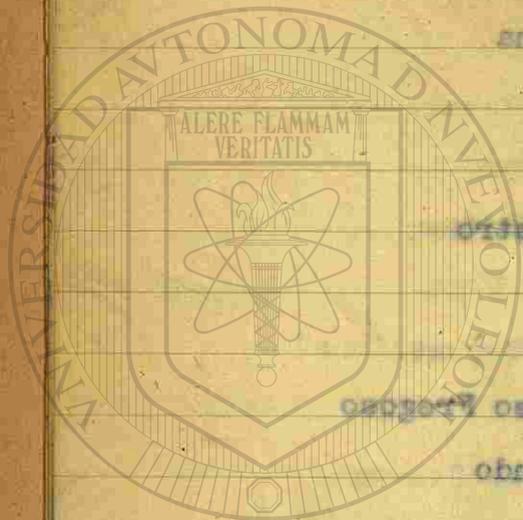
Chato 38 Guillermo Poucel

39 José Perez

Tecolotito 40 Francisco Quintero

Mecanico 41 Antonio Rivera

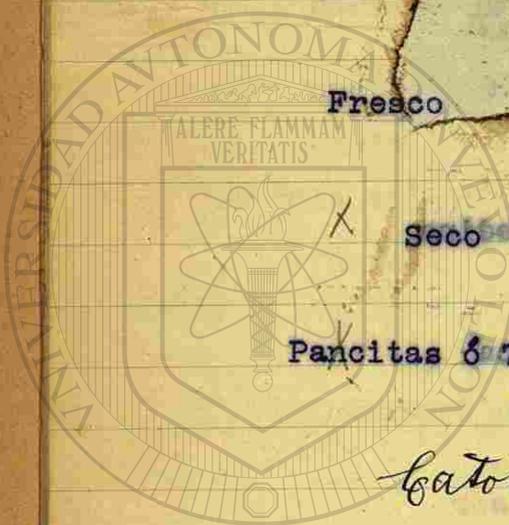
42 Alfredo Romo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Fresco

Seco

Pancitas 67 timbas

Catotas

Patitas de alambre

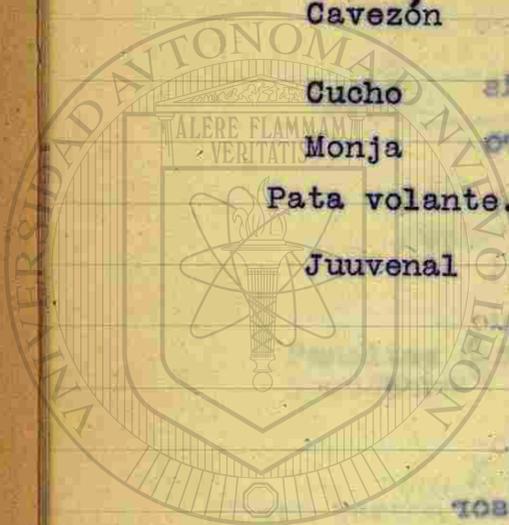
Negro de humo

Daniel Ruiz
Higinio Ruiz
Carlos Sierra
Teodoro Saymonds
Heberto del Toro
Gabriel Vidrio
Juvenal Aceves
Manuel Dueñas
Luis Dueñas
Alberto Mendez
Profesor

Ignacio Martinez

6º Año

Pedro Alcarga
Eduardo Alvarez Garcia
Alberto Alvarez Tostado
Raul Alatorre
Ramón Alvarez Garcia



Higiño	Gustavo Baz
Cavezón	Moisés Beltran
Cucho	José Elias Castro
Monja	Arnulfo Calderón
Pata volante	Francisco Castro
Juvenal	Heberto del Toro
	Alberto Echenique
	Joaquin Alfonso Fregoso
	Clemente Galindo
	Carlos Gómez
	Raul Gómez Cruz
	José Vicente Gutierrez
	Roberto Gutierrez
Dn. Lao	José González Coronado...
Yapan	Fernando González Madrid
Pantorrillas	Leandro González
Camote	Luis Gómez Luna
Basurero	Manuel López Zavala

Barin

Moizingo

Monja

Somellera

Chato Cacama

Mecanico

Pariente ó Tecolote

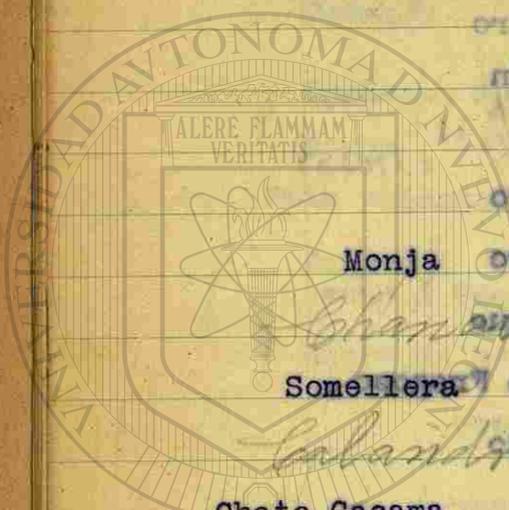
Fipo

Pato Bailarin ó Pito de Geri

Mazatleco ó Viscorneto

Chato nariz catolica

(ay dios tu)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Francisco Leaño

Jesús Mercado

Miguel Morfín

Guillermo Medina

Alberto Muñoz

José Macias

Nicolás Mungia

José Pérez

Francisco Quintero

Antonio Rivera

Alfonso Reyes

Adalberto Ramirez

José R. Ruiz

Salvador Reyes

Carlos Sierra

Elias Sanromán

Francisco Campero

José Gutiérrez Larios

Pelón,

Pariante

Guerito clarín

Quatro ojos

El seco don Fernando de Ixtli

chil

Catotas

Moscas ó Pequitas

Périz ó negro de humo ó indio alegre

Ministro

Torere

Don Crispin ó cabezón

Costras

Alcantara

Alberto C. López

4 Leopoldo Anaya

José Gutiérrez Mejía

Refugio Sierra

Salvador Sahagún

José Campero

José Bustos Michel

Domingo Ruiz

Enrique Soliz

Jesús Roque

Alfonso Rivera

Profesor

Salvador Rocha

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quintitos!

Chino

Sagardón, Indio Triste o *Agüero*

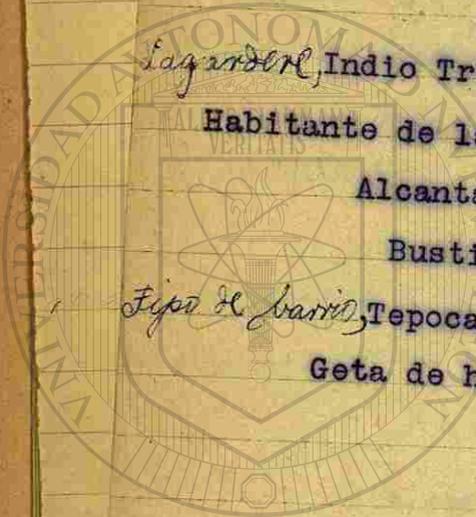
Habitante de la Luna ó Dentista

Alcantarita

Bustillos

Fijo H. Barrio, Tepocate o *Comperatriz*

Geta de hule



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Don Crispin ó cabezón

Costras

Alcantara



AD AUTONOMAM
NON GENITIVAM



CC